VÍCTIMAS Y VERDUGOS

21886

Apostolado de la Prensa

7564

D-34.413

VÍCTIMAS Y VERDUGOS

VÍCTIMAS

Y

VERDUGOS

CUADROS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

TOMO I

BIBLIOTECA PÚBLICA BURGOS

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 101053
C.B.
21889

NUEVA EDICIÓN

MADRID
APOSTOLADO DE LA PRENSA
7, San Bernardo, 7
—
1923

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).-Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

CUATRO PALABRAS DEL EDITOR

Entre los asuntos favoritos del género pernicioso de novelas a que se oponen las ya publicadas y las que en adelante se publiquen por el Apostolado de la Prensa, figuran muy principalmente apologías del inmundo y brutal drama llamado *Revolución francesa*. Podríamos citar multitud de obras demasiado conocidas, por desgracia, del público español, consagradas a exaltar como heroicos y casi como santos a los sanguinarios autores y cómplices de aquella catástrofe espantosa. Este género de obras ha sido uno de los medios empleados por el genio del mal para falsear la verdad histórica, para hacer amables la impiedad, el espíritu de insurrección y todos los demás principios antisociales proclamados por la revolución de Francia, cuyo influjo continúa siendo explicación principal de los más graves trastornos que hoy afligen a las sociedades modernas. Suscitar la admiración de aquellos hechos bárbaros y de aquellos hombres desalmados, inspirando odio o desprecio a sus víctimas, es un poderoso y seguro medio de corromper la conciencia pública.

He aquí por qué el APOSTOLADO DE LA PRENSA, que se propone instruír deleitando, y moralizar instruyendo, publica ahora una novela que tiene por principal argumento presentar a los fautores y sectarios de la Revolución francesa, no tales como se ha querido pintarlos, sino tales como verdaderamente eran, es decir, groseros, sin Dios, sin ley, sin respeto a ningún derecho, enemigos natos de toda virtud, perseguidores de todo género de nobleza, ebrios de sangre humana, sentinas de vicios.

El interesantísimo y animado cuadro de los sucesos que para realizar este propósito se narran en la presente novela, es, sin duda, una obra de pura invención; pero el marco, digámoslo así, en que está encerrado, es historia verdadera.

Réstanos advertir que la presente edición española es, más que una traducción, un arreglo libérrimo del original francés que nos ha servido de texto y guía, hecho por la ingeniosísima y castiza pluma de D. Gabino Tejado.

CAPÍTULO PRIMERO

El emigrado.

DERRAMABA sus últimos rayos sobre el lago de Constanza el tibio sol de una hermosa tarde de septiembre del año 1792, cuando, embutidos en un carretón cubierto por un toldo traspillado y conducido por un campesino suizo, llegaban dos viajeros a la orilla occidental del lago. La calma de la naturaleza, triste ya cual si presintiera que en breve iba a despojarse de sus galas, prestaba cierto encanto indefinible a la melancólica belleza de aquel cuadro. El flaco y huesudo jamelgo que tiraba del desvencijado vehículo caminaba a paso de tortuga, y de cuando en cuando sacudía la cabeza como para protestar de que por más tiempo se le obligase a llevar solo aquella mole, demasiado pesada para sus cansadas fuerzas. En vano el carretero le descargaba con desapiadada impaciencia tremendos latigazos; el pobre animal no respondía a estas bruscas exhortaciones sino meneando más y más la cabeza, con todas las trazas de tirarse en tierra si se empeñaban en apurarle, y decir: "De aquí no paso"; lance que habría sido fuerte para los viaje-

ros, pues aun les faltaba una hora lo menos para llegar a Constanza, y empezaba a correr una ventisca que penetraba en los huesos.

¿No han estado ustedes en Constanza? Tiene una situación muy pintoresca: colocada en la margen oriental del lago a que da nombre, es una ciudad que, aunque no bien construída y un tanto malsana, debe a sus verdes cercanías y al espejo de las ondas que besan el pie de sus muros, un aspecto bastante agradable; su catedral, sus templos de San Esteban y San Juan, sus conventos de Capuchinos, de Franciscanos y de Dominicos (es decir, los que había en 1792, época de nuestra historia), su hermosa y rica abadía benedictina de Petershausen, la otra más rica y más hermosa aún de Agustinos de Kreutzlingen, situada a un cuarto de legua, aunque pertenecía al cantón de Argovia, y, por último, su título de ciudad episcopal, daban a Constanza una importancia religiosa y monumental considerable; mientras que, por otro lado, su puente cubierto sobre el Rhin, sus magníficos molinos, su lindo paseo del *Paraíso,* las orillas mismas del lago, que son también de por sí bellísimos paseos, y todos sus alrededores, en fin, ofrecen un risueño e interesante cuadro al curioso aficionado a perspectivas pintorescas.

Cansado el carretero de arrear el exhausto rocinante, y convencido de que ni sus gritos ni sus latigazos le harían moverse más aprisa, paróse ante los dos viajeros, y con gestos no mucho más inteligibles para ellos que la algarabía germánica en que les hablaba, logró al cabo hacerles comprender que por aquella noche era imposible llegar a Constanza, y que no había más remedio sino parar donde buenamente se pudiera, levantando luego en alto los diez dedos de sus dos manos, y después presentando solos en la misma actitud el ín-

dice y el pulgar, significó que habían aquel día andado doce leguas, ¡y qué leguas!, ¡y qué camino de vericuetos y de pedregales! Pero la mímica elocuencia del carretero era obscura comparada a la del caballo, que, harto ya de viajata y de latigazos, había resuelto plantarse, y de un momento a otro amagaba con echarse por tierra como cuerpo muerto.

En este instante, asomando por debajo del toldo del carretón su calva frente uno de los viajeros, dijo al que le acompañaba, después de haber explorado el terreno:

—Está visto, José; no tenemos más remedio que echar pie a tierra; a este pobre animal le sobra ya razón para no querer más caminata.

—No lo crea Vuecencia, señor Conde—respondió el interpelado—; tan remolón es el caballo como el galopín de su amo; a poco que éste tuviera buena voluntad, ya vería Vuecencia si llegábamos a Constanza... Vuecencia cree que los latigazos han dado sobre la bestia; pero yo he visto que pegaban todos sobre el limón del carro... Déjeme Vuecencia, y verá cómo en un abrir y cerrar de ojos tomo yo la fusta y salimos al galope.

—No, no, José; no, dejemos en paz a ese infeliz, que bastante buen servicio nos ha hecho hoy... Justo es que le concedamos reposo, y al amo le daremos una buena propina. Tú sabes que el lema de mi familia es no abusar jamás de nada.

—Pero, señor, ¿quiere Vuecencia pasar aquí la noche?...

—No: la ciudad no está lejos, y podemos ir a pie...

—Sí, eso pronto se dice; pero ello es que necesitamos lo menos dos horas para llegar a Constanza, y después del día de cansancio que ha llevado Vuecencia no

me parece regular que se eche a pechos esas cuestas descomunales...

—¿Y qué le hemos de hacer, hombre, si no hay otro remedio?

—¡Como cogiera yo el látigo!... A mí no me gusta mortificar a los animales; pero estoy seguro de que esta pícara bestia puede todavía con la carga si se la anima un poco.

—De ninguna manera; no consentiré que se le dé un golpe más... Anda, José, anda; apéate, y luego me ayudarás para que haga yo lo mismo.

El criado obedeció con la agilidad que le daban su robustez y su juventud, pues aun no era el buen José hombre de cuarenta años; saltó en tierra, y luego, no sin trabajo y dificultad, sacó del fondo del carromato a su amo el Conde, que era ya un anciano de ochenta años cumplidos.

—¡Válgame Dios, José!—decía éste apoyándose en el brazo de su fiel criado, cuando hubo puesto el pie en tierra—, ¡lo que son los años! ¿Quién reconocería ya hoy en este carcamal al galán y alegre caballero que hace medio siglo caracoleaba sobre su alazán brioso en la orilla de este lago? ¡Cómo se mudan los tiempos!

—No, pues Vuecencia no puede quejarse; ya quisieran muchos mozos tener los bríos que Vuecencia tiene.

—Mira, José, no te me hagas adulador; digas tú lo que quieras, la verdad es que esta máquina está ya muy gastada. Las revoluciones que agitan al mundo, y que derrocan a las sociedades antiguas, se concibe que alguna vez sirvan de algo bueno; pero esta otra revolución lenta que el tiempo obra en el hombre, nada de bueno tiene, José... Poco a poco las fuerzas van faltando, la sangre comienza a helarse, y cuando uno mira

por sí, ya está con un pie en el hoyo... ¡Paciencia! Así lo ha dispuesto el que todo lo puede y todo lo sabe, y lo que Ese hace está siempre bien hecho... Pero, mira, dejémonos de filosofar; paga a ese hombre, y despídele...

—¡Despedirle! ¿Qué está diciendo Vuecencia? Pues ¿cómo piensa llegar al término de su viaje? ¿Cree Vuecencia que hallaremos otro medio de caminar más cómodo y que menos cueste?

—Despídele, te digo, José; luego veremos cómo nos arreglamos para seguir...

El anciano dijo estas palabras con un aire de hombre descorazonado, que hizo pintarse cierta angustia en el rostro de José; sin embargo, obediente éste al mandato del Conde, sacó del carruaje un maletón de cuero, abrió el candado que de la cadeneta pendía, metió la mano, y luego, mientras palpaba y estrujaba una bolsita de malla que del maletón había sacado, vuelto de espaldas al carretero, dijo en voz baja a su amo algunas palabras, a las que éste respondió con cierta melancólica sonrisa:

—No me seas tacaño, José; dale una buena propina a ese pobre hombre, que bastante bien nos ha tratado...

—¡Ya! ¡Pobre, pobre!... No sé yo quién es aquí el pobre, si el carretero o Vuecencia. Al cabo, este jayán tiene su casita, y su pegujal, y...

—¡Y su mujer, y sus hijos!—añadió el anciano con tristeza—. ¡Sí, mujer, hijos... familia!... ¡Pero yo!... ¡Yo, pobre de mí!... Vamos, José, dale tres florines de propina, y que vaya con Dios.

—¡Tres florines! ¡Como quien no dice nada! ¡Más de seis francos!

—Bien, ¿y qué?

—Que hace un año, o seis meses, ese dinero era nada para Vuecencia; ¡pero ahora!... Y todo ello para regalar a un bigardo que nos deja plantados en medio de este desierto... Si al menos nos llevase hasta Constanza... Además, señor Conde, no sabemos todavía lo que nos aguarda, y la bolsa, ya ve Vuecencia... ha llevado un estrujón tal, que está para dar las boqueadas...

Efectivamente, el anciano pudo convencerse de la exactitud de esta triste observación de José cuando tomó en peso la bolsa; pero lejos de atajar esto los impulsos de su nativa generosidad, sacó cuatro florines, en lugar de los tres que había mandado antes dar de propina, y agregándolos a la suma en que había ajustado el viaje, entregó todo al carretero, diciéndole en buen alemán que podía marcharse si quería. Apenas el carretero hubo recibido las monedas y oído que le despedían, comenzó con visible gozo a descargar el escaso equipaje de los dos viajeros, y saludándolos en seguida con todo el aire de un hombre agradecido, se alejó a buen paso con su carromato.

—Mire Vuecencia cómo el caballo se anima ahora! ¡Galopín! Ya decía yo... ¡Anda, anda, qué trote lleva!... Eso, para que vuelva Vuecencia a fiarse de estos pícaros... Vuecencia se pasa de bueno, y con estas gentes hay que estar siempre muy de sobre aviso... Si Vuecencia se hubiera fiado de mí, no se iría ese canalla como se va, riendo de la fiesta...

—¡Vaya con Dios! Si nos ha engañado, tanto peor para él; cada uno es hijo de sus obras, y las mías quiero que sean siempre provechosas a mis prójimos.

—Eso es muy edificante, señor Conde; pero cuando ha de redundar en perjuicio de Vuecencia, se me figura, perdone Vuecencia si se lo digo, es pagar una primada... Ahora ¿qué nos hacemos?

—¡Qué hermoso es este paisaje!—exclamó el anciano, desentendiéndose de la pregunta de José y dilatando su mirada por la vasta extensión del horizonte—. ¡Cuánto recuerdo hay aquí para mí!... He ahí el lago, tal como yo le dejé hace cincuenta años, y el *Paraíso*, donde tan agradables tardes he pasado... Allí veo el campanario de Petershausen, más allá el de Kreutzlingen... Paréceme que son los mismos árboles, la misma agua, los mismos edificios contemplados por mí tantas veces... las mismas ondas, ora apacibles y tranquilas como un espejo, ora agitadas como el fondo del mar, como el corazón del hombre... Sí, esto es: una tarde igual hacía cuando a esta misma hora gocé aquí mismo la alegría más grande y más pura que he tenido en mi vida. Los mismos rayos del sol poniente doraban estas márgenes y esas colinas; la misma tinta de púrpura bañaba esos grupos de casas y tornasolaba el follaje de estas arboledas... Sí, sí, eso es... ¡Oh, poder de la memoria!... Me parece que fué ayer... ¡Ah, José, mi buen José, no puedes figurarte lo que por mí está pasando en este momento!...

—Con perdón de Vuecencia, señor—respondió el criado—, lo que veo yo es que la noche se nos va echando encima, que no sabemos en dónde la hemos de pasar, y que de aquí a Constanza nos quedan un par de horas de camino...

La observación de José era oportunísima, pero perdida enteramente para su amo, que, engolfado en sus imaginaciones, continuó como hablando consigo mismo y en voz baja:

—¡Oh, venerable Padre Bonifacio! Ciertamente no pensabais ni podíais prever lo que hoy sucede a vuestro amigo, cuando con tanta caridad le exhortabais a entrar en la senda que llamabais vos las vías de la Pro-

videncia!... ¡Ah! Vuestro cariño juzgaba, al hablar así, que no era necesario precaverme sino contra los peligros de la prosperidad... Y ya lo veis, Padre mío: largo tiempo ha que vuestros restos descansan en el sombrío panteón de la abadía; pero vuestra alma, que sin duda está en el cielo, merecido por vuestras virtudes, vuestra alma ve ahora que os habíais equivocado... Cuando dejasteis este mundo comenzaba apenas a sentirse el sordo rumor del volcán que se agitaba en las entrañas de la tierra... Vedle hoy ya brotando en la cima de las montañas y amenazando incendiar el orbe entero...

Absorto en este soliloquio con que el buen anciano derramaba, por decirlo así, su corazón ante el aspecto de aquellos lugares tan llenos para él de gratas memorias, costó gran trabajo al criado sacarle de su distracción, y no lo habría conseguido a no tirarle suavemente de la manga de su casaca, diciéndole con el tono de quien intenta despertar a otro de un pesado sueño:

—¡Pero, señor Conde, que la noche está encima! ¿Adónde vamos? ¿Se atreverá Vuecencia a ir andando a Constanza?

—¡Sí, sí, José!—respondió el Conde pasándose la mano por la frente, y como si, en efecto, despertase de un sueño—; sí, todavía mis piernas creo que están capaces de hacerme este servicio; dame el maletón, y carga tú con lo demás.

—¡El maletón! No, por cierto, amo mío. ¿Cómo he de consentir yo que vaya Vuecencia cargado con ese enorme escaparate?...

—Déjame, mi buen José; ya que la revolución se empeña en nivelar todas las cosas, bueno es ir aprendiendo a vivir como pobre... ¡Quién sabe lo que todavía me espera!,,

—Vaya, señor Conde, déjese Vuecencia de ideas tan tristes... ¡Qué diablos!, tras este tiempo otro vendrá, que no hay mal que cien años dure... Los pícaros triunfan hoy; mañana tocará su vez a la gente honrada... Vamos, vamos, venga el maletón..., así: ya ve Vuecencia que para mí es poco aumento de carga... Ahora, Vuecencia, que conoce el terreno, hará el favor de servirme de guía

—Sí que le conozco a palmos; verdad es que ha ya mucho tiempo que estuve por aquí, y bastantes cosas hallo cambiadas; pero la naturaleza siempre es la misma... ¡Oh!, por fortuna el hombre no alcanza a mudarlo todo; si otra cosa fuera, nada sobre la tierra quedaría ya en el asiento donde Dios lo puso.

Diciendo esto, el buen caballero, apoyado en su gran caña de Indias con puño de oro, adelantóse a su criado para tomar el camino en dirección de la ciudad, no sin haberse antes arreglado su coleta y sacudido el polvo de su casaca, chupa y calzones, y ajustado el almidonado corbatín en que iba como embutida su aristocrática figura.

Durante su marcha, aunque más de una vez las escabrosidades del terreno le hacían bambolearse, en breve, reponiéndose luego, se enderezaba como desafiando el peso de sus años; y, sobre todo, cuando algún pasajero le saludaba, erguíase cual si fuera un apuesto mancebo para responder al saludo, ora con una leve inclinación de cabeza, ora tocando con la punta de los dedos su sombrero apuntado, en ademán cortés. A la ya escasa luz del día moribundo deteníase, cuando acababa de subir algún repecho, como para contemplar el paisaje, pero en realidad para tomar aliento; y entonces, señalando con el regatón de su caña a un punto cualquiera del horizonte, solía exclamar:

—¡Mira qué magnífico espectáculo, José!... Este es el momento más solemne del día, y nunca la naturaleza ostenta su hermosura tan sin lunares como a esta hora: por la mañana, la niebla suele cubrir los objetos; al mediodía, suele deslumbrarnos la viva luz del sol; pero por la tarde, ninguno hay de estos obstáculos: el aire purificado, la atmósfera limpia, tienen una transparencia que permite verlo todo con sus propios colores... Imagen perfecta de nuestra vida: durante nuestra juventud, las doradas nieblas de la esperanza ponen en nuestros ojos un velo que nos muestra el porvenir entre celajes vaporosos de ilusiones, de placer y de gloria; en nuestra edad madura, los afanes de la vida, la energía misma de nuestra virilidad perfecta, sofocan nuestro corazón; sólo en la vejez, que es nuestra tarde, vemos ya el claro horizonte del mundo, y empezamos a juzgar de las cosas como son en sí... Y entonces llega la muerte, que es nuestra noche... ¡Dichoso el que torna a encontrar nuevamente la luz allí donde alumbra un sol eterno!...

El pobre José, que con todo el equipaje sobre sus costillas iba hecho una verdadera acémila, aprovechaba estos éxtasis filosóficos de su amo para limpiarse el sudor que a chorros le caía por la frente; pero leal y caritativo, en toda la extensión de la palabra, no se atrevía a perturbar aquellas expansiones del buen anciano, comprendiendo que en ellas el cansancio y la necesidad de reposar algún momento tenían tanta parte, por lo menos, como la filosofía.

De esta manera habían andado ya buen trecho cuando, parándose repentinamente el Conde, sacó del bolsillo de su larga chupa un estuche de plata, y del estuche unas pesadas antiparras de oro, que montó sobre su nariz después de haberse puesto el bastón debajo del

brazo izquierdo; en seguida, fijando la mirada en un punto determinado, exclamó con cierto alborozo:

—Eso es, eso es; el mismísimo monasterio de Kreutzlingen, tal como yo le dejé... No, no tal como yo le dejé... Me parece que los monjes han reparado el tejado y la torre, pues no veo sobre ella el San Miguel con el dragón infernal bajo sus plantas... ¡Calla!, también están revocadas las paredes con otro color... ¡Ah! Todo cambia... Y si eso es por fuera, ¿qué habrá sido por dentro? Ni una cara, ni un hombre conocido para mí habrá ya... En cincuenta años, lo menos dos veces se habrá renovado la comunidad, por supuesto... Sólo que ahí la renovación se obra sin ruido: en silencio entran, en silencio salen: su vida y su muerte son igualmente silenciosas... José, bastante mejor viven esos buenos monjes que nosotros los mundanos... Nosotros nos agitamos para no hacer cosa que valga un ardite, y ellos, sin estrépito, sin agitación, hacen el gran negocio de salvar sus almas y las de los demás... ¿No te parece que su suerte es preferible a la nuestra?

—¡Vaya si me lo parece!—respondió José, ladeando su carga al hombro izquierdo—; pero... ¿no podría Vuecencia andar un poquito más aprisa, antes que se haga noche del todo?

—¡Sí, sí, tienes razón!—respondió el Conde desmontando sus anteojos, volviéndolos a meter en el estuche y empuñando de nuevo su bastón—. Verdad, las sombras avanzan, incluso para mí, que presto caeré en la sombra eterna... Avanzan para nuestra pobre Francia, a quien la revolución está cavando un sepulcro; avanzan para estas dichosas comarcas mismas, que en breve serán también pasto de la hidra demagógica... ¡Ah!, no es solamente el sol material el que tiene ocaso; también a veces el sol de la verdad se eclipsa o se traspone

ante el espíritu y la conciencia de los hombres... Pero el sol material vuelve a nacer, y el de la verdad... nadie sabe si se disiparán algún día las tinieblas que hoy lo cubren.

Mientras con solemne melancolía iba el noble anciano haciendo estas reflexiones, y cuando ya estarían a una media hora de Constanza, vió José con sorpresa que su amo dejaba el camino real por tomar una veredita que en él desembocaba por la derecha, y no pudo menos de decirle:

—Según veo, señor Conde, o distraído con esos pensamientos Vuecencia se ha desorientado, o es que ya ha perdido los memoriales de este camino...

—No, José, no; sé perfectamente por dónde voy; muchas veces, allá en mi mocedad, he subido yo por esta vereda... Cerquita de aquí, a muy pocos pasos, hace medio siglo que el monasterio tenía una hospedería para los extranjeros que venían a visitarlo. ¡Aun me parece que estoy viendo aquel letrero de tinta encarnada que había a la puerta: *Hospedería del Peregrino*..., y el trato que le daban a uno allí tampoco es para olvidarlo... ¡Qué truchas, qué anguilas del lago ése! ¡Qué vinos!... Pues, ¿y la caza? En ninguna parte se comían pasteles de liebre y embutidos de venados tan ricos como aquí... ¡Buen estómago tenía yo entonces!... ¡También me acuerdo del hostelero, con aquella caraza de luna llena que tenía!... Y era muy hombre de bien, por cierto...; ¿dónde estarán sus huesos ya? Pero a bien que si su sucesor no quiere ser indigno de él, allí encontraremos albergue bueno y barato...

Seguían entre tanto andando nuestros viajeros: el Conde, marchando unas veces con fatigoso aliento; parándose otras a limpiarse el sudor que inundaba su

frente, iba explorando el terreno y contando anécdotas relativas a los diversos sitios que atravesaba.

Aquí fué, allí pasó, decía golpeando con la contera de su bastón el suelo. Luego que hubo llegado a la cima de un vericueto, paróse otra vez a examinar cuanto le permitían las sombras cada vez más obscuras del crepúsculo, y después, habiéndose nuevamente calado sus antiparras y explorado en derredor suyo con doblada atención, dijo:

—No me había engañado; la hostería ya no está... Me acuerdo perfectamente: ahí donde se ve ahora ese hoyo estaba la cochera; en ese otro lado, las caballerizas...; más allá había un bosquecillo, en donde tengo apuradas muchas botellas de Rhin con mis compañeros... Pocos viven ya... Ellos, y la hostería, y el bosquecillo han desaparecido... Todo cambia sobre la tierra.

José, que con un palmo de lengua fuera había soltado la carga para descansar un rato, comprendió, por lo que su amo decía, que aquella fatigosa ascensión había sido inútil; pero el respeto que al Conde profesaba, y el deseo de no agravar con sus quejas las penas del anciano caballero, hiciéronle llevar con alegre resignación este contratiempo, y lejos de mostrarse mohino, invitó al Conde a sentarse un momento, y le dijo con reverente jovialidad:

—Hagamos de tripas corazón, señor Conde; y ya que es fuerza alargar un poco nuestra romería, gocemos al menos unos instantes del magnífico golpe de vista que aquí se nos presenta... Mire Vuecencia allá el Poniente: parece el cielo una fragua..., y aquí, a este otro lado, en la ciudad, ¡cómo empiezan a asomar por torres y ventanas lucecillas que parecen candelitas de brujas!... ¿No quiere Vuecencia echarse este capotillo sobre los hombros? Porque la noche va refrescando... ¡Vaya!

Tome Vuecencia... Así... Pero, ¿qué piensa Vuecencia, que está tan embebido?

—¡Ah, mi buen José!... En este mismo sitio donde estamos había en tiempos un banco rústico, adonde venía yo muchas veces con aquella santa que Dios me había dado por esposa a contemplar este espectáculo... Todavía me parece verla tendiendo la mirada purísima de sus bellos ojos por la extensión del horizonte, o clavándolos en el cielo, y con sus manos en las mías invitándome a elevar con ella un himno de admiración y de gratitud al Autor de tantas maravillas... ¡Oh! ¡Qué alma la suya!... ¡Infames! ¡Asesinos!... ¡Me la han matado, José, me la han matado!... ¿Quién me hubiera dicho, cincuenta años ha, que había yo de pasar por aquí sin ella, solo, decrépito, pobre, separado de todos los míos, despojado de todos mis bienes, desterrado de mi patria?... ¡Ah! Yo bendigo, Señor, los inescrutables juicios de tu Providencia! Yo acato humildemente tu santa voluntad..., pero es muy duro, muy cruel, lo que me pasa... ¡Hijos míos!, ¿qué será de vosotros a estas horas?

José, que vió correr lágrimas por las mejillas del anciano, queriendo apartarle de sus tristes reflexiones, le dijo:

—Me parece, señor Conde, haber oído decir a Vuecencia, cuando llegamos a Soleure, que en Constanza iría Vuecencia a hospedarse en casa del barón de Spatzheim... ¿No estaría Vuecencia mejor allí que en una posada, por buena que sea?

—¡Ya lo creo que estaría mejor!... Pero después he caído en la cuenta de que el Barón es un hombre altivo, y temo que mi pobreza sea de él mal mirada y mal recibida... No creo que me cerrase sus puertas; porque al cabo, en el fondo es bueno, y no se menospre-

cia así a un amigo de la juventud, a un compañero de armas, como yo lo he sido de él... Pero de todos modos, mi presencia haría un contraste que había de molestarle mucho con la riqueza de su palacio, con el lujo de sus visitadores. Me tomaría por un mercader quebrado...

En este momento el Conde, sintiendo pasos detrás de sí, volvióse, y vió como un bulto negro que iba subiendo la cuesta en aquella misma dirección, y que no era sino un monje, al cual se adelantó a saludar el anciano, luego que con él hubo emparejado, diciéndole:

—¡Dios os guarde, Padre mío!

—La paz de Jesucristo sea con vosotros, hermanos —respondió el monje con dulce y cortés acento.

—¿Pertenece Vuestra Reverencia a la abadía de Kreutzlingen?

—Tengo ese honor, aunque indigno...

—Debí haberle conocido por el hábito; es el mismo que ha cincuenta años..., esto no ha cambiado, al menos... No sucede así con el monasterio ni con sus alrededores, pues, si no me engaño, aquí, en este mismo sitio—y el Conde golpeaba el suelo con la contera de su caña de Indias—existía entonces la hostería del *Peregrino*, perteneciente a la abadía... ¿Podrá decirme Vuestra Reverencia por qué ha sido demolida?

—Ignoro—respondió el monje—lo que pudiera haber en este sitio medio siglo ha; pero la hostería de que habláis se halla a trescientos pasos de aquí: en pocos minutos podéis llegar. Mirad, precisamente en este instante empiezan a iluminarse los cuartos del piso principal.

—Pues insisto, Padre mío, en que la hostería que estaba antes aquí... Sin duda el monasterio creería era ya chico el antiguo edificio, y a lo que veo, se ha cons-

truído otro mucho más vasto... ¿Cree Vuestra Reverencia que habrá posada para dos extranjeros?...

—¡Oh! Sin duda... Días pasados hubo mucha gente con motivo de la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora; pero hoy ya deben sobrar muchas camas, y es seguro que maese Weingarten, el hostelero, os recibirá con mil amores y os tratará a cuerpo de rey... Seguidme.

—¿Weingarten se llama el hostelero?—dijo el Conde deteniéndose y golpeando la frente con la palma de la mano—. ¡Weingarten! ¡Weingarten! Precisamente lo mismo se llamaba el hostelero de hace cincuenta años... ¿Por ventura el actual sería hijo de aquél?

—Hijo o nieto, pues nuestros renteros y colonos se suceden de generación en generación...

—Sí, nieto será; porque el Weingarten de mi tiempo era ya un Matusalén... ¡Excelente hombre, por cierto! Nunca se me olvidará, cuando aquel calaverón de Kœnigsmark hizo aquella fechoría, la caridad que mostró el buen hostelero con el pobre, víctima del lance... ¡Locuras, locuras de la mocedad, que a veces cuestan muchas lágrimas! ¿No ha oído Vuestra Reverencia hablar de este suceso? En el Monasterio debe de guardarse memoria de él.

—No sé de qué suceso habláis—respondió el monje.

—Una muerte que se hizo aquí... Vuestra Reverencia debía de ser un niño entonces; pero el lance fué tan ruidoso y produjo sinsabores tan amargos al buen Abad de aquel tiempo, que pensaba yo duraría aún la memoria del caso entre los monjes.

—¿Una muerte, decís? ¿Algún asesinato?

—¡Hum!, asesinato..., no; pero de todos modos, crimen... Fué un duelo...

—¡Un duelo! ¡Qué horror!... ¿Y quiénes fueron los culpables de semejante atrocidad?

—El loco de Kœnigsmark, ya mencionado, y un desdichado caballero de Turgovia, que fué la víctima de su furor... Aquí, aquí mismo fué donde se batieron... Kœnigsmark me nombró por padrino suyo, pero yo no quise serlo; mi conciencia me impedía tomar ninguna parte en un acto reprobado por las leyes divinas y humanas. Escogieron por campo del duelo este sitio porque el Obispo de Constanza, noticioso de lo que iba a suceder, declaró que perseguiría el hecho como un asesinato si se llegaba a realizar en terreno de su diócesis.

—Pues es muy extraño que no hiciera lo mismo el Abad del monasterio—repuso el religioso.

—Así habría sido—continuó el Conde—si lo hubiera sabido a tiempo; pero los contendientes se dieron tan buena traza y tal prisa para terminar su atroz empeño, que cuando llegó a noticia de los monjes ya la catástrofe estaba consumada... Me acuerdo bien del horror y de la indignación que se apoderaron del Abad y de todos los religiosos cuando supieron lo acaecido...

—Pues ahora me explico—dijo el monje—un hecho que responde a la pregunta que me habéis dirigido antes, caballero. Ya comprendo por qué la antigua hostería fué derribada y se construyó esa otra más allá; sin duda se quiso borrar, en cuanto fuese posible, hasta el recuerdo del atentado cometido en ese sitio... También me doy ya cuenta de ciertos rumores que allá en mi niñez llegaron a mis oídos y que nunca quisieron explicarme enteramente. Después, cuando ya hube entrado en el convento, nada he vuelto a oír..., las cosas del mundo rara vez llegan hasta nosotros, pues excepto los monjes que por razón de sus cargos tienen que

comunicarse con los seglares, vivimos enteramente ajenos a cuanto en el siglo pasa...

—¡Ah! ¡Hacen mil veces bien Vuestras Reverencias! ¡Dichosos los que pueden vivir, sobre todo en estos tiempos de turbulencias y crímenes, tan retirados del bullicio mundano! Veo que la santa regla de vuestro monasterio continúa tan bien observada como en el tiempo de que os hablo, Padre mío; y a propósito, os confesaré francamente que no deja de chocarme veros a esta hora fuera de la abadía...

—¡Oh!... Vuestra sorpresa, caballero, es muy natural, y lejos de ofenderme, al contrario, me lisonjea, porque cede en honra de mi santa casa. Tenéis razón, es extraño ver a un monje por aquí a estas horas; pero cuando es la caridad quien le trae...

—¿Algún pobre enfermo, a quien dar auxilios espirituales?—preguntó el Conde.

—No, señor—respondió el religioso—; vengo de Constanza, adonde el Reverendo Padre Abad me ha enviado para recibir a un emigrado..., un noble caballero francés, a quien los disturbios de su patria lanzan a tierra extranjera.

—¿Un emigrado?... ¡No serán pocos los que lleguen en estos tiempos de proscripción y de guerra civil! La pobre Francia, dominada hoy por el vértigo revolucionario, está devorando a una parte de sus hijos y arrojando de su seno a la otra... ¿Y ha encontrado Vuestra Reverencia a ese infeliz caballero?

—No, señor; sin duda se ha anticipado en demasía la noticia de su llegada, pues el barón de Spatzheim, en cuya casa se habría hospedado, ni le ha visto, ni siquiera ha oído decir que estuviera para llegar...

Al oír el nombre de Spatzheim, José tuvo ya la len-

gua en movimiento para terciar en el diálogo; pero atajándole su amo, respondió al monje:

—¡Un pobre emigrado puede hallar tantos estorbos en su camino!... ¿Sabe Vuestra Reverencia si ése viene directamente de Francia?

—No lo sé a punto fijo; pero es muy probable que sí, siendo él francés... Parece que es ya un anciano... ¡Infeliz!, jefe actual de la antigua y nobilísima familia de Ventimile, reducida hoy, según creo, punto menos que a la miseria por causas de los trastornos políticos...

Apenas acababa el monje de decir estas palabras cuando, habiendo llegado a la puerta de una gran casa fabricada al pie de una colina, añadió:

—Esta es la *Hospedería del Peregrino*. Entrad en ella, caballero, pues yo os respondo de que seréis bien tratado... Que Dios os proteja: yo continúo el camino a mi monasterio.

El noble emigrado respondió con un signo cortés de gratitud, y lleno de mil varias imaginaciones entró en la hospedería seguido de su fiel José.

CAPITULO II

La Hospedería del Peregrino.

FUNDADA primitivamente para servir de hospedería a los parientes de los monjes de Kreutzlingen y a los seglares que iban a negocios del monasterio, la *Hospedería del Peregrino* se había convertido luego en una hostería pública, donde eran recibidos todos los viajeros. El excelente trato que, como hemos dicho, se daba en ella a los huéspedes, la rara probidad de los hosteleros y la protección de la abadía, a quien continuó perteneciendo, la habían hecho célebre en toda la comarca.

Cuando el Conde entraba, estábase disponiendo la cena. Sobre las mesas y en las escarpias de la vasta cocina veíanse tendidos o colgados magníficos trozos de tasajo y de carnes frescas, que pasando sucesivamente de la lumbre en que los iban asando al comedor en que los iban engullendo los formidables estómagos de los huéspedes del *Peregrino*, despedían un perfume sobrado tentador para quienes, como nuestros dos viajeros, llegaban tras una jornada tan penosa.

El venerable maese Weingarten, rubio, mofletudo y

coloradote como buen suizo, que desde el punto de ver al Conde descubrió en él toda la veta de un ilustre caballero, acercósele a saludarle con una respetuosidad que tanto podía tener de benévola acogida como de interesada deferencia. José, a cuya fiel penetración no se ocultaba este segundo matiz del cortés saludo del hostelero, meditaba, colocado detrás de su amo, la manera de hacer entender al señor Weingarten que su nuevo ilustre huésped era tan honrado y noble caballero como pobre viandante.

—¿Tengo el honor de hablar al señor Weingarten? —preguntó el Conde al hostelero después de responder con una aristocrática inclinación de cabeza a su solícito saludo.

—Servidor de Vuecelencia—respondió el hostelero.

—Podría haberme ahorrado la pregunta—añadió sonriendo el Conde—, pues tenéis muy marcado el sello de vuestro padre... o de vuestro abuelo, a quien conocí cincuenta años ha.

—De mi abuelo, caballero. Los Weingarten llevamos ya de hosteleros del *Peregrino* cuatro generaciones.

—Me alegro mucho, pues estoy cierto de que las tradiciones del buen Weingarten se habrán perpetuado en su nieto... Era un hombre muy cabal vuestro abuelo, Dios le tenga en la gloria..., ¡el fénix de los hosteleros!

—Confío en que el nieto no deberá menos buena opinión a Vuecelencia—respondió el hostelero haciendo una nueva reverencia al Conde e invitándole a entrar en el comedor.

—Quisiera antes deciros una palabra, amigo Weingarten.

Y con esto, retirándose un poco el Conde hacia un ángulo de la cocina, dijo al hostelero unas cuantas fra-

ses al oído. Las criadas de la hostería, curiosas como toda mujer, como toda criada, y mucho más si es de hostería, no echaron en saco roto ni este *aparte,* ni la solicitud con que inmediatamente después el mismo señor Weingarten en persona salió y volvió a entrar con José, cargado de algunos bultos del exiguo equipaje del Conde; y luego, descolgando del llavero la llave del número VIII, es decir, del cuarto de preferencia, echóse a andar, sirviendo de guía al amo y al criado, hasta que los hubo instalado en el cuarto y encendido por sí mismo la chimenea; hecho lo cual se retiró, no sin haberlos antes inscripto en el libro de registro, donde era costumbre apuntar el nombre y calidad de los viajeros que se hospedaban en el *Peregrino.* Atentas a la novedad del caso, tampoco las criadas dejaron de notar el aire reservado que repentinamente había tomado el señor Weingarten, y el extremo cuidado con que, después de examinar atentamente las notas de su registro, había encerrado el libro bajo llave en el armario. Esto todo explica cómo a los cinco minutos corría por la casa el rumor de que un misterioso extranjero, con todas las trazas de personaje importante... o sospechoso, había llegado aquella tarde a la hospedería.

Entre tanto, el anciano Conde, apenas entrado en su cuarto, habíase arrellanado en un cómodo sillón de cuero enfrente de la chimenea, y decía a su compañero de viaje:

—Buena pitanza te aguarda, mi buen José; el señor Weingarten es hombre que lo entiende, y tiene encargo mío de darte bien de cenar.

—Lo siento mucho, señor Conde, porque no tengo apetito.

—¡Bah! Desde hoy por la mañana que tomaste aquella mala taza de leche, no has probado bocado. Con-

que no me digas..., debes tener las tripas como cañón de órgano.

—¡Cuando digo a Vuecencia que no tengo apetito!...

—Nada, nada; tripas llevan a pies. Con el traqueteo que has sufrido desde que dejamos nuestra querida Francia y tu alquería, no puede menos sino que estés atrasadillo de alimento.

—¿Yo?... Crea Vuecencia que me siento capaz de ir trotando de aquí hasta Rusia... Además, no se figure el señor Conde que yo no me he cuidado.

—Mira, José—replicó el Conde levantándose y poniendo afectuosamente la mano sobre el hombro de su criado—, cuando uno es ya tan perro viejo como yo, no se le engaña así en un dos por tres. Tú te empeñas en ahorrarme dinero, y por eso no quieres hacer gasto, pero no lo consentiré; la partida ha de ser igual para los dos; eso de que yo me vaya regalando como un príncipe en todas partes donde paramos, mientras que tú vives de alpiste, no es regular... Conque a cenar en regla esta noche, que sabe Dios lo que nos aguardará mañana...

—Señor, hay que tener previsión; nuestra bolsa va estrujándose a toda prisa, y yo quiero que dure siquiera hasta que Vuecencia llegue al término de su viaje...

—¡Ya! Pero a costa de tu estómago.

—Yo, señor Conde, estoy criado en el campo y acostumbrado a vivir con cualquiera cosa... Pero Vuecencia es muy distinto; toda la vida de Dios ha tenido buena mesa, y no está bien que al fin de sus años se acorte la ración...

—Mira, José, no seas vanidoso: a ti se te figura que por ser joven todavía y por haberte criado en el campo eres el único fuerte; pero has de saber que yo, allá en mi juventud, fuí educado con mucha sobriedad...

No parece sino que mi pobre madre presentía lo que, andando el tiempo, había de pasar por mí cuando, tan severa con todos sus hijos, nos hacía pasar ciertas privaciones... Aquí donde me ves, soy todavía hombre capaz de pasar sin beber agua aunque sean tres días...

—¡Ya! Y por eso está Vuecencia bostezando más de dos horas ha, con una cara y unas piernas que piden a toda prisa un buen trozo de venado y un buen par de lonjas de jamón, con su botellita correspondiente...

—¡Ah, pícaro! ¿Pues no decías que la bolsa está tan estrujada? Y me quieres dar un banquete regio...

—Los apuros no han de venirnos de que Vuecencia se dé el trato que es regular, sino de otra cosa...

—Vamos, ¿de qué?... Explícate, gruñón...

—¿Qué necesidad tenía Vuecencia de dar cuatro florines de propina a ese pícaro carretero?...

—Cuando un Ventimile ha dado su nombre, es preciso, José, que mantenga el decoro de su clase y que se muestre como quien es... Mientras le quede una sola moneda, debe ser generoso.

—¿Y cuando no tenga esa sola moneda?

—Debe entonces dar su reloj, sus joyas, cuanto posea... La tacañería, que es un vicio feo en todo el mundo, en el noble es un oprobio.

—¡Corriente! Pero a ver cómo Vuecencia se arregla para seguir en ese despilfarro con veintiséis florines que nos quedan por junto para tirar..., como quien no dice nada, hasta Viena...

—Veintiséis florines y Ventimile son poca cosa; pero veintiséis florines, Veintimile y la Providencia forman una suma enorme...

—Sí, señor Conde; yo también confío en que la Providencia no nos abandonará; pero... *a Dios rogando y*

con el mazo dando, como dice el refrán. Por ejemplo: si Vuecencia, en vez de venir a esta hostería, que va a costarnos un sentido, hubiera ido a hospedarse en casa de ese señor barón de Spatzheim, su antiguo camarada, nos hubiéramos ahorrado algunos florines...

—Te equivocas, José; los habríamos gastado todos. El barón es hombre de rumbo, y habría puesto a nuestra disposición todos sus criados. Y entonces, tanto de propina al cochero, tanto al ayuda de cámara, tanto a la cocinera, tanto al barbero, nos hubiéramos quedado sin un franco. Porque ello al cabo, un Ventimile no podía menos de haber regalado a quien le sirviese. Desengáñate: lo mejor que podemos hacer es viajar de *incógnito* hasta ver si mudan los tiempos...

—Como Vuecencia quiera. Por de pronto voy a ver si el señor Weingarten tiene ya corriente la cena.

—Que me traigan una tacita de te; es lo único que pienso tomar: ¿entiendes? Una tacita de te; nada más.

El buen José miró a su amo con filial ternura, y salió diciendo para sus adentros:

—¡Una taza de te! ¡Buenas enjundias criaría con eso! Vamos a ver qué opina el señor Weingarten.

Y mientras el Conde, entregado a sus melancolías, repasaba en su mente, ora con tierna gratitud el solícito y generoso cariño de su criado, ora con angustioso anhelo la suerte que hubiese cabido a su noble familia, de quien le traían apartado por tan ásperos senderos las violencias de la revolución, José había ido a la cocina en busca del hostelero, el cual, luego que le vió, preguntóle cortésmente si su amo quería tomar alguna cosa.

—Lo que es por ahora, maese Weingarten—respondió José—, no se le ofrece nada.

—¡Cómo que nada!—repuso con asombro el hostelero—. Pues ¿a qué hora ha comido?

—En cuanto a eso de comer, hoy no lo ha hecho a ninguna hora; sin duda anda desganado... No, y lo que es cuando él está bueno, tiene un diente bastante regular; pero hoy dice que no quiere más que una taza de te; sin embargo, si maese Weingarten tuviese a mano alguna friolerilla apetitosa que ofrecer a mi señor, todavía puede ser que le hiciéramos animarse. El comer y el rascar...

—¡Y cómo que si tengo! ¡Vaya! En la hostería del *Peregrino* hay de todo y para todos los gustos. Ni las ollas de Egipto.

—Verdad es, maese Weingarten; debéis hacer un buen negocio con tanto huésped como os honra.

—¡Hum!... De todo hay... En primer lugar, amigo mío, aquí se sirve muy barato a los viajeros; y en segundo lugar, la mitad, lo menos, de los que llegan, comen y duermen de balde.

—¿De balde? ¡Ah!, ya entiendo; los pobres de solemnidad...

—No, no, amigo mío; no soy yo bastante rico para poder echar así mi casa por la ventana y constituírme en proveedor de todo hambriento, ni pudiera tampoco hacerlo aunque tuviese un Potosí.

—Pues entonces, no comprendo.

—Todo lo comprenderéis cuando os diga que aquí no soy yo el amo, sino el monasterio, el cual me tiene, con su cuenta y razón, por supuesto, al frente de la hostería. Cuando llegan viajeros enviados por los monjes, yo los recibo, los trato a pedir de boca, y ellos luego se largan cuando les parece bien, sin pagar.

—¡Ya! Es decir, que os desquitaréis con los huéspedes que no vengan enviados por los monjes.

—¡Pche!... Alguna cosilla se gana; pero muy poco siempre, porque esos buenos Padres se empeñan en que ha de dar uno las cosas por muy poco más de lo que cuestan. De manera que entre los huéspedes que no pagan, y lo baratísimo que se lleva a los que pagan, haceos cuenta de que el *Peregrino*, más que una hostería pública, viene a ser una especie de *Hospicio*.

—Pues dígole, maese Weingarten, que si los monjes de la abadía son muchos, y cada cual puede dar a quien quiera carta blanca para venir aquí a sacar la barriga de mal año, necesitáis una despensa y una bodega de media legua en cuadro...

—¡Ah! Es que no todos los monjes pueden dar esa carta blanca, amigo mío, sino solamente el Abad y el Procurador. ¡Adónde íbamos a parar! .

—Pues, ¡ea!, maese Weingarten, hacedme la merced de tratar por esta noche a mi señor como si trajese carta blanca del Procurador y del Abad...

—Al momento; precisamente tengo hoy una magnífica pollita asada, un pastelito de liebre, y unos embutidos de venado que están diciendo comedme... ¿Qué escogéis para la cena de vuestro amo?

—¡Eh! Un poquito de todo eso... y mientras más prontito, mejor.

—Dentro de cinco minutos. ¡Ah! ¿Y vino? Lo tengo de todas especies y fechas

—Pues sacad una botella del más añejo y mejor.

El hostelero era hombre de palabra; en menos de un cuarto de hora había entrado en la habitación del Conde, precedido de José, y por sí mismo había puesto la mesa y servido los platos, género de cortesía que el señor Weingarten no empleaba sino con huéspedes de cierta alcurnia y de quienes esperase larga recompensa. Conforme el hostelero iba poniendo platos sobre la mesa,

pintábase sucesivamente en el rostro del anciano, ora una gratísima sorpresa, ora una inquietud anhelosa.

—Pero ¿adónde vais a parar con toda esa batería, amigo Weingarten?—preguntó en fin al hostelero—. Yo había dicho a José—añadió mirando al criado, que se hizo el desentendido—que con una taza de te me bastaría por esta noche.

—Tendrá Vuecencia la taza de te—respondió el hostelero destapando la botella con un provocador estallido—: la tendrá; pero será después de haber pellizcado siquiera esas friolerillas y de haber catado este bálsamo. Acá, en nuestra buena Suiza, los caballeros franceses son tan famosos por su bizarría como por su buen estómago, y sería una deshonra para el *Peregrino* haber hospedado a tan ilustre viajero sin darle una muestra ventajosa de su cocina y de su bodega.

—Verdaderamente, amigo Weingarten—respondió el anciano aspirando con manifiesta fruición el tentador aroma que, combinados, exhalaban los manjares y el añejillo que hervía en la copa—, no hay manera de resistir a vuestra cortés invitación. Por no desairaros, voy a chupar esta patita del pollo...

—Comed, señor, con buen ánimo, y si algún pesar os importuna, acudid a esa botella, que se encargará de desarrugaros el entrecejo. Entretanto, con vuestro permiso, voy a dar una vuelta por la casa, que como uno no esté en todo... Servidor de Vuecelencia, señor Conde.

—Pero, José, ¿te has vuelto loco?—exclamó el anciano, luego que el hostelero hubo salido—. Te pido una taza de te, y me traes aquí un banquete opíparo... ¿Qué se han hecho tus planes de economía?...

—Señor Conde, francamente; el hostelero se me escandalizó de tal manera cuando le dije que Vuecencia no quería sino una taza de te, y me dió tan buenas razones

para persuadirme de que sería un disparate dejar a Vuecencia meterse en la cama con semejante colación, que me he ablandado, y... Vaya la otra patita del pollo, y un poquito de la pechuga, ¿eh? ¡Ajajá!... Un traguito ahora... Así verá Vuecencia qué bien que va a pasar la noche.

—¡Ya! Pero ¿y los veintiséis florines? ¡Buen despacho van a tener con este despilfarro!...

—Coma ahora Vuecencia en paz y gracia de Dios, que... ya veremos. Aquí es todo muy barato, señor Conde.

—Me alegro, porque así podrás tú también echar un buen remiendo a las tripas...

—Yo ya me he reforzado; no tenga pena por mí el señor Conde, que bien sé cuidarme.

—No mientas, tú no has comido nada. Mira, ponte ahí enfrente, y ayúdame a dar cuenta de ese pastel... Anda...

—Muchas gracias, señor... Cuando digo a Vuecencia que yo ya estoy despachado...

—Hombre, no seas tozudo: siéntate y come; de todos modos lo hemos de pagar, y no tendrás la pretensión de que yo me engulla toda esa batería.

—En cuanto a eso de pagar, Vuecencia pagará lo que coma, y nada más; pues según me han dicho las criadas de la hostería, esos buenos monjes, que son los amos de todo esto, tienen mandado que no se cobre a los viajeros sino lo que coman; que las sobras se tasen en conciencia y se den a otros viajeros que quieran mantenerse con más economía, o a los pobres, que son los que sacan mejor partido de este sistema. No, no pasa aquí lo que en otras hosterías, que desuellan a los pobres huéspedes.

—En fin, hombre, haz lo que quieras. Pero ten presente que la jornada de mañana puede ser más fatigosa que la de hoy, porque... Ya te hablaré de esto en cuanto

amanezca. Por ahora, basta de cena; puedes retirar estos platos.

Luego que el fiel criado hubo salido, levantóse el Conde a dar un par de vueltas por el cuarto, y reparando, mientras paseaba, en un saco de lona, cuya boca, atada con una cuerda, asomaba por entre los no voluminosos bultos de su leve equipaje, acercóse movido de curiosidad a ver lo que el saco contenía; y no bien hubo desatado la cuerda y metido la mano, cuando topóse con una provisión de castañas secas, de higos pasados y de mendrugos de pan, duros ya como guijarros. El buen Conde sintió al punto bañadas en llanto sus mejillas, y exclamó, volviendo a atar la cuerda del saco, cual si temiese aparecer culpable de haber sorprendido un secreto:

—¡Ah, mi pobre José! ¡Estos son los manjares de tus banquetes! Y yo, absorto en el egoísmo de mis penas, no lo había ni aun sospechado. Te condenas casi a matarte de hambre porque a tu amo no falten regalos... ¡Bendito sea Dios mil veces, que, en medio de tantas ingratitudes y tan dolorosos afanes como me envía al fin de mis años, me deja ver y admirar una generosidad tan fiel y tan heroica!... ¡Bendito sea Dios!

CAPITULO III

La Biblioteca de la Abadía.

El buen anciano dormía pacíficamente media hora después en un mullido lecho, preparado por la asidua solicitud de José, mientras éste se encaminaba, a eso de las nueve de la noche, en dirección del convento, no sin haberse antes informado con gran maña de algunas circunstancias que le importaba mucho saber, entre otras, que aquella era precisamente la hora en que se acostaban los monjes, excepto el Superior, que se quedaba orando; el Bibliotecario, que se quedaba estudiando, y el Procurador de la Comunidad, que se quedaba escribiendo. Informado igualmente José, no sólo del nombre de estas tres personas, sino de sus costumbres y caracteres respectivos, sabía ya que el Prior era un hombre de mansedumbre y sencillez, muy dado a la oración y mortificación, pero casi extraño a los usos del mundo; del Procurador habíanle dicho que era de áspero exterior y desabridas palabras, pero indulgente y bueno en el fondo; y, por último, del Bibliotecario, que era todo un sabio, pero distraído habitualmente; que sus distracciones le habrían puesto en ridículo, a no ser tan respetado como lo era de todos por su sabiduría y santidad. Tales eran los datos con que José se encaminaba al

monasterio, resuelto a consumar el proyecto que había meditado. Al ruido estrepitoso de los campanillazos que dió llamando a la puerta de la abadía, el portero, que dormía ya a la sazón el sueño del justo, había salido de su celda restregándose los ojos, y, asomando su rostro por la ventanilla de la puerta, preguntó con acento un tanto dormilón y no en verdad muy afable:

—¿Qué se le ofrece, buen amigo?

—Quisiera ver al Procurador, hermano portero—respondió José.

—Estas no son horas ya de ver a ningún Padre; la Comunidad está acostada hace media hora.

—Ya lo sé; pero el Padre Procurador debe estar levantado.

—¡Levantado, levantado! Sí que lo está; pero es para hacer sus negocios, no para recibir a nadie. Si tiene prisa por verle, vuelva mañana.

—Es que mañana, hermano, puede ser que ya no esté yo por aquí. Soy un emigrado francés que no puedo disponer del tiempo como quiero; y teniendo necesidad absoluta de ver al Padre, si no lo consigo ahora, me veré obligado quizá a marcharme sin verle. Por el amor de Dios, pues, hágame la caridad de ir a rogar que me reciba.

El título de francés y de emigrado excitaba un interés muy natural en la hospitalaria Suiza, donde efectivamente, los desterrados y perseguidos por la revolución francesa hallaron fraternal asilo. Esto, y el ver que se le pedía como una obra de caridad, desarrugó enteramente el ceño del buen portero, quien habiendo subido diligente al piso principal del monasterio, volvió, pasados cinco minutos, a la portería, abrió, y seguido de José atravesaron uno y otro, sin decir palabra, el claustro bajo, y luego toda el ala derecha del alto, en cuyo ángulo paróse

el hermano lego junto a la puerta, y dijo a José en voz baja:

—Esta es la biblioteca del monasterio; aquí está el Padre Stokhausen; pero le prevengo, hermano, que precisamente cuando yo he subido a darle vuestro recado acababa de salir de un fuerte desmayo, que le ha privado de sentido... ¡Ya se ve! Se ha llevado todo el santo día de Dios trepando por esos vericuetos... y no habrá probado bocado, como si lo viera... Así, pues, hermano, procure no abusar de la caridad con que el Padre me ha dicho que os traiga a hablarle. No, lo que es por mí...

—Descuide, hermano, que no le importunaré mucho tiempo—respondió José entrando por la puerta que ya el lego le había franqueado.

La biblioteca era una pieza tan vasta como rica, pero que al primer aspecto parecía, no sólo triste, sino lúgubre: aquellos gigantescos estantes de nogal, cargados de libros; aquellas largas mesas, atestadas de volúmenes; las lámparas pendientes de alta bóveda, ya apagadas; algún que otro cuadro de enormes dimensiones incrustado en los huecos de la pared donde no había estantes; la perspectiva sombría, el silencio sepulcral; la oscilante luz de la única lamparilla que allá en el rincón más apartado de la pieza se divisaba sobre la mesa del bibliotecario, todo esto en aquel instante hacía aparecer la estancia como un panteón, más bien que como un lugar de estudio y un depósito de las glorias literarias de todos los siglos. El pobre José, poco habituado a semejante espectáculo, empezó casi con miedo a atravesar el pavoroso recinto, y apenas si le quedó serenidad para contemplar el cuadro que ofrecían dos religiosos que a la sazón estaban sentados junto a la mesa donde ardía la lamparilla; el uno con el rostro lívido, como de hombre afectado de mortal angustia, y la nuca apoyada en el

respaldo del sillón de cuero que le sustentaba; el otro a su lado en una banqueta sin respaldar, y atento únicamente al estado de su cofrade, delante de un enorme volumen manuscrito, y abierto sobre el atril. Ninguno de los dos religiosos pareció advertir la entrada de José, el cual, gracias a la abstracción de los monjes, pudo colocarse a pocos pasos de ellos y oírles, sin querer, el breve siguiente diálogo:

—A sucesos ya de tan larga fecha, Padre Stokhausen—decía el Bibliotecario—, basta consagrar una simple ojeada, o cuando más un recuerdo triste, y luego no volver a pensar en ellos... Vuesa Paternidad no ha de remediarlo, ni la cosa tiene ya tampoco remedio. Conque lo mejor es encomendarlo a Dios, y resignarse.

—¡Ah, Padre Kummerlinch!—respondió el Padre Stokhausen—, esa revelación me quitará la vida. ¡Dios mío! ¡Dios misericordioso!... ¡Ojalá lo hubiera yo ignorado siempre!...

—Vamos, hermano mío, vamos... Es menester tranquilizarse. Pasada esta primera impresión, ya veréis cómo se os va borrando el recuerdo. Y, al fin y al cabo, si él era inocente del agravio que se le imputaba, no hay razón para desesperar.

—¡Ah! No... no... ¡Qué horror! ¡Dios mío!

El pobre religioso, después de esta exclamación, tornó a reclinar su cabeza, que parecía de un muerto, sobre el respaldo del sillón, y con los ojos y los labios entreabiertos hizo señal al Bibliotecario de seguir leyendo. En este instante creyó José que debía llamar la atención de los dos religiosos, y tosió; con lo cual, volviéndose rápidamente el Bibliotecario y poniéndose la mano en hueco sobre las cejas, como para divisar entre las sombras a quien iba a interrumpirles:

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—Soy yo—respondió José temeroso y turbado—; un francés, un pobre emigrado, un...

El sonido de esta voz sacó de su letargo al Padre Stokhausen, que se disponía a levantarse, mientras el bibliotecario volvía a preguntar a José:

—¿Y quién os ha traído aquí? ¿Qué queréis?

—El hermano portero me ha traído... para hablar al Reverendo Padre Stokhausen, el Procurador...

—¡Ah! ¿Sois vos?—dijo éste enderezándose en su sillón y mirando a José con benevolencia—. ¿Dónde está vuestro amo?

—En la cama le dejo, Reverendo Padre. El pobre señor tiene ya muchos años, y con el cansancio de su viaje y la pena que le roe las entrañas necesita descanso. Por eso vengo yo, y no él.

—¿Cómo se llama?

—En la hostería del *Peregrino* ha ocultado su nombre, porque quiere viajar de incógnito, y ha dicho que se llama Villebois; pero es el conde de Ventimile.

—¡Ventimile!—dijo entonces el bibliotecario—; nobleza ilustre y antigua, de origen italiano. Muchas veces he encontrado en las crónicas ese nombre...

—Y sois vos su criado, ¿eh?—volvió a preguntar el Procurador.

—Lo soy y no lo soy, Reverendo Padre.

—Explicaos.

—De los numerosos dependientes que el señor Conde tenía, los unos se han hecho revolucionarios, y hoy persiguen a su antiguo amo, de quien no han recibido más que beneficios; los otros, que han permanecido fieles, están a estas horas, o presos o emigrados. Yo soy uno de sus renteros; tuve el gusto de ocultarle en mi alquería cuando iba huyendo de sus enemigos, y después no he tenido corazón para dejarle venir solo a tierra extran-

jera. ¡Pobrecito señor! Aunque no hubiera uno tenido entrañas. ¡Tan bueno y tan desgraciado!

Mientras que así hablaba José, los dos religiosos hojeaban, a un tiempo mismo, el manustrito que tenían delante, y conversaban en voz baja; pasados en esto algunos minutos, volvióse el Procurador a José y le dijo con cierta aspereza:

—Está bien: mañana, Dios mediante, iré yo a ver al señor Conde.

—¡Mañana!—respondió José rascándose la oreja—; es posible que antes del alba nos hayamos ya marchado de Constanza.

—¿Y adónde? ¿Se puede saber?

—Camino de Viena.

—Pues es preciso suspender la marcha, porque tengo yo que ver necesariamente al señor Conde. Hacedme el obsequio de decírselo así.

—Yo se lo diré, Reverendo Padre; pero dudo que podáis verle.

—¿Por qué, vamos?—dijo el Procurador con manifiesta impaciencia—. ¿Es cosa de que vuestras horas estén contadas?

—Nuestras horas, Reverendo Padre, no; pero nuestros escudos, sí. Mi amo no haría esta revelación a Vuesa Paternidad aunque le fuera en ello la vida, porque... en fin, porque cada uno es quien es; pero yo, que no soy conde, ni noble, puedo deciros que el pobre señor, despojado como ha sido de todos sus bienes por los revolucionarios, y obligado a huír más que de prisa para sacar salvo el pellejo, no ha podido traer consigo ningún tesoro... Y luego, lo poco que tiene se da tal maña a repartirlo, que al paso que vamos estoy viendo la hora en que no va a quedar ni para pagar un mal almuerzo en una posada.

—Si sólo es por eso, ¡que no precipite su marcha—replicó el monje—; decidle que puede permanecer todo el tiempo que quiera en la hostelería del *Peregrino;* que será tratado como exigen su edad y su clase sin que nada le cueste.

—¡Aquí te quería yo ver venir, Padrecito mío!—dijo para su coleto José. Y luego, dirigiéndose al Procurador: —Gracias—le dijo—, Reverendo Padre; pero ¿cómo sabrá maese Weingarten la voluntad de Vuesa Reverencia?

El Procurador, por toda respuesta, escribió un billetito en alemán, y dijo:

—Dadle esto de parte mía, y a vuestro amo decidle que tengo un verdadero y grande interés en verle; que le agradeceré con toda el alma que me espere mañana.

—Me parece, Padre, por lo que a mí se me alcanza de la cortesanía del señor Conde, que se ha de anticipar él a venir a saludar a Vuesa Reverencia. Además, allá en tiempos ha estado él por estas tierras, y conoce a palmos la Abadía; como que creo que fué gran amigo del señor Abad de por entonces. De esto ha ya más de cincuenta años. Conque figúrese Vuesa Reverencia si tendrá gusto en venir a dar una vuelta por estos sitios, y recordar tanta cosa como le ha pasado en ellos.

—Ciertamente—dijo entonces el bibliotecario al Procurador—, mejor es, Padre Stokhausen, que ese caballero venga. Así os será más fácil adquirir las noticias que tanto os importan. Decidme, hermano—añadió el monje, dirigiéndose a José—: ¿Qué hora será más cómoda para que venga vuestro amo?

—El señor Conde—respondió José—tiene allá sus costumbres de señor antiguo. Por lo regular se suele

levantar tarde; luego, entre sus devociones de por la mañana, y tomar su tazón de chocolate y vestirse, se pasan un par de horas; y en seguida se va a Misa de once, y después da un paseíto hasta la hora de almorzar; verdad que todo esto lo hacía cuando estaba en su palacio; ahora ya...

—Ahora—repuso bruscamente el Procurador—hará lo mismo, si le place, al menos mientras esté en nuestra comarca. Decidle que le esperamos después del mediodía. Id en paz, y Dios os guarde.

José no esperó a que se lo dijesen segunda vez; con su billete escondido en el bolsillo más hondo de su chupa, y rebosando de júbilo por todos sus poros, fuése diciendo para sí:

—Pues, señor, sé yo mucho. Ya tenemos carta blanca. ¡No va a llevar mala merma la despensa de maese Weingarten! ¡Ahí es nada, si a mi pobre viejo le vendrán como pintados unos cuantos días de reposo! Y todo ello sin menoscabo de nuestros veintiséis florines. ¡Viva el Padre Procurador! Ello, sí, tiene una cara de vinagre que despide huéspedes; pero ¡vaya si es bueno y campechano! ¡Pobre amo mío!

CAPITULO IV

Una visita al Monasterio.

ARRULLADO con tan agradables imaginaciones, apenas el buen José hubo vuelto a la hostería y entreabierto cautelosamente la puerta de la alcoba de su amo para asegurarse de que dormía tranquilamente, acostóse también él y durmió no menos tranquilo, aunque no tan descuidado que no estuviese clavado ya junto a la cabecera del Conde cuando el buen anciano despertó al siguiente día, en hora que ya el sol doraba con sus nuevos rayos las ondas del lago y los valles circunvecinos.

—¿Eres tú, José?—dijo el Conde luego que, abriendo los ojos, se halló con los de su criado, que con ternura filial le contemplaba.

—El mismo, señor Conde—respondió José, alargando a su amo el gorro y la bata que a prevención había sacado ya de la maleta—. Parece que Vuecencia ha dormido bien, ¿eh?

—Toda la noche de un tirón... Tal cena me diste, y sobre todo tal vino... De buena gana te perdonaría tu prodigalidad si no me tuviesen con tanto cuidado nuestros pobres veintiséis florines. Pero Dios es bueno,

y su providencia nos da socorros cuando menos lo esperamos... ¡Calla! Debe ser ya tarde, según lo levantado que está el sol...

—¡Pche! Las nueve...

—Dame, dame mi devocionario. Alabemos ante todo al Señor y demos las gracias de tanto beneficio como nos otorga sin merecerlo.

Tierno y edificante espectáculo era el de aquel anciano, arrodillado ante el Crucifijo que pendía del testero de su alcoba, ofreciendo a Dios las primicias del día, de aquel día que podía muy bien ser para él más amargo que los anteriores, y que iba tal vez a alejarle más de su patria. Terminadas sus oraciones, y mientras tomaba el tazón de chocolate que por su propia mano le había hecho y servido José, quedóse un rato mirando a éste con expresión de paternal cariño, y luego, lanzando del pecho un suspiro, como para disponerse a un gran esfuerzo, díjole con acento entre tierno y solemne:

—Te anuncié ayer, mi querido José, que hoy te comunicaría cierta resolución importante. Ha llegado el momento... Acércate; dame la mano. José, amigo mío, tenemos que separarnos hoy.

—¿Cómo separarnos? Señor, Vuecencia no sabe lo que está diciendo...

—Hoy mismo: de esta posada partiré yo solo... Es indispensable.

—Pero, señor—preguntó el criado con tanto pesar como asombro—, ¿por ventura tiene Vuecencia alguna queja de mí?

—¡Queja, mi buen José, no! ¡Tú eres el más leal y más generoso de los hombres!

—¡Bah, señor!...

—Sí, lo eres; pero por lo mismo no debo yo abusar

más tiempo de tu generosidad; hora es de que vuelvas a Francia, y al seno de tu familia; tu mujer, tus hijos tienen derecho a tu compañía, a tu protección, y no es justo que los prives de una y otra por seguir a un extraño... Pues al cabo, yo no soy más que un extraño para ti...

—Pero, señor—replicó José, a punto, o poco menos, de romper en amargo llanto—, aun cuando fuese yo tan desagradecido y tan sin entrañas que, así sin más ni más, dejase a Vuecencia en tierra extranjera, sin arrimo ninguno y a sus años, ¿piensa Vuecencia que mi buena Teresa me perdonaría el haberle yo abandonado? Capaz era de darme con la puerta en los hocicos.

—Sí, ya sé que ni para ti, ni para tu mujer, ni para tus hijos, hay sacrificio que les parezca costoso en obsequio mío; pero por lo mismo yo no puedo consentir que el cariño os ciegue hasta ese punto, no; estoy ya con un pie en la sepultura, y cuando Dios me llame a sí no quiero ir cargado con la tremenda responsabilidad de haberte robado el pan de tu familia.

—¡Válgame Dios, señor Conde!—repuso el pobre José, sollozando y a despecho suyo—. Vuecencia se olvida de que ese pan se lo debemos a la casa de Vuecencia. Y luego, que no nos faltará, Dios mediante. ¡Buena es mi Teresa para que ella se apure por no tenerme a mí consigo! Estoy seguro de que con ella nada faltará a mis niños.

—Te cansas en vano, José; mi resolución es irrevocable. Si me cuesta esfuerzo, Dios lo sabe; pero antes es mi conciencia. Lo dicho, dicho: hoy te vuelves a Francia.

—Bin; ¿y adónde va a ir solo Vuecencia por esos caminos?

—Ya sabes que mis hijos deben reunirse conmigo en Neuburgo.

—¡Pues! ¡A yo no sé cuántas leguas de aquí!... Y eso si vienen. ¿Qué sabe Vuecencia los tropiezos que pueden hallar para salir de Francia, y luego en su camino por Suiza? Si llegan a reunirse con Vuecencia, entonces podré yo ya dejarle. Pero entre tanto...

—Pero entre tanto pasan días, y los revolucionarios, que son tan suspicaces, pueden echarte de menos, y... ¡ay de ti si llegan a saber que has estado prestando auxilios a un noble emigrado!

—Y bueno, aunque así sea; si por eso habían de cortarme el pescuezo, ya les he dado bastante motivo; y si no, quince días más de ausencia no han de ponerme en mayor riesgo. Además que, vamos a ver: ¿qué necesidad tiene Vuecencia de darse prisa a salir de aquí? ¡Tan bien como estamos en esta hostería! Vuecencia no sabe...—añadió José con intento de cambiar de conversación—he vuelto a ver anoche al Padre aquel que nos encontramos por la tarde, y me ha hablado tanto de Vuecencia...

—¿De mí? ¿Pues por ventura me conoce?

—No, señor; pero desea conocer a Vuecencia.

—¿Y por dónde sabes tú que lo desea?

—Porque me lo dijo él mismo tres o cuatro veces, encargándome que no dejase marchar a Vuecencia hasta que él tuviese el gusto de verle y hablarle; y no sólo eso, que... no quisiera que Vuecencia lo llevase a mal, pero yo me he tomado la libertad de...

—Explícate, ¿de qué?

—Pues, como iba diciendo, el Padre, que es muy buena persona, quería venir a saludar a Vuecencia, y yo... le dije que no se incomodara en eso, que Vuecen-

cia tendría el honor de ir a visitarle. ¿He hecho mal, señor Conde?

—No, José, en eso has hecho perfectamente; ni este cuarto, ni esta facha que lleva uno, son para que un Ventimile pueda recibir dignamente a una persona de respeto. Sí, iré, iré yo mismo a darle gracias por su buena voluntad.

—Con eso también Vuecencia podrá renovar, visitando la abadía, memorias agradables...

—Cierto, cierto; el monasterio debe haber ganado mucho desde la primera ocasión que tuve de admirar su magnificencia... Nunca se me olvidará la fisonomía dulce y austera juntamente, y el trato franco y amable del Abad de entonces...

—Aquel que dice Vuecencia que le quería tanto, ¿no es verdad?—preguntó José regocijado de ver a su amo distraído del anterior empeño de despedirle.

—Sí—respondió el Conde—; desde que supo que me había yo negado a intervenir en el duelo de aquel calaverón de Kœnismark, me tomó grande afecto... Ya se ve, ¡un caballero, y militar como yo era, desaprobar un lance de honor!... Mis camaradas lo llevaron muy a mal, y en las casas de la nobleza se decían mil pestes de mí; pero yo, nada, impertérrito; me parecía entonces, como ahora, que el duelo es un crimen horrendo; sabía que la Iglesia le castiga con terribles excomuniones, y mi conciencia no podía aprobarlo... Las gentes honradas pensaron del caso lo mismo que yo, y el Abad, sobre todo, no hallaba palabras con que agradecerme lo que él llamaba mi valor cristiano.

—¡Ea, pues! Vístase Vuecencia, y tome su bastón, y a dar un paseíto a la orilla del lago antes que el sol caliente más; verá Vuecencia con qué apetito almuerza luego; y así que acabe de almorzar, tomamos un ca-

rruajito, que los hay aquí en la hostería, y a Kreutzlingen...

—¡Pero, José, tú has perdido el juicio! Almuerzo, carruaje... ¿Te has hallado algún tesoro? ¿Tú quieres que en sola una mañana devoremos nuestros veintiséis florines?...

—¿Y la Providencia, señor Conde?—digo yo ahora también.

—Nada, nada; una taza de te es lo único que he de tomar...

—Bueno, bueno...

—Si acaso, con una tostadita... pero nada más, ¿entiendes? ¡Cuidado no vayas a hacer otra locura como la de anoche!

El anciano proscrito, dichas estas palabras, salió grave y con paso bastante seguro, ambas manos a la espalda, y con el bastón horizontalmente ceñido a la cintura, que era su posición favorita cuando iba de paseo; mientras tanto, el buen José, que gozoso le miraba caminar tan animado y tranquilo, decía para sí, siguiéndole con los ojos desde la ventana, donde se puso a verle pasar por la calle:

—¡Una taza de te... lo más con una tostadita! ¡Ya, ya!... Lo mismo que anoche: el paseo le abrirá las ganas de comer, y... como si lo viera, va a devorar el almuerzo. ¡Y qué almuerzo que le voy a dar! Su tortillita de finas hierbas, su anguilita en salsa y su chuleta de ternera... En seguida el te con la tostada, que no le hemos de desobedecer en todo... ¡Que me vaya! ¡Que le deje!... ¡Pobrecito de mi alma! ¿Qué sería de él?... Y luego, que mi Teresa me le recomendó cuando salimos de la alquería, echándome aquellos ojazos que Dios le ha dado tan hermosos... ¡Ay mi Teresa!... ¡Paloma mía!... Es verdad; ¿qué será de ella? ¿Cómo andará

todo en la casa?... Quizá mi amo tiene razón... Quizá no es bien hecho pasarme tanto tiempo lejos de ella y de mis hijitos de mi vida... ¡Bah! Este es un mal pensamiento... Vamos a ver si el señor Weingarten se porta tan bien como anoche. No sé yo si a la postre va él a quedar tan agradecido como yo lo estoy a esta Providencia que se me ha venido a las manos bajo la forma de Padre Procurador.

José había previsto todo perfectamente: maese Weingarten se había excedido a sí mismo en preparar un almuerzo tan suculento y delicado como servido con exquisita finura. En cuanto al Conde, luego que, oída su misa y dado su paseo, hallóse, al entrar en su cuarto, con aquel aparato de banquete, se asombró, protestó en nombre de sus veintiséis florines, regañó a José, lanzó dos o tres suspiros de ternura y otros cuantos de pena, pero almorzó soberanamente. Las mismas protestas, los mismos regaños, los mismos suspiros cuando José le invitaba a entrar en la especie de tartana que le había mandado preparar, y que, a la puerta ya de la hostería, esperaba las órdenes del Conde; pero entró en la tartana, que a los pocos minutos le había ya puesto junto a las tapias de la gran huerta de la abadía.

A unos cien pasos de ésta esperábale el Abad, que, informado por el Padre Procurador de la visita del Conde, y queriendo, con tanta caridad como cortesanía, dar muestras afectuosas de respeto y deferencia al ilustre y anciano proscrito, había salido a recibirle. El Conde, comprendiendo desde luego este solícito obsequio del Abad, saludóle con ademán y palabras de fervorosa gratitud, a las que respondió con no menos afabilidad el buen monje, cuya fisonomía inspiraba, a su solo aspecto, veneración y confianza.

—Perdonad, Padre mío, a este pobre viejo—dijo el Conde—la libertad que se toma viniendo a recorrer sitios que ha medio siglo conoció... A mi edad ya se vive de recuerdos.

El Abad hizo un signo al Conde para que le siguiese, y le introdujo en dirección de la galería donde se hallaba la biblioteca, no sin haberle antes invitado a descansar algunos instantes en la magnífica sala capitular, que se hallaba contigua al rico y espacioso templo del monasterio. José, entre tanto, se había quedado en la celda del portero. A cada paso el buen anciano se detenía, ya para contemplar algún cuadro o estatua, sobre cuyo mérito respectivo hacía observaciones tan oportunas como eruditas, ya para confrontar sus recuerdos con las transformaciones que observaba en ciertas partes del edificio. El Abad, encantado de la segura memoria y de las amenas reflexiones del caballero, respondía con visible satisfacción a sus numerosas preguntas, aprovechando toda oportunidad de pronunciar algunas palabras encaminadas a consolar las penas del angustiado proscrito y a reanimar su cristiana confianza en el auxilio de la divina Providencia.

De este modo llegaron al fin a la biblioteca, donde sentados al pie de la misma mesa, y hojeando el propio manuscrito, se hallaban los mismos dos monjes que la noche anterior había encontrado José. Saludólos con respetuosa afabilidad el Conde, y después de aceptar el asiento que con solícita cortesía le habían ofrecido, quedóse, no sin sorpresa, contemplando el rostro de uno de ellos, por cuyas mejillas corría desatado raudal de lágrimas. Movido por lo singular del hecho, y con la autoridad que sus canas y condición le daban, el Conde no pudo menos de dirigirse al afligido Religioso y decirle con paternal acento:

—Si mis ojos no me engañan, Padre mío, paréceme que también en este asilo de la paz han osado penetrar los pesares humanos. ¿Sería indiscreto en mí preguntaros la causa del llanto que os veo derramar?

—La causa, señor Conde—respondió el Religioso después de una breve pausa, con entrecortado acento—, lo sois vos en cierto modo.

—¿Yo?—preguntó el Conde más y más sorprendido.

—Sois, por lo menos—continuó el monje—, la ocasión de mi pena. Quizá no tendré el honor de que recordéis haberme hablado ayer...

—Sí, por cierto—dijo entonces el Conde, mirando con mayor fijeza al Religioso—. Por lo que vuestro acento me recuerda, sois el mismo a quien anoche tuve el gusto de encontrar junto a la hostería del *Peregrino*... Pero... no caigo en qué pueda haber sido ocasión del dolor que tanto parece atormentaros, Padre mío.

—Las pocas palabras—prosiguió el monje—que tuve el honor de hablar con vos, fueron suficientes a levantar el velo que hasta hoy había ocultado a mi ignorancia un funesto suceso que me toca muy de cerca.

—No comprendo, Padre mío...

—El hermano bibliotecario me hará la caridad de descifraros el enigma, señor Conde... Leed, Padre Kummerlinch—añadió el Procurador—, vertiendo nuevo llanto.

El bibliotecario, calándose sus anteojos, levantóse entonces, y recorriendo rápidamente una página del manuscrito, que no era sino la crónica del monasterio, en la cual había costumbre de consignar los sucesos de alguna importancia con él relacionados, leyó lo que sigue:

"*13 de agosto de 1740.*—Este día fué infausto para el monasterio por haberse cometido casi a sus puertas

mismas un crimen horroroso. Dos caballeros alemanes, llamado el uno Kœnismark, el otro..."—Está borrado el nombre—dijo súbitamente el bibliotecario.

—No lo está, hermano mío, no lo está—repuso entre sollozos el Procurador—; os doy gracias por vuestra caridad, pero es inútil que insistáis en ocultármelo más tiempo... El otro infeliz era Federico Hunter, mi desgraciado padre... ¡Dios mío! Seguid leyendo, hermano, seguid leyendo...

El bibliotecario, con mal seguro acento, continuó:

"A consecuencia de una disputa acalorada sobre un asunto bien fútil en verdad, el barón de Kœnismark se dejó dominar de la ira hasta el culpable extremo de dar una bofetada a su adversario delante de gran número de caballeros. Este grosero arrebato, según las absurdas leyes del falso honor del mundo, juzgóse como agravio de los que sólo pueden ser lavados con sangre, y... ¡oh, baldón eterno de la humana flaqueza!, no solamente se vió a dos caballeros cristianos empuñar, ebrios de coraje, el acero homicida y disponer de una existencia que no era suya, porque era de Dios que se la había dado, sino ¡cosa más horrible y vergonzosa todavía!, vióse a gran número de hombres, y aun de mujeres, que no tenían al menos la disculpa de la pasión, aplaudir esta resolución, digna de los tiempos de más feroz barbarie..."

—Seguid, hermano, seguid—dijo el Procurador al bibliotecario, que, apartando los ojos del manuscrito, se había parado un instante como para reponerse de su viva emoción.

"Rápidamente el rumor del ajustado duelo—continuó el bibliotecario—corrió por toda la comarca, y llegó a oídos del reverendo señor Obispo de la diócesis, el cual, como celoso y severo Prelado que era, no pudien-

do de otro modo oponerse a la consumación del atentado, prohibió, en su calidad de señor temporal del territorio, y bajo las más severas penas, que se cometiese en la jurisdicción de su diócesis semejante crimen. Exacerbado más y más con esta justa medida el furor de los dos adversarios, resolvieron escoger por campo un terreno exento de la jurisdicción episcopal, y se citaron para batirse en las inmediaciones de esta abadía. Con el fin de realizar sin otros estorbos su infernal proyecto, ocultaron con grande astucia esta elección de nuevo campo, y so pretexto de celebrar una jira, vinieron, acompañados de solos sus padrinos de duelo, a la hostería del *Peregrino;* y aquí, a muy corta distancia de la hostería, fué donde cruzaron sus espadas con tan sañudo encarnizamiento, que, después de largo combate, uno de los contendientes, el desventurado Federico Hunter, cayó atravesado de una fiera estocada en el costado derecho... Lleváronle casi muerto ya a Constanza, a la hostería del *Angel,* según se dijo entonces, y allí expiró a las pocas horas..."

—Si os parece, Padre Stokhausen, podríamos dejarlo aquí—dijo el bibliotecario, suspendiendo segunda vez la lectura.

—No, acabad, hermano mío, acabad; yo he ofrecido ya a Dios esta tribulación tan dolorosa. Acabad...

"Otros dicen—continuó el bibliotecario—que el herido murió en el camino, lanzando, ¡qué horror!, imprecaciones de odio y de venganza contra su adversario... La noticia de lo sucedido produjo en el monasterio tanto terror como pesar, y con idea de borrar, en cuanto fuese posible, la espantosa mancha que sobre él caía, aunque indirectamente, hízose una procesión expiatoria, prescribióse un riguroso ayuno de tres días, y resolvióse demoler la hostería, rayendo hasta los últimos

escombros del sitio en que estaba edificada y levantando otra en otro lugar; bien que esto, como se dirá más adelante, no pudo realizarse hasta dos años después."

Durante esta lectura, oída por el Padre Stokhausen en medio de incesante llanto y angustiados sollozos, el Conde había estado escuchando con suma atención y aprobando con gestos afirmativos cuanto en la narración le había parecido exacto, así como golpeando el suelo con su bastón y haciendo signos negativos cuando le parecía que la narración no era exacta. Conocíase que estaba impaciente por hablar; pero conteníanle el respeto al auditorio y la importancia misma del asunto. Cuando el bibliotecario hubo terminado, exclamó el Padre Procurador:

—Ya sabéis, señor Conde, la causa de mis lágrimas. Ese caballero asesinado, ese Federico Hunter, era mi pobre padre, el barón de Stokhausen... Yo no tenía entonces más que dos años, y era hijo único. La buena hermana de mi madre, a quien fué confiada mi educación, jamás me habló cosa alguna de este oprobio que infamaba mi nombre, y nada supe de él sino ciertas palabras imprudentes de un criado, que suscitaron en mí sospechas vagas, y por lo mismo en breve desvanecidas... Mi piadosa tía procuró inspirarme desde mi niñez el amor a la soledad. Ahora comprendo por qué... quería que el hijo fuese víctima expiatoria del crimen del padre.

Ahogado por los sollozos, el afligido monje sepultó su cabeza entre las manos; ninguno de los circunstantes osó perturbar la expresión de su acerba pena, ni aun para consolarle. Al cabo de un rato de esta muda escena, levantando de nuevo su frente y alzando los ojos al cielo en actitud de la más humilde y fervorosa oración,

—Vos no permitiréis, Dios mío, Señor misericordioso—exclamó—, vos no permitiréis que el sacrificio de vuestro humilde siervo sea inútil... Padre mío.

Calmado algún tanto con esta piadosa y tierna plegaria, continuó después de una pausa breve:

—Entrando a los diez y ocho años en el monasterio, ignoraba yo completamente que tan cerca me hallase del lugar de tan lúgubre acontecimiento... Sólo un día, estando yo en la hostería del *Peregrino*, me acuerdo que un anciano dijo algunas palabras relativas al asunto; pero cuando iba a continuar, recuerdo que otro anciano que estaba allí le interrumpió bruscamente, dirigiéndose a mí y pronunciando mi nombre so pretexto de decirme no me acuerdo qué cosa... Estimulado por una inquieta curiosidad, que yo no sabía explicarme, no he cesado un solo día de buscar medio de satisfacerla; y ayer precisamente, señor Conde, iba yo pensando, cuando os encontré, en examinar la crónica de la abadía... Las palabras que hablé con vos, el nombre de Kœnismark, que recordé haber oído pronunciar en mi casa con cierta lúgubre reserva, me hicieron resolver no acostarme hasta haber hallado en la crónica la página donde se consignase el fatal suceso... Esa página está ahí..., ¡es el rayo que ha rasgado ante mis ojos la nube del misterio! ¡Dios mío! ¡Dios de misericordia! ¡Tened piedad de mi padre!... Por caridad, señor Conde, decidme: ¿es cierto que estabais vos aquí cuando mi pobre padre murió?... Hablad, no tengáis reparo; mi llaga no puede ya ser ni más profunda ni más dolorosa...

—Sí, Padre mío, aquí estaba yo entonces—respondió el anciano enjugando las lágrimas que hacía largo rato inundaban su rostro venerable—. No sólo estaba aquí, sino que me ligaba una estrecha amistad con el barón de

Kœnismark, un loco de atar, un calaverón incorregible; pero con todo eso, de no mal corazón..., os lo aseguro.

—¡Ah! ¿Presenciasteis quizá el duelo, señor Conde?

—No, gracias a Dios. Ya os dije ayer, si mal no recuerdo, Reverendo Padre, que no solamente me negué a servir de padrino, sino que hice cuanto pude para evitar el lance.

—Es decir, de todos modos, señor Conde, que conocéis al pormenor las circunstancias del suceso.

—Ciertamente que sí.

—Entonces, decidme, ¿es completamente exacto cuanto acabáis de oír leer?

—De todo hay en ese relato: unas cosas pasaron como ahí dice, pero otras, no. Me acuerdo como si fuera ahora. Sí, es verdad; Federico Hunter, barón de Stokhausen, se llamaba el insultado. Pero no es verdad que recibiera la bofetada, sino el amago que Kœnismark hizo de dársela. Tampoco es cierto lo que aquí se dice de que el herido muriese, ni en el camino, ni en la hostería del *Angel*, pues no fué sino en casa de un canónigo de Constanza, que se llamaba..., ¿cómo se llamaba? ¡Ah! ¡Meltzheim, me acuerdo bien! ¡Excelente sujeto!

—¿En casa de un canónigo?—preguntó el Procurador con extremada vivacidad y cual si un rayo de esperanza iluminase las sombras de su rostro conturbado.

—Sí, Padre mío, en casa del señor Meltzheim. La crónica no anda exacta tampoco en referir las circunstancias de la muerte del herido. No es verdad que expirase maldiciendo, como ahí se indica, a su adversario, sino, al conrario, perdonándole, y aun después de haber recibido con muy gran devoción los Santos Sacramentos.

—¡Oh, oh, señor Conde!—exclamó el monje saltando

más bien que levantándose de su asiento—. ¿Estáis bien seguro de lo que decís? ¿Me respondéis de que no os engaña vuestra memoria?

—Sí que os respondo, ¡pues no he de responderos, si estuve yo mismo en la alcoba del herido cuando se le administró el Viático!...

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!—volvió a exclamar el religioso postrándose y besando el polvo del suelo—. ¡Bendita sea vuestra misericordia! ¿Qué puede ofreceros este miserable pecador en cambio del beneficio que os dignáis otorgarle?... ¡Oh, bondad infinita!

La actitud, el llanto copioso, la oración ferviente de amor y gratitud del Procurador penetraron como un bálsamo celestial en los corazones de los circunstantes, que tampoco podían reprimir sus lágrimas. Al cabo de un rato, en que el buen religioso oró en silencio, con los ojos extáticamente clavados en el cielo, volvióse a levantar, y cogiendo al Conde las manos y estrechándolas en las suyas, dijo mirándole con inefable dulzura:

—¿Afirmáis cuanto habéis dicho por vuestra fe de cristiano y por vuestro honor de caballero?

Púsose de pie el Conde, desenlazó sus manos de las del monje, y tendiendo con solemnidad la derecha:

—Juro—dijo—ante Dios, y afirmo ante los hombres que cuanto he narrado es la pura verdad. Sí, el barón de Stokhausen fué retirado del campo sangriento, no sólo con vida, sino en su cabal juicio; pidió un sacerdote, y se confesó y recibió al Señor con una compunción edificante, habiendo antes, no sólo perdonado a su enemigo, sino manifestado vivísimo deseo de verle para reconciliarse con él. Sí; murió abrazado al Crucifijo y diciendo con lágrimas copiosas de penitencia: "¡Perdón, Señor y Dios mío; perdón, mi Dios, que no

he sabido lo que me he hecho!" Juro que esta es la verdad, y repito que yo mismo presencié los sucesos que refiero.

Durante este solemne juramento, después del cual volvió el Conde a sentarse, había tenido el Padre Stokhausen los ojos clavados en él, como si oyese un oráculo del cielo; cuando el Conde hubo terminado, lanzó el religioso un suspiro, como de quien acaba de libertarse de una fatigosa carga, y dijo, ya con alguna más tranquilidad:

—Gracias, señor Conde, gracias por el inmenso bien que me habéis hecho. Sólo Dios puede pagároslo, y os lo pagará, no lo dudéis. Pero todavía quiero exigir más de vuestra lealtad y de vuestra indulgencia. ¿Tendríais inconveniente en firmar la narración escrita de cuanto habéis manifestado para unirla a esta crónica?

—Ningún inconveniente, Padre mío.

—Pues si el Reverendo Padre Abad me da su licencia, voy a escribir vuestro relato.

—Sí, Padre Procurador—respondió el Abad, dando a besar la mano que al efecto le había tomado ya, puesto de rodillas, el Padre Stokhausen—. Sí, nada más justo que vuestro deseo. Si sólo se tratase de la honra mundana, no aprobaría yo vuestra conducta; pero se trata de rectificar el escándalo producido por hechos mal narrados, y esto redunda en gloria de Dios. El Padre bibliotecario se encargará de consignar en la crónica esta dichosa rectificación como un fausto suceso. Poneos, pues, a escribir, que entre tanto iremos el señor Conde y yo a terminar nuestra excursión por el monasterio.

—Con mucho gusto, Reverendísimo Padre—respondió el Conde—. Tengo gran deseo, sobre todo, de visitar la iglesia, y así podré también dar gracias a Dios por

esta ocasión que me ha proporcionado hoy de hacer una buena obra.

En efecto; el anciano, arrodillado poco después en el templo de la abadía, lleno de cristiano fervor, con el más edificante recogimiento, inspiró aun a los mismos religiosos un respeto tanto más profundo, y les causó una satisfacción tanto más grande, cuanto más raro era en aquellos tiempos hallar esta piedad sólida y sincera en un miembro de la nobleza francesa, desgraciadamente corrompida por el volterianismo, sin ver, tan ciega estaba, que al despreciar la fe de sus ilustres progenitores labraba ella misma los cimientos de aquella revolución que en breve había de devorarla con odio tan sanguinario.

Después de haber orado largo tiempo y dado en seguida una postrera ojeada a las más notables bellezas artísticas del monasterio, el Conde se despidió de la Comunidad, firmó la declaración que le presentó el Procurador, escrita según habían convenido, y con nuevas bendiciones de todos los monjes, especialmente de este último, encaminóse, en compañía de su fiel José, a la hostería del *Peregrino*.

Allí le vamos nosotros a dejar por ahora, mientras el lector se sirve acompañarnos a otro lugar, en donde tenemos que presentarle nuevas y más interesantes escenas.

CAPÍTULO V

La hija del proscrito.

Cerca ya de anochecer, y sentada junto al hogar de una modesta alquería, situada en una provincia del centro de Francia, vese toda la familia que a la sazón la ocupa, y que se compone de una mujer, dos muchachos y tres muchachas, los cuales todos, con ser seis personas nada menos, no parece sino que están mudos, pues o nada absolutamente se dicen unos a otros, o se lo dicen en voz tan baja, que para el curioso que quisiese escucharlos desde la puerta era lo mismo que si nada se dijesen. Tal y tan recio era el prudente miedo que en palacios y cabañas de Francia reinaba durante aquellos espantosos días de proscripción y de sangre.

La mujer parece como de unos cuarenta años de edad, y su nombre, Teresa. De los muchachos, cuatro son hijos suyos: los dos muchachos, de los cuales el mayor, Luciano, ha cumplido ya diez y seis años, y el menor, Enrique, apenas tiene catorce, y dos de las muchachas, de las cuales la más crecidita, que se llama Victoria, es una linda joven de diez y ocho primaveras, y la más pequeña es todavía una niña. La otra es una

joven de la edad, poco más o menos, de Victoria, vestida con el mismo traje de las hijas de Teresa, y, al parecer, tan cariñosa con ellas como si fuesen sus propias hermanas; el hecho es que Teresa también la llama hija, y que nada temería tanto la pobre mujer como el que alguna vez, por descuido, se le escapase llamarla la señorita Matilde o la Condesa.

Basta mirar el vestido de estos personajes y echar una ojeada por el interior y el exterior de la casa en que habitan, para comprender que es una familia de labradores, pero de labradores que, o gozan de bastante holgura para que no pueda tenérselos por pobres, o se dan tan buena maña a suplir con inteligente y laborioso esmero lo que les falta de riqueza, que parecen casi ricos. La limpieza de sus trajes, de los suelos y paredes, de los modestos muebles de la casa, de los aperos de labor, ordenadamente colocados en sus sitios respectivos; el aspecto general de bien concertada economía que ofrece el entero conjunto de la habitación y de los habitadores, está a voces diciendo que allí hay una mano que sabe llevar con tino el timón de la casa y de la familia. Esta mano es la de Teresa, la fiel, casta y bella esposa del bueno y leal José, que ya conocen nuestros lectores.

Como la casa está aislada en medio del campo, Teresa ha tenido buen cuidado de cerrar la puerta por dentro con llave, tranca y cerrojo, y a medida que la noche, avanzando, ha ido refrescando la atmósfera, la familia toda se ha ido arrimando al hogar, en que arde un magnífico trozo de seco y oloroso pino. Esa es ordinariamente en la casa la hora y el momento de la amena conversación, de los recuerdos más vivos, de las reflexiones y hasta de los ensueños, espacio de tregua entre las tareas del día que ya muere y el sueño o

las inquietudes de la noche que se avecina. Pero en la ocasión presente nadie se ha entregado al reposo; antes bien, en cuanto ha sido ya imposible aprovechar la tibia luz de los últimos rayos de la tarde, se ha encendido un enorme candilón, alrededor del cual Victoria sigue hilando, la pequeña haciendo calceta, Matilde bordando y Teresa dando a toda prisa las últimas puntadas en un abigarrado uniforme de guardia nacional, mientras que, alumbrados por la llama del resinoso pino, siguen el grave Luciano tejiendo mallas para pescar y el alegre Enriquillo haciendo cestos de mimbres.

La paz exterior de toda esta familia no es sino pálido reflejo de la recíproca unión de sus almas; basta mirarlos para conocer que, identificados el pensamiento y la voluntad de todos ellos, reina la calma de la inocencia en sus espíritus, el bálsamo del mutuo amor en sus corazones. La soberana Reina de los Angeles se ha dignado, sin duda, acoger con especial predilección las *Avemarías* con que por tercera vez en aquel día acababan de saludarla, bien que lo hayan hecho en voz baja y con tales precauciones como si se tratara de cometer un crimen de lesa nación... ¡Ah! Es que, efectivamente, en el tiempo de que vamos hablando, el rezar las Avemarías era más que bastante causa, la mayor de las causas, para llevar a toda una familia al cadalso.

Bellas, en verdad, eran, cada cual a su modo, las seis figuras de este animado grupo; pero sobre todas bella, la de la joven Matilde, en quien su traje mismo de labradora y llaneza propia de sus modales realzaban lo delicado de las facciones, lo distinguido de su continente y la cultura de su lenguaje, manifiestos e inseparables signos de la nobleza de sangre. Esa tierna y profunda mirada que acaba de elevar al cielo al ter-

minar su oración, es la interna plegaria con que ha pedido a la Madre de misericordia que proteja los pasos de su ilustre abuelo, el anciano Conde de Ventimile, proscrito y errante en tierra extranjera; y es quizá también la acción de gracias a Dios por haberla libertado de la cárcel, donde sin duda gimen aprisionados los demás miembros de su familia. Ausente de su casa, por fortuna, cuando la invadieron los demagogos ministros de la revolución, había logrado ser olvidada de ellos, juntamente con su abuelo, el cual, salvado por la valerosa lealtad de José y retraído durante algún tiempo en su alquería, había igualmente logrado, si no que se le olvidase como a su nieta, al menos que no se le estorbase emigrar en compañía de su salvador. A la hora presente, el pobre anciano, engañado por la piadosa astucia de Teresa y de Matilde, cree que sus hijos y sobrinos se hallan dispersos en Francia, como una bandada de pájaros al estallar la tempestad; pero que están en seguro asilo y esperando ocasión de salvar las fronteras y marchar a Suiza para reunirse con él. Esta esperanza, y más que esta esperanza su gran fe cristiana, es lo que le alienta a sufrir tan resignado las amarguras de su emigración. José, que le acompaña, tiene encargo de no desengañarle y de no dejarle ni un punto; su mujer y sus hijos esperan de él que cumplirá con lealtad este encargo. El lector sabe si José corresponde a esta confianza.

En cuanto a Matilde, vive tratada con la más solícita y cariñosa atención por esta su nueva familia; ella agradece con toda su alma tan generosa hospitalidad y lleva con la alegre resignación que le es posible aquel traje y aquella vida de labradora, que ha adoptado para burlar la suspicacia y frustrar las pesquisas de

un hurón revolucionario. La pobre niña tiene poco más de quince años, y esto explica cómo, a pesar de su bondad y de su talento, empezó riendo a llevar aquella vida y a ponerse aquel traje, y acabó llorando. Hija única de una hija del Conde de Ventimile, quedó desde la cuna huérfana de madre, y de su padre no sabe absolutamente más sino que ha sido preso y que preso está en París; de sus tres hermanos, ni una sola noticia tiene; de sus numerosos tíos y primos, acosados todos por la revolución, no sabe tampoco nada. Júzguese si la pobre niña tendrá motivos de susto y de pena, constándole el odio encarnizado con que los feroces dominadores de Francia persiguen a toda familia noble, y estando ella misma expuesta, a pesar de todas las precauciones de que la rodea el cariñoso celo de su familia adoptiva, a que la descubran. Nada le importaría ser presa, y aun condenada al patíbulo, si esto hubiera de darle ocasión para abrazar a su padre y a sus hermanos, pero lo probable en tal caso sería que se la llevasen a un extremo de Francia y que perdiese su libertad sin ganar nada en cambio, antes bien inutilizándose para prestar a los suyos el auxilio que pudiera en un momento dado.

Así es que pasa su vida en tristeza y abatimiento, con el alma siempre en un hilo; pero dotada de un corazón tan tierno como de una imaginación tan viva, continuamente está formando proyectos para adquirir al menos algunas noticias de los suyos, ya que no para salvarlos. En aquel cuerpecillo frágil se alberga una voluntad varonil e impetuosa, de las que, lejos de arredrarse por los obstáculos, se encienden más y más en el deseo de vencerlos. Para ella no hay imposibles: su idea fija es ir a ver a su padre a pesar de las cien leguas que para ello tiene que atravesar, de los riesgos a

que va a exponerse. Con este único fin se ha propuesto vencer la nativa delicadeza de su organización y los hábitos de molicie que debe a su educación primera, hasta lograr que todo el mundo pueda tenerla por una simple labradora.

En la apartada alquería donde Matilde está se reciben muy escasas noticias acerca de los sucesos públicos, y casi no se llega a saber más sino los vagos rumores que Teresa o sus hijos recogen cuando van al mercado de la ciudad más cercana. Oprimida como está Francia por el terrorismo revolucionario, es muy difícil llegar a conocer la verdad de los hechos, pues unos se los refieren con exageración, otros hay que callarlos por miedo, o se los atenúa por otras causas; las gentes honradas no pueden hablarse sino al oído, y sólo los perversos hablan con atrevida libertad; pero de sus dichos nadie puede fiarse, porque, embriagados como están por el triunfo, todo lo exageran; de modo que realmente en la alquería puede decirse que se ignora cuanto pasa. Matilde, a quien este aislamiento impacienta y aflige más cada día, hubiera querido proporcionarse algún periódico, pero esto mismo era muy arriesgado; los podencos de la demagogia hubieran olfateado el asunto, y no habrían dejado de extrañar que en una pobre alquería hubiese quien supiera leer papeles públicos. No había, pues, más remedio que limitarse a conjeturas inciertas y vagas, formadas con datos recogidos a la ventura, o resolverse a exponer la vida por saber algo de verdad.

La noche había tendido ya sus sombras, y, sin embargo, nuestros seis moradores de la alquería continuaban afanosamente entregados a sus tareas respectivas, sin pensar siquiera que era llegada la hora del reposo.

—Vamos, vamos, hijos míos—decía Teresa—; no

hay que dormirse sobre las pajas; el tiempo se va como agua, y los escudos del señor Conde deben tener gran despacho en esas tierras extrañas, donde todo le costará un sentido; es menester agenciar cuanto antes algún refuercillo que remitirle.

—No le faltará, madre mía—respondió el mayor de los muchachos—, mientras Dios nos dé salud para trabajar; mañana tendré yo acabadas mis dos docenas de mallas.

—Y yo—dijo Victoria—tendré hiladas mis doce libras de cáñamo.

—Y yo—repuso la pequeñita—acabados tres pares de calcetas.

—Y yo—añadió Enrique—mis ocho cestos, cinco grandes y tres chicos.

—Bueno, bueno, hijitos míos. Os habéis portado esta semana. Pues yo no he de ser menos que vosotros: no me acuesto esta noche sin haber rematado esta casaca de guardia nacional. ¡Quiera Dios que con todo ello podamos reunir algún dinerillo que valga la pena! Pero mucho me temo que si el pobre señor no cuenta con otra cosa para vivir, va a tener que ayunar la mitad del año. Vamos, que no os durmáis; Matildita, tú, hija mía, eres la que podías dejar ya el bastidor; has bordado hoy mucho y tienes los ojos colorados; déjalo, hija mía. Anda, vete a acostar.

Teresa hablaba con esta familiaridad a la hija de sus amos, porque la joven había expresamente prohibido que se la tratase de otro modo; dos razones tenía para ello: una, el amor verdaderamente filial que profesaba a Teresa, y otra, el acostumbrar a todos los de la familia a que la tratasen como a uno de ellos, pues lo contrario habría frustrado todo su esmero en ocultar, bajo las

apariencias de una pobre labradora, su condición y su clase.

Al oír la invitación de Teresa, levantó sus grandes y hermosos ojos azules, cuyos párpados estaban muy enrojecidos, ya por el exceso de trabajo de aquel día, ya porque en aquel momento la arrancaron lágrimas de ternura las palabras de su madre adoptiva.

—Sí, eso es—dijo la joven con acento compungido—: "Matilde, vete a acostar; huelga y reposa tú, nosotros nos quitamos la vida trabajando para alimentarte a ti y a tu abuelo." ¿Te parece eso regular, Teresa?

—No digas eso, hija de mi alma... ¡Si haces tú más en una hora que nosotros todos en una semana!...

—¡Ya! ¡Como no hubierais de sacar más renta que lo que produzca mi labor! ¿Por qué no me dais alguna tarea más lucrativa?... ¡Bordar!... Una monada, que no da de sí ni aun para pagar el agua que una bebe...

—¡Cabalito! ¡Y que te me fueras a estropear los dedos!... ¿Qué dirían de mí el día que te vieran volver a casa con las manos llenas de callos, como las de una vaquera?... Dirían que yo no había sabido tratarte como a quien eres, y tendrían razón.

—Pero el caso es—replicó Matilde—que yo no os sirvo aquí más que de carga... Vosotros sois las abejas de esta colmena, y yo el zángano... Vuestra labor se venderá en el mercado y la mía no.

—¿Que no se venderá? ¿Por qué no?

—¡Es claro! ¿A quién en diez leguas a la redonda le van a servir estas pantuflas con tanto ringorrango?

—¿Que a quién le van a servir? ¡Ya verás tú si con todos sus humos de igualdad democrática se chupa los dedos de gusto con ellas alguna de nuestras republicanas más tiesas!... No que no... Las he visto ya en el mercado llenas de cintas y perifollos, conociéndoseles a

la legua que darían un ojo de la cara por parecer y ser como las mismas duquesas de quien dicen tantas pestes...

—De todos modos, Teresa, siempre habrá mucha dificultad en poner eso en venta. Lo mismo será verlo, van a sospechar que tienes trato con aristócratas, pues todo el mundo sabe que en tu casa no se fabrica este género de obras.

—Eso fuera bueno, Matildita, si hubiéramos de venderlas al primero que se presentase. Pero ya nos compondremos. A pesar de todo el espionaje de estos canallas republicanos, siempre quedan algunas familias leales que se libertan de sus garras; y con decir a cualquiera de estas gentes honradas para lo que queremos el producto de tu bordado, ya verás cómo nos lo pagan diez veces más de lo que vale. Conque no hay que amilanarse. Es menester que nuestro pobre señor Conde no carezca de nada... Ya sabes lo que convinimos con José: trabajar por acá hasta echar el bofe, arreglarse con muy poquito para ir tirando, y juntar así lo bastante para tener algo que mandar a nuestros pobres desterrados.

—Bueno, Teresa mía; para mi abuelito, lo que tú quieras; pero a mí se me ha de tratar como de casa. Estoy muy enfadada contigo...

—¿Por qué, hija mía?

—Porque, aunque tú me lo quieras ocultar, yo veo bien claramente que aquí se hacen conmigo distinciones, que no se me da de comer lo que coméis todos. Vamos a ver: ¿para qué quiero yo dos colchones en mi cama? ¡Y esa locura de haberme puesto jabón de olor en mi palanganero! Yo no soy aquí más que una labradora... ¿estamos?... una de tus hijas. Lo que ellas tengan he de tener yo, ni más ni menos.

—Eso pronto se dice, señorita; pero cuando una piensa en los pañales en que Vuecencia se ha criado...

—Teresa, ¿has perdido el juicio?... ¿Qué manera de hablarme es esa?

—¡Ay! perdona, hija mía; ¿qué quieres? Muchas veces no lo puede una remediar...

—Si me quisieras tú como os quiero yo a todos vosotros...

—¡Que si te quiero, Matildita de mi corazón! ¿No oís, hijos míos? ¡Pues no dice que no la queremos!...

—¡Ah, sí, sí! Perdona, Teresa mía, perdona. Os he hecho llorar. ¡Válgame Dios!...

A todo esto, Teresa se había levantado y ceñía con sus brazos el cuello de la joven, mientras que Victoria y su hermanita se la comían a besos; Luciano y Enrique suspendieron también su tarea, y con la bocamanga de sus chupas se limpiaban las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡Que si te quiero!—decía entretanto sollozando Teresa—. ¿Sabes tú lo que en esta casa debemos a la tuya? Cuando mi buen José y yo nos casamos, éramos más pobres que las ratas; él era mozo de labor y yo una infeliz costurera. Pues bueno, una señora que nos protegía nos dijo que fuésemos a pedir colocación a tu abuelo. No se me olvida nunca la llaneza y la bondad con que el señor Conde nos recibió. Nos metieron allá en unos salones, todos llenos de damascos y de cornucopias. ¡Figúrate tú la vergüenza que tendría yo!... Temblando como la hoja en el árbol, me daba miedo de pisar las alfombras con mis zapatos de cinco suelas. Pero nada; lo mismo que si hubiéramos sido dos marqueses, nos mandaron sentar a cada uno en un sillón de terciopelo. ¡Vamos! Yo no sabía dónde estaba; me hubiera querido hundir siete estados debajo de tierra. Pero, hija, lo mismo fué ver aquella cara de ángel que tu abuelito tiene, sobre todo para hablar a los pobres, se me quitó todo el miedo. El señor

Conde nos preguntó mil cosas sobre lo que queríamos, lo que pensábamos hacer, lo que teníamos... Todo nuestro ajuar era lo que llevábamos puesto, junto con dos buenas voluntades y con dos pares de brazos robustos, eso sí, gracias a Dios, pero nada más. Pues bien; el señor nos dijo que desde aquel instante nos encargaba el cuidado de esta alquería; que le pagaríamos lo que pudiésemos; y para que tuviéramos algo con que empezar, nos dió prestados, decía el señor Conde, pero la verdad es que nunca los quiso luego cobrar, nos dió cuarenta luises de oro. ¡Virgen Santísima! ¡Figúrate tú qué dineral, dado así, sin más ni más, a dos pobretes que no tenían sobre qué caerse muertos! Dios quiso bendecir en nosotros la buena obra de tu abuelo: todo nos ha salido a pedir de boca, y en pocos años nos hemos hecho casi ricos... con el dinero de tu casa, hija mía. Jamás ha faltado pan abundante, y eso que, ya ves, Dios nos mandó en cuatro años cuatro bocas. Esto es lo que debemos a tu casa. Dime ahora tú si yo te querré y si te querremos aquí todos.

Aquí llegaba la tierna expansión de la buena Teresa, cuando fué súbitamente interrumpida por un ruido de estrepitosos golpes que sonaron en la puerta exterior de la alquería. Estremeciéronse todos, y en particular Matilde, la cual corrió a encerrarse en la especie de nicho que le servía de alcoba, practicado en el espeso muro que separaba la cocina del dormitorio antiguo de Teresa, cubierto con una ancha tabla, que subía y bajaba perpendicularmente, a manera de plancha de chimenea, pero de junturas tan perfectamente ajustadas, que ni el curioso más suspicaz las habría echado de ver; esto sin contar que, por mayor precaución, se había colocado además sobre la tabla perpendicular otra tabla en sentido horizontal, dispuesta de modo que servía de espetera a batería

de la cocina. Todo esto había sido invención de Luciano; y Matilde estaba ya acostumbrada a entrar y salir por tan ingenioso escondite, que lo hacía con tanta agilidad como el ratón por su agujero. Luego que la joven se hubo agazapado, dijo Victoria:

—El es: ¡vaya si trae prisa por su casaca! Verdad es que mañana parece que hay revista, y no querrá faltar a ella por todo lo del mundo.

Luciano, que había ido a abrir, volvió pocos momentos después acompañado de un tío botarga, hombre como de cincuenta años, republicano hasta los huesos, lo cual entonces tanto quería decir como terrorista.

—¡Buenas noches, ciudadanos y ciudadanas!—gritó con estentórea voz al entrar en la cocina—. ¡Vaya si estáis atrancados! Cualquiera diría, al ver cómo habéis reforzado la puerta, que tenéis encima a los prusianos.

—Eso tú podrás decírnoslo, ciudadano Boursault—respondió Teresa, disimulando todo lo posible la inquietud que le agitaba—. Tú, que haces expediciones a la capital y lees papeles públicos, sabrás lo que pasa. Nosotras, aquí encerradas, estamos sin noticia ninguna.

—Mal hecho, ciudadana. Eso prueba poco interés por la patria. ¡Hay que ser patriota, ¿estamos?...

—¡Digo! ¡Pues me parece que no lo soy yo poco! En primer lugar, me ves trabajando para un defensor de la república; y además, le estoy preparando otros dos defensores en mis dos hijos.

—Es verdad. ¡Valiente par de granaderos van a ser! No, el prusiano que ellos cojan por su cuenta... Pero, vamos a lo que vengo. ¿Está corriente ya mi casaca? Quiero estrenarla en la revista de mañana. Mañana hay solemne recuento de patriotas, y el ciudadano Boursault no puede faltar aunque se hunda la tierra.

—¡Ya lo creo que no faltarás! Bien ves que por mi parte hago lo posible por no dejarte en descubierto.

—¡Hum! Atrasadilla tienes todavía la obra. ¿Por qué no te ayudan esas muchachas? A ver tú, Victoria, deja esa rueca maldecida, que el hilar es oficio de viejas. ¿O es que estás preparando el ajuar de novia?

La muchacha nada respondió; encendidos los colores de su rostro, y conteniendo apenas la repugnancia que le inspiraba el ciudadano guardia nacional, tenía sus cinco sentidos puestos en la trampa del escondite de Matilde, temerosa de que el menor descuido o el menor incidente funesto descubriera ante el tremendo republicano un secreto que ella habría guardado a costa de su vida. El ciudadano Boursault, visiblemente cargado de que la chica nada le respondiera, añadió con tono más brusco:

—Escucha, niña: es menester que sepas que cuando la patria reclama nuestros servicios, hay que dejarlo todo, so pena de pasar por amigo de los aristócratas, ¿entiendes? Conque a ver cómo dejas eso y te pones a ayudar a tu madre, pues yo estoy resuelto a no irme de aquí sin mi casaca.

—Un poquito de paciencia, ciudadano Boursault; déjame la muchacha en paz, que antes de media hora te daré yo acabado tu uniforme. Ello, alguna puntadilla más larga de lo regular tiene que ir; pero luego que la hayas lucido en la revista, la repasaremos, y verás qué bien te queda.

—Pues, vivo, que aquí esperaré. Y el cernícalo de tu marido, ¿dónde anda, que hace ya no sé cuánto tiempo que no le echo la vista encima?

—Ha ido a ver si recoge algunas noticias; porque nosotros, en este desierto, estamos como si no viviéramos en Francia, y bueno es siempre saber lo que pasa por ahí fuera.

—Pues si ha ido en dirección de París, ya puede traeros buena cosecha; porque el jaleo que se ha armado es de lo lindo. ¡Vaya si ha estado bueno! La hermana guillotina ha funcionado bastante.

—¿Qué ha sucedido, ciudadano?

Al hacer esta imprudente pregunta, Teresa olvidaba que a tres pasos de ella había un par de oídos aguzados para no perder palabra de lo que se hablase.

—¿Qué ha sucedido?—respondió el republicano retorciéndose el bigote y con un gesto entre alegre y feroz—. Que la patria ha sido vengada, y que los aristócratas han llevado una lección que no se les olvidará en mucho tiempo.

—¿Los han batido?

—No; los han degollado. Gracias a la energía de los ciudadanos Dantón y Billaud-Varenne, se ha hecho un zafarrancho general de aristócratas y de curas. El golpe ha salido a pedir de boca; de esta hecha París ha quedado limpio de esa peste. Ahora no falta más que extender la medida a toda Francia, y según las señas, no tardará...

Al oír, referidas con tan bestial complacencia, semejantes atrocidades, fué muy difícil a Teresa y a sus hijos comprimir el movimiento de horror y de indignación que sintieron; todos a una vez pensaron en Matilde y en su familia. Entre tanto, el ciudadano terrorista, como embriagado de bárbaro júbilo con sus propias palabras, continuó diciendo:

—Ha sido un golpe magistral. ¡Por vida de no sé quién! No siento más que no haberlo visto. ¡Degüello en los Carmelitas, degüello en la Abadía, degüello en San Fermín, degüello en Bicêtre, degüello en todas partes. La función ha sido completa. Los traidores han sido cogidos como el ratón en ratonera; porque el Go-

bierno había tenido buen cuidado de cerrar a prevención las puertas de la ciudad para que ninguno escapase. ¡Viva la república! ¡Vivan los ciudadanos Dantón y Billaud-Varenne!

—¿Y qué se sacará de todo eso?—se atrevió a preguntar temblando la pobre Teresa.

—¡Toma! ¿Qué se sacará? ¡Ahí es nada! Purgar de traidores la nación. ¿Pues no sabes que esos canallas iban a vendernos a los extranjeros? ¿No has oído tú decir que estaban en tratos con sus camaradas los emigrados y con Inglaterra, y que por culpa de ellos hemos tenido dentro de la nación a los prusianos? Pero anda, que buen escarmiento han llevado; según las noticias, parece que no se ha escapado ni uno de la degollina. ¡Viva la república! ¡Mueran los curas! ¡Mueran los aristócratas!...

Siguiendo este tema, con variaciones cada vez más espantosas, púsose el republicano a contar lo que sabía y lo que no sabía acerca de aquellas horrorosas matanzas consumadas por la infernal locura de los demagogos franceses en septiembre de 1792. Millares de nobles, de honrados ciudadanos, de venerables sacerdotes, cayeron indefensos bajo el puñal de los asesinos, y Francia entera fué, durante muchos días, un lago de sangre. El infierno revolucionario había desatado sus legiones, y dondequiera que hallaron una cabeza ungida, un hombre ilustre, un corazón fiel a la fe de sus mayores y a la autoridad de sus Reyes, allí saciaron su sed de sangre con ímpetu y crueldad que el mundo no había visto desde la invasión de los bárbaros del Norte.

El ciudadano Boursault se complacía en recargar, con colores sacados de su paleta republicana, este cua-

dro, ya de por sí tan repugnante, de ferocidad y de ignominia. La pobre Teresa se daba tanta mayor prisa a concluír la casaca del ciudadano, cuanto que estaba viendo ya la hora en que su hijo mayor se desataba en denuestos contra la nación, y contra el narrador, y contra la república y los republicanos; tal era la comezón que el chico sentía y que más de una vez había ya descubierto, demasiado acaso, ora con gestos, ora con exclamaciones. Afortunadamente, el guardia nacional, absorto en las propias imágenes que describía, y atento a ver los progresos que en su casaca hacía la aguja de Teresa, no había advertido nada por donde aquella honrada gente pudiera comprometerse. Al fin, gracias a la habilidad de la costurera, la casaca estuvo terminada en menos de media hora, y el ciudadano guardia, que tenía una dosis de vanidad tan grande como de republicanismo, se apresuró a probársela, y lo que mejor fué, a encontrarla muy de su gusto y a pagar en el acto la hechura, con lo cual se salió cantando no sé qué canción patriótica, engendrada por la musa tabernaria del teniente de su compañía.

—¡Anda con dos mil demonios, tunante!—exclamó Teresa cuando le hubo perdido de vista—. Mal rato nos has dado con tu charla infernal, pero en cambio tú no te figuras que este propio dinero tuyo va a servir para el sustento de uno de esos mismos aristócratas que tanto parece que te estomagan.

Mientras Teresa dirigía esta salutación interna al ciudadano, sus hijos habían ido a levantar la trampa del cuchitril de Matilde, en donde encontraron a la pobre joven tendida en el suelo a los pies de la cama y privada de sentido. La infeliz no había perdido una palabra de la anterior escena, y a la idea de que su

padre, sus hermanos y sus parientes todos hubiesen sido víctimas de aquellas bárbaras matanzas, sintió helarse su sangre, y cayó sin conocimiento; su temor había sido tan fuerte, que costó gran esfuerzo hacerla volver de su desmayo.

CAPITULO VI

La cuenta de la hostería.

No es culpa mía si tenemos que hacer viajar al lector de Suiza a Francia, y de Francia a Suiza; por esta vez la culpa es toda de la revolución francesa, que hizo a tan buen caballero como el Conde de Ventimile emigrar lejos de su patria, de su palacio y de sus hijos. Restábale, es verdad, por compañero su fiel criado José; pero el buen señor se había empeñado en despedirle, y tan a pechos había tomado el empeño, que apenas entrado en la hostería del *Peregrino*, de vuelta de su visita al monasterio de Kreutzlingen:

—José—le dijo—, toma mi casaca y dame mi levita de viaje. Ultimo día que me prestas este servicio...

—¡Ave María, señor Conde! ¿Piensa morirse Vuecencia?—preguntó José, por ver si lograba esta segunda vez distraer a su amo de la idea de despedirle.

—Hombre, eso no debe tardar ya mucho—le respondió el Conde con tristeza—; pero no te lo decía por tanto, sino porque ha llegado definitivamente el momento de que nos separemos. Ya te lo he anunciado

antes de ahora, y cuando un Ventimile ha tomado una resolución, es porque la tiene muy pensada.

—Señor Conde, francamente, había yo llegado a confiarme en que eso se le olvidaría a Vuecencia. Pero está visto, Vuecencia no me quiere consigo más.

—Bien sabes tú, José, que si sólo oyera yo la voz de mi corazón, conmigo te tendría toda la vida; pero el deber manda otra cosa, amigo mío. Ya lo ves: el horizonte político, a juzgar por las noticias que de Francia nos llegan, se va cargando más cada día. Es muy de temer que tu larga ausencia despierte sospechas, sin que te valga ni lo obscuro de tu condición, ni toda la prudencia de tu familia. Tus vecinos empezarán a preguntarse que por dónde andas, por qué no vuelves a tu alquería; y como no ha de faltarte, pues esto, por desgracia, a casi nadie le falta, un envidioso que te quiera mal, ése te hará inscribir en la lista de *sospechosos*, y tú sabes lo que hoy día quiere decir esto en Francia. *Sospechoso* es allí tanto como proscrito, y proscrito es tanto como guillotinado. Te perderías con toda tu familia, y yo no puedo consentir eso.

—Pero, señor Conde...

—No admito reflexiones; te irás, y será hoy mismo...

—Está bien, muy bien, señor Conde; no replico. Pero dígame Vuecencia qué les respondo yo a mi mujer y a mis hijos cuando me pregunten lo que he hecho del amo a quien acompañaba. Cómo me liberto yo de sus reconvenciones; sobre todo, señor, cómo estoy en paz con mi conciencia dejando solo a Vuecencia por esos caminos, sin amparo, sin recursos, sin...

—Antes que criado eres padre y esposo. Cada cual es menester que esté en su puesto; José, amigo mío, no atormentes más mi corazón con tus reflexiones;

cada nuevo rasgo de generosidad es un peso nuevo para mi conciencia.

—Está bien, señor, no me opongo más. ¿Y cuándo piensa partir Vuecencia?

—En cuanto anochezca. Prefiero viajar de noche, porque así me es menos difícil ocultar mi clase y condición. Búscame algún honrado campesino que quiera hacer el favor de alquilarme su carrito hasta Mersburgo, no más lejos. Que sea muy barato, ¿entiendes? Con el despilfarro que me has hecho tener en esta posada no sé cómo nos vamos a ver; sabe Dios cuando hayamos pagado la cuenta del gasto, lo que nos restará de los veintiséis florines. Pero quede lo que quiera, tú te llevarás la mitad. Hasta Francia tienes que andar tanto camino, por lo menos, como yo, y además tú no tienes un nombre que pueda proporcionarte algún crédito, y yo sí. Conque anda, hijo mío, no hay tiempo que perder; búscame el carrito, que yo te esperaré aquí rezando mi rosario y encomendando a la soberana protección de María Santísima tu viaje y el mío...

José salió con la intención, al parecer, de cumplir las órdenes de su amo; pero la verdad es que tomó el camino del monasterio. Habíase el buen José informado de toda la escena ocurrida en la biblioteca de la abadía, y proponíase sacar de ella gran partido en obsequio del Conde; con este propósito hallóse en pocos minutos delante del Padre Stokhausen, y le dijo:

—Vuestra bondad, Reverendo Padre, me da aliento para pediros un favor.

—Hacéis bien, amigo mío; el que acabo yo de recibir de vuestro amo me obliga mucho más de lo que podéis figuraros. ¿Qué se os ofrece?

—Ante todo, Padre mío, debo advertiros que este paso le doy yo de mi cuenta y riesgo, y os pido como

primer favor que nada digáis de él a mi amo; el señor Conde no me perdonaría esta libertad que me tomo, y la verdad, le sentaría muy mal el que su criado fuese a descubrir la pobreza que hoy le aflige. ¡Ya se ve! Los pocos recursos que sacó de Francia se van agotando, y los nuevos que esperaba no vienen; de modo que apenas le quedan algunos florines. Se ha empeñado en que yo le deje, porque dice que... en fin, Padre mío, escrúpulos de conciencia; y además quiere marcharse hoy mismo. Con este motivo vengo a molestar a Vuestra Reverencia para que me diga si entre los renteros o criados del monasterio habría alguno que por un precio módico alquilase su carrito a mi amo y le acompañase hasta Mersburgo. Este es el favor que tenía que pediros.

—Si no es más que eso, hermano, id en paz, que tendréis a la hora que os convenga cuanto deseáis; pero ¿por qué tiene el señor Conde tanta prisa de marcharse?...

—Eso mismo le digo yo, Padre; ¡le probaría tan bien el pasar una temporadita junto al lago de Constanza! El bien quisiera, eso es otra cosa; pero la bolsa se va agotando, y ya comprende Vuestra Reverencia...

—Por eso, que no precipite su partida; en la hostería del *Peregrino* puede decir que está en su propia casa. Que use de cuanto en ella hay con toda libertad; hacédselo entender así. Y si no, esperad: mejor es que os ponga cuatro letras para Weingarten.

—Ya tengo un billete de Vuestra Reverencia para él.

—No importa, rompedle; y cuando os pueda convenir, usad de este otro.

El monje escribió rápidamente algunas líneas, cerró y selló el billete, y se lo entregó a José, el cual, después de darle millones de gracias, volvió saltando de

gozo a la hostería, en donde entró cabalmente a tiempo que el hostelero estaba en la puerta.

—¡Hola, amigo!—se adelantó a decir el señor Weingarten—; parece que os gusta recorrer estas cercanías, ¿eh? ¿Os halláis bien por esta tierra? Y vuestro amo, ¿está también contento?

—¡Y cómo si lo está, maese Weingarten! Hermoso país es éste, por vida mía; y luego, tenéis un modo de tratar a vuestros huéspedes, que, francamente, no hay corazón para dejaros.

—¿Verdad que sí? Eso es lo que todo el mundo dice: cuando algún extranjero tiene gana de echar una cana fuera y ver lo que es una buena cocina y un sitio pintoresco, a la hostería del *Peregrino*.

—Tenéis mil razones, camarada. Por eso mi amo se propone pasar aquí algunos días...

—¡Vive Dios que hará bien!—respondió el hostelero manifiestamente arregostado con la esperanza de sacar buen partido del ilustre huésped—. El aire de este lago y de estas montañas es capaz de despertar el apetito de un muerto...

—Y añadid que vuestra bodega, maese Weingarten, tiene elixires capaces de volver mozo al mismo Matusalén. Mi amo, que es un catador de los más duchos, decía ayer que en su vida había probado un vino como el que le disteis en la cena...

—¡Ya lo creo! *Bocatto di Cardinali*, como decía un príncipe italiano que estuvo aquí por San Juan; no hay más sino el precio: es carillo...

—¿Muy caro?—preguntó José haciendo un gesto desdeñoso.

—Doce florines la botella—respondió el hostelero guiñando el ojo izquierdo.

—¡Bah! Eso es de balde. ¡Estaba yo por beberme

otra botella en cada comida! ¡Doce florines un vino como ése! Dado, materialmente todo...

—Se conoce que sois hombre que lo entiende, camarada... Vuestro amo es rico, ¿eh?

—¿Que si es rico?... ¡Vaya! Un potentado; una de las primeras familias de Francia; preguntádselo al Padre bibliotecario.

—¡Véase lo que son los juicios humanos! ¿Quién lo hubiera dicho al verle viajar tan escotero? ¿Llegarán pronto sus carruajes y demás criados?

—¡Hum!... No creo que tardarán. Por hoy, amigo Weingarten, lo que os pido es que le preparéis para esta noche una cena de las de príncipe italiano. Tengo empeño en que se aficione a vuestra cocina.

—Ya veremos lo que es un Weingarten cuando dice: ¡allá voy!

—Me habéis comprendido. Vino, por supuesto, el de doce florines. Si lo hay más caro, ponédselo, no reñiremos por eso.

—Venga un abrazo, camarada—dijo el hostelero entusiasmado—; cuando yo veo a un hombre de rumbo como vos, se me ensancha el alma.

Como ya el lector habrá sospechado, José había tomado el mejor de los caminos para distraer a su amo del proyecto de despedirle y de marcharse; el buen Conde no tenía más flaqueza que la de estar un poco hinchado con sus pergaminos, y la de gustar en demasía de la buena mesa. En vano protestó, a nombre de sus veintiséis florines y de su conciencia; en vano gruñó, hasta con severidad, a su criado por el suntuoso sistema de alimentación que con él empleaba: a todas sus protestas, a todos sus regaños encargóse de responder elocuentísimamente el hostelero, excediéndose a sí mismo, que era cuanto hay que decir, en la mani-

festación de su ciencia culinaria. Maese Weingarten contaba con sacar de esta vez la ganancia de todo el año.

Pero esta situación era demasiado tirante para que pudiese durar mucho tiempo. La conciencia del anciano caballero, y su justo temor de que ni con los veintiséis florines, ni con cuatro tantos más pudiera satisfacer la vida de príncipe que entre José y maese Weingarten le estaban dando, fueron más poderosos en él que la pena de tener que separarse de tan excelente servidor y de tan regalado trato. En cuanto a lo de cubrir sus compromisos con el hostelero, contaba con que tan luego como se reuniese con sus hijos y nietos podría portarse tan liberalmente como cumplía a su ilustre prosapia. Entre estos afectos y propósitos respectivos llegó, por fin, el día en que el buen Conde se resolvió de una manera ya incontrastable a despedir a José y a continuar su viaje a Viena. Renunciando, pues, el criado a todo conato de detenerle, resignóse a hacer los preparativos de marcha. A la hora convenida estuvo todo pronto, incluso un enorme y pesado aunque cómodo coche de colleras, que con gran sorpresa del hostelero apareció repentinamente en la puerta de la posada.

—Pero ¿es ésta ya la de vámonos, amigo José?— preguntó maese Weingarten con cierta interesante tristeza—. Yo pensaba que vuestro amo aguardaría sus carruajes.

—Nada, amigo Weingarten; se le ha puesto en la cabeza dejar este paraíso, y cuando estos señores dan en una tema, no hay modo de domesticarlos.

—Lo siento de veras—replicó el hostelero—; porque, la verdad, ya había yo cobrado afición a vuestra

compañía; ¿qué queréis? Yo soy así, naturalmente cariñoso. Y luego, vuestro amo es tan amable...

—¿Verdad que sí? El hombre más sencillo en sus gustos y el más generoso que hay entre caballeros.

—No, no; lo que es en cuanto a sencillo en sus gustos, no lo es. Maldito si he tenido yo en mi hostería otro que se dé un trato tan regio. En cuanto a lo de generoso, supongo que sí, amigo José; ahora es ya la ocasión de verlo... y según lo que veo, en la abadía se le considera como a un verdadero príncipe. ¡Anda, anda! ¡La carroza del Abad! Es la primera vez que la he visto prestada a nadie.

—Ya veréis, amigo Weingarten, ya veréis lo que es bueno el día que vuelva el señor Conde por aquí con toda su servidumbre y todos sus elegantes trenes.

—¿Y cuándo será eso?

—Pronto; me consta que quiere pasarse aquí con toda su gente un par de meses lo menos.

—Pues bueno fuera que no lo dilatase; porque a su edad los días están contados.

—¡Ca! No lo creáis; está para enterrarnos a todos.

Durante este diálogo habíanse acabado todos los preparativos; el cochero, montado ya en el pescante, aguardaba la orden de partir, y José subió al cuarto de su amo para comunicárselo. Al ver lo triste y caviloso que el buen anciano estaba en aquel instante, todavía José abrigó esperanzas de que dilatara su partida; pero en breve le quitó esta ilusión el mismo Conde, diciéndole:

—Por más que me devano los sesos, no veo modo de cubrir mis gastos de viaje con lo que va a restarnos de nuestros pobres veintiséis florines. ¿Has ajustado ya la cuenta con el hostelero?

—Sí, señor Conde; en la maleta hallará Vuecencia lo que ha sobrado.

—Ni siquiera me atrevo a preguntarte a cuánto ha subido nuestro gasto; tal miedo tengo de marcharme en descubierto con Weingarten. ¡Qué vergüenza! Y tú ¿has tomado ya lo que necesitas hasta llegar a Francia? La mitad, lo menos, de lo que nos haya quedado.

—Descuide Vuecencia, señor Conde, ya me he provisto.

—Pues entonces, mi querido José, nada falta. ¡Adiós! No olvides mis encargos. Dame un abrazo. ¡Adiós! Sé siempre tan bueno, tan leal, tan agradecido como eres, y pide alguna vez a Dios por tu pobre amo. Abraza en mi nombre a Teresa y a tus niños. ¡Adiós!

Diciendo esto, el pobre anciano estrechaba llorando el seno de José. Luego, santiguándose como tenía costumbre al emprender un viaje, bajó las escaleras, y con grave continente subió en la carroza, no sin haber afectuosamente saludado a Weingarten, el cual, desvanecida con un signo de José la sorpresa que le causaba ver partir al Conde sin pensar ni en pagar la cuenta ni en dar la gran propina que el hostelero se prometía, apresuróse con solícita oficiosidad a abrir y cerrar la portezuela de la carroza, a examinar si el viajero se había abrigado bien, a despedirle, deseándole feliz viaje y toda especie de prosperidades, y que volviese pronto.

—Parece que se queda contento—dijo para sí el Conde, viendo esta afectuosa despedida de maese Weingarten—. Sin duda José le ha untado bien la mano. Me quita de encima un gran pesar, pues hubiera sentido en el alma no dejarle satisfecho.

Haciendo luego señal al cochero de que partiese sin

demora, no sin haber dirigido un ternísimo saludo a José, alejóse el anciano en dirección de Mersburgo.

Pasado un rato, en que el criado y el hostelero estuvieron siguiendo con los ojos el tardo paso de la carroza, dijo el segundo al primero con tono de gran sorpresa:

—Pero ¿qué es eso? ¿No acompañáis a vuestro amo?

—Ya veis que no.

—¡Ah! Vamos, ya caigo; su estancia en las orillas del lago ha sido una excursioncilla de recreo, y, terminada que ha sido, va a continuar su viaje, y al efecto le esperan en Mersburgo sus gentes y sus coches. ¿Eh? ¿Me pongo en la pista?

—¡No que no! ¡Lo que a vos se os escape, amigo Weingarten!... Conque, con vuestro permiso, yo también voy a tener el disgusto de dejaros. ¡Pasadlo bien y contad con un amigo! Hasta más ver...

—¿Cómo es eso de hasta más ver? Pero ¿y nuestra cuenta?

—¡Ah! ¡La cuenta!... Ya. ¡La cuenta!...

—Aquí la tenéis—dijo el hostelero desembuchando una gran cartera, y de la cartera un pliego lleno de cifras y de puntitos—. Examinad, a ver si os parecen subidos mis precios...

—No, por cierto—respondió José después de haber echado sobre el papel una desdeñosa ojeada—; declaro que ni en Suiza ni en Francia he conocido hostelero que lo haga más barato. Os recomendaré mientras me quede lengua en la boca. Conque, hasta más ver, mi querido maese Weingarten. Buena fortuna y quedad con Dios...

—Pero ¡qué! ¿Os vais? Pues...

—Si no disponéis otra cosa en contrario, mi querido maese Weingarten...

—Mi cuenta, y lo demás que vuestro noble amo os haya encargado para mí.

—¡Ah! La cuenta, sí. Tomad—añadió José alargando al hostelero el billete del Padre Procurador—; ahí tenéis, supongo, una carta-orden contra el monasterio...

—¡Maldito fraile!—exclamó despechado el hostelero y apretando el papel entre sus manos crispadas—. Conozco ya su letra. Veamos lo que dice. ¡Pues! Lo mismo que me pensé: todo gratis, sin un mal florín de propina. ¡Ya es carga el oficio que he tomado! No; el diablo me lleve si hago yo los huesos viejos en la hostería del *Peregrino*.

Mientras el venerable maese Weingarten se desahogaba con estas exclamaciones del chasco que se había llevado, José se había bonitamente escurrido; cuando el hostelero levantó los ojos para enderezarle la nada cortés salutación de despedida que le preparaba, ya no le vió ante sí: no parecía sino que se lo había tragado la tierra.

En cuanto al Conde, apenas se halló a cierta distancia de la hostería, no pudiendo resistir el deseo de saber lo que le hubiera restado de los veintiséis florines, abrió la maleta, tomó la bolsa, empezó a contar, y ¡juzgue el lector cuál sería su sorpresa cuando se halló con la misma suma cabal y completa!

—Pues, señor—decía el pobre anciano golpeándose la frente—, ¿de dónde saca José tanto refuerzo? ¡Quiera Dios no haya hecho la diablura de pagar con promesas al bueno de maese Weingarten! Sería la primera vez que un Ventimile quedaba en mal lugar.

CAPITULO VII

Tigres y gacelas.

Mientras el Conde de Ventimile sigue camino de Mersburgo haciendo comentarios, rezando, durmiendo o suspirando, vamos a ver qué pasa durante la obscura noche que aumenta la triste y lúgubre soledad de ese bosque de Francia, adonde por ahora nos lleva el curso de nuestra historia.

Sigamos ante todo los acelerados pasos de esas dos muchachas que en este momento acaban de penetrar, cogidas del brazo, en lo más espeso de la arboleda. Para comprender el miedo que llevan, no hay sino mirar lo desierto de los matorrales por donde caminan, lo cubierto que el cielo está de nubes negras y espesas, y el fúnebre silencio del bosque, sólo interrumpido de vez en cuando por ráfagas de viento que, al estrellarse en la cresta de las montañas vecinas o en las copas de los robles, ora silba como una serpiente, ora ruge como un león, ora gime como un alma en pena. Agréguese a esto el justo temor que las pobres chicas tienen de encontrarse con lobos o con ladrones, o con las partidas republicanas, que, ebrias de vandálico furor, andan atravesando aquellas tierras, y se comprenderá por

qué, cosida una a otra, van de mata en mata sin osar hablarse una palabra sola. Y sin embargo, el hecho de verdad es que se han metido por semejante sitio y a semejante hora con muy deliberado propósito; la prueba está en que han pasado la mayor parte del día como escondidas en una alquería inmediata, y que han esperado que llegue la noche para ponerse en camino. ¿Quiénes son ese par de pimpollos? Ellas mismas van a decírnoslo.

—¡Válgame Dios, señorita—dice al fin en voz muy baja la que parece más robusta y menos turbada—, qué miedo hace tan mayúsculo!...

—¡Dale con ese condenado *señorita!*—respondió la otra joven—. Como vuelvas a llamarme así, te tiro un pellizco. Tú quieres perdernos...

—Verdad es: soy una bestia. Pero no lo puedo remediar. Me cuesta mucho trabajo tratar a usía de igual a igual...

—¡Otra! ¿Así te enmiendas? El *usía* es peor que el *señorita.*

—También es verdad. ¡Jesús! ¿Qué haría yo para no volver a tener estos descuidos?

—Una cosa muy sencilla: lo primero, acordarte del cariño que te profeso, y lo segundo, pensar, querida mía, en lo que valen a la hora presente todos estos títulos y distinciones de que tanto suelen envanecerse los que los poseen, y que son tan envidiados de los que no los tienen. ¡Ah! Esos títulos, Victoria, son hoy pasaporte para el cadalso, bien lo sabes...

—Ya querrá Dios que se muden los tiempos; esto no puede durar, Matildita...

—Así es como has de llamarme siempre; y *tú* por *tú*, ¿estamos?

—Sí, sí, ya sé. ¡Ay! ¡La Virgen Santísima me guar-

de de volver a equivocarme! Pues como iba diciendo, Matildita, otro tiempo vendrá, y entonces usted... digo, no, tú, volverás a ser lo que siempre fuiste, y...

—Otro tiempo vendrá, dices. ¿Y cuándo y de qué manera pasará este huracán? Mis presentimientos me dicen que antes que pase ya nos habrá exterminado a todos. Pero no es tiempo ahora de lamentaciones: tenemos que armarnos de valor. ¡Padre mío! ¡Hermanos de mi alma! Permita Dios piadoso que pueda yo abrazaros, que siquiera pueda veros, aunque sea en la prisión, aunque sea en el... ¡Ah, Dios mío!...

En este instante estalló en el confín del bosque un trueno, que arrancó un grito de terror a las dos jóvenes; cualquiera cosa hubieran dado en aquel instante por encontrar a un ser humano; y, sin embargo, la verdad es que habían tomado tan extraña senda precisamente por no encontrarse con ninguno.

Al cabo de una hora ya de camino se les cerró la noche con una obscuridad de tal modo tenebrosa, que ni aun ver podían en dónde asentaban la planta; el viento iba arreciando, y cada vez con mayor furia sacudiendo, no ya el ramaje, sino los troncos mismos de los árboles; la tempestad, que había comenzado a sonar lejana, amenazaba estallar encima de las mismas cabezas de las viajeras.

—¡Pobre Victoria!—dijo Matilde, parándose a abrazar a su compañera—. ¡Qué mal rato estás llevando por culpa mía!... Tú, acostumbrada a la paz de tu casa, y sin haber apenas dejado nunca el regazo de tu buena madre, lanzarte así en esta empresa tan peligrosa. Habéis debido dejarme sola: no estabais obligados a tanta generosidad. ¡Pobre Teresa! ¡Qué inquieta estará pensando en ti!...

—¡Oh! No hay que hablar de eso, mi querida seño-

ri... Matilde. Yo estoy acostumbrada a todo género de fatiga; criada como he sido en el campo, ni el sol, ni la lluvia, ni la escarcha me dan pena. Pero usted..., pero tú... ¡Pobrecita mía! ¿Se te han agrietado los pies? ¡Qué cansadita irás!... ¿Quieres que nos sentemos aquí un ratito?

—No, mi buena Victoria, no. Es menester que yo me haga a los trabajos: tu ejemplo me anima, y no pararé hasta no ser tan fuerte como tú. ¡Oh, qué no daría yo, a la hora presente, por que los autores de mis días, en vez de haber nacido en ilustres cunas, hubiesen sido unos pobres labradores como tu padre y tu madre! ¡Viviríamos tranquilos como vosotros, sin excitar el odio ni la envidia de los tiranos que hoy despedazan a nuestra pobre patria! ¡Cuán caro nos cuesta ese oropel vano con que nos ceñía el mundo! ¡Ojalá que!... Pero ¿qué rumor es ese que ha sonado? ¿No oyes?

—Sí, señorita, ya..., ya hace rato que lo estoy oyendo.

—No, pues eso no es el viento.

Aplicaron ambas jóvenes el oído; pero en verdad nada percibieron sino el violento latido de sus corazones y el mugir del viento, que no cesaba de estrellarse en el bosque. Transidas de terror, imaginaban oír rumores a cual más extraño, y al cabo de unos momentos de anhelosa atención colgáronse una del cuello de otra, como para asegurarse de que aun estaban juntas y de que no se separarían.

En seguida, por instinto más bien que deliberadamente, prosiguieron su camino, ocultándose una a otra lo mejor que podían el grave miedo que las embargaba. Pocos momentos después volvieron de súbito a pararse, creyendo haber vuelto a oír el extraño ruido que antes las había asustado tanto, sólo que de esta vez

juzgaron una y otra al mismo tiempo haber percibido rumor de voces y gritos mezclados con el estrépito del vendaval y de la tormenta. ¿Son ladrones? ¿Son caminantes extraviados? ¿Son acaso carromateros que van cantando para conjurar el miedo que les causa lo sombrío y tempestuoso de la noche? Todo puede suponerse; pero no puede asegurarse nada. Sobrecogidas de redoblado temor, las pobres muchachas echan a correr sin saber por qué, ni hacia dónde, pues no veían ni aun las palmas de sus manos, cuanto más el camino; ni siquiera una senda pisada por humana planta; a poco de estar corriendo conocen que se han metido en matorrales sin salida, pues sienten los pies enredárseles entre las zarzas; y por colmo de desventura, al propio tiempo vuelven a oír más cerca el mismo rumor de voces y gritos que antes; pero de esta vez ya tan claras y distintas, como que las reconocen por el rugido aguardentoso de grupos de paisanos cantando canciones patrióticas y dando *vivas* y *mueras*. Sacando entonces fuerzas de su propio terror, pusiéronse a examinar el lado de donde procedía semejante ruido, más espantoso para ellas que el de la tempestad, y saltando como corzas por cima de peñas, arbustos y zanjas, se lanzaron por el lado opuesto. Al cabo de un rato de esta peligrosa fuga, durante la cual se habían caído y lastimado diferentes veces, parecíales que los gritos cambiaban de dirección, o por mejor decir, que sonaban en todas direcciones, como si ellas estuviesen vagando por un laberinto, o como si los gritadores formasen un vasto círculo alrededor de ellas.

—¡Qué locura hemos hecho! ¡Qué locura!—exclamó al fin Matilde, deteniéndose sin aliento y cubierta de sudor—. ¡Y si al menos fuese yo sola la comprometida!

Pero tú, *hermana* mía, tú, ¿qué has hecho para morir con esta infeliz?...

—¡Ca, morir!—respondió Victoria, a quien la angustia de su señorita devolvió el perdido ánimo—. ¿Quién piensa en eso?... Dios mediante, nada nos sucederá.

—¡Ay!—continuó Matilde—, mejor hubiera sido esperar en tu casa. Quizá ellos hubieran podido ir allá. ¡Padre mío, hermanos de mi alma!

—Pero ¿te olvidas, Matildita, de lo que decía aquella carta? "Ven, hija mía, ven sin demora, si no quieres renunciar a volver a ver a los tuyos."

—Es verdad, hermana mía, es verdad.

—¡Bah!, ten valor. Verás cómo Dios nos ampara. Mira: ¿quieres que hagamos una cosa?

—Lo que tú quieras, Victoria mía; yo ya no tengo voluntad.

—Pues hinquémonos aquí mismo de rodillas y recemos nuestro rosario. ¿Crees tú que nos ha de abandonar María Santísima?... No, nunca, nunca. Acudir a Ella es salvarse. Conque ¿quieres?...

—¿No he de querer? Dios mismo te inspira tan buena idea.

Ternísimo y solemne espectáculo ofrecieron a los ángeles aquellas dos criaturas arrodilladas al pie de un árbol, cogidas de las manos e invocando a la *Estrella matutina* en medio de la tempestad, y formando tan singular contraste con las blasfemias de los cercanos revolucionarios, cuyas feroces y groseras cantatas no cesaban de oírse... Agitadas y todo como estaban aquellas inocentes por su terror, a cada instante el estremecimiento de la mano de la una respondía como la vibración de las cuerdas de una misma arpa al estremecimiento de la otra, y sin embargo, ¡oh, poder

sobrehumano de la piedad humilde y sincera!, comenzaron y acabaron su rosario sin haber proferido ni un grito, sin que ni uno solo de sus movimientos de terror lograse interrumpir aquella oración fervorosa a la *Reina de los Angeles, Consuelo de los afligidos.*

Cuando hubieron concluído sintieron su ánimo restaurado como si hubiera pasado todo peligro.

—Ahora—se adelantó a decir Victoria—me ocurre otra idea. Estamos muy cansadas, no sabemos en rigor por dónde debemos ir para acertar. Acostémonos aquí...

—¿Acostarnos aquí? ¿Estás loca?

—¿Por qué no? ¿Qué tenemos que temer?

—Todo y de todo, hermana mía.

—Al contrario, nada. ¿Los lobos? Con la noche que hace tienen ellos más miedo que nosotras, y de seguro están todos encerrados en sus cuevas. ¿El viento? ¿Qué mal nos ha de hacer? ¿Los truenos? María Santísima está con nosotras. Si llueve, verás qué bien nos abrigamos; y luego que no hace mucho frío todavía. En cuanto a los revolucionarios, en lo que menos pensarán ellos será en salirse del camino real. Créeme, pasemos aquí la noche. ¿Qué ganamos con correr y correr, sin saber, con esta obscuridad, si vamos atrás o adelante?

—¡Ah, Victoria mía! ¡Bendita sea tu alma! No sé qué tiene tu voz, que al oírte me siento animada y hasta tranquila. ¡Ay!...

Este grito, que con tan desgraciada oportunidad llegó a interrumpir la naciente calma de nuestras jóvenes, fué arrancado por el estrépito de un tiro que retumbó en el bosque, seguido en breve de una descarga cerrada de más de veinte fusiles. Al propio tiempo estalló el rugido de varios truenos por dos o tres lados

del Oriente. Victoria, que a pesar de todo su valor se sentía desfallecer, repetía con anhelosa instancia:

—Acostémonos, acostémonos; primero, tú; verás qué bien te abrigo con unas pocas de ramas y de hojas. Anda, por Dios, despáchate, despáchate, hermana de mi alma...

—¿Pues qué? ¡Ah! ¡Ya veo!... Están ahí...

—Agachémonos debajo de esta lentisca. ¡Condenados! Con esas linternas que traen nos van a descubrir. Pero ¿qué buscarán por aquí? ¿A quién perseguirán? ¡Chist!, mucho silencio, que vienen en esta dirección...

En el mismo instante comenzó a llover. Obediente a la voz de Victoria, recostóse, en efecto, Matilde debajo de una mata de espesas lentiscas, y su amiga se apresuró después a cubrirla con ramaje y hierba para preservarla, en cuanto fuese posible, de la humedad y del frío. Durante los pocos minutos invertidos en esta operación se había acercado más, hasta el punto de estar ya encima, la partida de revolucionarios; las pobres chicas, sin saberlo, se encontraban a dos pasos del camino real. En esto las nubes, impetuosamente rasgadas por el fragor del trueno, se desataron en torrentes que parecían amenazar un segundo diluvio. Desbandada en el punto la partida, cada cual de los soldados, echándose a todo escape fuera del arrecife, trató de buscar refugio bajo las copas de los árboles del bosque, y todo esto sucedió con tal rapidez, que la pobre Victoria, después de haber acomodado a Matilde, no tuvo tiempo para alejarse, como ella hubiese querido, a buscar también seguro escondite; lo único que pudo hacer, so pena de ser descubierta en el acto, fué agazaparse como Dios le dió a entender detrás del tronco de un roble. La partida era de aquellos famosos batallones de Orleans que, so pretexto de perseguir a

una facción de realistas, que no existía sino en su mente, habían salido a recorrer aquella comarca, y a la sazón se volvían a París en virtud de órdenes secretas; verdadera horda de forajidos, tan temibles para el infame Gobierno que las pagaba como para los hombres de bien a quienes perseguían.

Dispersados, como hemos dicho, por el chaparrón, colocáronse, por de pronto, a dos y a tres bajo los árboles más inmediatos al camino; pero a medida que la lluvia arreciaba fuéronse diseminando y tomando cada cual su árbol para tener más cómodo refugio... ¡Virgen Santísima! ¡Qué fachas de demonio mostraban al pálido fulgor de las linternas, que proyectaban su triste luz en el ya lívido y descolorido ramaje de la arboleda! Pero aun había otra cosa más infernal que sus fachas, y eran los gritos salvajes, las jácaras groseras y lascivas que de árbol en árbol se dirigían unos a otros. No más de cuatro pasos del sitio en donde estaba Matilde acurrucada y encogida como un gusano de seda, había juntos seis o siete de aquellos diablos en forma humana, a quienes la pobre chica podía ver y oír perfectamente: ¡figúrese el lector si sería grande la dosis de su miedo! Inocente y sencilla como era, no siempre comprendía la significación de las obscenidades tabernarias con que sazonaban su conversación aquellos desalmados; pero en cambio comprendía demasiado bien el júbilo feroz con que se prometían coronar hazañas de saqueo, de incendio y de asesinato. De todo este horrible lenguaje sacó en claro que la revolución había entrado en su período álgido, por decirlo así; que muy pronto iba a rodar en el patíbulo la augusta cabeza de Luis XVI, y que en seguida sería purificada Francia, decían aquellos bárbaros, con una *lejía* general de sospechosos y de aristócratas. Entre los

nombres de personas que designaban como víctimas de esta matanza inminente conoció Matilde varios, y aun el de un tío suyo entre ellos. La sangre era hielo en sus venas. Pero una de las cosas que más la atormentan es no saber qué habrá sido de su querida Victoria, ni si habrá tenido tiempo de huír y de ocultarse. Inquietud verdaderamente muy generosa en aquel momento, pues ella misma está tan encima del peligro, que al menor movimiento que haga puede ser descubierta por aquellos bandidos que ve allí, sentados bajo aquella encina, apurando aquella cantimplora de aguardiente. Uno de ellos se levanta y se dirige hacia la lentisca; un paso más, y la pobre joven cae en sus garras; el ramaje que la cubre es, por desgracia, tan poco frondoso, que ya la habrían descubierto a no ser por la feliz casualidad de haberse interpuesto uno de los soldados entre ella y la linterna; pero a poco que éste se mueva no hay remedio, dan con ella.

En tan solemne momento de mortal angustia atérrala sobre todo encarecimiento la incertidumbre de lo que ella haría y de lo que harían con ella luego que la tuviesen en sus manos. Si la joven no murió de espanto al pensar en esto, era porque Dios le infundía aliento para sobrellevar aquella terrible tribulación.

Pero aun esta misma angustia y tormentosa inquietud eran poco, comparadas a las que sintió al oír los gritos de una mujer confundidos con la extraordinaria algazara de los soldados. Era la pobre Victoria, que no habiendo tenido tiempo para ocultarse en seguro asilo había sido pescada por uno de los soldados que fué a buscar abrigo bajo el árbol detrás de cuyo tronco ella se había agazapado. No se sabe qué habría preferido la afligida joven, si que la mataran en el acto o que

la saludaran con la especie de frases pronunciadas por los del grupo que la rodeó.

—¡Dejadme por Dios, señores; yo no hago mal a nadie!—gritaba la infeliz con desesperado acento—. Soy una pobre labradora, como podéis conocerlo; me ha cogido aquí la noche y la tormenta, y... ¡dejadme, por compasión!

—¡A ver, a ver, que la registren!—dijo adelantándose con adusto ceño y brutal continente uno que parecía jefe de aquella canalla—. ¡Hum! ¿Rosario tenemos al cuello? Vamos, está visto, es espía de algún noble. ¿Quién te ha mandado aquí? Responde. ¿A quién sirves?

—Señor oficial—contestó Victoria cruzando las manos y casi ahogada por los sollozos—, yo no soy espía de nadie. Yo no sirvo a nadie; ¿por qué lo había de ocultar?

—¡Hum! Una chica joven y guapa como tú, en este sitio y a estas horas, no puede menos de llevar algún mensaje secreto. A ver cómo declaras, y prontito, si no quieres que aquí mismo te levantemos la tapa de los sesos.

¡Cosa singular! Mientras Victoria oyó palabras melifluas de unos y groseros requiebros de otros, nada había sabido sino suplicar aterrada; ahora que no oía ya sino amenazas terribles, recobró de súbito su nativa serenidad, y con un continente resuelto se atrevió a responder:

—Os he dicho que soy una pobre labradora, y no tengo el honor de servir en ninguna casa noble; si así fuera, no me avergonzaría de confesarlo. Estamos en tiempo de libertad y cada cual puede servir a quien le acomode; podéis llevarme presa, podéis matarme, si os parece bien. Yo lo único que os pido, señor oficial, es

que vuestros soldados me respeten. Aunque pobre labradora, soy una mujer honrada.

Tal es a veces el prestigio de la virtud, que alcanza a imponer respeto aun a los más depravados. Por otra parte, la sencillez y naturalidad de la muchacha eran tan patentes, que ante ellas quedó desarmada la saña recelosa de los forajidos. El oficial fingió satisfacerse con las explicaciones de Victoria; pero juzgando allá para sus adentros que en aquel asunto había gato encerrado, y con la mira de probar un celo que le proporcionase medros en su carrera, mandó echar a la joven por delante de la compañía, y que, llevada a cierta distancia de los soldados, se la condujese a la ciudad más próxima, ordenando también, bajo las penas más severas, que no se la infiriese el menor agravio ni de palabra ni de hecho.

En el trance que Victoria se encontraba era lo menos malo que podía sucederla; y completamente se habría tranquilizado a no temer por la suerte que pudiera caber a su querida señorita; sin embargo, como ya estaba serena, pudo con holgura explorar su situación, y dirigiendo con disimulo una mirada escudriñadora al sitio donde se ocultaba Matilde, comprendió con inmenso júbilo que ésta quedaba en salvo.

—Sea de mí lo que quiera—se dijo a sí propia—, pero que ella al menos se liberte de manos de estos hombres. Hemos prometido todos en casa a su noble anciano abuelo devolvérsela sana y salva. ¡Madre mía santísima! ¡Muera yo, si es preciso, pero proteged a Matilde!

En este momento comenzó a escampar, y el oficial dió orden de continuar la marcha.

Matilde no había perdido un solo incidente de toda la anterior escena, cuyo conjunto y pormenores puede

imaginarse el lector las torturas que producirían a su corazón. Veinte veces estuvo a punto de salir de su madriguera y decir:

—La culpable soy yo sola; esta joven nada ha hecho.

Pero detúvola siempre la juiciosa reflexión de que nada conseguiría sino hacer dos víctimas en lugar de una; y lo que peor era todavía, que al descubrirse ella comprometería mucho más a Victoria, dado que le sería muy difícil ocultar su nombre y condición, en cuyo caso, convencida Victoria de haber disimulado la verdad, lo pasaría mucho peor, y aun quizá sería condenada a muerte. Decidióse, por tanto, Matilde a permanecer oculta. Pero ¡cuánto sufrió su alma! ¡Qué larguísimo le pareció el interrogatorio de su pobre compañera! ¡Cómo penetraban a manera de dardos en su noble corazón las groseras chanzas de aquella soldadesca aguardentosa! Y además, ¿qué iba a ser de ella? ¿Qué se iba a hacer sin la guía, sin los consuelos, sin el aliento que le daba su querida Victoria?

Cuando llegó el momento de verla partir con los soldados, sintió tan violentamente oprimido su seno, que no fué dueña de reprimir un grito y un movimiento de cabeza que en poco estuvo no frustrasen toda su resistencia anterior, pues advertidos por un soldado que se había quedado a la zaga, hiciéronle volverse y dar algunos pasos en dirección de la lentisca; afortunadamente el soldado no debía de ser muy suspicaz, pues juzgando, sin duda, que había sido rumor producido por algún bicho del bosque, fué en breve a reunirse con la compañía.

Imposible describir el desaliento y la pena de Matilde al verse definitivamente abandonada; la idea, sobre todo, del peligro en que por causa suya se hallaba su generosa amiga; el imaginársela, ora aherrojada en un

calabozo, ora llevada ante jueces despiadados, ora, en fin, subiendo las gradas del patíbulo, perturbaron de tal modo la mente y comprimieron de tal manera el corazón de la joven, que, sintiéndose desfallecer, cayó con la frente sobre el húmedo suelo, privada de sentido.

Victoria, entre tanto, triste, no acobardada; inquieta, no ya medrosa, caminaba con los ojos en tierra a vanguardia de aquella desenfrenada turba. Ignorante de lo que se proponían hacer con ella, todavía, más que en sí misma, iba pensando en la otra compañera a quien dejaba sola y sin amparo en medio de la noche y de la tempestad; por otra parte, acudía también a su mente y llamaba el llanto a sus párpados el recuerdo de su madre, de sus hermanos, de su cabaña, y más aún el de su padre, desterrado a la sazón de su querida familia en tierra extranjera; la idea de no volver quizá a ver a estos seres, de ella tan amados, hubiera tal vez extinguido el esfuerzo verdaderamente varonil que debía a su educación campesina, si contra todos sus temores, contra todos sus pesares no hubiese tenido el refugio y el consuelo de una sólida piedad, que la hacía poner en Dios su única y entera confianza. Cada vez que con una plegaria interna invoca a la Madre de las misericordias, siente dentro de sí que ni la prisión, ni el cadalso mismo, la quitarán el valor de sufrir y de morir, si así Dios lo dispone, por una causa tan digna de un alma cristiana. ¡Tan maravilloso es el poder de la fe y de la piedad, aun en las almas de menos fortaleza!

Pero por esta vez no plugo a la divina Providencia aceptar el sacrificio que con tan humilde resignación le ofrecía la joven. Sucedió que, al salir ya del bosque, emparejó con los soldados una partida de campesinos que, a fuer de buenos demócratas de aquella comarca,

y noticiosos de que *la patria estaba en peligro*, habían salido al encuentro de los batallones de Orleáns, con el fin de ofrecerles su cooperación y de afiliarse en sus banderas. En el momento de acercarse mutuamente paisanos y soldados, saludáronse con los consabidos *vivas* y *mueras* de costumbre, fraternizando unos con otros. En medio de esta gritería y esta efusión de amistad democrática, creyó Victoria percibir una voz muy conocida de ella, mientras que también por su parte, el que tenía aquella voz y parecía ser comandante de la partida de paisanos, quedóse mirando con especial atención a la muchacha; acercándosela luego, y habiéndola también reconocido al punto, exclamó dirigiéndose al oficial de los soldados:

—¡Eh, ciudadano comandante!, ¿en dónde diablos habéis pescado esta recluta?

—Ahí atrás, a la vereda del camino... Por las señas, la niña debe ser pájaro de cuenta.

—Pues lo será de quince días a esta parte que yo no la veo; porque hasta entonces, ¡voto a Belcebú!, no era más que un ave fría, que todo lo que había aprendido en este mundo era machacar cáñamo y atormentar ruecas.

—¿La conoces tú, ciudadano Boursault?

—Como a los dedos de mi mano. ¡Si es vecina mía! Por más señas, que esta casaca que llevo es manufactura de su madre. ¿No es verdad, buena pieza?

—Sí, ciudadano Boursault—respondió con viveza Victoria.

—Pues entonces—repuso el comandante—, ¿qué demonios viene a hacer por estas tierras?... ¡Hum! Harto será, ciudadano Boursault, que con toda esa carita de mosca muerta que la chica tiene, no lleve entre pecho y espalda algo que nos dé que sentir. Eso de caminar

de noche, y fuera del arrecife, y sola..., es cosa que da en qué pensar.

—No diré que no, ciudadano comandante; pero yo conozco bien a esta bribonzuela, y te digo que el miedo es fruta que no se gasta en su alquería. Lo mismo le da a ella el día que la noche, y la tempestad que el cielo raso. Acá en esta tierra, las muchachas no son como esas enclenques aristócratas que se hielan con una gota de rocío. Ahí donde la ves, no quisiera apostármelas con ella a hacer una batida de prusianos.

—Bien; pero el hecho es que no sabemos adónde iba cuando la hemos encontrado, y que, al vernos, maldita la gracia que le hizo.

—Eso no tiene nada de particular, ciudadano comandante; al cabo la chica no es costal de paja, y los muchachos, que son gente alegre, me la habrán espantado..., ¿eh, digo algo?

—Pero en fin, ¿adónde iba a estas horas y por estos barrancales?

—¡Qué sé yo! A la feria de ahí, de ese pueblo que está enfrente, que es mañana temprano... O quizá a reunirse con su padre, que es un pobre diablo. ¿Ha vuelto ya José, muchacha?

—Todavía no, ciudadano—respondió Victoria.

—¿Le estaréis ya esperando, eh?

—De un día a otro.

—¡Ya lo creo! ¡Ahí es nada, si estará ya rabiando por venir a su rincón y por dar una vuelta a sus parvas!

—Pues ¿en dónde está su padre?

—Ha ido con los convoyes a la frontera. Lo sé de punto fijo... ¡Qué diablos, comandante! No me parece regular traer así a la muchacha cuando su padre se está allí descrismando en servicio de la República.

—¿Y por qué no lo ha dicho esta pavisosa? Con dos

palabras de explicación hubiéramos estado al cabo de la calle.

—¡Por qué no lo ha dicho! ¡Por qué no lo ha dicho!... Te quisiera yo ver a ti en su lugar, ciudadano comandante. Al cabo la muchacha, aunque pobre, está criada en buenos pañales.

—Escucha, ciudadano Boursault; en cuanto vuelvas a decir una frase como esa, te ato de pies y manos. ¿Qué quiere decir eso de *buenos pañales?* Todo ciudadano amigo de la República y dispuesto a beber sangre de aristócratas, ha nacido en buenos pañales... Esas son palabrotas del antiguo régimen.

—Mira, ciudadano comandante, tengamos la fiesta en paz y no me vengas a mí con esas bromas. Yo soy tan patriota como el primero, y todavía, si se me calienta la sangre, te cojo por el pescuezo y te echo de cabeza, a ti y a toda la compañía, en medio de un bache.

—¡A mí, tú! A ver, soldados; cogedme a ese aristócrata y atadle las manos a la espalda.

—¡Eso lo veremos! ¡A mí, paisanos! Estos realistas disfrazados quieren atar a vuestro jefe.

—¡A ellos! ¡A ellos!

Dado simultáneamente este grito por paisanos y soldados, en menos tiempo que se dice habían venido a las manos y armado una de tiros, de sablazos y estocadas que no parecía sino que del vecino bosque habían salido a pelear unas con otras todas las legiones del infierno. Pero lo más chistoso, o lo más espantoso si se quiere, de estas caricias recíprocas de los apóstoles de la fraternidad, eran los gritos de *¡viva la República! ¡Mueran los traidores!*, con que unos a otros se enviaban el beso de paz bajo la forma de balas o de bayonetazos; todo ello, por supuesto, sazonado con su

correspondiente salsa de blasfemias, que para los moribundos debían ser una magnífica recomendación del alma.

No dicen las crónicas revolucionarias en lo que al fin paró esta *manifestación patriótica,* ni tampoco hace al caso que lo digan; pero se sabe perfectamente que, en cuanto Victoria vió enzarzados a los defensores de los derechos del hombre, usó ella de sus fueros de mujer, escurriéndose a todo escape en dirección del bosque, dando gracias a Dios que por tan inesperado medio la libertaba de sus opresores, y pidiéndole su amparo soberano para librarse de volver a caer en manos de ellos.

De esta vez Dios se dignó oírla, no solamente sacándola de aquel riesgo, sino, lo que para ella era aún más importante y urgente, dándola milagroso tino para encontrar el sitio buscado por ella con angustioso afán, en donde había dejado a su amiga. Hallóla, en efecto, cuando ya el día comenzaba a clarear, cubierta como la dejó con las ramas y hojas, pero helada y sin sentido. Estaba de Dios que todo había de suceder ya a Victoria prósperamente, y aunque no sin gran trabajo, después de darle fricciones en las extremidades y calentarla con su propio cuerpo, logró al fin restituír el conocimiento a su querida Matilde. Si las dos amigas se abrazaron con amorosa efusión, si derramaron lágrimas de alegría, si inventaron expedientes para poder proseguir su camino sin temor de nuevos sustos, o por lo menos disminuyendo la probabilidad de nuevos peligros, júzguelo el que sabe lo que por ellas ha pasado durante noche tan borrascosa. Por ahora tenemos que dejarlas camino de París, adonde resueltamente se dirigen, para ver qué le pasa a otro viajero por quien creemos tendrán algún interés nuestros lectores.

CAPITULO VIII

La capa parda.

El anciano Conde de Ventimile seguía en su pesada carroza la orilla del lago; hubiera podido embarcarse en éste para abreviar su camino; pero pareció mal a un caballero tan ilustre como él mezclarse con la plebeya turba que suele recoger un barco, sobre todo en aquella época que no se habían todavía inventado los magníficos vapores de hoy día, en los cuales puede ir un rico surcando las ondas con el mismo lujo y comodidades que en el más suntuoso palacio.

—¿Los hallaré esta noche? ¿Los hallaré durante mi camino? ¿Los hallaré en Viena?—se preguntaba a sí propio el pobre anciano en los ratos que no dormía, pensando en sus hijos y nietos—. Ellos saben—continuaba— todas las ciudades y aldeas en donde yo he de detenerme; y, sin embargo, ni una palabra me han escrito... ¿Qué me hago yo si tardo en encontrarlos?... ¡Veintiséis florines para atravesar doscientas leguas!

En esto el Conde sintió que su carruaje rodaba sobre un empedrado, y sacando la cabeza vió que había entrado en Mersburgo; pero sorprendióle no poco que

el cochero, en vez de dirigirse al centro de la población, iba costeando las afueras, y con todas las señales de pasar de largo y salir otra vez a campo abierto. Chocóle no menos, sin saber por qué, la insistencia con que un desconocido, embozado en una capa parda hasta las cejas, seguía como pegado a las ruedas del coche, subiéndose de vez en cuando en el pescante a echar un párrafo con el cochero, al cual por fin el Conde se decidió a decir, asomándose por la portezuela:

—¡Eh, muchacho!... ¿Te vas durmiendo? ¿No ves que por ese camino vas a dejar atrás la población?

—Sí; lo sé, mi amo.

—¿Cómo que lo sabes?... Yo quiero parar en Mersburgo.

—Tengo orden de llevar a Vuecencia más lejos.

—¡Pero, hombre, tú estás borracho! ¿Quién te ha dado esa orden?

—El Padre Stokhausen, mi amo.

El Conde sabía por experiencia lo que era un suizo cuando se le metía una cosa en la cabeza, y comprendió que si efectivamente el Padre Procurador había dado aquella orden al cochero, éste la cumpliría aunque le costase el pellejo. Por otro lado, tampoco tenía motivo para desconfiar, ni del buen religioso, ni del cochero, que le constaba ser un dependiente de la abadía; resignóse, por tanto, a dejarse llevar, y pasada como media hora, estaba a punto de dormirse, cuando sintió que el coche paraba y que abrían por de fuera la portezuela. Abrió los ojos y se encontró con un rostro tan mofletudo y rubicundo como el de maese Weingarten, de un hombre que respetuosamente le decía:

—Puede bajar Vuecencia cuando guste, y tomará un tenteempié, que todavía le queda que andar mucho esta noche.

—Ante todo, amigo mío—respondió el Conde dentro del carruaje—, hacedme la merced de decirme quién sois.

—El hostelero de *El Pichón Blanco,* humilde servidor de Vuecencia y de todo caballero que, viniendo de Mersburgo, quiere honrar mi casa y mi cocina...

—Con mucho gusto, amigo—replicó el Conde apeándose, apoyado en el brazo del hostelero—; así como así, este maldito fresquillo de vuestras montañas no sé qué tiene, que en cuanto uno come, ya digiere... Vamos allá.

El anciano emigrado caminaba de sorpresa en sorpresa; pero pocas podían ser para él tan agradables como la vista y el olor de los manjares que se halló ya servidos en el comedor de la hostería. Verlos y atacarlos de frente con un apetito como si en su vida hubiera comido, fué obra de un punto; esto no quitaba que entre bocado y bocado se dijese para sí:

—¡Buen pellizco van a llevar los veintiséis florines! No, lo que es si hay muchas estaciones como ésta en el camino, harto será que alcance la metralla ni aun a la cuarta parte de mi viaje... ¡Calla! y veo con gusto que no me ponen esos guisotes de pimienta negra, tan en boga en Suiza.

Al llegar aquí en su monólogo y en su refacción, notó el Conde que, vuelta de espaldas a él, y recostada en el pretil de una ventana del comedor, había una persona contemplando, al parecer, el campo que ante sí tenía, iluminado por la luna. Despertada la curiosidad del anciano, calóse sus anteojos, y no sin inquietud creyó reconocer la capa parda en que se embozaba el hombre que le había seguido antes. Deseoso entonces de llamarle la atención con el fin de verle la cara, díjole desde su asiento:

—Perdonad, caballero; ¿sois, por ventura, de este país?

—¿Habláis a ese que está en la ventana?—preguntó el hostelero—. Tiempo perdido: es sordo como una tapia...

El anciano debió quedar poco satisfecho de esta explicación, porque apresuró su colación de un modo en él muy extraño, y levantándose con el género de prisa de quien no está a gusto en un sitio, dijo al hostelero:

—¿Cuánto os debo, amigo?

—No corre prisa, señor Conde. Cuando Vuecencia vuelva por aquí, ajustaremos cuentas.

—Es que puedo no volver, amigo mío.

—En ese caso siempre tendré la honra de haber dispensado un humilde obsequio a un caballero francés emigrado por su lealtad a su Dios, a su Rey y a su patria.

—¡Hola! ¿Quién os ha dado tantas noticias de mí?

—Os he visto muchas veces en París, señor Conde, con vuestra noble familia, y os conozco muy bien.

—Pues, amigo, entonces hacedme el favor de aceptar, a título de recuerdo, esta friolera, mientras que...

—Mil gracias, señor Conde; yo estimo a Vuecencia su bondad, pero nada aceptaré... hasta que vuelva Vuecencia a honrar esta casa.

—Enhorabuena—dijo el Conde levantándose.

Pero cuando se disponía a salir, viendo que el hombre de la capa parda le tomaba la delantera sin darle la cara, no pudo menos de decir al oído del hostelero:

—¿Estáis seguro de que es de fiar ese hombre?

—Completamente seguro, señor Conde; es un hombre muy honrado, con el cual podéis contar en todo evento.

El Conde quedó o pareció quedar satisfecho, y despidiéndose cortésmente del hostelero, volvió a su carruaje y prosiguió su marcha.

—Pues, señor—decía mientras se embozaba en su capote y se arrellanaba en lo más hondo del cojín de su carroza—, si la Providencia toma a su cargo el irme dando de comer tan barato, los veintiséis florines van a durar toda la vida.

Esta idea tan grata, junto con el vaporcillo de los buenos tragos que había bebido en *El Pichón Blanco*, llevaron a su mente imágenes risueñas, halagándole con la esperanza de hallar en breve a su querida familia; y así, arrullado con tan dulces ilusiones, quedóse pronto tan profundamente dormido, que necesitó el cochero sacudirle ligeramente para despertarle y anunciarle que ya habían llegado.

—¿Y adónde hemos llegado, amigo?—preguntó restregándose los ojos y enderezándose a duras penas.

—A Buxen, mi amo—respondió el cochero.

—¿Qué? ¿Adónde has dicho?

—A la Cartuja de Buxen.

El Conde se disponía a continuar su investigación, cuando por entre el vidrio de la portezuela vió pasar como una sombra la capa parda. Alarmado ya un tanto con esta nueva aparición de tan molesto apéndice de su viaje, no pudo menos de preguntar al cochero que si le conocía.

—Sí, mi amo—le respondió el cochero—; es un pobre hombre, sordo como una puerta...

—Ya me han dicho... Pero si es sordo, ¿cómo es que le veo hablando con ese monje?

—Por señas; aunque sordo, es hombre listo... No tenga Vuecencia cuidado...

—Es que en los tiempos que corremos—continuó el Conde—hay que estar con ojo muy avizor. Yo sé que hay espías, mandados y pagados por el Gobierno francés, que siguen, como la sombra al cuerpo, los pasos de

las personas que por su nombre, su posición e influencia suscitan las sospechas y recelos de los revolucionarios... Tú no sabes de lo que esas gentes son capaces...

—Verdad, mi amo, yo no sé nada; pero lo que es en cuanto al de la capa parda, puedo asegurar a Vuecencia que si hay hombres de bien en el mundo, él es uno de los más honrados.

La carroza se había detenido a la puerta de un corral del convento, en donde un monje, provisto de una linterna, se acercó a la portezuela, y haciendo una profunda reverencia al Conde, le dijo:

—Bien venido seáis, caballero, a la pobre choza de los hijos de San Bruno; la hospitalidad que pueden ofreceros no es ciertamente digna de vos; pero su buena voluntad suplirá lo que falte...

—Gracias, Reverendo Padre, gracias. Ignoro la mano invisible que aquí me conduce...

—La de Dios, señor Conde, que es la que nos conduce a todas partes. El hombre no sabe nunca adónde va.

—Cierto, Padre mío... Y en verdad parece que llego a muy buena hora, pues si el oído no me engaña, están cantando en el templo...

—Es la hora de maitines, señor Conde... Precisamente esta noche son muy solemnes, pues mañana es el día de nuestro santo Fundador...

—Verdad es... 6 de octubre... día también de mi Santo; porque yo me llamo Bruno, Reverendo Padre... ¡Válgame Dios! ¡Ni siquiera había pensado en ello!... ¡Cómo desconciertan todo en la vida el destierro y la desgracia!... ¿Haríais la caridad de dejar a un pobre proscrito tomar parte en vuestras oraciones?... Os agradecería que me condujeseis al templo...

—Con mucho gusto, señor Conde; seguidme.

Profunda fué la emoción de piadosa ternura que el

anciano proscrito sintió al entrar bajo aquella bóveda espléndidamente iluminada, al ver sentados en el coro aquellos siervos de Dios, al oír aquellos cantos graves y majestuosos, al respirar el perfume de santa paz que exhalaba todo en rededor de él. Arrodillado también el cristiano caballero, unió con fervor sus oraciones a las de los religiosos, y pidió a su santo Patrono fuerza para sufrir sin desmayo los rigores de su destierro.

Terminado el oficio nocturno, volvió el mismo monje a recoger al anciano y le condujo a la hospedería del convento. Al llegar a la cocina, y mientras el religioso se apartó de él, sin duda para dar las convenientes órdenes a fin de que nada le faltase, vió el Conde como deslizarse un bulto que se dirigía hacia el postigo que por allí comunicaba con la huerta del convento; y en cuanto la obscuridad de la cocina pudo consentírselo, creyó reconocer al hombre de la capa parda; dió entonces algunos pasos para acercarse a él, pero en aquel mismo punto, el de la capa, fuese por casualidad, fuese con deliberada intención de esquivarle, se apresuró a abrir el postigo y cerrarle en pos de sí, y se entró silbando por la huerta.

Más curioso que turbado con este incidente, no dejó el buen anciano de aceptar la colación suculenta que halló en el refectorio, ni rehusó tomar el oportuno descanso con que le brindaba el pobre aunque limpio y mullido lecho que halló en la celda donde se le condujo. Por primera vez entonces, sin embargo, echaba de menos a su buen José, y casi se arrepintió de haberle despedido, no viéndole allí para que le diera sus pantuflas, para que le ayudara a desnudarse, para que le mimara, en fin, con aquella filial solicitud a que le tenía tan habituado. Al levantarse en la siguiente mañana, todavía fué más amarga la ausencia de su fiel criado; con todo, elevando,

lleno de confianza, sus ojos al cielo, ofreció a Dios esta nueva faz de sus infortunios, persuadido de que la divina Providencia se encargaría de dar a su ancianidad la protección que ya no recibía del hombre.

Prolijo sería enumerar las muestras de solícito afecto que le dió la caridad de aquellos buenos religiosos durante los tres días que, a instancias de ellos, permaneció en la Cartuja. Edificado con los ejemplos de todas las virtudes que aquella santa casa le ofrecía; satisfecho de hallar para su piedad un pasto continuo en aquellos ejercicios constantes, a cuya práctica le hizo el honor de asociarle la Comunidad, y no descontento, digámoslo también francamente, de la mesa, abundante y suculenta, si no regalada, con que en medio de su pobreza le obsequiaban los monjes, habría continuado el Conde en su compañía mucho más tiempo si no le hubiera aguijoneado para continuar su viaje la esperanza que se le había hecho concebir de que hallaría a su familia en alguno de los pueblos de su camino. ¡Pobre señor! Esta esperanza era casi la única ilusión que le restaba, y, después de Dios, su único consuelo.

Llegado el momento de su partida, y puesto ya en la puerta del carruaje que le habían proporcionado los religiosos, después de haberse despedido de ellos tiernamente y recibido la bendición del Prior, ponía el pie en el estribo para subir al vehículo cuando por entre el hueco de la portezuela de enfrente vió el embozo de la capa parda. Hizo entonces un movimiento como para volverse a solicitar de los religiosos impidiesen la persecución de aquel fantasma; pero retenido por el respeto a su dignidad y por la generosa idea de no causar un disgusto a los monjes, limitóse a examinar la fisonomía del cochero, que era tan insignificante y vulgarota como la del que le había traído a la Cartuja, y santiguándose,

según su costumbre, entró en el coche, hizo un postrer saludo a los religiosos que aguardaban verle partir, arrellanóse lo mejor que pudo en su asiento, y partió en dirección Memmingen.

Llevaría como una hora de camino, y ya el sueño comenzaba a cerrar sus párpados, cuando removido por un fuerte vaivén del carruaje, en poco estuvo que no diera de bruces contra la delantera. Al impulso del batacazo saltó del bolsillo lateral de su levitón el devocionario que siempre llevaba consigo, y al caer sobre el piso del coche se abrió el libro, y de entre sus hojas desparramadas salió un papel cerrado en forma de billete y con el lacónico sobrescrito: "Al Conde de Ventimile". Lleno de sorpresa, y no exento de cierta inquietud fatigosa, abrió el anciano el billete, calóse sus anteojos, y no sin gran trabajo leyó lo siguiente:

"Tened cuenta con vuestras palabras y acciones, pues de hoy en adelante sigue vuestros pasos un enemigo tenaz y misterioso, que intenta perder vuestra alma, y que pudiera también atentar a vuestra vida. Vuestro valor de caballero cristiano va a sufrir una terrible prueba. Confiad en Dios, que os ha salvado y os salvará de todo peligro."

El billete era anónimo; al acabar de leerlo exclamó el Conde:

—¡Bien decía yo! Esa capa parda no me anuncia nada bueno; emisario, sin duda, de alguna sociedad secreta, es el encargado de espiar mis pasos, y quizá de matarme... En cuanto al billete... claro está, es otro obsequio que debo a la caridad de esos buenos cartujos... ¡Ah, José! ¡Qué bien hacías tú en no querer dejar a tu amo!

El anciano interrumpió este monólogo para sacar la cabeza por una de las portezuelas del carruaje, creyendo que adondequiera que dirigiese la vista había de toparse

con el hombre de la capa parda. Pero se engañó por esta vez, pues nada vió; y no se sabe si alentado o acobardado por lo mismo, volvióse a agazapar en el fondo del carruaje, exclamando interiormente:

—¡En vuestras manos, Señor, está mi vida, y a Vos encomiendo mi alma! Si Vos estáis conmigo, ¿quién será contra mí?

CAPITULO IX

Una fiesta republicana.

En el momento de entrar en París Matilde y Victoria, celebrábase una de aquellas fiestas cívicas sustituídas por la tiranía republicana a las fiestas de la Iglesia, y en las cuales se mandaba a los ciudadanos que se divirtiesen, con pena de la vida al que, llorando sus bienes confiscados, o su familia degollada por aquellas fieras, no tomase parte en el democrático jolgorio: así entendían y practicaban la libertad los defensores de los derechos del hombre.

La referida fiesta estaba consagrada a la inauguración del Calendario republicano, ridícula y absurda extravagancia de la revolución francesa, que en su bárbaro prurito de abolir todo lo existente, y muy en particular lo que tenía origen o sello católico, había señalado al año nuevo principio y nuevo fin, había puesto nombres nuevos a los meses, y en lugar de los Santos que cada día menciona el almanaque, había colocado nombres de héroes, más o menos problemáticos, y en lugar de las festividades eclesiásticas había ordenado fiestas cívicas para conmemorar fastos revolucionarios más o menos sangrientos. A este impío y grotesco desbarajuste de la cro-

nología tradicional, y a este bestial remedo de las augustas efemérides cristianas, fué a lo que se llamó almanaque republicano. Conforme a este almanaque, no se habían de computar ya los tiempos por los años de la Era cristiana, sino por los de la república francesa; cosa muy lógica, pues la revolución tenía por fin primario y por su más preciado timbre haber destruído, según ella pensaba, ¡necia!, el reinado de Jesucristo en el mundo y entre los hombres.

Nuestras dos jóvenes entraron en la capital por el camino de Versailles, y apenas habían puesto el pie dentro de la población, cuando las oleadas de la muchedumbre, apiñada en las calles y ensordeciendo el viento con una gritería de cafres embriagados, las arrastraron como un torrente hacia la vasta alameda llamada Campo Elíseos, y hacia la plaza de la Revolución, hoy de la Concordia, que sirve de término a aquel magnífico paseo. De todo había en aquel inmenso gentío: obreros rebosando vino y aguardiente, mujeres desmelenadas, verdaderas furias; ladrones canonizados como santos y mendigos enriquecidos súbitamente como Creso por obra y gracia de la Revolución; aristócratas convertidos en plebeyos, soldados, rameras, parisienses, provincianos, espías y sospechosos. Dios sólo habría sido capaz de separar aquellos elementos confusos, arrastrados por el mismo vértigo de calle en calle y de plaza en plaza. Nuestras pobres amigas hacían esfuerzos, que amenazaban agotar en breve sus fuerzas, para continuar marchando juntas en medio de aquel hervidero de fanáticos, que mil veces las obligó a soltarse de las manos. Por dicha suya, acertó una de las oleadas a empujarlas en el instante de llegar a la esquina de una calleja que desembocaba en la calle por donde el tumulto las llevaba en volandas; y ellas, aprovechando tan feliz coyuntura, diéronse maña a escurrir-

se, con lo cual llegaron a punto donde les fué dado respirar un poco de aire libre. En cuanto se vieron en la calleja, abrazáronse como si acabaran de salvarse de un naufragio.

—¿Y adónde vamos ahora?—preguntó Victoria.

—¡Qué sé yo!—respondió Matilde—. Yo no conozco las calles de París porque era muy niña cuando le dejé, y lo poco que ntonces salía de casa era siempre en coche.

—¡Pues digo yo, que le veo ahora por primera vez!—repuso Victoria cruzando sus manos sobre el pecho.

—¡Dios mío! ¿Qué nos hacemos? ¿A quién nos confiamos?—preguntó Matilde saltándosele las lágrimas.

—¡Ea!, no llores, hermana mía—le dijo Victoria acariciándola—. La Virgen Santísima, que nos ha guiado en nuestro viaje y que nos ha libertado de tanto peligro, nos salvará también ahora. Mira, voy a preguntar a aquella mujer que está allí, en el umbral de aquella casa, con un puesto de patatas cocidas.

—Ciudadana, ¿está muy lejos de aquí la calle de Lancry?

—¿Eh, qué dices tú?—le respondió la mujer con un gesto tan avinagrado, que, asustada la pobre chica, recogió velas y le dijo:

—Nada, ciudadana: te preguntaba que a cómo das las patatas.

—Dos por un sueldo, perlita. ¿Quieres algunas?

—Sí, dame cuatro. Toma tus dos sueldos.

—Salud, pichona...

—¡Qué facha, Matildita!—dijo Victoria cuando se hubo retirado del portal.

—Bien has hecho en no fiarte de ella—repuso Matilde—; aquel pañuelo colorado, lleno de guillotinas y de calaveras negras, es de mal agüero.

—Ya lo reparé—añadió Victoria—. Y luego, como

también es sorda, nos hubieran oído en toda la calle. Vamos a preguntar a ese aguador que viene por allí; no parece que tiene mala traza—. ¡Eh, buen hombre! ¿Vamos bien por aquí a la calle de Lancry?

—¡Ca! ¡Si está de aquí una legua, ciudadana!—respondió el aguador.

—¿Querrás decirme el camino?

—Te llegas ahí a esa plazoleta de enfrente; luego tomas por la derecha, luego a la izquierda, y todo seguido, todo seguido.

—Quedo enterada.

—¡Hum! parece que eres forastera. Ten cuidado, tortolita, que hoy anda mucho gavilán por este París. Conque ¿estás? Todo derecho, todo derecho hasta la plazuela, y luego... En fin, quien tiene lengua, a Roma va...

—Muchas gracias, ciudadano... ¡Habrá mastuerzo!...

Con las buenas señas que les había dado el ciudadano aguador, las pobres muchachas se encontraron tan desconcertadas como antes. Vagando de calle en calle, guiadas unas veces por las indicaciones de algún pasajero a quien se atrevían a preguntar, tomando otras veces la primera dirección que les ocurría por miedo de comprometerse con nuevas preguntas, vieron llegar la noche sin tocar el término de tan molesta peregrinación. Mientras que, extenuadas ya de cansancio, deliberaban acerca de la mejor resolución que pudiesen tomar, la fiesta republicana iba refluyendo precisamente hacia el lugar en que ellas se encontraban; las infelices habían estado girando horas y horas en un círculo de pocas varas, y al cabo de tanto volver y revolver esquinas hallábanse casi en su punto mismo de partida. Al oír el estrépito de las turbas tomaron aliento a manera de la liebre cuando, cansada de los perros, vuelven a oír su ladrido y se lanzaron en la calle más estrecha que vieron ante sí. Pero desgracia-

damente esta calle estaba cortada en su centro por otra, y el diablo hizo que en el instante mismo de llegar ellas a la encrucijada, desembocase con ímpetu violento una turba de patriotas de ambos sexos, a cuyo aspecto las dos amigas retrocedieron con ánimo de escapar. La pareja de hombre y mujer, a cual más borracho de los dos, que cogidos del brazo y tambaleándose iban como acaudillando la turba, al ver el movimiento retrógrado de las dos jóvenes, exclamaron a un mismo tiempo:

—¡Hola! Parece que ese par de pimpollos no quiere ser de los nuestros... A ver, echadles mano y que se alisten en nuestras filas.

No había necesidad de dar semejante orden, pues antes de que se diera ya habían salido de entre la turba dos ciudadanos vestidos con la especie de blusa a que se daba el nombre de *carmañola*, y atajando la carrera de las dos amigas, las habían cogido por la cintura, y entre gritos salvajes y gesticulaciones de endemoniados las habían hecho mezclarse en lo más apiñado del tropel.

Arrastradas entonces por el torbellino, codeadas, estrujadas, pisadas, trituradas, digámoslo así, por aquellos frenéticos y frenéticas, hubieron de renunciar a toda esperanza de salvarse, cuando vieron que la turba se precipitaba como un torrente a engrosar las olas tumultuosas del verdadero piélago de seres humanos que hervía en las principales calles del centro, acrecentado a cada instante por la afluencia de nuevas turbas que sin cesar vomitaban todas las bocacalles. Este inmenso cúmulo de gargantas, excitadas por el aguardiente que durante el día entero habían estado trasegando, gritaban, o por mejor decir, aullaban, chillaban y rugían, maleficiando el aire con sus bárbaras aclamaciones: *¡Viva la república! ¡Muera la Capeto!* (así denominaban a la infeliz

esposa de Luis XVI). *¡Viva Dantón! ¡Mueran los aristócratas!* etc., etc.

Nuestras dos heroínas estaban ya en términos que no sabían lo que les pasaba; conducidas como leves pajas sobre aquel mar de carne humana, muchas veces atravesaban largo trecho sin tocar con el pie en tierra. Sin embargo, dábales esfuerzo el instinto mismo de su conservación, pues comprendían que aquélla era una lucha a vida o muerte; un solo instante de descuido o desfallecimiento las hubiera hecho caer en tierra, y en un abrir y cerrar de ojos las hubieran hecho pedazos los millares de pies que habrían pasado sobre ellas. Así es que luchaban y remaban con desesperado esfuerzo. Por supuesto, que hacía ya largo tiempo andaban cada una por su lado, y esta forzosa separación no era el menor de sus conflictos. En vano se buscaban con la mirada, empinándose cuanto podían para ver si, divisándose una a otra, se decían alguna palabra o se hacían alguna seña para reunirse; en vano: sus ávidos ojos se estrellaban siempre en fachas ridículamente espantosas y en rostros exaltados por el vino o por el furor. Tenían que resolverse a morir sofocadas, sin volver a verse, sin poder dirigirse una palabra de esperanza ni de consuelo.

A todo esto, los patriotas que antes les habían cortado la retirada y apoderádose de ellas, seguían impertérritos cada cual agarrado a su cada cual, como el tigre a la presa; el de Matilde, sobre todo, la estrechaba con una fuerza tan hercúlea, que inútiles habrían sido todos los vaivenes y empujones para apartarle de ella. La joven, sin embargo, pudo notar que sólo cuando alguna oleada se venía sobre ella la oprimía la manopla feroz de su pareja, y que en cambio aflojaba esta presión en cuanto gozaban de alguna clara. No dejó de chocar a Matilde esta alternativa verdaderamente in-

concebible en el flujo y reflujo de aquel tormentoso oleaje que separaba todo lo unido y confundía todo lo separado. ¿Por qué su pareja mostraba aquel empeño en no soltarla? ¿Era una prueba de amistosa solicitud? ¿Era pura casualidad? ¿Era mala intención? Nada podía asegurar, y tampoco se resolvía a tratar de averiguarlo. Por lo que hace a su pareja, era un joven de bastante buen parecer y de gallardo continente; pero ninguna conjetura favorable pudiera Matilde sacar de estas circunstancias, pues él llevaba una enorme escarapela como todos los demás, y como todos los demás gritaba, cantaba y parecía borracho perdido. Por otra parte, había de singular en él que entre las palabras que dirigía a Matilde, mezcladas con aclamaciones patrióticas, ninguna le había dicho de que ella pudiera ni ruborizarse ni asustarse; que cuando lanzaba al viento algún grito de aclamación, pronunciaba los *vivas* y los *mueras* de un modo tal, que era imposible saber a punto fijo lo que gritaba.

En los cortos momentos de reflexión que tan apurado trance dejaba libres a Matilde, no podía menos de dirigirse a sí propia reconvenciones amargas. ¿Por qué se había expuesto a semejantes peligros? ¿No había sido una verdadera locura el arrostrar, tan jóvenes, tan sin experiencia del mundo, una empresa tan arriesgada y llena de azares? Pero ya que había sido bastante imprudente para hacer este disparate, ¿con qué derecho ha comprometido también a su pobre amiga? ¿Qué responderá a la madre, al padre y a los hermanos de Victoria cuando le pidan cuenta de ella? Al mismo tiempo que se hace estas interiores reconvenciones, recuerda también la infeliz a su propia familia, a su padre preso, si no decapitado ya a la hora presente; a su venerable abuelo, que gime proscrito en

tierra extranjera; a sus parientes todos, y se siente desmayar con mortal angustia a la idea de no volver más a ver a seres tan queridos. Todos estos pensamientos van pasando por su cabeza y su corazón, rápidos como el relámpago, pues ciertamente la ocasión no era muy propicia para este género de imaginaciones; pero tales como eran, bastaban para agravar la angustia de la joven, y neutralizaban en cierto modo el terror que la infundía su apurada situación.

Afortunadamente, el oleaje de las turbas iba siendo cada vez menos impetuoso; el torrente comenzaba a dividirse, como se había formado, por los mil arroyuelos que ahora se iban desbordando en las mismas bocacalles por donde habían confluído. La joven y su pareja lograron, en fin, doblar una de las esquinas y se hallaron en punto donde, si no del todo libres, podían al menos moverse y respirar con cierta holgura.

—¡Uf!—exclamó el joven con la voz enronquecida—. ¡Ya era hora! ¡A esto llaman una fiesta! ¡Mejor pudieran llamarle un suplicio!

El tono, el gesto, la fisonomía del joven habían cambiado de súbito. Por primera vez Matilde quedóse entonces mirándole fijamente, y sorprendióse en gran manera de hallar cambiados en aire dulce y noble apostura la expresión feroz y el continente grosero que hasta aquel momento había visto en él. A todo esto, el joven seguía dando el brazo a Matilde, la cual hizo un brusco movimiento para desasirse; pero él, reteniéndola suavemente y con amistoso acento:

—Un poquito de paciencia—le dijo—; todavía no es tiempo.

En seguida, como si temiese que los pasajeros notaran el tono y modales con que hablaba a Matilde, volvió a gritar desaforadamente y a gesticular y hacer esos

con el cuerpo a la manera de los borrachos, por supuesto, sin soltar del brazo a Matilde, que tuvo que seguirle en estas evoluciones durante las tres o cuatro primeras calles que atravesaron. Llegados, en fin, a una encrucijada solitaria, quedóse el joven mirando a las cuatro calles, con designio, al parecer, de tomar la menos transitada en aquel instante. Matilde, aprovechando este momento de investigación, hizo un decidido esfuerzo para desasirse del brazo de su pareja y emprender la fuga; pero el joven, volviéndola a retener como antes, y con acento tan dulce como respetuoso, le dijo:

—Si soy un enemigo, señorita, es locura que pretendáis libertaros de mí, porque yo he de correr más que vos. Si soy un amigo, ¿con quién ni en dónde estaréis más segura?

Matilde conoció que éste era un razonamiento sin respuesta, y, encomendándose a la Virgen Santísima, se dejó conducir por donde la llevó el joven, no sin que su instinto le inspirase grata confianza de que había encontrado en él un noble protector.

Pero ¿qué es entre tanto de la pobre Victoria? Esta había caído en manos, no ya de un solo demócrata, sino de dos, que, apresados como dos alanos a los brazos de la pobre joven, la habían arrastrado adonde el tumulto y gentío eran más espesos. La peste de aguardiente que de sí echaba este par de acólitos probaba que su borrachera no era fingida como la de la pareja de Matilde, y de su grosero lenguaje podía inferirse que pertenecían a lo más abyecto de la plebe: sus voces tenían de singular el que, para ser de hombres, eran demasiado atipladas, y para ser de mujeres, eran demasiado cavernosas; sin pelo de barba en la cara, cubierto su cuerpo con una especie de chupa

BIBLIOTECA PUBLICA BURGOS

asquerosa, y su cabeza con un gorro grasiento, las narices aporradas y granujientas, los ojos repulgados de colorado, las uñas de las manos negras y largas como si en la vida se hubieran lavado ni cortado, eran aquellos dos angelitos un par de estampas capaces de asustar al mismo miedo. Nadie gritaba más que ellos, ni sabía dar tanta sal y pimienta al tono irreverente y maligno con que en aquellos días de horror y degradación se insultaba al Monarca y a su esposa.—*¡Muera la austriaca! ¡Una albarda para Capeto!*—En el hervor de su entusiasmo democrático, repetidas veces habían querido hacer a Victoria gritar lo que ellos y como ellos; pero la joven, que, como ya sabemos, no se intimidaba fácilmente, se había resistido, diciendo que con ella no iba nada, ni entendía de lo que se trataba. La verdad es que conocía perfectamente el sentido de aquellas vociferaciones, y por lo mismo que lo conocía, repugnábala injuriar a personas que desde su edad más tierna había aprendido a tratar con respeto. Así es que ni una vez sola la hicieron desplegar sus labios para gritar.

Hemos dicho que los dos acompañantes estaban tan borrachos o si se quiere tan frenéticos uno como otro; pero, mejor mirada la cosa, el de la izquierda parecía hallarse un poco menos exaltado: Victoria hasta había sospechado que su entusiasmo patriótico tenía algo de postizo; ciertas palabras que le había oído pronunciar a media voz parecieron a la joven signo de un carácter feroz sin duda alguna, pero frío; esto la alarmó mucho más que el desenfrenado arrebato de su compañero de la derecha, sobre todo cuando creyó percibir ciertas frases de amenaza, ciertos gestos de irritante sarcasmo que de vez en cuando le dirigía el susodicho alano de su izquierda, y más aún cuando sentía su

brazo pegado constantemente al de ella como un sinapismo, mientras que el de la derecha, entregado enteramente a los impulsos de la embriaguez y del entusiasmo, la soltaba a cada instante, bien que para volverla a agarrar. Todo este conjunto de circunstancias suscitó en la pobre joven un género de presentimiento de cierta clase de peligros que fué bastante poderoso para perturbarla y afligirla como no lo hubiera hecho la certidumbre del cadalso mismo.

Tal era la situación de Victoria cuando, deteniéndose también para ella el torrente como se había detenido para su amiga, se vió al cabo, por supuesto, con el aditamento de sus dos cantáridas, en una de las calles laterales por donde se iba desaguando aquel piélago de gente. El acompañante de la derecha dijo entonces al de la izquierda:

—¿Sabes, ciudadana, que si encontráramos una taberna donde remojar el gaznate, nos vendría como pedrada en ojo de boticario?

El interpelado con el singular apóstrofe de *ciudadana,* nada respondió; su compañero volvióse entonces a Victoria, y con acento y gesto que a fuerza de querer ser afables eran tanto más espantosos, le dijo:

—Oye, lucero: ¿te has dejado la lengüecita en tu pueblo? ¿No tienes algún requiebro que echar a la austriaca o al caballero Capeto?

Victoria nada respondió tampoco. La infeliz estaba casi exánime de cansancio, de vergüenza, de asco y de terror.

—¿No respondes, vida mía?—prosiguió aquel vestiglo—. Ten mucho cuidadito con lo que haces, que en estos tiempos se paga el ser muda lo mismo que el hablar; al ciudadano Dantón y a su cofrade Billaud-Varenne se le hacen los dedos huéspedes, y si te empeñas

así en no dar el habla, pueden muy bien ponerte de conversación con la guillotina. ¿De dónde eres?

—Soy del campo—respondió por fin Victoria con desmayado acento—. Ya lo veis, una pobre palurda... Dejadme marchar, señores.

—¡Señores! ¿Qué es eso de señores? ¡Ay, hija mía, qué atrasada de noticias vienes de tu lugar! Ya no hay señores; hogaño no se da esa fruta: no hay más que ciudadanos.

—Pues bien, ciudadanos, dejadme marchar; ¡os lo pido por amor de Dios!

—¿De qué Dios, alma mía, del de años atrás? Ese ya no vale, querida; nos hemos fabricado uno nuevo para uso de la república: la diosa *Razón*.

—No lo sabía, ciudadano; allá en nuestra tierra no se sabe lo que pasa en París, ni se piensa más que en trabajar y ganar la vida honradamente. ¡Dejadme, dejadme, por María Santísima!

—¡Otra antigualla!... ¡Muhacha, tú no has visto el mundo más que por un agujero!... ¡María Santísima!... ¿Pues no sabes que la hemos quemado en la plaza de la Grève? ¡Digo, poquita broma que tuvimos!... Nada, hija mía, esa buena Señora tampoco nos sirve ya. La hemos destronado.

—¿Sí?... Yo creía que continuaba reinando en el cielo sobre los santos y sobre los ángeles.

—¡Anda, hija, anda! ¡También ángeles y santos!... ¡Pues no traes tú mala letanía! Los hemos sacado bonitamente de sus nichos, y... ¡famosas hogueras va a tener el pobre pueblo con ellos para calentarse este invierno! No extrañaré que con tan buena leña se haga un guisado de curas... Te convido al primer almuerzo.

Victoria sentía horror, indignación y náuseas al oír

este bestial lenguaje, que tan del gusto era de los revolucionarios en aquellos días de impiedad y de locura. No pudiendo taparse los oídos, pues continuaban sus brazos cogidos por los dos republicanos, sobre todo por el taciturno de la izquierda, que la había hecho ya una llaga de puro apretarla, procuró apresurar el paso en cuanto se lo permitía esta bárbara opresión, para aturdirse al menos con la rapidez de su marcha. Ignorante absolutamente del punto adonde sus acompañantes la llevaban, vióse a poco rato, no sin aumento de terror, alejada de los barrios populosos y de las calles frecuentadas y metida en un verdadero laberinto de callejas sombrías, desiertas y fangosas. Ninguna duda le quedó ya entonces de las perversas intenciones de aquellos miserables, y sacando fuerzas de su misma desesperación, resolvió en sí misma libertarse a toda costa de tan tremenda compañía. Bien se la alcanzaba que sería inútil toda resistencia contra dos hombres, mucho más en el estado de fatiga y de desmayo que se encontraba; decidió, por tanto, recurrir a la astucia y ver cómo hallaba ocasión favorable para soltarse y escapar. Encomendóse con interno fervor a Dios y a la Virgen Santísima; comenzó a fingir mucho más cansancio del que realmente tenía y a arrastrar los pies como quien, rendida ya bajo el peso de sí propia, no puede en manera alguna dar un paso.

Con esto, si no logró inspirar compasión a sus dos opresores, consiguió, y era lo que ella quería, darles tal seguridad de que no podía escaparse, que al cabo sintió ceder un poco hasta la tenaz presión de su pareja de la izquierda. Aprovechando entonces el momento de volver una esquina, sacúdese con empuje tan violento que, desconcertando a los dos patriotas, logra arrancarse de sus brazos y, volviéndoles la espal-

da, echa a correr como una gacela en dirección de las mismas calles por donde la habían llevado. El miedo puso alas en sus pies; pero, por lo visto, sus perseguidores no eran de plomo, pues los sintió correr en pos de ella tan a su alcance, que podía perfectamente oír sus voces y entender sus blasfemias, sobre todo las del vecino de la izquierda, cuya lengua, desatada entonces por primera vez, era toda una cloaca de apóstrofes inmundos y de espantosas maldiciones.

Protegida por la obscuridad, logra la joven ganar bastante delantera a sus enemigos; pero asústala con nuevo recelo el observar que comienzan a unirse a éstos, para perseguirla, algunos otros patriotas de los que, alarmados con el ruido, se iban asomando por puertas y ventanas; incidente muy grave para ella, porque los dos republicanos habían comenzado a gritar: *¡A esa, a esa; cogedla; es una aristócrata disfrazada; echadla mano!*, y otras frases por el estilo; y con razón podía temer que, enfurecido el populacho, se lanzase sobre ella y la despedazara. Esta idea redobla su energía y la hace, no ya correr, sino volar. Afortunadamente, los patriotas de la vecindad, hartos de gritería, de paseo y de vino, tenían más gana de dormir que de cazar aristócratas, y dejaron solos a nuestros dos podencos seguir jadeando en pos de su víctima; pero ésta les había cogido ya más de cien pasos de delantera, espacio suficiente para dejarla pararse un momento a tomar la dirección que más la conviniese.

Dobló en seguida la esquina que tenía más cerca, y a la luz moribunda de una lamparilla que ardía tras de los vidrios de un tabernucho a la entrada de la calle, vió enfrente una casa que en aquellos días se había comenzado a demoler para construírla de nuevo, y saltando como una corza por cima de los escombros, me-

tióse en el interior del derribo, atravesó cinco o seis habitaciones ya medio demolidas, y con una ojeada rápida como el pensamiento buscó escondite seguro. En el ángulo de una de las piezas, y en punto donde sin duda había habido una escalera, vió empotrada una viga, puesta como puntal para contener súbito desplomamiento del piso superior, que por aquella parte aun no había sido derribado, y trepando como un gato por el madero, en menos tiempo que se dice estuvo ya sobre el techo, en posición oportuna para no ser vista desde abajo y poder ella, sin embargo, observar lo que pasara. Limpióse luego el sudor que inundaba su rostro, encomendóse a Dios, y esperó resignada el fin de aquella aventura.

Mientras tanto, sus perseguidores habían pasado de largo la calle, que no era muy extensa; pero al llegar a las cuatro esquinas de la encrucijada más próxima, como no viesen a su víctima en ninguna de las calles que la formaban, calcularon que debía haberse agazapado en algún rincón, y retrocedieron para buscarla. En cuanto llegaron al pie del derribo, dijo el que había llevado a Victoria a su izquierda:

—Por aquí se debe de haber trasconejado; es imposible, por muy lista que sea, que haya tenido tiempo de doblar la esquina. Yo tengo buen ojo, sobre todo de noche; no podemos menos de pescarla.

—O no—respondió su compañero—; muchas veces se escapa el pez del anzuelo.

—Anda, que el charco no es muy grande; fácil es volver a pescarle: si tuviera yo aquí a mi ciudadano, bien pronto daría con ella, pues tiene nariz de perdiguero famoso.

—¡Ya lo creo! ¡Un agente de policía de la República! ¿Por qué no te llegas de un brinco a buscarle?

—¡Ca! Estas noches anda muy ocupado. ¿Quién sabe dónde estará él a estas horas?

—Pues sería lástima que se nos escapase esta pieza... La chica es guapa como un coral, algo zafia; pero en puliéndola un poco, se podía hacer de ella una moza de provecho. No la daba yo por cien *libras*.

—¡Ya se ve que sí! Tiene un talle esbelto como una princesa, cuando había princesas en el mundo. ¡Ahí es nada lo contento que el ciudadano Dantón se pondría! Lo que él dice: en servicio de la patria nadie debe estar ocioso; las muchachas bonitas es menester que ayuden al Gobierno; si saben explotar su belleza, son un magnífico anzuelo para la pesca de aristócratas y de sospechosos; si se obstinan en todas esas antiguallas del honor y de la virtud, entonces se las guillotina, y punto redondo. ¡Es mucho diplomático el ciudadano Dantón! Conque vamos a rebuscar por entre estos escombros, que aquí debe de estar.

—¡Hum! Nada conseguiremos; al menos yo, que no tengo esa vista de lince que tú tienes, ciudadana. Y luego, con este maldito vestido de hombre no sabe una moverse. ¿Qué diablos de idea te ha dado para que nos pongamos este disfraz?

—Muy sencilla: primero, que no nos conocieran, y después, tener más holgura para cantar, para gritar, y sobre todo para beber. ¿No has visto cómo a todo el mundo le hemos dado hoy la cambiada? El ciudadano Billaud-Varenne tiene razón: una mujer vestida de hombre vale por dos hombres. Y ello, una tiene que ganarse la vida y ayudar a su hombre, que no lo ha de hacer él todo.

—¿Cuánto ganas tú?

—Tres libras diarias, y el día que hago buena pesca, paga doble. Pero si damos con nuestra campesina, es-

pero paga triple o algo más. Conque, al avío, vamos a husmear la madriguera.

—Oye, ciudadana: ¿no sería mejor que esperásemos aquí sentadas a que pasase una ronda? Ya no puede tardar; y como nosotras tenemos la consigna, nos damos a reconocer, y nos ayudará en la batida.

—Tienes razón; sentémonos, y de paso podemos ojear lo que suceda en la calle... No se puede una dormir, ciudadana... ¡Hay mucho traidor!

—Y a propósito: ¿sabes que la otra muchacha que acompañaba a nuestra fugitiva tenía un airecito que me puso en cuidado?

—También a mí me pareció que echaba un tufillo a aristócrata... ¿Qué habrá sido de ella?

Esto es exactamente lo mismo que el lector se estará también preguntando; pero tenemos el disgusto de no poder complacerle al instante, así como el de dejar por ahora en su camaranchón a nuestra querida Victoria, para darnos una vuelta por su alquería y ver lo que allí sucede.

En el instante mismo que su pobre hija está pasando tan amargo trance, la buena Teresa se goza en comunicar a su familia las dulces ilusiones que está alimentando. Naturalmente sencilla y confiada como es, no duda de que las dos viajeras han llegado felizmente al término de su camino, y que en el acto han conseguido cuanto se propusieron al dejar la alquería. No menor parte tienen en el recuerdo de Teresa y de sus hijos el buen José con el noble anciano, a quienes hemos dejado caminando por Suiza, y el último de los cuales pocos meses antes había honrado aquel tranquilo hogar sentándose en él a gozar el generoso asilo dado a un proscrito por la gratitud de sus moradores.

—Vamos, Lucianito, hijo mío—dice la buena Tere-

sa—, toma tu pluma y ve apuntando partidas: a ver a cuánto llega lo que podemos mandar a nuestros pobres desterrados.

—Vaya diciendo, madre—responde el joven con su pluma en ristre.

—Primero: veinte libras de cáñamo hilado, a diez y ocho sueldos libra. ¿Está apuntado?

—Está.

—Tres docenas de mallas, a veinticinco sueldos cada pieza. ¿Está?

—Adelante.

—Hechura de una casaca y pantalón de guardia nacional, tres libras.

—¿Qué más?

—Nueve pares de calcetas, a once sueldos cada par.

—De la venta de tres carneros, a ocho libras, uno con otro, veinticuatro libras.

—Veinticuatro.

—Ahora viene lo gordo. La vaca negra con su becerrito, ciento ochenta libras. No hay más.

—Pues, ¿y las siete gallinas?

—¡Ah! Es verdad; se me había olvidado: cincuenta y seis sueldos. ¿Cuánto hace todo, hijo?

—Ciento setenta y siete libras con quince sueldos.

Al oír esta suma, todos batieron palmas. El hermanito menor dijo entonces:

—Veo, madrecita, que ahí no va el bordado de la señorita Matilde. Me alegro; era una lástima vender unas pantuflas tan bonitas.

—No; las reservo para que, cuando se reuna con su abuelo el señor Conde, se las regale. ¡Pobre y desgraciado señor! ¡Tendrá tanto gusto en ver que su nieta se acordaba de él!... Pero no le digáis nada a Matilde cuando vuelva. Es menester que crea que también

ella ha trabajado para mandar dinero a su abuelito.

—¿Y cuándo volverá, madre?—preguntó la hermanita de Victoria—. ¡Lloraba tanto al abrazarme cuando se fué!...

—Volverá, hija mía, cuando sea voluntad de Dios. Vamos, hijitos, os habéis portado bien. ¡Ciento setenta y siete libras! Es un buen taleguito. Con eso tendríamos en casa para vivir un año; pero un caballero como el señor Conde no es regular que viva con lo que un pobre palurdo. Y ello es preciso, como dice vuestro padre, que no le falte nada. ¡No que no! O somos o no somos agradecidos, hijos míos. Todo cuanto tenemos se lo debemos al señor Conde, ¿estáis? Muchas veces os lo he dicho ya, porque no quiero que lo olvidéis nunca..., ¿no es verdad?

—Nunca, madre mía, nunca.

—Quiero que estéis prontos siempre a darle cuanto tengáis, a sacrificarlo todo por ese buen anciano y por todos los suyos.

—Todo, madre mía, hasta la última gota de nuestra sangre.

—¡Bien haya vuestra boca, hijos de mi alma! ¡Bendito sea Dios! Ya que hay tantos ingratos en este mundo, que haya también corazones leales y agradecidos. Recemos ahora, hijos míos; que Dios nuestro Señor se digne oír nuestras oraciones y proteger a nuestros queridos desterrados, a nuestras pobrecitas viajeras, al Rey y a Francia.

¡Oh, frenéticos demagogos, que en nombre de los derechos del pueblo estáis inundando de sangre las ciudades y campiñas de una nación cristiana! ¡Venid a esta alquería y veréis lo que es el pueblo cuando no le corrompen vuestras bárbaras doctrinas! Pero no, no

vengáis. ¡Esa virtud sencilla, esa noble lealtad, esa generosidad cristiana, ese patriotismo nacional de una pobre familia de labradores irritarían de tal modo vuestra democrática saña, que no pararíais hasta hacerles expiar en el patíbulo sus virtudes!

CAPITULO X

Vana tentativa.

Razón sobraba al Conde de Ventimile para tener miedo, si no llevara consigo dos protectores, poderosos siempre para quitar del alma toda flaqueza: tenía su fe de cristiano y la tranquilidad que da siempre la persuasión de no haber hecho mal a nadie. ¿Qué causa, pues, podía tener el odio con que le perseguía aquel enemigo invisible que tan misteriosamente se le había anunciado? Pobre anciano, desposeído de toda su riqueza, obligado muchas veces a ocultar su ilustre nombre en aquella peregrinación donde no podía sostener el decoro de su clase, privado de la solícita asistencia del único amigo que hasta entonces le había acompañado en su destierro, ¿qué interés podía tener nadie en perseguirle? ¿Qué pretendían quitarle? Esto es lo que vamos a averiguar.

Varios días llevaba ya de viaje el buen caballero, y verdaderamente durante todo él nada le habría ni afligido ni perturbado si en todo hubiera sido tan dichoso como en hallar *gratis*, adondequiera que llegaba, hospedaje cómodo, mesa suculenta y medios fáciles de transporte. Aquellos veintiséis florines, cuya exigüidad

le daba tanto cuidado, debían tener algo de fénix y renacer de sus mismas cenizas, pues cuantas veces el Conde vaciaba su bolsa para ver lo que le restase, pagado el gasto que en sus varias estaciones iba haciendo, otras tantas se encontraba íntegra siempre la misma cantidad, y hasta hubiérase dicho que la hallaba en las propias monedas. Evidentemente iba caminando bajo la protección de algún genio tan invisible como el enemigo de quien le habían advertido precaverse.

Pero ¡ah!, este enemigo no le dejaba gozar de reposo: adondequiera que arribaba, en cualquier punto de donde partía, allí pasaba por delante de sus ojos la fúnebre sombra de la capa parda, apéndice de todos sus pasos, pesadilla de su existencia. ¿Llegábase a un templo para oír Misa, como procuraba hacerlo diariamente, antes de emprender su jornada? Allí estaba el embozado tras un pilar de la iglesia. ¿Poníase tranquilamente a comer de los manjares que siempre con buena gracia y con mejor condimento le presentaban en las hosterías en donde iba pernoctando? Pues no parecía sino que entre plato y plato se interponía aquel molesto fantasma, cuyo aspecto le atarugaba los bocados en la garganta y le convertía en hiel los tragos. ¿Asomábase a la ventana del cuarto en que le hubiesen hospedado? Pues ya podía esta ventana dar a la calle, dar a un jardín, o dar a un pasadizo: ello era que encima, o debajo, o al lado de sí había de encontrar al de la capa parda.

Cerca de Ulma, ya en tierra de Alemania, sucedióle un día que volcó su carruaje, desvencijándose tan completamente, que le fué preciso parar en una alquería inmediata para que compusieran el vehículo de modo al menos que le permitiese terminar aquella jornada. ¡Cuál sería su sorpresa cuando a poco rato de haber

entrado en la alquería, y sin darle tiempo siquiera a tomar una refacción, llegóse el cochero a decirle que podía continuar su camino, pues el coche había sido compuesto por un paisano con una capa parda que, como si en toda su vida hubiera hecho otra cosa, había metido y asegurado las ruedas en el eje, dejando el carruaje tan firme y sólido cual no lo estaba quizá veinte años antes.

—¡Ah, tunante!—exclamó para sí el anciano—. ¡Ya te veo venir!... Te han dado órdenes, sin duda, para acabar conmigo en algún punto determinado y en hora fija, y tú mismo, ¡gran bribón!, me pones las calabazas para nadar... No, pues como yo te llegue a coger bajo mi jurisdicción, no te me irás al menos sin que te vea la cara... ¡Estoy aviado! No tenía bastante con que la revolución me haya robado y proscrito en Francia, sino que también me quieren atormentar en el extranjero... ¡Que es sordomudo! ¡Sí, sí!, como yo. Estos pícaros saben hacer toda clase de papeles. ¡Claro está! El Gobierno de la república habrá sabido la fuga de mi familia; algún imprudente habrá dicho que están citados para reunirse conmigo en una de estas ciudades de Alemania, y, como si lo viera, nos han mandado por escolta a ese canalla... Pues no le arriendo la ganancia en cuanto nos reunamos... Pero ¿y cuándo será esto?... Por más que pregunto en todas las paradas de mi viaje, en ninguna parte me dan razón de ellos. ¡Hijos de mi alma! ¡Matildita de mi vida!... ¡Qué gana tendrá ya el ángel mío de ver a su abuelo! ¡Ah!, esto es lo que más me atormenta...

Tal era el tema ordinario de las meditaciones del anciano proscrito, y en ellas iba ocupado la tarde que, después de una larga y fatigosa jornada, entraba en su carruaje por las puertas de Neuburgo, pequeña ciudad de Baviera, notable por ser patria del célebre Alberto Mag-

no, maestro del gran Santo Tomás de Aquino. Apenas había penetrado en la primera calle de la población, cuando, sorprendido de que el carruaje se paraba de repente sin orden suya, sacó la cabeza por la portezuela para examinar la causa de este detenimiento. Extrañóle mucho ver el coche rodeado por una porción de gente que parecía apostada allí para esperarle, y sorprendióle más todavía que, mientras él miraba curioso aquellos grupos, abriese la otra portezuela un hombre con uniforme militar, al parecer, que cortésmente le invitó a apearse. Pensó el Conde si sería un dependiente del resguardo que quisiera registrar el carruaje, y díjole con tono y continente entre grave y mohino:

—¿Que me apee? ¿Y para qué? Entrad y registrad lo que os plazca, buen hombre. Con mi persona nada tenéis que ver: soy un extranjero que va de viaje.

—Perdonad, caballero—respondió el hombre—, tenéis que apearos; siento que esto os moleste, pero yo os lo ruego en nombre de la autoridad, y espero que no haréis resistencia, pues de lo contrario me pondríais en el caso de haceros apear a la fuerza.

—No, no, amigo—repuso el Conde disponiéndose a bajar en el acto—. Ignoro la causa de esta vejación; pero antes que todo es el respeto a la autoridad. La divisa de los Ventimile ha sido siempre: "Dios, el Rey, la Ley". Estoy a vuestras órdenes.

Durante esta breve escena se habían ya engrosado los grupos primitivos con algunos pasajeros que, movidos de curiosidad, rodearon también el carruaje, preguntándose unos a otros lo que pudiera ser aquello.

—Es un conspirador—decían unos.

—Es un refugiado francés que ha cometido allá en su tierra un delito tremendo—decían otros.

—No; es un lord inglés que viene huyendo de sus

acreedores—añadían otros que se decían mejor informados.

En el momento de poner el pie en tierra levantó el Conde su cabeza con cierta altanería para echar una imponente mirada a la muchedumbre; pero para el pobre anciano ya no había muchedumbre, ya no había más que un ser sobre la haz de la tierra, y estaba escrito que, dormido y despierto, en todas partes y a todas horas le había de hallar delante de sí. Allí, a diez pasos de distancia, y vuelto de espaldas a él, según su costumbre, estaba el de la capa parda; pero en esta ocasión había de singular el que estaba hablando, al compás de gestos y manoteos, como si fuera mudo, con uno que parecía oficial, del mismo uniforme que el del hombre a quien el anciano había creído dependiente del resguardo. Al poco rato separóse este oficial del de la capa parda, y llegándose al Conde le saludó cortésmente y le invitó a seguirle.

El buen caballero conservaba en medio de todo esto tal presencia de espíritu, que siguió examinando con severo continente los rostros de la muchedumbre, no tanto por sorprender en ellos alguna explicación de lo que le estaba pasando, como por ver si entre ellos divisaba el de su yerno, o el de su nieta, o de cualquiera otro de los suyos, pues estaba creído que Neuburgo era una de las poblaciones donde más probablemente se reunirían con él. ¡Vana esperanza! Entre toda aquella gente no vió sino semblantes curiosos los más, burlones y hasta insultantes algunos. De estos últimos parecióle que varios le miraban con aire amenazante, y confirmóse en ello cuando empezó a oír en su derredor los gritos: *¡Viva la república! ¡Mueran los aristócratas!*, articulados en el dialecto alemán de Baviera.

—¡Vaya, está visto!—pensó entonces el Conde—; la

serpiente revolucionaria silba ya también y tiende la cola en Alemania. ¡Pobre país! Ya le ha caído quehacer. ¡Y yo me he lucido, a fe mía! Para esto mejor me hubiera estado quedarme en Francia. Bien se lo decía yo a mi yerno y a mis nietos: ellos se empeñaron en que había de emigrar, y yo veía claro que esta revolución francesa es una peste que ha de devorar a toda Europa... ¡Oh! En Francia, al menos, hubiera muerto con gloria, o en el campo de batalla, o en el cadalso, confesando a mi Dios y a mi Rey, mientras que aquí moriré como una rata, preso en un cepo... No debía ser este el fin de un Ventimile... ¡Hágase la voluntad de Dios!

Mientras el Conde hacía este soliloquio, ya había comenzado a atravesar, precedido del oficial, la muchedumbre, que le siguió escoltando tan curiosa como había estado antes parada, cuando él, caminando pausada y gravemente, con su bastón a la espalda como si fuera de paseo, volvióse al cabo de un rato de marcha para ver qué hubiesen hecho de su coche y de su equipaje; y, en efecto, a no larga distancia vió a un hombre cargado con sus escasos bultos, y en particular con la maleta. Detrás de ese hombre iba otro embozado hasta las cejas con una capa parda, y el Conde, al verle, sonriendo con amargura, dijo para sí:

—¡Es claro! Me hereda después de entregarme a la muerte. Se le debe de justicia, porque ha cumplido maravillosamente su encargo. ¡Pero buen chasco se lleva! Como no saque otra paga de su maniobra, no morirá rico. Dios le perdone como le perdono yo.

El tránsito de esta comitiva extraordinaria, y en hora ya tan avanzada de la tarde, pues comenzaba a anochecer, iba acumulando cada vez mayor concurso en derredor del anciano, al propio tiempo que en todas las casas de las calles que iba atravesando asomábanse por ven-

tanas, balcones, azoteas y respiraderos, un enjambre de curiosos, y particularmente de mujeres. El Conde, que por un lado nada tenía de qué avergonzarse, y por otro iba animado de la vana esperanza de encontrar a su familia, derramaba su mirada serena en todas direcciones, buscando anhelante en el hueco de cada puerta y cada ventana el dulce y bello rostro de su amada Matildita. Fuese ilusión, o fuese realidad, a la dudosa luz del ya expirante crepúsculo parecióle percibir señas, movimientos de cabezas y manos dirigidos a él como saludos de amistad; creyó ver agitarse primero un pañuelo blanco, luego dos, luego tres, que en manos de otras tantas señoras ondeaban sobre sus cabezas como lábaros de salvación; figurósele oír palabras de aliento y de consuelo encaminadas a él. Pero como todo esto lo percibía al través de las sombras, en medio del tumulto de la gente y mezclado con vociferaciones cada vez más hostiles y estrepitosas, llegó a temer si sería un puro fantasma de su deseo. Sin embargo, ni el temor ni la esperanza desconciertan su grave y sereno continente: insensible a los insultos, indiferente casi al término que pudiera tener aquella escena, continúa en pos del oficial, apartando suavemente con su bastón a los curiosos demasiado entremetidos o malintencionados que les estrechan e interrumpen a cada paso su marcha, sin proferir una sola queja, sin dar señal de un solo movimiento de impaciencia ni de temor.

Así fué atravesando calles y plazuelas durante un cuarto de hora, sin que nadie le diese explicación alguna ni tratase de impedir a la gente aquel importuno cerco y aquellas insultantes voces. Llegada, en fin, la comitiva ante la Casa Consistorial, observó el Conde que del pelotón del gentío se separaba como aposta un grupo hasta de cien personas, todas ellas de una catadura pre-

sidiable, armadas en su mayor parte de palos y acaudilladas, al parecer, por un hombre de gigantesca estatura, vestido con un traje bastante raro, que llevaba un espadón enorme pendiente de un cinturón de cuero. A dos pasos de este pajarraco de mal agüero vió el Conde al de la capa parda; pero la obscuridad y el ruido no le permitieron distinguir si conversaban entre sí por palabras o por signos; lo único que percibió claramente fué la voz de una mujer que, señalando con el dedo al del espadón y a su turba, dijo a otra mujer que la acompañaba:

—Ya tenemos aquí la patulea de Dillingen, y al bribón de su comandante. ¡Maldito si habrán venido a Neuburgo para nada bueno!

Dillingen es una ciudad inmediata a Neuburgo, y en la cual la propaganda revolucionaria había hecho grandes progresos. El Gobierno de Baviera debía, sin duda, tener o poca fuerza o poca voluntad de apagar en Dillingen este foco de futuras turbulencias, pues los tales patriotas, acaudillados por tal jefe, recorrían impunemente los campos y las ciudades circunvecinas, alentando, en nombre de la libertad, a todos los pillos y holgazanes, que en ninguna parte faltan, y vejando de todos modos a los hombres de bien que, gracias a Dios, no faltan tampoco.

El oficial tomó del brazo al Conde, e introduciéndole así en las casas consistoriales, hízole subir al piso principal, no sin que al ver desaparecer al anciano se aumentara la amenazante gritería de los de la banda de Dillingen, cuyo jefe, levantando su estentórea voz sobre la de todos sus demás compañeros, exclamó haciendo un movimiento, como para impedir que se llevasen adentro al Conde: *¡Muera el aristócrata!* El buen caballero lo vió y oyó todo sin que su valor desmayase un punto, bien

que aumentándose cada vez más su impaciencia por saber de qué procedía y a qué se encaminaba aquella tragicomedia. Después de haberle hecho atravesar varios pasadizos y muchas vastas habitaciones, llegó en fin a un gabinetito estrecho que daba sobre un patio interior del edificio. Luego que el oficial le hubo introducido allí, saludóle cortésmente y se retiró.

En el gabinete, iluminado por dos quinqués y por la llama del fuego recién encendido en la chimenea, no había persona alguna. Delante de la chimenea había puesto un cómodo y lujoso sillón de terciopelo, en el cual se sentó el anciano para examinar con calma su singular posición y ver si sacaba alguna conjetura acerca del origen y fin probables de aquellos misterios. En estos pensamientos estuvo absorto como un cuarto de hora, no sin que más de una vez le interrumpiera la incesante gritería de la plaza, cuando sintiendo mover el picaporte de una puerta de escape que detrás de él había disimulada por un cuadro, colocado en ella ex profeso para ocultarla, volvió la cabeza y vió ante sí la figura austera y lúgubre de un personaje como de sesenta años de edad, de grave y pausado continente, vestido con una especie de toga, que podía ser de un magistrado de la ciudad o de un catedrático, el cual, después de saludar al Conde con una leve inclinación, acercó una silla al otro lado de la chimenea, y sentándose, escudriñando con penetrantes ojos al prisionero, pues, visto lo visto, bien podemos ya llamarle así:

—Señor Conde—le dijo—, sin duda os habrá chocado todo esto que os pasa, y es natural que estéis impaciente por recibir alguna explicación.

—Convendréis conmigo, caballero—le respondió el Conde—, que no le faltaría razón a mi impaciencia; pero es costumbre tradicional de mi casa el esperarlo

con calma, principalmente cuando hay males que temer.

—Ciertamente—repuso el magistrado—, al ver y oír lo que acaba de sucederos, y sobre todo esas amenazas, que todavía continúan llegando a este sitio, os habréis creído entre salvajes.

—No por cierto: me he creído en Francia; la revolución nos tiene ya muy habituados a estas serenatas bestiales.

—En Francia se comprende que así sea, pues al cabo allí están las pasiones en efervescencia, y vos, señor Conde, tenéis además un título, una consideración y una riqueza que en vuestra patria son hoy objeto de animadversión general. ¡Pero aquí, donde no se os conoce y donde no hay esa excitación revolucionaria!...

—Eso creía yo, señor magistrado; pero, por las señas, me he llevado un chasco bastante fuerte. Parece que el viento que corre en Francia va empujando también la tempestad hacia Alemania. No lo extraño; en Francia, como en Alemania, hay hombres de orden y hay gente revoltosa. Los malvados están unidos por un vínculo secreto que les hace obrar con lamentable armonía en todo el orbe. Un poco antes, un poco después, el vértigo de mi pobre Francia habrá contagiado al universo entero.

—Estoy de acuerdo con vos, señor Conde, y me parece justo que el imperio de la razón acabe por reinar en todas las naciones. Pasó ya el ominoso tiempo de la superstición y del despotismo, y la Humanidad no podrá menos de agradecer a Francia el haber tomado la iniciativa en esta grande obra de regeneración social. Estoy seguro, señor Conde, de que pensáis en este particular lo mismo que yo.

—Pues os engañáis, señor magistrado—replicó el

Conde con dignidad y firmeza—; no solamente no pienso lo mismo, sino que pienso todo lo contrario.

—¡Oh!—continuó el magistrado—, sin duda os engañáis a vos mismo, señor Conde. Os duele, y eso es muy natural, la persecución que os aflige; pero vuestro talento elevado sabe prescindir, estoy seguro, de ese contratiempo que os es personal, y allá en el fondo de vuestro noble corazón perdonáis el mal que individualmente se os causa por lograr el bien que la revolución ha de producir a vuestra patria en primer lugar, y luego al mundo entero. Permitidme compararos al soldado que muere gozoso en el campo de batalla, porque al morir sabe que sus compañeros han logrado alcanzar la victoria; o al viajero que, sorprendido por la tempestad, sufre con gusto la molestia porque ve el gran bien que la lluvia va a hacer en las campiñas.

El Conde de Ventimile escuchaba esta jerga político-filosófica con una sonrisa entre desdeñosa y triste, y decía para sus adentros:

—¡Vaya! El venerable magistrado es otro infeliz de los que a la hora presente tienen como artículo de fe que degollando sacerdotes, guillotinando reyes, desolando ciudades y aldeas, inundando de sangre las naciones y proclamando como virtudes los crímenes, se va a regenerar el mundo. ¡Está visto!, hemos llegado a uno de esos períodos en que Dios permite que cieguen los pueblos y que la Humanidad se vuelva loca.

—¿Nada me respondéis?—preguntó el magistrado viendo la silenciosa abstracción de este interno monólogo del Conde.

—Sí; os respondo—dijo el anciano—que me dais lástima, señor magistrado.

—¿Lástima?—preguntó el filósofo leguleyo, picada en lo más vivo su petulante suficiencia.

—Sí, señor; lástima de que un hombre de saber y experiencia, como sin duda seréis, según el cargo que os está confiado, tenga por obra regeneradora ese huracán de crímenes y de absurdos llamado la revolución. Será, si queréis, un castigo de otros crímenes y de otros absurdos; es posible que lo sea, y en ese caso, yo, por la parte que me toque, me someto resignado a la divina justicia. Pero si de parte de Dios es un castigo justo, de parte de los hombres no es sino una bárbara explosión de su impiedad y una hazaña de facinerosos. Esta es mi opinión.

—Lo siento, señor Conde. Nunca hubiera creído que un hombre de vuestra educación y de vuestro talento viese con disgusto derrumbarse el solio de caducas supersticiones, para dar lugar al entronizamiento de un culto más puro, de una religión más depurada.

—En punto a religión, señor magistrado, no conozco más que una buena, porque es la única verdadera: la religión de nuestro Señor Jesucristo, tal como la enseña y practica mi amada Madre la Santa Iglesia Católica. Diez y ocho siglos ha ya que esta Religión es la gloria y la ventura de sociedades y de individuos, y no sé en qué haya podido perder nada de la virtud que su divino Fundador le comunicó. Si en nombre de ella se ha podido cometer abusos; si hay, por desgracia, hipócritas que afectan profesarla para formar con ella un velo a sus vicios, ¿dónde está la racionalidad de quien por eso pueda acusarla? Por ventura la ley que castiga con la muerte el asesinato, ¿es mala porque un juez inicuo y venal absuelva a un asesino? Verdad es que filosofastros necios, historiadores corrompidos y bribones interesados acusan a la Iglesia de haber cometido crímenes y errores; pero esto mismo, para un hombre sensato, debe ser la mejor prueba de la santidad de la Iglesia; pues

sabido es el natural, iba a decir el necesario encarnizamiento con que los perversos calumnian y persiguen incesantemente cuanto hay bueno y santo en el mundo. Señor magistrado, ochenta años llevo ya de vida, y en tan larga experiencia he visto la virtud y la paz acompañar siempre a los verdaderos cristianos, y la desgracia y el vicio ser patrimonio de los infieles al precepto y al consejo del Salvador Jesucristo. Por lo que a mí nace, puedo aseguraros que a esta Religión he debido los goces más puros de mi vida, y que a ella debo también la fortaleza con que, gracias a Dios, voy llevando estas privaciones y estas penas tan crueles ya para mis cansados años. Ingrato sería yo si dejase calumniar y vilipendiar una fe a la que debo tantos beneficios; y más que ingrato, sería cobarde en abandonarla.

El magistrado escuchaba con la vista clavada en el fuego de la chimenea, y visiblemente sorprendido, tanto como irritado de esta franca y noble profesión de fe de su prisionero, conteniendo a duras penas su mal humor, volvióse a él, y después de hacer un gesto medio lacrimoso, medio despreciativo, le dijo con pedantesca prosopopeya:

—Francamente, señor Conde, no pensaba yo que un hombre de mundo como vos, y que además tiene la honra de ser compatriota y aun contemporáneo de Voltaire y de Rousseau, repudiase así la obra de tan ilustres sabios.

—¡De tan ilustres sabios!—replicó el Conde en tono y ademán entre indignado y compasivo—. Decid más bien de tan viles criminales, de tan abyectos malvados, que han prostituído su talento para causar la ruina de su patria y la perversión de una gran parte del género humano. ¡Sabios ilustres llamáis a esos despreciadores de Dios y de la verdad, blasfemadores imprudentes de

cuanto hay sagrado en la tierra y en el cielo; sentinas hediondas de orgullo y de impureza, fanfarrones del vicio y apologistas del crimen, para quienes es intolerable todo género de virtud y de nobleza, y que no combaten con tanto ardor la ley de Jesucristo sino porque en ella ven condenadas como lo merecen la vanidad de sus espíritus y la bajeza de sus corazones! ¡Ah! ¡La Humanidad no tendrá nunca bastantes maldiciones que arrojar sobre su memoria! ¡Sus nombres serán infames en todos los pueblos y en todos los siglos! Ellos han condensado la tempestad y han abierto el cráter de los volcanes; su saña rabiosa contra toda virtud y toda verdad ha preparado, por medio de escritos asquerosos y de una conducta tan asquerosa como sus escritos, estas catástrofes que hoy degradan y ensangrientan a la pobre Francia, y que amenazan invadir al mundo. Desacreditando la fe de nuestros mayores, haciendo chacota de la sagrada moral de Jesucristo, minando los fundamentos de toda autoridad divina y humana, desfigurando con calumnias desvengorzadas o con bestiales sarcasmos la historia de la Iglesia y el esplendor de los tronos, han llenado de errores las inteligencias y de vicio los corazones; han cavado este horroroso abismo en que se van sepultando los últimos restos del orden social. Volved los ojos a mi patria, señor magistrado; esos crímenes espantosos, esas horrendas locuras que forman ya los fastos de la revolución, son obra de esos hombres fatales; ellos han amasado el fango en que hoy está encenagada la nación francesa; ellos han derramado la sangre que inunda su suelo. La guillotina no es más que el instrumento del odio que alimentaban esos dos abortos del infierno, la última consecuencia de sus principios abominables. ¡Y a esos hombres llamáis sa-

bios ilustres!... No, llamadles lo que son: forajidos, envenenadores de la Humanidad.

—Veo, señor Conde, que habláis con pasión; en vuestras palabras estoy descubriendo al aristócrata desposeído de sus blasones y de sus bienes.

—¡Oh!, no en verdad, señor magistrado. Dios sabe con cuánto placer habría yo sacrificado todos esos bienes, todos esos blasones, si mi sacrificio hubiese de haber servido de algo a mi patria para acrecentar su gloria, para aliviar las cargas del pueblo, para aumentar la suma del bienestar común... No; entre mis defectos personales, y os diré más, entre los vicios de mi clase, no suele contarse el egoísmo. Lo que me arranca estas exclamaciones de indignación y de pena es el que nadie haya ganado con lo que nosotros hemos perdido; es el ver que esos célebres filósofos, *ilustres sabios*, como vos los llamáis, y sus hijos los revolucionarios de hoy y de mañana, no son sino viles charlatanes que mintiendo a sabiendas a los pueblos y prometiéndoles la felicidad como resultado de sus doctrinas, les han hecho tomar los fuegos fatuos por la luz del sol, la agitación estéril por el progreso, la violencia brutal por la fuerza; y así, concitando las pasiones ciegas y removiendo todos los instintos innobles de la criatura humana, les han puesto en la mano el hacha y la tea para demoler, y nada les han dado para que edifiquen; nada, porque después de haber destruído todos los principios en que hasta ahora se habían asentado las sociedades, nada les han demostrado qué poner en lugar de ellos. Despedazado el saludable yugo que contenía el nativo furor de las muchedumbres, las han lanzado de lleno en las sendas del error y del crimen; desarraigando de los corazones el amor de Jesucristo, han roto el vínculo que liga el cielo con la tierra, y en ese día han quitado la caridad al rico, la

resignación al pobre, la esperanza al desgraciado, a la autoridad su prestigio, al súbdito la sumisión, el remordimiento al crimen, la sanción a las leyes, la conciencia al individuo, el sentido común a los pueblos. Esto han hecho esos ilustres sabios; esto siguen haciendo sus hijos y discípulos fieles; esto harán los sucesores de sus hijos. ¡Sabios ilustres! Yo, como cristiano, los compadezco y pido a Dios que los perdone; como francés, como noble, los maldigo y pido para su memoria la execración de los siglos venideros...

—Señor Conde, la materia es larga, y mucho tendría que responderos si no viese, como veo, en vos un ánimo preocupado. Solamente me tomaré la libertad de deciros que, en mi concepto, tomáis lo accesorio por lo principal, la forma meramente accidental por el fondo. No os negaré yo ni la agitación actual, ni los crímenes y desgracias que la acompañan; pero esta ebullición, señor Conde, no es más que momentánea: es la fermentación de un licor exquisito; esperad que las heces vayan al fondo del vaso, y veréis formarse un vino generoso, claro, puro y fortificante. Los volcanes fertilizan la tierra con su incendio; las tempestades purifican el aire con sus estragos. ¿Sería posible que la pasión os cegase hasta el punto de no ver el gran principio que se elabora bajo de esta efervescencia transitoria?

—¿Y qué principio es ese, señor magistrado? Porque mi anteojo filosófico no es de tan larga vista que alcance a descubrirle. Yo creo que los desmanes de la demagogia no han de durar siempre; alguna vez han de faltar cabezas de reyes y de nobles que separar de sus troncos; el estómago revolucionario acabará por padecer indigestiones de sangre humana. Y después, ¿qué sucederá? Los pueblos, fatigados y estremecidos, bus-

carán quien los salve, quien los guarde de nuevas convulsiones; sólo que entonces ya, como en las sociedades estará perdido el hábito de obedecer; como será doctrina común de todas las clases que es lícito siempre sacudir el yugo de toda autoridad, que a nadie puede quitarse el derecho de blasfemar del Rey del cielo y de ultrajar a los de la tierra; como en el arsenal de las armas revolucionarias quedarán siempre las suficientes para perturbar todo género de orden social, y como todo el mundo sabrá entonces en dónde está el depósito de estas armas, el modo de manejarlas con éxito y de evitar el castigo, ¿qué sucederá entonces? Que los mismos llamados al supremo poder por la sociedad para que la salven de sí propia, recelarán constantemente de súbditos tan instruídos en el arte de la insurrección, y, o les faltará energías para salvar la sociedad, o tendrán que oprimirla con incesante dureza para contener sus extravíos. Es decir, señor magistrado, que al término de esa ebullición revolucionaria, después de la cual aguardáis que salga el gran principio regenerador, no ven ni pueden ver los hombres sensatos más que uno de esos dos temibles azotes: o Gobiernos débiles que cedan ante la tumultuaria veleidad de muchedumbres ambiciosas y descontentadizas, o tiranos que hagan expiar con un despotismo feroz y degradante el crimen de haber dejado el suave yugo de la ley de Jesucristo por la doctrina de Voltaire y de Rousseau. ¿Es este el gran principio que veis salir de la cloaca revolucionaria? Que os haga muy buen provecho, señor magistrado. Pero, en verdad, no sé a qué fin se encamina toda esta controversia, ni qué tenga que ver con mi situación presente. ¿Puedo saber por qué he venido yo aquí? ¿Qué significa ese tumulto? ¿Cuál es el origen y el fin de mi aprisionamiento?

El magistrado, por toda respuesta a estas últimas preguntas y a la anterior réplica del Conde, tiró del cordón de una campanilla, y seguidamente abrióse la puerta secreta y dió paso a uno que parecía dependiente de las oficinas del consistorio, pues entraba con pluma en mano y calados hasta el cubo del brazo sus enormes manguitos de paño negro.

—¿Está todo listo?—le preguntó con tono de autoridad el magistrado.

—No sé, señor, si estará todavía.

—Pues id a verlo, y volved pronto a decírmelo.

El empleado volvió a salir, y el magistrado se puso en silencio a atizar los carbones de la chimenea. El anciano Conde creyó que debía guardar la misma reserva, y mirando también al fuego, no levantó su cabeza hasta que el empleado volvió y dijo algunas palabras al oído de su jefe. Pero por dónde a la puertecilla secreta le dió gana de quedarse entreabierta, y por dónde al anciano le dió gana de mirar por el resquicio. Allí estaba también la capa parda en acecho y con toda la apostura de quien aguarda a que le den órdenes para cumplirlas: esto al menos creyó el Conde. Y creyó bien, pues a poco rato, habiendo vuelto a salir el empleado, oyóle decir al de la capa parda unas cuantas palabras, que no pudo entender, y vió en seguida al de la capa parda echar a andar tras el empleado. El buen caballero dobló la cabeza sobre el pecho en señal de resignación, y como al hacer este movimiento viese la cruz de su rosario, que pendiente del cuello llevaba siempre, hízole recordar esta vista que con los agitados sucesos de la tarde se le había pasado rezar la más querida de sus cotidianas devociones.

—Mentira parece—dijo para sí—que estas pequeñeces de la vida le hagan a uno olvidar sus deberes más

sagrados. ¿Qué diría mi nietecilla si supiera que su abuelo se había dejado venir encima la noche sin rezar su rosario? ¡Angel mío! Pide tú perdón por mí a la Reina del cielo. ¡Madre mía Santísima! No digan estos descreídos que sus violencias ni sus burlas me impiden honrarte como siempre lo he hecho. ¡Oh, no! ¡Más despreciable que el hombre que insulta a quien reza es el que deja de rezar por miedo de que le insulten! Ea, Virgen Purísima, dignaos oírme.

Y el anciano, descolgándose del cuello su rosario, se puso muy tranquilo a rezarle, con la misma devoción y el mismo recogimiento que cuando lo hacía en la capilla de su palacio con su querida Matilde. El celoso admirador de Voltaire, cuando vió este acto de valor cristiano, quedóse mirando al Conde con un rostro de desdeñosa compunción, cual si le viera hacer una extravagante necedad; y luego, como el anciano siguiese en su rezo sin curarse un ardite de lo que hiciera ni pensara el pedante filosofastro, tiró éste de la campanilla con ademán casi iracundo, y en el acto entró el empleado de antes con un papel, que su jefe leyó y firmó a la manera del moro del romance:

Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.

—Señor Conde—dijo con acento que de todo tenía menos de afable, después de haber firmado—, ya tenéis listo vuestro carruaje. Podéis salir sin miedo a la gente que hay abajo; están tomadas todas las medidas para que no os molesten.

—Es decir—preguntó el Conde guardándose el rosario en el bolsillo y levantándose con calma—, que sal-

dré de aquí lo mismo que he entrado, sin saber por qué, ni cómo.

—Así parece—respondió con sequedad el magistrado.

—Sea enhorabuena—repuso el Conde, encogiéndose de hombros—. Otra de las divisas de los Ventimile es tomar los sucesos como vienen, el dinero por lo que vale y los hombres por lo que son.

—No es mala esa divisa, señor Conde, pero no sabéis aplicarla en la ocasión oportuna.

—¿Qué queréis decir, señor magistrado?

—Con ideas menos mezquinas, con miras algo más elevadas de las que tenéis, hubierais podido proporcionaros un destierro cómodo y honroso. ¿No entendéis?

—Ni una palabra. A ver, seguid explicándoos.

—La sociedad francmasónica alemana quería daros un importante lugar en sus filas y ofreceros su poderosa protección para que nada os hiciese falta. Con vuestro talento, y con el influjo mismo de vuestro nombre ilustre, hubierais podido prestar, unido con nosotros, grandes servicios a la causa de la civilización y al progreso de las luces. Parece que preferís abarrancaros en vuestras extrañas preocupaciones, y, por tanto, desistiré de haceros más instancias.

—Cierto, señor magistrado; perderíais el tiempo lastimosamente. Sé muy bien lo que valen esas asociaciones tenebrosas, que no serían más que puerilidades ridículas si no fueran antros de podredumbre y de iniquidad. Sé perfectamente también cómo y de qué se componen esos inmundos conciliábulos; sus adeptos son, o tontos que pagan la primada, o tunos que explotan a necios, o malvados que conspiran. Yo no tengo nada que ver con las tinieblas; vivo y obro al aire y al sol. Cristiano, noble y francés; mi fe, mi honor y mi

patria; fiel a Dios y leal al Rey: este es el blasón de los Ventimile, y hasta ahora, bendita sea la divina misericordia, ninguno de ellos lo ha manchado con traición alguna. Además, señor magistrado, cuando se ha vivido ochenta años como hombre formal, no degrada uno sus canas metiéndose en semejantes loberas. Conque... cuando gustéis, espero vuestras órdenes.

Este sería lugar oportuno para dar algunas noticias acerca de aquella misteriosa sociedad francmasónica, poderosa entonces en Alemania, y posteriormente propagada en casi todo el mundo. Esta secta tenebrosa contaba a la sazón, y cuenta hoy día, con adeptos hasta en las Cortes mismas, y era uno de los centros donde se habían, por decirlo así, elaborado los errores de la revolución francesa. También pudiéramos aquí demostrar cómo la masonería es ya una institución de muy antigua fecha, cuna de todas las herejías y centro común de todos los herejes de la Edad Media, y quizá aun de los primitivos tiempos de la Iglesia, desde Simón el Magno hasta Lutero y sus sucesores.

Pero este asunto nos apartaría demasiado de nuestro actual propósito, y sería extraño a la historia que vamos refiriendo. Bástenos, pues, decir que el personaje ante quien el Conde de Ventimile acababa de hacer tan franca y noble profesión de cristiano era adepto de la célebre secta de los *Iluminados*, fundada en Baviera hacia el último tercio del próximo pasado siglo. Esta nueva sociedad secreta exigía de sus adeptos una obediencia ciega y absoluta, lo propio que la francmasonería, y les mandaba hacer todo género de esfuerzos para atraerse a las personas de viso por sus talentos, por sus cargos o por su riqueza, y para obtener influjo en los negocios públicos. Pero como lo ambicioso de estas mismas pretensiones suscitara en el Gobierno de

Baviera recelos y sospechas que amenazaban ahogarla en su origen, pensóse entonces en fundirla con la francmasonería; y la fusión iba ya a verificarse cuando el Elector de Baviera suprimió en sus Estados las sociedades secretas, bien que el decreto de supresión no impidió que las tales sociedades continuaran existiendo tan organizadas e impunes como antes, aunque cuidaron un poco más de ocultar sus maniobras.

El susodicho magistrado era, pues, un *iluminado* injerto en francmasón, o por mejor decir, uno de aquellos filosofastros impíos que por entonces habían tomado a su cargo infiltrar en Alemania las famosas doctrinas de Voltaire y de Rousseau. Hombre rico y de alta posición social, se había consagrado a la inconcebible tarea de propagar los principios que en breve habían de minar por su cimiento la existencia de la clase y condición a que él pertenecía; locura común entonces a una gran porción de nobles y aun de príncipes de casi todas las naciones de Europa, que, llevados del pueril prurito de echarla de filósofos, o de *espíritus fuertes*, como a sí propios se llamaban, no vieron, o no quisieron ver, que al socavar los fundamentos tradicionales de las sociedades cristianas aguzaban por sí mismos el puñal que había de asesinarlos.

Nuestro magistrado, fiel a la consigna de su secta, empleábase con lastimoso celo en reclutarle partidarios, y con este fin había abusado de la autoridad que le daba su cargo, deteniendo y aprisionando al Conde de Ventimile para seducirle con promesas o intimidarle con amenazas. Visto el éxito de su primera tentativa, y persuadido quizá de que nada adelantaría con reproducirla, quedóse unos momentos rumiando las nobles y enérgicas palabras del anciano caballero, y después le

dijo con acento que era ridículo a fuerza de querer hacerlo terrible:

—Pudiera, señor Conde, abandonaros a vuestra suerte, y dejar a mis *hermanos* y amigos que bebiesen vuestra sangre. Pero nosotros somos generosos y queremos salvaros del último peligro... Id en paz.

—Para mí, señor magistrado, no hay más peligro último que el de faltar a la fe de cristiano y al honor de caballero. Esto es lo único que me espanta y lo único que me parecería una desgracia terrible.

—Es posible, señor Conde, que todo ese aparato de valor de mártir nazca en vos de la confianza que os habéis echado. Ya sé que venís caminando bajo la advocación de unos frailes y hospedándoos de convento en convento. Pero tened cuidado, porque en los tiempos que corren, no son ya esos cogullas los más a propósito para proteger a nadie. No tenéis sino ver el peligro que habéis corrido esta tarde; la gente esa que abajo sigue gritando contra vos, desea con ansia probar el odio que le inspira el despotismo...

—¡Ya!—repuso el Conde interrumpiendo a su interlocutor—. Y al efecto quiere asesinar a un anciano proscrito e inerme... ¿No tiene mejor hazaña para probar su odio al despotismo?

—Pues agradeced—respondió el magistrado—que no habéis caído en manos de otra partida que os esperaba en Lavingen. Por fortuna vuestra, el jefe de esa gente que os ha seguido está a nuestras órdenes. Así tomaréis alguna idea de lo que somos y podemos; y si aun queréis verlo mejor, decid una sola palabra, abjurando vuestras rancias preocupaciones; declaraos por francmasón, y en el momento, a una señal mía, sois el ídolo de esa muchedumbre, y veréis trocarse en entu-

siastas aclamaciones los gritos de muerte con que os han amenazado.

—Y por cierto—dijo el Conde con jovialidad—que los chicos tienen unos pulmones admirables. No dudo que algún día logren aturdir a algún otro; por lo que a mí hace, señor magistrado, no conozco sino una voz que me aterre: la de mi conciencia en este mundo, y la de mi Juez Soberano en el otro.

—Veo que las canas no os han hecho prudente, señor Conde.

Las ráfagas siniestras que al decir esto pasaban por la frente del magistrado, y la pausa de silencio que hizo como deliberando consigo mismo acerca del partido que hubiese de tomar, habrían llamado exclusivamente la atención del Conde, si el empleado, que no cesaba de entrar y salir, no hubiese llegado en aquel instante con una carta cerrada en la mano. Tomó el magistrado este papel, leyóle, no sin arrugarle con los rabiosos estrujones que le daba mientras le leía, y cuando le hubo recorrido todo entabló con el mensajero una larga conversación, en voz no tan baja que el Conde dejase de comprender que trataban de hacerle partir sano y salvo de los insultos y desmanes de la gente de la plaza. Terminada esta conversación volvió a salir el dependiente, y el magistrado, mirando entonces al anciano con doblada cólera y sin soltar de la mano el papel:

—Veo—le dijo—, señor Conde, que todavía vale algo la protección de los cogullas. Yo os había ofrecido la nuestra; pero, una vez que os decidís por caminar de sacristía en sacristía, allá os las avengáis. Aprovechaos mientras os dure. Parece, por lo que en este papel veo, que vais a pasar de manos de los frailes a las de una vieja mojigata. Es un dolor, verdaderamente es un do-

lor, que así prostituyáis vuestro talento y vuestro nombre entregándoos en brazos de la superstición.

El Conde estaba ya tan impaciente de las necedades filosofescas de su interlocutor, como de la extraña y prolija situación por que le hacían estar pasando, y esto explica el tono un tanto descompuesto con que, saliéndose de la moderación de lenguaje y ademanes que le era habitual, dijo agitando su bastón y con destemplado acento:

—Lo que es un dolor, y por añadidura una indecencia, es la farsa ridícula que aquí se me está haciendo representar... Vos no tenéis derecho para retenerme aquí, y es el colmo del escándalo que siendo, como parece que sois, la autoridad de esta población, la uséis para insultar y vejar a un extranjero que viaja con el doble título que a vuestra protección debían darle su ancianidad y sus infortunios. En nombre de las leyes que estáis obligado a guardar os intimo en el acto que me dejéis salir de aquí; de lo contrario, me quejaré a vuestro Gobierno y pediré justicia.

Quedóse el magistrado mirando fijamente al Conde con un gesto entre sarcástico y sañudo, y en seguida, soltando una irreverente carcajada que agitó todas las fibras de la aristocrática altivez del anciano, le dijo:

—¿Al Gobierno queréis quejaros? ¡Buen viejo! Con todos vuestros años se conoce que no habéis visto el mundo más que por un agujero. El Gobierno tiene el brazo muy corto para alcanzar a la francmasonería. ¡Quejaros! Se reirán en vuestras barbas: ¡ja, ja, ja!

Este modo tenía de honrar su toga el magistrado volteriano. Continuando en sus carcajadas después de este edificante apóstrofe, salió por la puertecilla secreta, no sin decir antes de cerrarla tras de sí, y volviéndose al Conde:

—¡Buen viaje, amigo mío! ¡Memorias de mi parte al reverendo Padre Guardián de Donawerth! ¡Ja, ja!

Ni el Conde ni nadie hubiera podido conjeturar si en el tono y gesto de esta singular despedida se encubría el despecho de un plan abortado o una amenaza de nuevos sinsabores para el pobre anciano.

—¿El Guardián de Donawerth?—dijo éste, hablando consigo mismo, cuando se hubo quedado solo—. Yo no he pensado en ir a ese convento. Parece que decididamente se me quiere trazar un itinerario contra mi voluntad.

En esto entró en el gabinete un hombre calzado con botas de cuero hasta medio muslo, cubierto con su sombrerón de hule de alas desmesuradas y embozado en un capote de paño burdo.

—Despachaos—dijo al Conde con brusco ademán y tono irreverente, haciéndole señal de que le siguiera.

—¿Adónde, buen amigo?—le preguntó el Conde examinándole de arriba abajo y aprestándose a seguirle.

—¡Al infierno!—respondió el postillón.

—Si eres tú el que va a llevarme, no lo dudo—replicó el anciano, ya andando en pos de él.

Atravesaron algunos pasillos, alumbrados, si así puede decirse, por exiguos faroles, y bajaron en seguida por una escalerilla estrecha, que parecía practicada en el espesor de la pared. Conducía este descenso a una puertecilla falsa del edificio, por la cual se salía a una calleja situada a espaldas del mismo. Llegado el Conde al fin de la escalera, y en el zaguanete que había entre ella y la puerta falsa, detúvose de repente, lo mismo que su conductor, a presenciar una singular escena que allí estaba pasando. En un rincón del zaguanete, y debajo de un farolillo de luz mortecina, estaban dos hombres luchando cuerpo a cuerpo, enlazados uno con otro

y esforzándose cada cual en derribar a su adversario; los golpazos que se daban cada vez que alguno de ellos lograba disponer de su brazo, sonaban como si dieran sobre corcho, pues ambos estaban vestidos con ropa de mucho bulto. Por las exclamaciones que la ira, más bien que el dolor, les arrancaba, pudo conocer el Conde que uno de ellos era alemán y el otro francés, así como, después de haberlos atentamente examinado, creyó reconocer en uno al gigantesco jayán del espadón que acaudillaba aquella tarde a los de la partida de Dillingen, y que había sido cabeza del motín; en el otro... —¿a que lo han sospechado nuestros lectores?—al de la capa parda.

—¡Valiente par de piezas!—se dijo a sí propio el Conde luego que los hubo reconocido—. No, pues aunque ambos se descrismen, ¡maldito lo que yo voy perdiendo!

Sin embargo, la nativa nobleza de su corazón no consintió al buen anciano permanecer inactivo ante aquel espectáculo de saña brutal, sobre todo cuando vió que el del espadón, aprovechando un momento en que tenía libre la mano derecha, sacó de la manga de su capote un cuchillo descomunal. La sola idea de la tentativa de asesinato que esta acción traidora suponía, hizo olvidar al anciano que los dos combatientes eran sus enemigos, y resuelto a impedir el crimen, aunque fuese a costa de su vida, gritó, arrojándose sobre el del cuchillo y conteniéndole el brazo, que ya iba a descargar sobre el cuello de su adversario:

—¡Tunante! ¡Asesino!... A ver, cochero, ayúdame a separar a este par de canallas. Despáchate, bigardo: ¿no ves que van a matarse?

El cochero, que parecía muy divertido con aquel espectáculo, maldito si se movió a auxiliar al Conde en

su caritativo propósito; visto lo cual por el pobre señor, limitóse a contener lo mejor que le fué posible el brazo del cuchillo; pero como esto mismo diese una ventaja al otro combatiente, facilitóle los movimientos de tal manera, que, sacudiendo con un terrible estrechón el cuerpo de su contrario, y echándole al mismo tiempo la zancadilla, logró volcarle en el suelo, cogiéndole precisamente debajo el brazo que tenía tan traidoramente armado, y en seguida salióse como un dardo por la puertecilla falsa y echó a correr como alma que lleva el diablo. El Conde, al ver esta repentina fuga del de la capa parda, se dijo para su chupa:

—¡Vaya si el pícaro ha tomado a pechos el que yo no le vea la cara!

Inclinándose luego sobre el vencido, que, liado entre su propia ropa, no había podido aún levantarse, tendióle la mano en ademán compasivo para que lo hiciera. Pero el hombre, lejos de mostrarse agradecido a quien así le ayudaba, después de haberle evitado cometer un crimen, encaróse con el anciano, y rechinando de coraje los dientes, le dijo:

—¡Déjame, vil esclavo de la superstición! Los amigos de la libertad nada tenemos que ver con los seides del despotismo. Da gracias a la orden que ese tunante me ha traído de parte de mi jefe, que si no, este puñal estaba destinado a mandarte con toda tu aristocracia al otro barrio. Pero nunca es tarde; ya te llegará tu hora.

Dicho esto, blandió el cuchillo con fiereza, volvióle a guardar debajo de su capote y se alejó blasfemando.

—¡Hola!—se dijo el Conde a sí mismo viendo marchar al bravo republicano—. Me reservan, por lo visto, para mejor ocasión.

En seguida, viendo que el cochero le hacía nueva

seña de que le siguiese, salió a la calleja, donde le esperaba un carruaje. El cochero se subió al pescante sin más cumplimientos, por lo cual el Conde tuvo que abrir por sí mismo la portezuela y tratar de subir sin ayuda; pero el pobre anciano no había contado con que el estribo estaba demasiado alto para sus ya temblorosas piernas, y a despecho suyo se disponía a solicitar la ayuda del cochero, cuando, en menos tiempo que se dice, sintió la presión de un brazo vigoroso que le cogía por la cintura y le metía casi en volandas dentro del coche, cerrando después la portezuela. Sacó la cabeza para ver quién le había dispensado tan inesperada ayuda, y ya no vió sino la punta de una capa parda que revoloteó en el aire al subirse el encapado a la testera del coche.

—Pero, señor, ¿esto es hombre o es duende?—dijo el anciano santiguándose—. Si llego a sospechar quién era, le doy un puntapié. ¡Dios me perdone!

El coche partió, y el Conde, embozándose en su capote, sacó del bolsillo su rosario y dijo para sí:

—Vamos a rezar las dos partes que me faltan, ya que el amigo francmasón no me dejó acabar. Una parte por cuenta de mi pobre José, que todavía irá dando traspiés por esos caminos de Dios; otra, la otra por mis enemigos. *Padre nuestro que estás en los cielos...*

CAPÍTULO XI

El demócrata postizo.

Fuerza es confesar que desde que dejamos a Matilde bajo la custodia de su misterioso conductor, ha tenido tiempo de sobra para recorrer una por una todas las calles de París. Ciertamente no son pocas las que había atravesado sin cambiar una sola frase con su acompañante, cuando parándose éste de pronto ante una casa aislada en el rincón de una estrecha calle, tiró de una manera particular del cordón de la campanilla, y cual si por dentro estuviesen esperando con impaciencia esta llamada, vinieron inmediatamente a abrir la puerta. Profunda obscuridad y silencio absoluto reinaban en el jardincillo que, pasado un angosto corredor, se encontraba, y en cuya extremidad había un pabelloncito compuesto de tres o cuatro habitaciones; a este pabellón se dejó conducir Matilde sin hacer una sola pregunta y sin decir una sola palabra, pues su propio instinto, confirmado por la exquisita delicadeza con que la había tratado su conductor, la llevaban ya casi cierta de que la Providencia divina le había proporcionado un protector en aquel desconocido, y un asilo seguro en aquella casa. Llegados

que fueron a la puerta del pabellón, sacó el joven una llave, y abriendo, no sin haber antes echado a su alrededor una ojeada prudentemente exploradora, tomó por la mano a la joven; pero como ésta mostrase la vacilación que era natural en seguir a su guía por entre la silenciosa obscuridad de los aposentos, díjole el joven con acento tan sincero como respetuoso:

—Podéis, si os place, retiraros, señorita; pero si os vais sola por esas calles y a estas horas, como que yo ni dejaré de seguiros de cerca, ni consentiré que nadie os cause la menor molestia, correremos los dos evidente peligro de perdernos. Entrad, pues, os ruego, sin temor, y fiaos enteramente de un caballero cristiano.

La verdad misma no hablaría con tono más persuasivo que el del joven al decir estas palabras. Matilde le siguió sin replicar, y por los pocos pasos que anduvo hasta que se paró su guía, conoció, como así era, que estaba en la primera pieza del pabellón. Acercóse luego el joven a la chimenea, removió los carbones sepultados en la ceniza, y después de haber cautelosamente cerrado los postigos de una ventana que daba sobre el jardín, encendió una vela.

—Hay que obrar con mucha cautela en los tiempos que corren, señorita—dijo, presentando a Matilde un sillón—. Sentaos, y nada temáis: el demócrata, de un momento a otro, va a parecer ante vos como quien es.

Diciendo esto, tiró sobre una mesa su gorro colorado, su corbata de algodón estampada con guillotinas y calaveras, prenda integrante del uniforme revolucionario, tan conocido con el nombre de *carmañola*, y pidiendo permiso para retirarse a un gabinete inmediato a despojarse del resto de su espantoso disfraz, tornó en breve a presencia de Matilde vestido con tanta sencillez como buen gusto, despojado de la barba posti-

za y de la enorme cicatriz pintada en la frente, que completaban su depuesta catadura de patriota bullanguero.

—¿Me reconocéis ahora, señorita?—preguntó poniéndose delante de Matilde.

—¡Ah, caballero!—respondió la joven cubriéndose el rostro con las manos—; tengo mis recuerdos de tal modo confundidos y mi cabeza tan trastornada, que no acierto a reconoceros. Vuestras facciones no son nuevas para mí: os he visto antes de ahora, no tengo duda; pero ¿cuándo y en dónde? No puedo recordarlo.

—Pues voy a auxiliar vuestra memoria—dijo el joven, saliendo en dirección de otra pieza contigua.

Momentos después volvió a entrar dando el brazo a una señora ya anciana, en cuyo demacrado semblante y tardo paso veíanse las huellas de hondos pesares y de achaques dolorosos.

—¡La Condesa de Bonneuil!—exclamó Matilde, lanzándose al encuentro de la anciana y colgándose de su cuello. Luego, volviéndose a su conductor, le dijo:—Héctor, perdonadme que no os haya conocido.

—¡Ya lo creo, señorita! Si no me habéis mirado siquiera... ¡tal era el miedo que teníais!

—¡Pobre niña!—dijo entonces la Condesa volviendo a abrazar a Matilde—. Vamos, hija, siéntate aquí junto a mí, y cuéntame: ¿qué providencia de Dios te ha traído a esta casa? O más bien dime: ¿qué has venido a buscar en este horroroso infierno de París?

—¡Ah, señora!—respondió la joven deshecha en lágrimas—. ¿No sabéis? He perdido toda mi familia; estoy sola en el mundo.

—¡Qué, hija mía! ¿Tu padre y tus hermanos han perecido en las espantosas matanzas de septiembre?

—No lo sé, Condesa, no lo sé; pero me lo temo mu-

cho. Cuatro meses ha ya que ninguna noticia tengo de ellos. Sintiéndome morir de inquietud y de pena en el asilo que Dios me había dado, me resolví a intentarlo todo por salir de tanta angustia, y he venido a saber de mi pobre padre, de mis hermanos de mi alma.

—¡A saber de ellos! ¿Y qué te has de hacer para conseguirlo, sola y aislada en medio de esta Babilonia?

—Esta señorita no está ya sola, tía mía—dijo Héctor terciando en la conversación—. Preguntadle si sé yo hacer bien mi papel de demócrata.

—¡Oh, perfectamente, caballero!

—¡Sí, pardiez!—añadió el joven con amargura—. A tan vil extremo nos han reducido estos canalla... ¡Dios mío!, ¿no estáis cansado ya de sus crímenes? ¿A qué espera vuestra justicia?

—¡Calla, calla, Héctor!—exclamó la Condesa—. Respetemos los ocultos juicios de Dios; para todos llegará el castigo. Pero, hablando de otra cosa, Matildita: ¿tú no habrás tomado nada? ¿Quieres comer algo, o prefieres descansar un rato? Con franqueza, hija mía: aquí estás como en tu propia casa.

—Gracias, señora, mil gracias. Yo no tengo más que un solo deseo: saber de mi padre, hablar a mis hermanos, abrazarlos, y morir con ellos si es preciso.

—Y tu venerable abuelo, mi buen amigo el Conde de Ventimile, ¿qué ha sido de él?

—Quiso Dios, señora, que pudiese emigrar.

—¡Pobre viejo! ¡Solo en tierra extranjera!

—Enteramente solo no está, señora Condesa: le acompaña un antiguo colono de casa, a cuya lealtad generosa hemos debido que el pobre abuelito haya podido atravesar la frontera. Sabemos a punto fijo que en estos momentos va camino de Viena. Al pobrecito le hemos hecho esperar que durante su viaje iremos a

reunirnos con él, y a estas horas creerá encontrarnos en todos los puntos de su tránsito. ¡Qué desconsuelo para él cuando vea que en ninguno nos halla!

—¿Y de tu padre, de tus hermanos, ninguna noticia tienes?

—Nada más sino que han sido acusados de conspiración, presos y traídos a París. Pero a saber dónde estarán, si es que viven. Yo me hallaba lejos de ellos cuando empezó la persecución; me habían mandado al Pirineo para restablecer mi salud quebrantada, y desde allí me llevó mi aya a la alquería de la honrada familia con quien he pasado un año, protegida por la soledad y por el solícito esmero de todos los de aquella morada de bendición. De esta alquería partió mi abuelito, acompañado del fiel José. Allí supe yo los horrores de septiembre, y no pudiendo ya aguantar más, me puse en camino con la hija mayor de José. ¡Ah, mi pobre Victoria! ¿Qué habrá sido de ella?

—¿La otra joven que os acompañaba?—preguntó Héctor.

—Sí, caballero, un ángel de bondad. ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

—Pero ¿dónde está esa muchacha?—preguntó la Condesa.

—No lo sé, señora. Vuestro sobrino puede deciros el torbellino en que las dos nos vimos envueltas. ¡Oh! mi pobre amiga no habrá tenido quizá la fortuna de hallar, como yo, un protector que la salve. Este es, a la hora presente, mi mayor desconsuelo. ¡Pobre madre! ¿Qué le responderé yo cuando me pregunte por su hija? Dios mío, ¡devolvédmela sana y salva! ¡Que no tenga yo sobre mi conciencia el peso de un remordimiento!...

—La buscaremos, señorita, la buscaremos — dijo Héctor con impetuosidad y ternura.

Matilde le dió gracias con un expresivo movimiento de su rostro; dirigiéndose luego a la Condesa, le preguntó:

—Y vos, señora, ¿cómo es que permanecéis en París?

—¡Ah, hija mía! Historia es esa muy triste. Yo también debía haber emigrado; pero cuando ya lo tenía todo dispuesto me atacó una enfermedad tan tenaz como dolorosa, que me tiene aquí clavada. Ya lo ves, hija, no puedo moverme. Dios, sin duda, me juzga indigna de ofrecerle mi vida en el patíbulo, y me manda esperar la muerte en este sepulcro. Por dicha mía, ya no puede tardar...

—¡Tía, tía! ¿Volvemos a lo de siempre?—dijo el joven abrazando con ternura a la Condesa—. ¡Dejad, por Dios, esos tristes presentimientos! Os vais mejorando de día en día. ¿No lo conocéis?

—No, sobrino mío, no—respondió la anciana meneando la cabeza y con triste sonrisa—. Te agradezco el piadoso empeño que tienes en engañarme; pero yo sé bien cómo estoy.

—¡Oh, señora!—dijo entonces Matilde, estrechando las descarnadas manos de la enferma—. No hay que desconfiar de la misericordia de Dios.

—Ni yo desconfío, hija mía; al contrario, doy gracias al cielo porque quiere disponer de mí en estas circunstancias y apartarme de tan acerbo espectáculo de horrores e ignominias. Sólo una cosa siento, y es el ver a mi pobre Héctor con esta anciana a su cargo.

—¡Tía! ¡Por Dios!...

—Ya sé que esto ofende tu generosa modestia. No me duele el afán que te cuesta alimentarme y asistir-

me; pero esto de que a todas horas tengas tu preciosa vida en peligro por salvar la mía tan inútil...

—En cuanto a eso de peligro—dijo Héctor con ánimo de dar a la conversación un giro menos triste—, ya habéis oído a esta señorita si me doy buena maña para hacer mi papel de revolucionario. Ello no es un papel muy airoso, pero... ¡cómo ha de ser! No hay, por ahora, otro remedio de hacer perder la pista a nuestros enemigos. Con mi supuesto nombre de Barreaux y mi carta de civismo, que llevo siempre con mi democrática persona, ya veréis, tía, si acertamos a burlar todas las pesquisas de esos canallas hasta que, enteramente restablecida, podáis emprender el suspendido viaje. Entre tanto, por Dios, no os descorazonéis ni digáis esas cosas, que... me parten el corazón. Ahora ya necesito tener ánimo para dos, porque supongo que esta señorita no buscará otro protector, mientras no halle a sus hermanos.

Matilde hubiera querido responder inmediatamente como su agradecido corazón se lo dictaba; pero contenida por su virginal modestia nada habría, en efecto, respondido si la Condesa, interpretando en aquel instante los afectos de la joven, no hubiera tomado la palabra, tendiendo una mano a Matilde y la otra a su sobrino, y diciendo:

—Sí, hija mía; no vaciles en aceptar su oferta: le conozco bien, y te aseguro que puedes fiarte de él enteramente. Tu noble abuelito, si estuviera aquí, sería también de mi opinión; y estoy cierta de que tu buena madre (téngala Dios en la gloria que ganó con sus virtudes) aprobaría mis consejos.

—¡Ah, caballero!—exclamó entonces Matilde alentada con estas palabras de la respetable señora—, ¡salvad a mi padre! ¡Salvad a mis hermanos! Eso es lo que os

pido: no penséis en mí. ¿De qué sirvo yo en el mundo?... Lo único que deseo, lo único por que quisiera vivir, es por abrazarlos, por saber al menos que viven. ¡Salvadlos!...

El joven miraba alternativamente a Matilde y a la Condesa; en el agitado movimiento de sus párpados, en el vivo latir de su pecho se conocía que le faltaban palabras para expresar lo que por él pasaba en aquel instante; y cual si quisiera interrumpir con una salida pronta esta situación, que para él tenía algo de embarazosa, sacó repentinamente su reloj y dijo, después de haberle mirado:

—Es tarde ya; no quiero que mis ilustres correligionarios me echen de menos. Conque, tía, os dejo encargada a mi pareja, que de hoy más será vuestra hija adoptiva. ¡Buenas noches!... ¡Ah!, se me olvidaba preveniros: es posible que yo no vuelva a casa hasta mañana; no estéis con cuidado. Adiós, tía; venga un abrazo. Y vos, señorita, procurad descansar, que bien lo necesitáis; dejad lo demás a la providencia de Dios y al vivo anhelo con que deseo seros útil en algo.

Dicho esto, entró Héctor en su gabinete; unos instantes después oyósele cerrar con cautela una puertecilla falsa, por donde salió a la calle con su barba y cicatriz, su gorro colorado y su carmañola.

—¡Fuerte cosa es vivir así!—dijo la anciana al sentir la salida de su sobrino—; ya irá con ese disfraz horrible probablemente al club.

—¿Al club, señora?... ¡Oh!, allá en la alquería nos han contado mil horrores de esas asambleas nocturnas. Dicen que de ellas salen todos esos proyectos sanguinarios, esas delaciones y esas medidas atroces que amenazan convertir a París y a Francia en un desierto.

—Y dicen bien, hija mía. En efecto: esos clubs son las bocas por donde el infierno vomita su furor sobre nosotros, las fraguas en donde se templan esas pasiones frenéticas y devastadoras del populacho.

—¡Pobre Héctor!... ¿Cómo se atreve a ir a semejantes sitios?

—No sólo va, sino que gesticula, grita y patea más que todos aquellos demonios; ronco y medio deshecho suele venir cuando vuelve a casa por las mañanas. Hasta qué punto puede esto avenirse con su conciencia cristiana, cosa es, hija mía, que yo no sé y que él tampoco se atreve a examinar despacio; el *fin*, dice él, *santifica los medios*... Sea de ello lo que se quiera, daría él un brazo por trocar la lucha con su dignidad y su conciencia que le produce esta horrible farsa, por hallarse con su hermano y su cuñado en el ejército de Condé; allí pelearía y moriría, si era preciso, por su Dios y por su Rey, mientras que aquí... Y lo que más me aflige es ser yo la causa de su tormento. Imposibilitada de salir de París, ha querido quedarse acompañándome. Lo que me ha costado aceptar su sacrificio sólo Dios lo sabe; pero... se quedó huérfano de madre, como tú, hija mía, siendo muy niño, y criado desde entonces a mi lado, me ama verdaderamente como hijo. Su padre y sus hermanos mismos no quisieron consentir en dejarme sola, y aquí nos tienes en este rincón a ver si conseguimos salvarnos. Siete veces hemos mudado ya de vivienda en sólo dos meses; cansados de tanta inseguridad y de tanto vaivén, Héctor ha tomado el partido que ves, hija mía: ocultarme a mí en esta especie de sepulcro, y él lanzarse de lleno a representar esa farsa en el tumulto revolucionario. Hasta hoy, este plan ha salido bien; pero ¿cuánto durará?... Y entre tanto, aquí me tienes, hija mía, aislada,

enferma, privada de todo, sin una criada siquiera que pudiera asistirme, consumiéndome de tristeza en esta soledad.

—Esperemos, señora, esperemos todos en la misericordia de Dios... El cielo no dejará sin recompensa tanto sacrificio generoso... Por lo que a mí toca, señora Condesa, voy a cumplir mi suerte... Dadme a besar vuestra mano, y permitidme salir.

—¡Salir, querida mía!... ¿Y adónde habías de ir a estas horas, sin compañía ninguna, sin conocer las calles?... ¡Oh!, no; sería una locura. Si una feliz casualidad te ha salvado la primera vez, sabe Dios lo que te sucedería la segunda. Y además, ¿qué tienes tú que hacer en ese París?

—Buscar a mi compañera, a mi pobre Victoria; es mi ángel tutelar, Condesa, y tengo el deber de arriesgarlo todo por encontrarla.

—Bien; pero ¿dónde, cómo? ¿No reflexionas lo absurdo de tu tentativa? ¿Buscar a estas horas y en esta vastísima población a una persona de quien absolutamente ignoras dónde pueda hallarse?... Vuelve en ti, hija mía. Lo que deseas no tiene sentido común.

—¡Ah, señora!, tenéis razón, estoy loca: el pesar ha trastornado mi cabeza... Se me arde la frente... ¡Dios mío, tened piedad de nosotros!

—Mira, Matildita: lo más acertado es que pases aquí la noche; y mañana, cuando Héctor vuelva, nos dirá lo que convenga hacer; él conoce ya el terreno, y de seguro nos sugerirá alguna buena idea. Vamos, tranquilízate. Ante todo, hija mía, es menester que comas algo; yo te acompañaré, pues también para mí es hora ya de tomar mi refacción. Cuando Héctor está aquí, él me sirve de cocinero y de asistente. No puedes

figurarte lo que esto le hace reír, y la buena maña que se da. Pero por esta noche vas tú a reemplazarle.

—Con toda mi alma, señora Condesa; decidme en dónde están las provisiones y todo lo demás.

—Poco hay que preparar, hija mía. La revolución nos ha acostumbrado a la sobriedad, y aun a la penitencia. ¡Quiera Dios que halles en la despensa lo necesario siquiera para reparar tu estómago!

—¡Ah, señora Condesa! Estoy habituada ya a vivir con el pan de la alquería y a pasar temporadas enteras sin más que leche y castañas; pero a bien que en mi vida he comido con mejor apetito que allí. Cuando la buena Teresa se empeñaba en regalarme matando algún pollito, o cosa así, le regañaba yo diciéndole que no quería aquellas distinciones, y no probaba bocado sino a condición de que toda la familia había de compartir conmigo el regalo. Verdaderamente las privaciones materiales no son el mayor mal que nos causa la revolución: quítenos lo que quiera, pero déjenos a nuestros padres, a nuestros amigos y a nuestra libertad.

En breve estuvo puesta la mesa y servidos los modestos y escasos manjares: un trozo de fiambre, un poco de compota y algunas frutas secas constituían todo el banquete.

—Antes de empezar nuestra colación—dijo la Condesa—, haz el favor, hija mía, de ver si están bien cerrados los postigos de la ventana: el silencio y la obscuridad son a la hora presente nuestra única defensa.

Hizo Matilde la requisa y sentóse a la mesa. La anciana, procurando distraer a la joven de su inquieta melancolía, díjole, esforzándose en aparentar jovialidad:

—Ya ves; no moriremos de ahito. Y gracias, porque

al menos no falta lo necesario. ¡Habrá tantos otros amigos nuestros que ni aun lo necesario tengan!...

—¡Mi padre, mis hermanos, mis tíos, mi pobre abuelito quizá!—repuso llorando Matilde.

Por más esfuerzos que para vencer su pena hicieron la anciana y la joven, fuéles imposible lograr un solo instante de alegría ni de reposo. En vano se animaron mutuamente a comer; teniendo cada cual ocupada la mente y oprimido el corazón con sus penas respectivas, muy luego ambas guardaron un silencio interrumpido no más que por sollozos o suspiros, mudo lenguaje de dos almas contristadas, igualmente enfermas. Con todo, en la anciana el dolor era tranquilo y resignado, mientras en la joven se manifestaba con toda la viveza de su edad y con toda la impetuosidad del deseo. Sus penas respectivas no les absorbían, sin embargo, la atención de tal modo que las privase de ejercer la asidua vigilancia que habían menester, y a que tan habituadas las tenía ya su situación.

Con el oído siempre alerta, hacíalas temblar el más leve ruido. A cada instante creía la Condesa oír los pasos de algún espía, y a cada instante resonaba temeroso en la imaginación de Matilde el eco lejano del tumulto popular, donde había pasado tantas horas. Algunas veces interrumpían su corto diálogo para escuchar con doblada atención estos varios rumores que realmente oían o que creían oír.

En esta angustiosa situación de cuerpo y de espíritu las sorprendió la media noche.

—Verdaderamente, hija mía—dijo al fin la Condesa animándose un poco—, ¿qué sacamos de acalorarnos así la cabeza con tantos recelos, que pueden ser vanos? Y lo peor sería dejarnos dominar de tal modo por el temor o la pena, que vayamos a olvidarnos de

Dios. Pongámonos a rezar, Matildita; la oración tiene virtud para templar las almas y restituírles la fortaleza que pierden en su contacto con las cosas terrenales. Recemos nuestro rosario, y ofrezcámoslo por los siete Dolores de María Santísima.

—Os lo iba yo a rogar, señora... Teresa me ha enseñado la virtud de este soberano remedio.

Arrodilláronse la Condesa y Matilde, y comenzaron su rosario. No diremos si su espíritu estaba atento a las palabras que pronunciaban sus labios; pero sí que su corazón rebosaba de confianza en Dios y de buenos deseos, y ésta es cabalmente la oración más acepta al Padre celestial.

Acabando estaban el cuarto diez del rosario cuando de súbito las interrumpió un ruido que oyeron en el jardín. Puestas de pie y cosidas la una a la otra, sintieron claramente crujir la cerradura de la puerta exterior del pabellón, como si estuviese dando vueltas a la llave alguna persona.

—No puede ser Héctor—exclamó con voz sofocada la Condesa—. ¡Estamos perdidas!

Pasó como un minuto: las dos temblaban como la hoja en el árbol, y tal era su turbación, que ni siquiera se les ocurrió apagar la luz o tratar de esconderse. El miedo las tenía como clavadas en el suelo. ¿Ni de qué les servía tampoco esconderse en un recinto tan estrecho? Los satélites de la demagogia tienen olfato de tigres, y el ocultarles la presa sería irritarlos más.

Encomendándose, pues, a Dios, esperaron la decisión de su suerte, y muy luego se abrió con algún estrépito la puerta de la sala.

—¡Hermano mío!—exclamó con un agudísimo grito Matilde, lanzándose en brazos del joven que acababa de entrar, y cayendo luego a sus pies sin sentido.

El joven recién entrado venía vestido con su correspondiente *carmañola;* en pos de él entró Héctor, cuya primera operación fué cerrar la puerta y asegurarse luego, con una inspección minuciosa, de que todos los postigos estaban encajados de modo que ninguna luz se pudiera ver por fuera. En seguida se acercó al grupo formado por su tía y por el otro joven, que ya había levantado del suelo a su hermana y sentádola en el sillón.

Los síncopes producidos por un exceso de júbilo, cuando no matan en el acto, suelen durar poco; y en efecto, antes de un cuarto de hora ya Matilde había vuelto en sí. Como los dos hermanos se abandonasen a todas las expansiones de su fraternal cariño, acumulando en confusa mezcla suspiros, sollozos, caricias y preguntas, díjoles Héctor:

—¡Eh, eh!, niños, hacedme el favor de tener un poco de cautela...

Matilde clavó en Héctor una mirada que sin duda quería decir: "Gracias por haberme traído a mi hermano", pues Héctor añadió con viveza:

—Ya tenemos uno, señorita. Confiad en Dios que también vendrán los que faltan.

Matilde no podía desasirse de su hermano; impetuosa en todos sus afectos, y excitada por las violentas emociones de aquel día y de aquel instante, reía, lloraba, quedábase como extática algunos momentos con los ojos clavados en el cielo, y hablaba luego con una volubilidad como de loca.

—¿En dónde están? ¿Qué ha sido de nuestro padre? ¿Cuál es la suerte de todos los demás?—preguntaba tanto más impaciente, cuanto mayor reserva parecía guardar en responderla su hermano.

—Tranquilízate ante todo, querida Matilde—le dijo

al fin éste—. Ya lo sabrás todo por menor. Ahora, y en primer lugar, da gracias a Dios que ha querido conservarnos hasta hoy la vida.

—¡Oh, sí, Dios mío, sí! ¡Bendito seáis mil veces! —repuso la joven cruzando sus manos sobre el pecho—. ¡Bendita sea vuestra misericordia! No desoigáis, Señor, lo que me atrevo nuevamente a pediros: otorgadme el abrazarlos a todos.

Augusto, pues tal era el nombre del hermano de Matilde, viendo a su hermana un poco más tranquila, pidióle noticias de su común abuelito, el noble Conde de Ventimile, y la joven le refirió todo cuanto acerca del anciano sabía: que estaba en Alemania, camino de Viena, y acompañado del bueno y leal José, cuya familia se sacrificaba por juntar recursos que enviar a los pobres emigrados; que el Conde estaba creído de que hallaría a su familia en alguno de los puntos del tránsito; que gozaba de buena salud y caminaba lleno de confianza en Dios. Cuando Matilde hubo terminado estas noticias, le preguntó Augusto:

—¿Y tú, hermana mía? ¿Qué ha sido de ti en tanto tiempo como no nos hemos visto?

—Yo, mi querido Augusto, he pasado días muy amargos de inquietud y de tristeza, llorando siempre, pensando mil locuras, formando proyectos a cual más extravagante, con el solo fin de volver a veros a todos y a cualquier costa... Este era mi único anhelo, y se había apoderado ya tan violentamente de mi espíritu y de mi corazón, que no pudiendo sufrir más, salí desesperada de mi asilo, y aquí me tienes. Pero vosotros ¿qué hacíais que no me habéis escrito una mala carta?...

—¡Eso es!... Y que los podencos de la policía hubieran visto una carta dirigida a una pobre alquería. ¿Te parece que habrían renunciado al gusto de leerla?...

Y entonces, hermana mía, perdida tú, perdidos nosotros y perdida la pobre familia que tan generoso albergue te ha dado.

—Verdad es... Pero, en fin, ¿en dónde está nuestro padre? Nuestros demás hermanos, toda nuestra familia, ¿en dónde están? ¿Qué es de ellos?...

—Calma, Matilde, calma, por Dios. En el estado de agitación que tienes, sería mejor que te acostases, y mañana te diría yo todo lo que preguntas.

—¡Mañana! ¡No, por Dios!... La incertidumbre me mataría esta noche. Habla, hermano mío, dímelo todo... Me siento con fuerza para saberlo todo, para sufrirlo todo.

Las lágrimas ardientes y la febril excitación de la joven desmentían estas palabras. Pendiente del cuello de su hermano, reiterábale sus instancias hasta con imperio; pero Augusto continuaba callando. Entre tanto, Héctor hablaba en voz baja con su tía, consultándole, sin duda, acerca de lo que conviniese decir a Matilde, pues elevando al fin la voz, dirigióse a Augusto y le dijo:

—Creo que no debemos dejar más tiempo a esta señorita en una incertidumbre peor para ella que el saber toda la verdad. Escuchad, señorita. Vuestro hermano mayor ha partido al extranjero; suponemos que está en el ejército de Condé; sin duda habrá escrito, pero habrán interceptado sus cartas. El segundo de vuestros hermanos está en la Vendée con una misión delicada: le esperamos en breve.

—¿Y mi padre? ¿Mi padre? ¿En dónde está mi padre? ¿Ha muerto?... Acabad, por Dios.

—No ha muerto—respondió Héctor después de unos instantes de vacilación—; no ha muerto, pero...

—¿Pero qué? Hablad... ¿Está quizá en camino del patíbulo?

—No me atrevería yo a decir tanto. Motivo hay para temerlo todo, pero también para esperar algo. Está preso...

—¡Conque es cierto! ¡Oh, Dios mío! Lo matarán, sí, lo matarán... Esas fieras no ceden sino al sepulcro la presa que tienen entre las garras. ¡Virgen Santísima! ¡Salvadme a mi padre!...

—Se salvará, hija mía, se salvará—dijo la Condesa estrechando contra su seno la cabeza de la joven—. No siempre Dios permite que se consuma la iniquidad. La Reina de los cielos, a quien has invocado, no querrá dejarte huérfana de padre, ya que lo eres de tu buena madre.

—No lo querrá, no—repuso la joven como hablándose a sí propia y desprendiéndose del seno de la Condesa—. Al menos mis hermanos pueden morir en el campo de batalla, lidiando por su Dios y por su Rey. Han hecho bien en ir allí..., allí los llamaba la voz del honor. ¡Pero mi padre! ¡Mi pobre padre..., morir ignominiosamente en un cadalso..., en un calabozo tal vez..., inerme, indefenso!...

—Y aunque así fuese—dijo entonces con solemne acento la Condesa—, ¿en qué estaría la ignominia? Preceder o seguir a su Rey en el patíbulo, no es menos glorioso para un caballero francés que morir en el campo de batalla. Mártir de su lealtad a la causa de la justicia, ¡dichoso tu noble padre si tal es el destino que Dios le ha reservado!...

—¡Pero su hija—exclamó deshecha en lágrimas la joven—, sus hijos, a quienes su muerte dejaría sin amparo en la tierra!...

Augusto callaba; mirando a su hermana con ojos

fijos, sentía correr por sus mejillas abundante llanto. Cual ráfagas de la tempestad que rugía en su seno, pintábanse alternativamente en el rostro del joven el dolor y la ira; al oír las últimas palabras de su hermana, y respondiendo, más bien que a ellas, al tumultuoso afecto que hervía en su corazón, exclamó con sordo acento:

—Sin amparo, tal vez; pero no sin venganza.

—¡Joven!—dijo la Condesa poniendo su descarnada mano sobre el hombro de Augusto—; dejad a Dios el cuidado de vengarse. A nosotros no es dado sino sufrir y orar. Además, no hay motivo para perder absolutamente toda esperanza.

—Eso digo yo—añadió Héctor, mirando alternativamente a Matilde y a Augusto—. A pesar de todos los obstáculos, no hay razón para echarnos por tierra sin intentar algún medio de frustrar la saña de nuestros enemigos. ¿No es verdad, Augusto?

—Sí; ha dos meses que incesantemente pienso en la situación; creo haberla examinado por todas sus fases, y he sacado por consecuencia que lo que nos importa, ante todo, es ganar tiempo; ver cómo impedimos que se apresuren a juzgar a mi padre. El horizonte político puede despejarse cuando menos se piense. Quizá la muerte de nuestro infortunado Monarca saciará el odio de esos bárbaros.

—Pero ¿no habrá remedio para nuestro querido Rey?—preguntó Matilde—. ¿Será posible que ni sus virtudes ni su amor a su pueblo desarmen la rabia de sus verdugos? ¡Oh, Dios mío! Salvad a nuestro Soberano, salvadnos a nosotros, salvad a Francia de tan espantoso atentado.

—¡Quiera el cielo oírte, hija mía!—dijo tristemente la Condesa—; pero en el punto a que ya han llegado las

cosas, difícil me parece que ese atentado no se consume. En la augusta persona de Luis XVI no ven los demagogos al hombre, sino al principio que representa; no quieren ellos matar al Monarca, sino destruír la Monarquía. El pobre Rey va a ser la víctima expiatoria de las faltas de sus padres. Sobre su frente augusta van a caer condensadas todas las pasiones viles, todas las justas quejas amontonadas durante el curso de muchos siglos. Pero, hijos míos, no os engañe una esperanza ilusoria: el Rey no morirá solo; lejos de saciar su sangre al monstruo revolucionario, excitará más y más su feroz apetito. ¡Quiera Dios que salga falsa mi profecía!

—Vamos, vamos, tía—dijo Héctor—; no nos oprimáis el corazón con pronósticos tan terribles. Harto tendremos que llorar esos males si se realizan, para que anticipemos así el llanto. Lo esencial por ahora es trabajar, no echarnos en el surco. Hagamos lo que podamos, que después será lo que Dios quiera.

—Cierto, cierto—añadió Augusto—; esa es también mi opinión. Opongamos la astucia a la fuerza brutal de nuestros enemigos. Héctor, la una va a dar ya; todavía estará abierto el club de los Franciscanos, mezclándonos ahora con los huéspedes que ocupan en este momento aquella que fué casa de oración y refugio para los menesterosos cuando la habitaban los religiosos de la Orden, vamos a lucir allí nuestras carmañolas y nuestras gargantas antes que la función se acabe.

—No, por Dios, hermano mío—exclamó Matilde cogiéndose del brazo de Augusto—; no me abandones. Quiero ver a nuestro padre, necesito buscar a mi pobre amiga. Tienes que ayudarme a una cosa y otra...

—¿Tu amiga? ¿Qué amiga es ésa?

—Héctor te dirá. Por Dios, llévame contigo.

—Señorita, dejadnos a Augusto y a mí. Vuestra com-

pañía nos fuera seguramente muy grata; pero... ya lo comprendéis, nos serviríais de gran embarazo. Procurad tranquilizaros; la impaciencia podría privaros absolutamente de esas dos cosas que tanto deseáis. Confiad en nosotros. Augusto, vamos, no podemos ya perder un minuto, vamos... a pescar.

Salieron en silencio los dos jóvenes, dejando sumidas en angustiosa tristeza a las dos señoras, que aun continuaron largo rato hablando de sus penas e inquietudes, hasta que por fin, a instancias de la Condesa, se decidieron a tomar algún reposo. Pero imposible fué a Matilde lanzar de su mente las lúgubres ideas que la agitaban; había logrado, cierto era, ver a uno de sus hermanos y saber de los demás y de su padre; pero restábala saber de su querida amiga, de la pobre Victoria, cuya suerte, ignorada de ella, le causaba temores y remordimientos tormentosos; no solamente la idea de lo que pudiera haber sucedido a la joven, sino el recuerdo de aquella madre que tan generosamente se había desprendido de ella por no abandonar a su señorita; el recuerdo de aquel padre, del incomparable José, cuando volviese anhelando abrazar a su hija; la desolación de toda aquella familia, a quien tanto amor y gratitud debía Matilde, todo esto la agitó, produciéndola, primero, un largo y fatigoso insomnio, y después un sueño más fatigoso y fúnebre todavía.

CAPITULO XII

El jaulero.

En la época de que vamos hablando, todavía el terrorismo de la revolución francesa no había organizado contra los nobles aquel procedimiento ejecutivo, que consistía en echarles mano dondequiera que encontraban uno, encerrarlos en una prisión, y sin forma alguna de juicio, o a veces con una forma de juicio que hacía más odiosa la iniquidad, llevarlos por docenas y centenares a la guillotina. Para llegar al apogeo de esta situación esperaban los revolucionarios a que se acabase de decidir la suerte de Luis XVI, persuadidos de que, una vez derribada la cabeza del infortunado Monarca, sería ya más fácil derribar la de sus amigos y partidarios, entre los cuales figuraba en primer término, como era natural y justo, la nobleza.

Esta tregua era la que Augusto quería aprovechar para ver de salvar a su padre, de quien sabía no más sino que estaba preso en París, pero ignoraba el lugar de su prisión.

Con el fin, pues, de hacer sus pesquisas con la mayor seguridad posible, había adoptado un medio que estaba entonces muy en boga entre una parte de la juventud

aristocrática, y el cual hemos visto también adoptado por Héctor: es decir, lanzarse aparentemente en la revolución, fingirse adicto a ella y vestir sus odiosas insignias, farsa en verdad arriesgadísima, pues en caso de ser descubierta se pagaba irremisiblemente con pena de la vida. Una vez ya resuelto a seguir este plan, bastante conforme, por cierto, a su carácter atrevido y aventurero, comenzó Augusto por despojarse de su traje y modales aristocráticos, y en seguida entró como de aprendiz en un taller de carpintero del barrio de San Antonio, donde tomó el lenguaje y continente revolucionarios; frecuentó los clubs, gritó, peroró como el más furioso demagogo, logrando al fin confundirse con la turba de vocingleros desalmados, en cuyos pulmones y perversidad apoyaban su terrible poder los demagogos de la Convención.

Lo primero que, protegido con este disfraz, trató de averiguar el joven, fué el lugar en donde hubiesen encerrado a su padre; empresa muy ardua, no sólo por lo peligrosa, sino por el estado de confusión y desbarajuste en que todo se hallaba, y porque, no bastando ya las cárceles a contener el gran número de presos acumulados en ellas, se les encerraba provisionalmente en cualquier edificio. Otra dificultad no menos grave, y harto más cruel en verdad para el filial corazón del joven, era que en rigor no sabía a punto fijo si su desgraciado padre había sido comprendido en aquellas horrorosas matanzas de septiembre, pues él se hallaba ausente de París cuando ocurrieron, y a ninguno de sus parientes había podido encontrar que le diese alguna noticia positiva. Preciso fué, por tanto, al novicio revolucionario darse a aullar y olfatear como un perdiguero a la puerta de todas las casas en donde había indicio de que existiesen presos.

Por largo tiempo fueron vanas todas sus pesquisas; a los amigos y conocidos que se había encontrado en la calle no había querido hablarles siquiera, porque en los tiempos que entonces corrían sobraban motivos para desconfiar hasta de la camisa que se llevase puesta, y a él le importaba mucho no ser de nadie reconocido. Al cabo de mil rodeos llegó un día a saber de boca de los mismos asesinos *setembristas* los nombres de los que habían sucumbido al golpe de sus puñales, y entre estos nombres, aunque oyó los de muchos parientes suyos y amigos de su familia, tuvo el consuelo de no oír el de su padre.

A fuerza de pesquisas logró después descubrir la prisión de un tío suyo; y habiendo igualmente conseguido, por entre mil dificultades y riesgos, ponerse en contacto con él, supo, en fin, de sus labios que su padre había estado preso primeramente en la Abadía, luego en la Conserjería, y que, por último, a fines de agosto le habían trasladado a un almacén de la calle de Saint-Avoye, habilitado para cárcel provisional. ¡A fines de agosto! Es decir, pocos días antes, pero al fin antes de las matanzas de septiembre. Era, pues, probable, casi seguro, que su padre vivía. El joven sintió circular más rápidamente la sangre en sus venas y su corazón latir de gratitud a Dios misericordioso, que había querido guardar los días del autor de los suyos.

Obtenidos ya estos datos, su anhelo se cifró únicamente en ver, abrazar, consolar a su querido preso y darle noticias de toda su familia. Con este fin Augusto, que en pocos días había logrado hacerse un mediano oficial de carpintero, cosa indispensable para seguir con éxito su comenzada empresa, trató ante todo de acomodarse en algún taller situado en la calle de Saint-Avoye, o cerca por lo menos. Huroneando un día y otro para

ver de hallar lo más ajustado a sus proyectos, llegó a topar con un pobre diablo que trabajaba de carpintería por su cuenta en una mala covacha situada en el patio de una casa de vecindad.

Era el carpintero, a quien desde ahora llamaremos tío Gregorio, un vejete bellaco, sin parroquianos, sin crédito, y, lo que peor era ya para él, sin vista y con un asma tremenda; es decir, que se pasaba ladrando de hambre las tres cuartas partes del año y la mitad de la otra. Con esto queda dicho la sorpresa que le causaría verse visitado por un oficial tan guapo y de tan buena traza, y, lo que era más, solicitado para que se dignase recibirlo, como principal y maestro.

—Camarada—le dijo levantando sus anteojos para asegurarse con una inspección detenida de que el joven no había ido a burlarse de él—, o tú vienes a hacer chacota de mí, o algún chusco ha querido reirse contigo. Yo no tengo obra que darte, ni soy maestro, ni cosa que lo valga: no soy más que un pobre carpintero jubilado, que hago y compongo las jaulas de la vecindad.

—¿Jaulas?—respondió Augusto—. Ese es cabalmente mi fuerte; ¡pues ahí es nada el tiempo que llevo yo ya buscando un buen jaulero!...

—También fabrico ratoneras—añadió el tío Gregorio—; pero es ramo menos lucrativo.

—¡Ratoneras!—repuso el joven—. Mejor que mejor... ¡Vaya!, pues hazte cuenta, ciudadano maestro, que has hallado tu media naranja... ¡Ratoneras, jaulas!... Cabalmente son las dos cosas para que yo me pinto.

—¿De veras?—preguntó el tío Gregorio, cuya vanidad estaba ya lisonjeada por el título de maestro que así como al descuido le había flechado Augusto—. Pues, hombre, también es particular que los dos nos hayamos dado al mismo oficio. Yo antes no fabricaba más que

ratoneras; pero sin duda los ratones deben ser aristócratas, y se habrán ido al ejército de esos tunantes aliados, porque no hay quien pida una ratonera para un remedio; así es que me he decidido por las jaulas. Pero ¡ca!, ni con jaulas ni con ratoneras saca uno para mal comer... Está visto: mientras manden esos bribones aristócratas, el pobre pueblo se morirá de hambre.

—Esto es lo que siempre estoy yo diciendo, maestro Gregorio. Pero, en fin, todavía puede ser que si los dos ponemos mano a las jaulas hagamos un buen negocio... No, y lo que es por mí, jaulas y ratoneras habíamos de hacer... Sobre gustos no hay nada escrito; yo me muero por pájaros y ratones... Conque al avío, ciudadano; yo sé que esas manecitas son de plata; por más que tú te has empotrado aquí en este nicho, demasiado que se sabe por ahí fuera que donde el maestro Gregorio sienta el pie, nadie se lo levanta.

—¡Je, je, je!... ¡Muchacho! tú eres el diablo en persona... A propósito, ¿cómo te llamas?

—Nicolás Desrues.

—Pues mira, Nicolás; te he tomado afición desde que te he visto, y quiero darte un buen consejo.

—Di allá, ciudadano; sé que eres hombre que entiendes la aguja de marear. ¿Qué consejo es ese?

—Que te dejes de jaulas y ratoneras, y te dediques a otro trabajo que hoy priva en nuestro oficio.

—¿Y cuál?... Estos aristócratas han acabado con todo.

—Es verdad, Nicolasillo; pero hay todavía una obra que se hará sin ellos y contra ellos.

—¿Obra de carpintería?

—¿De carpintería? ¡No que no!—respondió el viejo guiñando el ojo con aire entre de mico y tigre.

—Vamos, ¿cuál?, explícate, maestro.

—Las guillotinas. Figúrate que no sólo cada aldea de la República, sino cada ciudadano, quiere tener ese adminículo para lo que se ofrezca. Así es que no hay manos bastantes ya para la tarea. Conque, créeme... tú pareces mozo dispuesto. Procura explotar el ramo de guillotinas, y te haces rico. Así como así, es chisme que no deja de tener algo de ratonera; de modo que casi puedes decir que no te sales del género que te gusta.

Una risa atroz redondeó lo repugnante de esta gracia patibularia del jaulero. Augusto, conteniendo a duras penas la tentación que le vino de retorcer el pescuezo al pícaro vejete, le dijo después de hacer como quien medita su proposición:

—¡Guillotinas! ¡Guillotinas!... Mira, ciudadano, francamente, no sería mal empleo. Pero debe ser dificilillo encontrar acomodo en él. Como es cosa que rinde utilidad, tendrá tanto goloso...

—Por eso no te apures, muchacho; tengo yo un cofrade que ha tomado la empresa de toda una provincia, y a media palabra que yo le diga, te recibirá con mil amores. Te irá bien con él, porque es un patriota... de los de rechupete; como que es íntimo amigo de un cocinero de Dantón. Además tengo otro cofrade que se ha dado a la fábrica de mangos de cuchillos; los hace de todos tamaños y labores, y parece que trabaja mucho. Ya verás. Según el cariz que las cosas van representando, muy prontito van a lucirse en grande cuchillos y guillotinas... ¡Je, je, je!...

—¡Hola! Conque tan encima tenemos ya la cosa... ¿eh?—preguntó Augusto estremeciéndose interiormente.

—¡Ya lo creo!—respondió el viejo, frunciendo su catadura diabólica con un gesto de satisfacción.

—¿Y cuándo, cuándo?

—¡Toma!... En cuanto despachen al caballero Cape-

to y a la austriaca. Parece cosa resuelta estrenar la guillotina con sus augustos gargueros. ¡No que no!, las cosas valen según comienzan. Y luego, si hemos de acabar pronto con esta peste de aristócratas, hay que empezar por ese par de pajarracos. En cuanto a ellos se les dé el pasaporte, los demás... como quien lava, será cuestión de quince días.

—¿Y dónde viven tus compadres el empresario de las guillotinas y el cuchillero?

—Bastante lejillos de aquí. No me acuerdo ahora del número de sus casas; pero yo te lo averiguaré. Date una vuelta por ahí...

—Mira, ciudadano Gregorio, yo siempre he oído que vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer. Francamente, preferiría seguir con mis jaulas y ratoneras. Si te parece, haremos juntos la prueba de cómo nos va en el primer mes, y luego veremos...

—Hombre, como tú quieras. Yo te lo he dicho por tu bien; aquí vas a ayunar muchos días: tú lo verás. Pero, en fin, si te empeñas, quédate conmigo. ¡Por vida de...! Si tuviera yo tus años, era capaz de salir a guillotina por hora: ¡Je, je, je!...

Augusto entró de oficial con el tío Gregorio. Llevábase el día entero haciendo jaulas, y por la noche se iba al club, después de lo cual se empleaba en adquirir noticias de su familia. Por su maestro y por algunos otros ciudadanos de la misma estofa, que iban frecuentemente a charlar en el taller, tuvo algunas noticias, bien que inciertas y vagas, acerca de la prisión de la calle de Saint-Avoye y de los que se hallaban provisionalmente encerrados en ella.

Supo que los presos estaban custodiados con una vigilancia y en un secreto verdaderamente impenetrable; que a nadie se permitía entrar a visitarlos, y que, por

tanto, nadie sabía ni cuántos ni quiénes eran, ni las causas de su prisión. Lo único que se sabía era que todos pertenecían a la aristocracia, y que para juzgarlos y decapitarlos no se esperaba más que la inminente condena de Luis XVI.

Todos estos datos eran, en verdad, poca cosa para que Augusto pudiera con ellos intentar ningún paso directo. Afortunadamente para el joven, el ciudadano Gregorio tenía una hermana tan vieja como él; pero tan irritable, tan regañona, tan fiera, que continuamente estaba en guerra con su hermano, a quien servía de ama de gobierno. Testigo incesante de sus continuas disputas, el joven jaulero solía mediar muchas veces, y casi siempre daba la razón a la vieja; por lo cual ésta le fué cobrando la afición que él buscaba cabalmente con su bien calculado sistema de parcialidad.

Era la bruja una patriota de las más exaltadas, único punto en que estaba de acuerdo con el bellaco de su hermano, y esperaba también ansiosa el advenimiento de aquella era que, al decir del tío Gregorio, había de hacer nadar al pueblo en un mar de prosperidades. Comadrera y entremetida, charlatana, por su edad, su clase y sus *opiniones políticas*, estaba la vieja al corriente de todo cuanto pasaba en el barrio, y por ella pudo adquirir Augusto noticias directas y exactas acerca de la situación de la cárcel, del carácter del carcelero y de los medios posibles de trabar relaciones con él; bien que esto último fuese obra de romanos, pues el tal carcelero era un demócrata furioso y por añadidura un hombrón de fuerzas descomunales, junto todo ello con una astucia de zorro y con una reserva de cartujo, cualidades que le habían granjeado el arduo y comprometido cargo que desempeñaba.

Sin embargo, todas sus precauciones no podían im-

pedir que los vecinos atisbasen cuando entraban en la prisión, generalmente por la noche, soldados o guardias nacionales, ni que averiguasen que siempre que se relevaban estos piquetes se quedaba dentro uno o dos de los que debían salir; medida adoptada sin duda para tener siempre en rehenes alguien a quien hacer pagar traición o imprudencia que se achacase a los de la guardia. Veíase además que el carcelero, hombre casado, y con hijos por más señas, no salía nunca de casa; y se sabía que su mujer no hablaba ni palabra con alma viviente, ni sus hijos salían un punto a la calle. Exceptuábase, sin embargo, de esta regla el hijo mayor, joven de dieciocho años, el cual frecuentaba asiduamente el club de los Franciscanos, y que figuraba, por tanto, entre la flor y nata de los patriotas.

Con estas noticias pensó Augusto que lo primero que le importaba era hacerse camarada íntimo del hijo del carcelero. Hallóle, en efecto, en el club, y con no gran dificultad logró anudar relaciones con él; pero ni una palabra pudo sacarle acerca de los presos, por más que durante quince días le estuvo tentando, ora con preguntas, ora con alusiones más o menos directas; de modo que por este lado tuvo que renunciar a toda tentativa.

Pero ofrecióse otro recurso, que le dió ocasión de aplicar el proverbio *por la peana se besa al Santo*. Al mismo club que el hijo del carcelero asistía otro joven, que parecía gran camarada suyo, pues siempre que se veían había Augusto observado que se daban un fuerte apretón de manos y que tenían siempre algo que decirse al oído. A este bravo demócrata, llamado por más señas Bisson, echó Augusto el ojo para que le sirviera de peana; la empresa era fácil, porque el muchacho era de suyo francote, jovial y comunicativo; y como, por otra parte, Augusto se señalaba en el club por sus aplausos,

sus aclamaciones y su facha de terrorista, no fué menester más para que el ciudadano Bisson le cobrase en breve cierto afecto, que nuestro demócrata postizo explotó convidándole a beber de lo más añejo y mejor de las tabernas del barrio, y entre copa y copa sacándole del cuerpo noticias circunstanciadas acerca de la prisión de la calle de Saint-Avoye.

Justamente el ciudadano Bisson tenía un primo que vivía en la misma casa donde la prisión estaba, bien que su habitación estuviese separada por un patiecillo del almacén en donde se hallaban encerrados los presos. El susodicho primo no era bullanguero, y hasta se sospechaba de él si era un tanto cuanto partidario del antiguo régimen, reputación, por cierto, que había enfriado grandemente las relaciones de amistad y parentesco que antes tenía con él el joven Bisson, el cual no hablaba, por tanto, de su primo sino con un desprecio soberano.

Todas estas circunstancias alentaron los proyectos de Augusto, para quien era verdaderamente un hallazgo de grande importancia la vivienda y la fama de realista del primo del patriota. ¡Ahí era un grano de anís! ¡Habitación contigua a la cárcel, y separada de ella no más por un patio, y ese estrechísimo y con varias ventanas enfrente de las galerías ocupadas por los presos! No había remedio; a toda costa era menester ganar la amistad del primo de Bisson.

Pero, ¿cómo?... Aquí de las jaulas y ratoneras. Presentóse Augusto una tarde en casa del ciudadano Dubois (que éste era el nombre del primo), cargado con una decente provisión de aquellos chismes, y vestido, por supuesto, con su correspondiente carmañola. Halló-le felizmente sólo y sentado junto a una chimenea.

—Ciudadano—le dijo—: ¿hace falta por aquí alguna jaula para canarios, o alguna ratonera?

—Gracias—respondió secamente Dubois.

—Hombre, el ver no cuesta nada—repuso el joven jaulero—. ¿No quieres mirar siquiera a ver si te acomodan?

—Te he dicho que gracias. No me hace falta nada.

—¡Vamos! Entonces es que me han informado mal... El ciudadano Bisson me había dicho que eras muy aficionado a canarios, y que los ratones te tenían minada la casa...

—Pues te ha engañado el ciudadano Bisson—repuso con muy avinagrado gesto el primo.

—Pero ¿no eres tú Dubois?...

—Sí, lo soy: ¿y qué?

—¿No es Bisson tu primo?...

—Es mi primo: ¿y qué?

—Nada, ciudadano, no se altere... Yo creía que cuando un primo recomendaba a su primo a una persona... pues... le haría más caso que el que tú haces.

—¡Tan buena pécora serás tú como mi primo!

—No, lo que es eso poco a poco... El ciudadano Bisson es un mozo muy apreciable...

—¡Sí, apreciable!... un descabezado, un impertinente, muy amigo de meterse en todo lo que no le importa. Valiera más que mientras anda gritando por esas calles y arreglando el mundo por esas tabernas, se estuviera trabajando en su oficio, como es regular.

Mientras esto decía Dubois, Augusto, soltando de los hombros su carga de jaulas y ratoneras, y después de cerrar con disimulo la puerta, había cogido una silla y bonitamente se había sentado junto a la chimenea. Dubois se quedó mirándole como el que ve visiones, y con alterado rostro y agrio acento le dijo levantándose:

—Oye tú, granuja: ¿en qué bodegón hemos comido juntos para que te tomes esas libertades en mi casa?...

A ver si ahora mismo te levantas, o de lo contrario yo te haré levantar más que de prisa...

—¡Hombre, hombre! no me cojas así mi gorro colorado, que me le vas a echar a perder...

—¡Maldito sea tu gorro colorado, y todos los que le llevan!

—Amén—dijo Augusto levantándose y pisoteando su gorro—. Ya ves—añadió—la estima en que yo tengo este odioso distintivo...

—Escucha, tunante—le dijo Dubois después de una pausa en que le estuvo contemplando un rato—: ¿a ti se te ha figurado que soy yo algún ratón y que vas a cogerme en tus ratoneras? ¿Te parece que no te he calado ya, canalla? Tú has venido aquí con este pretexto para espiarme. Quizá te haya mandado el bribón de mi primo. A ver si ahora mismo te tomas la puerta. ¡Largo de aquí!...

Augusto, por toda respuesta, volvió a coger su gorro con despecho; sentóse de nuevo donde estaba antes, y con triste calma se puso a mirar la llama de la chimenea.

Dubois entonces, plantándosele delante con los brazos cruzados estallando de cólera, continuó:

—¿Decididamente te has propuesto hacer burla de mí? ¿Con qué intenciones has entrado en mi casa?...

Viendo que Augusto seguía silencioso en la misma actitud, añadió Dubois:

—O te largas ahora mismo, o llamo a la guardia. ¡Ah, tuno! Ya caigo en la cuenta: tú has venido a robarme...

Alarmado Dubois con esta súbita idea, iba a lanzarse sobre el joven con ánimo de derribarle, cuando éste, levantando lánguidamente su cabeza, clavó en su opresor una mirada con ojos preñados de llanto.

Contenido Dubois por esta actitud, y sorprendido de

estas lágrimas del joven, reparó lo que hasta allí no había podido reparar, y era el aire de nobleza y el porte de caballero que en aquel instante habían tomado el rostro y continente de Augusto. A la idea de que éste era un ladrón sucedió en la mente de Dubois otra sospecha no menos súbita, y se dijo a sí mismo:

—Este no es un revolucionario.

Notó en seguida que las lágrimas corrían ya desatadas por las mejillas del joven, y le oyó suspirar exclamando a media voz:

—El es.

—¿Y quién es él?—preguntó Dubois con doblada sorpresa.

El joven demócrata, sin hacer caso ninguno de la pregunta, volvió a levantar sus llorosos ojos, tendió el cuello para oír, como si le fuese la vida en algo que en aquel momento escuchase, estremecióse luego, y tornó a exclamar ya en voz alta:

—Sí, él es; no hay duda, él es...

Levantándose en seguida de su asiento, y con una agitación extrema, abrió una de las ventanas que daban sobre el patio, púsose detrás del cancel a escuchar con ansia, y, hecho un mar de llanto, volvió después a cerrar apresuradamente la ventana, y por último, pálido y casi cayéndose, cogió la mano de Dubois, la estrechó con singular afecto y le dijo con voz temblorosa:

—Gracias, amigo mío, gracias; ni con la vida os pagaría el favor que me habéis hecho...

—Pero, joven, ¿me haréis vos a mí la merced de explicarme qué significa toda esta pantomima? ¿Quién es ese *él?*

—¡Mi padre, mi padre de mi alma! Largos meses ha ya que deseaba oír su voz. Era su voz, amigo Dubois, la he conocido; era su voz. ¡Dios mío! ¡Bendito seáis

mil veces! ¡Mi padre vive! ¡Bendito seáis, Dios mío!...

El joven no podía tenerse en pie; con las manos cruzadas y los ojos levantados al cielo, sollozaba de gozo y de ternura. El buen Dubois, que ya con esto tenía sobrado para saber a qué atenerse respecto del jaulero le dijo, conduciéndole afectuosamente del brazo:

—Vaya, venid aquí, sentaos; ¡voy a daros un poco de agua! ¡Diantre! ¡Si parecéis un difunto! Ya veo que sois de los nuestros. Con dos mil demonios, ¿por qué no hablasteis claro? Esa condenada carmañola y ese maldito gorro colorado me habían encendido la sangre, y, la verdad, no os había tomado por nada bueno...

—¿Y qué remedio, amigo mío? Harto me cuesta prostituír mi dignidad con este disfraz odioso. Pero a tal extremo nos han reducido estos malvados...

—¡Canallas! ¡Dios los confunda!—exclamó Dubois dando una puñada sobre el brazo de la silla.

—No podéis figuraros, amigo mío—continuó el joven—el esfuerzo que cuesta vestir estas innobles insignias, revolcarse en el fango de ese populacho asqueroso y asistir a esos clubs infernales. ¡Ah, buen Dubois! Este es mayor tormento que la cárcel y aun el patíbulo...

Al decir esto estrechaba fuertemente el joven la mano de Dubois, el cual repuso:

—Comprendo, comprendo; para vivir entre lobos, hay que aullar como ellos. No, y lo que es hacerlo bien, vive Dios que lo hacéis. Desafío yo al más suspicaz a que sospeche del caballero que se esconde debajo de todo ese atalaje. Las malditas jaulas y ratoneras, sobre todo, me hubieran dejado a mí pensar en quién podríais ser como en la primera camisa que me pusieron,

A todo esto, ¿tenéis la bondad de decirme vuestro nombre?

—Augusto de Reyre.

—¿De Reyre? ¿Pertenecéis a la familia del marqués de Reyre?

—Soy el menor de sus hijos...

—De modo que ese preso cuyo canto habéis oído ¿es vuestro padre?

—Si, amigo Dubois, mi padre de mi alma.

—Venga un abrazo, joven... Así... ¡poquito que conozco yo a vuestra familia! ¡Como que soy hermano de leche de uno de vuestros tíos!... ¡Véase lo que son las cosas! ¿Quién me había de decir a mí que ese preso que cantaba es el marqués de Reyre?...

—Sí, amigo Dubois: ahí está mi padre... ya le he oído... ahora quiero verle, necesito verle aunque sea un instante sólo. Me ayudaréis a conseguirlo, ¿no es cierto amigo Dubois?

—¡Hum! ¡hum!—respondió Dubois rascándose la oreja;—no es eso tan fácil... ¡Si supierais cómo están vigilados esos infelices! En cada rincón del edificio, en cada ladrillo del suelo, creo que hay un espía... Y además, esa hiena del carcelero, y la marmota de su mujer...

—Ya sé—repuso Augusto—, ya sé todo lo que pasa ahí... Por eso días pasados hice algunas tentativas para trabar relaciones con el hijo mayor de ese cancerbero y ver si podía sonsacarle; pero ¡qué!, es un erizo...

—Hijo de tal padre: ¡ya será buena pieza!... Agradeced que no haya sospechado vuestros intentos, porque a poco que los hubiera venteado, a estas horas estaríais ya en la cárcel con vuestro padre... Digo, no; ¡buenas entrañas tienen ellos para juntar a un hijo con su padre, aunque sea entre cadenas!... Pero de todos

modos, os hubieran echado la garra... ¡Son unas fieras, unas fieras!...

—Pero en fin, amigo Dubois, ¿no hallaremos algún medio de que yo vea a mi padre, de que sepa que yo estoy aquí, de saber nosotros de él, de darle noticias de toda la familia?

—¡Pues!... ¡Y de que nos corten a todos el pescuezo por curiosos!...

—¡Amigo Dubois, amigo mío!...

—No, si yo no lo digo por miedo. Hoy o mañana, estos caribes acabarán con todos nosotros. El mal estará en que pongamos la piel en manos del verdugo sin conseguir nuestro objeto...

—¡Oh! Dios nos ayudará... Decidme: ¿es vuestra esta casa?...

—¡Ca!, no, señor; yo no soy más que un pobre inquilino... y gracias...

—¿Hay muchos vecinos en la casa?

—Una docena lo menos, y la mayor parte tan pobres como yo. Algunos conozco; pero con ninguno trato... Ya os podéis figurar... En tiempos como éstos, lo más seguro es meterse cada cual en su rincón... Y quiera Dios que así y todo...

—Vamos a ver: ¿podríamos trabar relaciones con algún vecino cuyas ventanas estén, poco más o menos, a la altura de las de la prisión, y que sea, por supuesto, persona de toda confianza?

—¡Hum! ¡Qué sé yo que os diga!... Uno solo hay de quien poder fiarse, buen cristiano y realista de corazón; pero vive en el otro costado del edificio, y todas sus ventanas creo que den a la calle. El único que pudiera servirnos, es decir, ponernos en comunicación con el departamento de los presos, es un sastre de todos los diablos, un *rojo* de lo más subido, un canalla que debía

estar en presidio hace mucho tiempo... Con decir que es algo pariente de Momorx y que pertenece al club de los Jacobinos, os digo bastante...

—Con ése, claro está que no podemos contar...

—Por supuesto que no. Y es lástima. Desde el cuarto donde ese tuno vive, estaría a diez pies no más la reja por donde los pobres presos sacan alguna vez la nariz. Si no fuese ya tan tarde, desde aquí mismo podíais ver... En cuanto al carcelero, imposible boquearle una palabra acerca del particular.

—¿Estáis bien seguro de eso, amigo Dubois?

—¡Ya lo creo! No sería el hijo de mi madre el que se acercase a ese perro rabioso...

—Pues yo estoy tentado de ir a ver si puedo amansarle...

—No os arriendo la ganancia. Pero la primera dificultad es que él os deje ni acercaros siquiera a su importante persona...

—Vamos a ver: ¿y si voy a ofrecerle mis ratoneras? Porque en la cárcel debe haber muchos ratones...

—Bueno, ¿y qué?...

—Hombre, consiga yo entrar y hablarle, que una vez pasada esa barrera, no se sabe lo que las circunstancias pueden dar de sí. Muchas veces el conocimiento de un sitio, el tono con que a uno le hablen, cualquier palabra, la cosa más insignificante, le suele poner a uno en la pista... ¿Os atreveríais a presentarme a él?

—¿Yo? ¡Buena recomendación os echabais! Cabalmente no me puede atravesar. No, y lo que es en eso nos pagamos, porque yo, si le veo ahorcar algún día, que no será extraño. voy a tirarle de los pies...

—En ese caso iré yo solo.

—¿Y cuándo pensáis dar ese salto mortal?

—Ahora mismo. Me consume el ansia de ver a mi padre, de saber qué efecto le han producido los meses que lleva de encierro. Y aunque sea a costa de mi vida, quiero salvarle...

—¡Salvarle!... ¡Bendiga Dios vuestro propósito, generoso mancebo!... Pero seguramente no habéis ni entrevisto siquiera la empresa en que vais a meteros. ¡Si conocieseis los ojos de lince, los oídos de liebre y las entrañas de tigre que se han encargado de custodiar a esos infelices presos!... ¡Las puertas, cerrojos, pasadizos y rejas que habría que forzar!... ¡Salvarle!... ¡Pobre joven!... Perderíais de seguro el tiempo, y probablemente la vida...

—¡Oh! No me quitéis así la esperanza, amigo mío. Yo cuento con la protección de Dios, y teniendo su auxilio soberano, ¿qué puedo temer? Me siento con un esfuerzo de león y con un vigor de elefante. Me arrastraré como una serpiente cuando sea preciso; emplearé caricias, promesas, buscaré oro. Sí: todos esos patriotas tan fieros suelen ablandarse con el argumento de una buena talega.

—No os diré que no, caballero. Pero la dificultad grande es entablar la negociación. Esos canallas la dan de espartanos, y es de temer que su *virtud*, como ellos dicen, se espeluzne a la primera palabra que les habléis de dinero... Además, ellos responden de los presos con su cabeza.

—Comprendo, Dubois, comprendo todas esas dificultades. Pero ¿no habría algún medio expedito de introducirse mañosamente? A ver, discurrid: vos conocéis mejor que yo la localidad y las costumbres del carcelero y de su familia. ¿No pudierais darme algún norte?

—Sí, por cierto—respondió Dubois dándose una pal-

mada en la frente—; ahora mismo me ocurre un expediente...

—¡Oh!, hablad, hablad... ¿Cuál?

—Ayer tarde, cuando la tempestad, el vendaval que se levantó echó por tierra el postigo de la ventana del carcelero, y se hizo pedazos al caer en el patio. Es posible que todavía no le hayan compuesto, porque esta tarde misma he visto que aun faltaba de su lugar... El bribón ese es muy tacaño, y no le sabría mal hallar a un carpintero que le arreglase el postigo por poco más que nada... Si vos sabéis trabajar algo más que vuestras jaulas y ratoneras, podéis ir a ofrecerle vuestros servicios...

—Gracias, amigo Dubois—dijo Augusto, calándose su gorro colorado y en resuelto ademán de ir a tentar fortuna—. ¡Gracias por todo! Si por ventura necesitase en algo de vos...

—Venid con confianza—respondió Dubois estrechando cordialmente la mano que el joven le tendía—; disponed de mi casa y de mi persona. En cualquier día y a cualquier hora que me juzguéis útil para algo, contad conmigo... Pero, por Dios, tened mucha prudencia; no os precipitéis ni os descuidéis ni un punto... Mirad que esos pícaros tienen tanta astucia como hiel...

—Nada temo, amigo Dubois; llevo a Dios conmigo... ¿Cómo Dios ha de abandonar a un hijo que quiere salvar la vida de su padre?

—Es verdad; marchad con confianza... Yo rezaré por vos entre tanto.

Animoso y enternecido, volvió Augusto a estrechar vivamente la mano del buen Dubois, y echándose otra vez a la espalda su surtido de jaulas y ratoneras, partió resuelto a ver al carcelero las barbas

Tenía éste su habitación en el piso segundo del edificio, frente por frente de las piezas superiores del otro costado, que en tiempos habían servido de almacén de una casa de comercio, y a la sazón se había habilitado para servir de cárcel provisional. En el piso primero del propio almacén estaba la portería del carcelero, que constaba de una sola pieza de diez a doce pies cuadrados, guardada en su comunicación con el exterior por una puerta de dos hojas chapadas de hierro y empedradas de cerrojos y cerraduras, y alumbrada por la escasa luz que podía penetrar por una doble reja de barrotes de hierro que daba sobre el patio. A esta pieza, que era el verdadero zaguán de la prisión, se entraba por otra puerta lateral, no menos chapada y doble que la anteriormente mencionada.

El almacén, que era una vasta pieza de techo muy alto, había sido dividido en dos pisos por un entarimado construído en el comedio de las paredes; la portería estaba destinada a guardar el piso inferior, y la habitación del carcelero el piso superior, pues no había más remedio que atravesarla para llegar hasta las celdas de los presos, que, por no tener cabida en el primer piso, habían sido trasladados al segundo. De esta manera se había arreglado el que todos los miembros de la familia del carcelero pudieran estar continuamente vigilando, unos abajo en la portería, y otros arriba en su vivienda. Todos ellos desempeñaban su cargo a las mil maravillas, pues el ciudadano Masson que así se llamaba el carcelero, había comunicado a su mujer y a sus hijos toda la recelosa astucia y el atrabiliario carácter que él tenía. Inaccesible esta familia a toda alma viviente, y rodeada en toda su existencia de un misterio impenetrable, las contadas personas que la visitaban nunca lograban pasar de la pri-

mera pieza, ni pudieron jamás obtener sino monosílabos insignificantes o frases evasivas a las preguntas que con imprudente curiosidad hacían algunas veces. Los guardias nacionales mismos, cuando llevaban a algún desgraciado, nunca penetraron la puerta de las galerías ocupadas por los presos, y cuando había que trasladar a alguno de estos infelices al piso superior, no era sin que el carcelero se rodease de sus hijos, se armase y los armase con un par de pistolas, y sujetase con esposas y grillos las manos y pies del paciente. Por último, para mayor precaución todavía, cada uno de los pisos había sido dividido en compartimientos o celdas, con el fin de tener aislados, en cuanto fuese posible, unos de otros a los presos.

Augusto, previamente informado por Dubois de todos estos pormenores, se decidió por dirigirse primeramente al piso superior, no tanto porque estaba cierto de que en él era donde se hallaba la celda de su padre, pues de allí había partido su voz cuando el joven la oyó, como porque juzgó más asequible abocarse con la mujer o con los hijos del carcelero que con el mismo ciudadano Masson. Subió, pues, valerosamente con sus jaulas y ratoneras a la espalda, y llamó a la puerta. Largo rato esperó sin que nadie le respondiese; ya casi temía tropezar en este primer paso, cuando abrióse al fin la puerta y presentóse la mujer del carcelero.

—Buenas noches, ciudadana.

—¿Qué se te ofrece a las horas que son?

—Sí, ya veo que es un poco tarde; pero soy mandado, no he podido venir antes.

—¿Y a qué te mandan?

—A ver si se te ofrece alguna compostura de cosa de carpintería.

—No se me ofrece nada.

—Y alguna ratonera, ¿no te haría al caso?

—Quizá no vendría mal, porque nos comen las ratas...

—Más nos comían los aristócratas, y al fin hemos comenzado a acabar con ellos. Conque, al avío, ciudadana; compra uno de estos chismes: es género bueno y barato.

Diciendo esto, el joven se colocó marcialmente, soltó en tierra su carga, y revolviéndola toda, dióse a encarecer su mercancía con la charla del más consumado hortera. La ciudadana, a quien la facha resuelta del mancebo, y más aún su carmañola y su gorro colorado, habían inspirado cierta simpatía, le oyó con una benevolencia que no la era habitual por cierto.

—Muchas nos hacen falta—dijo mientras revolvía las ratoneras—; esos pícaros animales han inundado el *almacén*...

—Pues no son los bichos más peligrosos que tienes, ciudadana. Pero a bien que, como dice mi maestro el ciudadano Gregorio, no se tardará ya mucho en armar la gran ratonera.

—¡Hola! ¿Eres oficial de Gregorio?

—Para lo que gustes mandar, ciudadana.

—Me alegro. Es un vejete muy buen patriota. ¡Lástima que el pobre tenga tan mala fortuna!

—¿Qué quieres, ciudadana? Esos canallas de aristócratas se lo comen todo, y nada queda para el pobre pueblo. Y hablando de otra cosa: ¿está malo quizá tu chico mayor?

—No; ¿por qué lo dices?

—Porque anoche no le vi en el club de los Franciscanos.

—Ya no pertenece a él: hace dos días se ha mudado al de los Jacobinos...

—¿Sí? Ha hecho muy rebién; yo voy a hacer lo propio: los Jacobinos son gente como a mí me gusta, de sangre caliente. Mañana mismo voy a ver a Momorx: el ciudadano Bisson me ha ofrecido presentarme a él...

Al oír esta sarta de nombres tan conocidos de ella, la carcelera no abrigó ya la menor desconfianza de nuestro joven, si alguna tenía. Muestra de ello fué para Augusto la buena gracia con que, volviéndose a un niño como de diez años, hijo suyo, que, por más señas, se estaba divirtiendo, ¡angelito!, en montar una guillotina muy cuca de cartón, le dijo:

—Muchacho, deja ahora el juguete y baja a llamar a tu padre.

El niño levantó la cabeza en el momento que iba a poner bajo de la hoja de lata de su juguete el cuello de un monigotillo vestido con manto real y coronado con regia diadema:

—Mamá—dijo la criaturita—, ¿no quieres que antes le corte la cabeza al caballero Capeto?

—Sí, prenda mía, sí...

—¡A la una, a las dos, a las tres!—gritó el niño dejando caer la cuchilla y dando alegres palmadas al ver rodar por el suelo la cabeza del muñequito.

Salió en seguida brincando y chillando de puro gusto, y su apreciable mamá, que le miró cayéndosele la baba, exclamó volviéndose a Augusto:

—¿Qué te parece? ¿No vale un tesoro mi niño?...

—Ya se ve que sí—respondió Augusto, no sin esfuerzo para contener la náusea y la indignación que sentía—. No niega la sangre que tiene en las venas. Se conoce, ciudadana, que sabes educar a tus hijos.

Durante esta divertida escena había el joven visto, arrimado en un rincón, el postigo de que le había ha-

blado Dubois, todavía como quedó de resultas de la caída en el patio, es decir, desvencijado por todas sus coyunturas. Este descubrimiento le movió a preguntar a la carcelera:

—Dime, ciudadana, ¿tienes por ahí algo que necesite compostura? Mejor ocasión no la has de hallar; te serviré bien y por poco dinero, y de camino harás una obra patriótica...

—¿Una obra patriótica?

—Sí, o de caridad, como se decía en los ominosos tiempos del antiguo régimen. Darías algo con que cenase esta noche el pobre Gregorio, ¡que a la hora esta no ha tocado con los dientes más que un pedazo de pan duro!

—¿Es posible? ¡Un patriota como él hallarse en ese estado!...

—Sí, ciudadana... ¡Mira tú qué picardía!... Conque ve a ver si hay por ahí algo que arreglar, puerta, o mesa, o cómoda, o postigo, lo que tú quieras. Aquí hay manos para todo...

—Hombre, a mejor tiempo no lo podías decir; cabalmente hay un postigo que el viento derribó ayer. Mírale, allí nos está oyendo la conversación.

—¡A ver, a ver!—dijo el joven cogiendo el postigo y examinándole atentamente—. Bastante desvencijado está; pero con todo, si tú quieres, en un instante verás cómo con un par de tornillos, un listón de arriba abajo y media docena de clavos, te lo pongo listo. ¿Han quedado los goznes en el bastidor de la ventana?

—Sí, aquí los tienes; un poco desclavados están...

—¡A ver, a ver!...

Abrió el joven las puertas interiores de la ventana, y sacó la cabeza. Enfrente de sí, a pocos pasos de distancia, tenía la habitación donde estaba encerrado su

padre. ¡Cómo le palpitaba el corazón! Mientras con los dedos recorre el bastidor como para palpar los goznes, su mirada se clava en aquellas ventanas que tiene enfrente de sí, anhelando ver el rostro o llamar la atención del amado preso con algún signo que le diga: "¡Padre mío, acercaos a la ventana y mirad!..." Pero la noche está como boca de lobo, y ni el más leve rumor indica que haya detrás de aquellas paredes ningún ser viviente. Por más que mira, tose y levanta la voz para hablar con la carcelera, nadie le responde, nada le muestra que le han oído o comprendido.

Retiróse de la ventana triste y descorazonado. A poco rato subió el carcelero, cuyo semblante patibulario, sus ojos de toro marrajo, que jamás miraban a derechas, su barba sucia y apelotonada, el crujiente manojo de llaves que, despierto o durmiendo, nunca desprendía de su ceñidor de cuero, dábanle un aire feroz, que a primera vista inspiraba terror y asco juntamente; su voz parda y ronca, que a veces parecía gruñido de cerdo, y a veces rugido sordo de hiena, completaban el repugnante cuadro de su carcelera persona. Entró sin saludar, por supuesto, y midió al joven de arriba abajo con una mirada escudriñadora; esta inspección, por lo que Augusto pudo juzgar, no le produjo mal efecto; la carmañola y el gorro colorado del joven habían, si no conciliado la simpatía, frustrado al menos la recelosa suspicacia que era habitual a aquel portero del infierno.

En pocas palabras explicóle su mujer por qué le había llamado, y, mostrándole las ratoneras, le invitó a comprar algunas, diciéndole:

—No es por dar gusto a los aristócratas, que ya me tienen rota la cabeza con tanto quejarse de que las ratas no les dejan dormir, sino por la ropa y los

muebles que nos están echando a perder esos condenados bichos...

—¿Eres tú carpintero?—preguntó el ciudadano Masson al joven.

—Para lo que quieras mandar, ciudadano; soy aprendiz del tío Gregorio y miembro del club de los Franciscanos.

—¿Cómo está tu maestro?

—¡Hum!, con mil trabajos, ciudadano; ¡hay tan poco que hacer, y el pobre está ya tan viejo!... Yo, de pura lástima, la verdad, sigo con él... Si tuvieras alguna friolerilla en que ocuparme, te lo agradecería... En este caserón no puede menos de que haya algo que hacer... Y así podría llevar un pedazo de pan a aquel infeliz...

El carcelero, asomando por los entreabiertos párpados las rojas pupilas de sus ojos, clavó una mirada zurda y zahareña en el rostro del joven, como para leerle el fondo de las entrañas. Después, volviendo a poner en tierra los ojos, y haciendo un gesto de desdén, dijo:

—Hablaré del particular a quien corresponde... Es verdad, hay algo que hacer en la casa; pero no es cosa de írselo a encargar al primero que se ofrezca. Date por ahí una vuelta mañana o pasado... ¿Cómo te llamas?

—Nicolás Desrues.

—¿Tienes tu cédula de civismo?

—Pues es claro que la tengo: ¿no te he dicho que soy del club de los Franciscanos?

—¿Sí? Ese ya no priva...

—Ya he hablado de eso con tu mujer.

—Verdad es—dijo entonces la carcelera—; se va a pasar a los Jacobinos.

—¿De veras?—preguntó el carcelero.

—Yo siempre en la cuerda más tirante, ciudadano...

El que más pronto y mejor quiera acabar con los aristócratas, ése es mi amigo...

—Así me gusta: vengan esos cinco—dijo el carcelero tendiendo su velluda mano al joven, como si hubiera estado esperando esta fingida protesta de fe revolucionaria para dispensarle su confianza y estimación. Después añadió:—Vente por aquí mañana a esta misma hora, y regularmente tendré algo en que ocuparte... Pero cuidado con el pico, porque de lo contrario... rich...

Y al terminar esta amenaza se pasó la mano por el cuello como si fuera cuchilla, en ademán de cortar la cabeza.

—Descuida, ciudadano... Ya sé que las circunstancias son muy delicadas... Y, al fin y al cabo, yo soy el primero en pedir que se me aplique la consigna. Regístrame al entrar y al salir, como si fuese un sospechoso... O somos patriotas o no lo somos.

—Cabales.

—Ahora, buenas noches. Me voy corriendo al club, porque ya se va haciendo tarde... Mira; aquí te voy a dejar todo este maderaje... Con eso tu mujer podrá escoger ratoneras a su gusto... Mañana me llevaré las que no haya querido...

—¡Corriente! ¡Vaya un diablo de oficio que has tomado, hombre: jaulero, ratonero! ¡Je, je, je!...

Este conato de hilaridad del ciudadano Masson pareció al joven más espantoso que la ruda catadura con que le había recibido antes; pero venciendo su repugnancia, tendióle otra vez su mano, que el carcelero estrechó con un apretón que le hizo ver las estrellas.

—¡Como los gatos!—dijo para sí el joven bajando ya las escaleras—: ¡hasta cuando acarician arañan!... Pero anda, tunante, que de esta vez toda tu astucia te ha sa-

lido huera... ¡Ah, Dios mío! No sé cómo no estallo de alegría. ¡Voy a trabajar en estos *almacenes;* pasaré aquí algunas horas y podré ver, ¡oh, sí!, podré ver a mi padre. Pero ¿me será dado contener mi emoción, retener mis lágrimas? Y él, ¿podrá él contenerse por su parte, y mirarme sin lanzarse a mis brazos y estrecharme contra su corazón, y... ¡Dios mío!, dadnos prudencia y fortaleza para ocultar nuestro júbilo cuando nos veamos...

A primera hora de la noche siguiente entraba Augusto muy desconsolado en el asilo generosamente prestado a su hermana por la Condesa. El carcelero le había dicho que había recibido nuevas prevenciones del Gobierno revolucionario, en virtud de las cuales tenía que redoblar su vigilancia; que se le encargaba en ellas con especial esmero tener mucho cuidado con las personas a quienes emplease en el servicio de la casa; que por eso no podía desde luego, como hubiera querido, proporcionarle trabajo; pero que se pasase por allí de cuando en cuando, y que vería de remover dificultades. Para la impaciencia de Augusto, era esta dilación un verdadero tormento. ¿Y si los sucesos públicos, tan siniestros como eran los que todo el mundo presentía, llegaban a precipitarse? ¿Si mientras combinaba él medios de salvar a su padre se anticipaba la sanguinaria ansiedad de sus enemigos y le quitaban la vida?...

Con todo, Augusto no se descorazonaba: tenía sobrado bien planteados sus proyectos para no aspirar a consumarlos; tanto más, cuanto que para auxiliarle en ellos, al menos con su palabra y sus consejos, tenía ahora a su hermana. Resolvió, pues, arriesgar, si necesario era, la vida; la resolución era firme: o salvar a su padre, o morir con él.

Muchos días pasaron los dos hermanos en este ansio-

so estado de expectativa, alternando en sus filiales corazones el temor y la esperanza. Dulcificábanles, sin embargo, este incesante tormento la franca hospitalidad, la amena conversación y los oportunos consejos que aun en medio de su padecer y de sus inquietudes les dispensaba la buena Condesa, secundada solícitamente en esta obra de consuelo por su noble y generoso sobrino.

Matilde, rodeada de todo género de obsequios y tranquila, en cuanto podía estarlo, en aquellas azarosas circunstancias, por su propia suerte, habría esperado con mayor resignación los soberanos juicios de la voluntad divina si no le quitase todo reposo la imagen, fija siempre en su mente, de la pobre Victoria... Los días iban pasando, y aunque tanto Augusto como Héctor habían hecho activas diligencias para averiguar el paradero de aquella pobre niña, nadie supo dar razón de ella... ¿Cómo se la habían de dar tampoco? La infeliz joven había caído en manos...

CAPITULO XIII

Las garras de Satanás.

Pero antes de decir en qué manos había caído Victoria, necesitamos, para seguir el debido orden de los sucesos en nuestra narración, ver cómo ha pasado la noche nuestro buen anciano proscrito, a quien hemos dejado rezando su rosario camino del convento de Donawerth, y a quien nos hallamos ahora, muy entrado ya el día, a la puerta del mismo convento, oyendo al religioso que sin duda le aguarda para recibirle y que le dice, ofreciéndole su brazo para bajar del carruaje:

—Entrad, señor Conde; entrad en esta santa casa, donde toda virtud recibe homenaje desinteresado y todo infortunio encuentra seguro asilo...

—Mil gracias, Reverendo Padre—responde el anciano siguiendo al religioso—; yo os agradezco como debo vuestra caritativa solicitud; pero mi lealtad me manda advertiros que no vengo aquí por mi voluntad...

—Señal evidente de que Dios ha tomado a su cargo conduciros...

—En cuanto a eso de que Dios me ha conducido, no

me atrevería yo a jurarlo, Reverendo Padre... Tengo mis razones para sospechar que el diablo se ha encargado de proveerme de cochero y de lacayo. Si tuvierais la bondad de hacerme un favor...

—¿Cuál? Hablad: os aseguro que aquí estáis como en vuestra propia casa.

—Pues bien: ante todo, hacedme la caridad de tomar la caldera de agua bendita y el hisopo, y exorcizar el carruaje que me ha traído, porque evidentemente está endemoniado.

—No os comprendo, señor Conde.

—Ni yo tampoco lo comprendo mucho, Reverendo Padre; pero si os hubieran sucedido las cosas que me están sucediendo a mí de algunos días a esta parte... ¿Queréis que os diga la última que me ha pasado?

—Decid.

—Según mi costumbre, anoche en el carruaje me puse a acabar de rezar cierto rosario que me habían interrumpido en... Luego os diré dónde y cómo me le interrumpieron. Pues iba yo rezando para mí, pronunciando mentalmente las oraciones, cuando se me figuró que en la zaga del coche sonaba un murmullo sordo como de voz de persona humana. Aplico el oído a la portezuela para ver si averiguaba de dónde partía y qué era aquel ruido extraño, y...

—Vamos, seguid.

—Pues era que estaban repitiendo en alta voz las mismas oraciones que yo iba rezando mentalmente.

—Y eso ¿qué tiene de particular? Llevaríais en la zaga del carruaje algún devoto de la Virgen Santísima, a quien se le habría ocurrido emplear el tiempo del camino tan devotamente como vos.

—Si en efecto, Reverendo Padre, iba alguna perso-

na en la zaga, os aseguro que no es devoto de la Virgen Santísima.

—Ya sabéis, señor Conde, que el diablo es el grande enemigo de la oración, y muchas veces le permite Dios que nos distraiga con ilusiones para tentarnos.

—¡Hum!... ¡Pues entonces, Padre mío, Su Divina Majestad ha resuelto dejar al enemigo de las almas que me lleve de tentación en tentación durante todo mi viaje.

—No diré que no. ¡Pero a bien que en hora y lugar estáis de buscar el grande, el único remedio contra todas las tentaciones. Abierto tenéis el templo; si queréis entrar un instante...

—Os lo iba a proponer, Padre mío. Pero antes tengo que pediros otro favor. Perdonad tanta impertinencia.

—Disponed de mí con toda libertad.

—Gracias, Reverendo Padre. Pues el favor segundo que os pido es que os dignéis proporcionarme un carruaje que yo pague, y cochero elegido a gusto vuestro, porque me urge continuar mi ruta hacia Viena, y quisiera salir hoy mismo.

—¡Hoy mismo!... ¿Y qué diría nuestro venerable hermano de Kreutzlingen, el Padre Stokhausen, que tanto nos recomienda haceros descansar en nuestra compañía una semana siquiera? ¿Qué diría la señora Duquesa al ver que infringimos de ese modo sus órdenes terminantes?

—¡El Padre Stokhausen!... ¡La sñora Duquesa!—pensó el Conde.—¡Ah! Esta será la *vieja mojigata* que me decía anoche el venerable magistrado. ¿Vieja mojigata la llamaba él? Es decir, que es una anciana piadosa. La experiencia me ha enseñado ya a traducir el lenguaje de esa gente.

No entraremos en el pormenor de los obsequios que

rodearon a nuestro pobre proscrito en el monasterio de Donawerth; baste decir que en él halló, no solamente todas las comodidades materiales, una mesa abundante y hasta delicada, un lecho cómodo y una celda preciosa, sino también una grata sociedad, una cordialidad sincera y todo género de consideraciones. Lo que más sorprendía y encantaba al buen Conde era hallar a punto cuanto necesitaba, según sus hábitos de señor mayor y sus gustos personales. ¿Quién había revelado a aquellos monjes hasta las particularidades más minuciosas de su vida doméstica? La cama la hallaba hecha como él la quería, el chocolate servido del modo que le gustaba, la ropa dispuesta en la forma que tenía de costumbre. Hubiérase podido creer en su propio palacio, y con gusto habría prolongado indefinidamente su permanencia en el monasterio si no le aguijonease el ansia de hallar sus hijos, como ya sabemos que erradamente esperaba hallarlos en el discurso o en el término de su viaje.

Aguábale también su contento y su reposo la incesante persecución de su duende, del de la capa parda. Una mañana que le vió arrimado a la pila del agua bendita en el instante que el buen caballero salía de oír su cotidiana Misa en la iglesia del monasterio, estuvo ya tentado de rogar a los religiosos que le echasen mano; pero como, por otra parte, tenía buenas razones para obrar con suma prudencia, limitóse a preguntar al Padre Prior si conocía a aquel encapado.

—Señor Conde—le respondió sonriendo el religioso;—es la primera vez que viene a esta casa.

Mas como el Conde insistiese en sus preguntas y ampliara la relación que ya había hecho de la persecución de aquel molesto fantasma, extendiéndose con este motivo en encarecer el espionaje de que se le ro-

deaba, la saña con que le seguían los pasos y los proyectos que sin duda abrigaban de matarle traidoramente sus muchos y poderosos enemigos, el buen Prior, o por aliviarle del peso de estas preocupaciones, o por aplicar una caritativa corrección al único vicio del noble caballero, que era sin duda exagerar la importancia de su persona y de su nombre, le dijo, tomándole las manos con paternal afecto:

—Vuestros revolucionarios, señor Conde, tienen ahora sobrado que hacer en Francia para que vengan aquí tan lejos a buscar víctimas, y para que escojan tan privilegiadamente como os figuráis a un anciano, muy venerable sin duda alguna, pero que ningún medio tiene de dañar a los planes de esos ambiciosos republicanos... Perdonad la franqueza de un pobre religioso, que os ama de veras, si me tomo la libertad de rogaros que os guardéis mucho, señor Conde, de exagerar la importancia de vuestra persona... La modestia es una de las virtudes cristianas, que tiene, entre otros privilegios, el de granjearnos paz y tranquilidad...

—Tenéis razón, Padre mío, tenéis razón—respondió ruborizado el buen Conde;—acepto con humildad y gratitud esta lección que dais a mi orgullo... Es el defecto de mi raza, y generalmente el de mi clase...

—¡Oh, señor Conde! El orgullo es el defecto de todas las clases y de todas las razas: los míseros hijos de Adán llevamos en nosotros una triste herencia de pecados cuyo centro y raíz es la soberbia... Hay a veces tanto y aun más orgullo bajo la túnica haraposa del más abyecto mendigo, que bajo el manto de púrpura del más poderoso monarca. La humildad cristiana es la única ciencia que enseña al hombre lo que verdaderamente es, lo que realmente vale; y por eso el humilde está libre de todas esas inquietudes, de todos esos afanes que

nos hacen vivir siempre descontentos de lo que tenemos y de lo que somos. El cristiano verdaderamente humilde, en todas las posiciones y en todos los lugares se halla bien; convencido de que nada merece, sabe aceptar con resignación y hasta con júbilo todo género de privaciones y toda especie de agravios... ¡Oh, preciosa perla es la humildad! ¡Tan preciosa como rara! El Evangelio sólo nos ha revelado el gran secreto para gozar de la paz del corazón; fuera del Evangelio no hay sino afán y miseria...

—Verdad, verdad, Padre mío. Por eso yo no dejo pasar día sin preguntarme a mí mismo quién soy, ni qué se me debe, hijo, como veo ser, de la nada y del pecado. Tenéis razón: sola la humildad es verdad; el orgullo no es más que ignorancia. Desde que el hombre se contempla a sí propio con la luz de la fe, es imposible que no reconozca en sí un gusanillo miserable. Decís bien; aun suponiendo que el de la capa parda sea, como yo lo supongo y lo creo, un espía o un asesino, ¿qué importa? Nunca sería más que el ejecutor de la justicia con que Dios me castigase. La revolución, Padre mío, es un acto grandioso de la justicia divina, un grande ajuste de cuentas entre la tierra y el cielo. ¿Quién no tiene partidas fallidas en esta gran liquidación? Justo sería que mi anciana cabeza pagase deudas antiguas.

—Muy bien dicho, señor Conde—repuso el Prior sonriendo afablemente.—Sin embargo, no tengamos por tan dura esta justicia divina que dejemos de ver cómo se halla templada por la misericordia. En esa gran liquidación no siempre exige Dios el pago de lo que le debemos; muchas cifras disminuye, muchas deudas antiguas perdona; yo confío, señor Conde, en que vuestra cuenta no es de las más largas, y que el dedo omnipotente de la divina misericordia querrá todavía bo-

rrar algunas partidas. En todo caso, si el de la capa parda abriga contra vos proyectos hostiles, lo mejor que podéis hacer es resignaros. Pero no deis en vuestro corazón lugar a la inquietud, porque la inquietud no procede de Dios nunca.

Aquí llegaban en su diálogo el Prior y el Conde, cuando entró un propio con una carta para el segundo. Creyendo el buen anciano que sería quizá noticias de su familia, apresuróse a calarse sus anteojos y a leer con avidez... Estaba la carta escrita con bella letra, en francés muy puro, y firmada con un nombre totalmente desconocido del anciano; era, además, tan lacónica, que no contenía sino estas breves palabras:

"El mayordomo de Su Alteza Real la Duquesa viuda de Baviera suplica, y si es preciso *intima*, al señor Conde de Ventimile que se ponga en camino sin demora al castillo de Neuburgo."

Hasta tres veces leyó el anciano esta singular misiva para persuadirse de que sus anteojos no le habían engañado. Mostrándosela después al Prior, así que éste la hubo leído, díjole meneando la cabeza:

—¡Cuando yo os decía, Reverendo Padre, que soy víctima de una persecución misteriosa! ¡Ya veis! se me *intima*, es decir, se me manda que comparezca. ¿No tiene esto todo el aparato de una citación judicial? ¿Qué decís?

—Ciertamente es chocante el lenguaje de esa carta; pero siendo la Duquesa quien os llama, no creo que tenéis nada por qué temer. En todo caso mi opinión es que vayáis, como se os dice, sin demora. ¡Quién sabe si la buena señora os prepara alguna grata sorpresa!

En efecto: a las pocas horas avistaba el Conde el castillo de Neuburgo. Recordando las últimas palabras que el Prior le había dirigido, ocurrióle si la grata sor-

presa que en tono dubitativo le había anunciado el buen religioso sería la de hallarse en brazos de sus hijos, que allí le esperaban hospedados por la Duquesa. Pero ¿cómo explicarse lo de la *intimación?* Muy sencillamente: el castillo de Neuburgo no figuraba en la lista de los puntos donde el anciano esperaba reunirse con su familia, y la Duquesa, temiendo que por estas circunstancias rehusase una invitación cortés, había adoptado la fórmula de la intimación para obligarle a aceptar su hospitalidad.

En estos pensamientos iba absorto el Conde cuando entraba, en el carruaje que los monjes le habían proporcionado, por la vasta alameda que servía como de parque al castillo. Chocóle verse detenido por dos hombres, que en su traje y en la ancha bandolera que les cruzaba el pecho parecían ser guardabosques, así como le sorprendió no menos la escrupulosidad con que le registraron por dentro y por fuera el carruaje.

—Vamos—se dijo a sí propio para explicarse del modo menos ofensivo a su dignidad este impertinente registro,—será de ordenanza; como al fin y al cabo el castillo es una fortaleza, nada tienen de particular estas precauciones.

Poco tiempo después se bajaba el puente levadizo, y el carruaje entraba en el patio, donde le aguardaba ya para recibirle un lacayo con librea de la Duquesa, el cual le introdujo en una especie de antesala, y le presentó después un cómodo sitial de encina para que descansase y templara sus miembros, un tanto ateridos, al calor de la gran chimenea que ardía en un ángulo del aposento. El pobre anciano, con tanto ir y venir, de Ceca en Meca, con tanta agitación de cuerpo y de espíritu como llevaba ya meses había, fatigábase de tal manera con cualquier esfuerzo, que a poco de haberse sentado,

y conforme fué entrando en calor, comenzó a sentir sus párpados agravados por el sueño. Pero en el instante que, cerrados ya sus ojos, iba a entregarse al reposo con que la ocasión le brindaba, hízole estremecerse un súbito ruido que sonó en la puerta entornada de una vasta galería contigua.

Volvió el anciano la cabeza, y por entre el resquicio de la puerta creyó ver al hombre de la capa parda removerse, inclinarse hacia el suelo y manipular, como si registrase, en los bultos de su equipaje, que el cochero había colocado casualmente junto a la puerta.

Sin saber el Conde por qué, el hecho fué que la vista de aquel odiado espectro en aquella ocasión despertó repentinamente en su ánimo presentimientos de que estaba cercano el fin de su vida; y como la imaginación, acalorada ya de este modo, no conoce límite en la vía de los recelos, llegó a sospechar que, en efecto, allí estaba toda su familia, y que aquel espía infame había estado esperando a tenerlos a todos reunidos para darles a todos de una vez la traidora muerte que meditaba. Movido por esta idea levantóse del sitial y se llegó tan rápidamente como le fué posible al punto en donde estaba el de la capa; pero cuando llegó, ya su perseguidor había desaparecido con aquella presteza de duende que el anciano tenía tan conocida. Púsose entonces a examinar las huellas del registro que aquel endiablado había estado haciendo en su equipaje, y con asombro vió que nada faltaba en él, ni la consabida maleta, ni uno solo de los veintiséis florines.

Convencióse de que toda pesquisa ulterior era vana, y resuelto a esperar con resignación y calma los acontecimientos, volvióse a su sitial. En este punto vió, ocupando otro sitial en el opuesto lado de la chimenea, a una persona que sin duda había entrado no se sabe por

dónde mientras él se había levantado a inspeccionar su equipaje. Quedóse el anciano mirando al recién venido, y en su gesto sarcástico y en su ridícula prosopopeya de doctor pedante reconoció muy luego al magistrado de antaño, bien que de esta vez le viese vestido, no de toga, sino con un capotillo y un sombrerete de fieltro. El magistrado, sin saludar al Conde, sin exordio previo, miróle un rato con el airecillo insolente que le era peculiar, y le dijo:

—¿Habéis reflexionado, señor Conde?

—¿En qué?—replicó éste, sentándose y con tono desdeñoso.

—En la proposición que os hice la otra noche de que os afiliéis en la sociedad francmasónica...

—¿Reflexionar yo? ¡Ni siquiera he pensado en ello!

—Pues ha llegado el caso de que lo penséis, porque en este castillo mismo están varios jefes que pudieran recibiros... Os dispensaríamos las pruebas; conocemos bien vuestros antecedentes, y nos bastaría vuestra sola palabra... Aunque supersticioso, nos consta que sois un hombre de honor.

—Pues bien, caballero: si tanta fe os inspira mi palabra, grabad bien en vuestra memoria las que voy a deciros. Jamás el Conde de Ventimile se envilecerá con una traición a la fe de sus mayores y al Soberano de su patria.

—Lo siento—repuso el francmasón—. Precisamente la ocasión no podía ser más oportuna... Esta noche misma recibimos a dos neófitos, y hubiéramos tenido mucho gusto en contaros por el tercero...

—¿Cómo es eso? ¿Aquí, en este mismo castillo es la recepción?

—Aquí mismo. ¿Qué tiene eso de particular? ¿No sabéis ya cuál es el alcance de nuestro poder?...

—Pero ¿no es éste un castillo de los Duques de Baviera?...

—Ya se ve que sí... De los Duques de Baviera, que en estos mismos días nos están anatematizando y persiguiendo... ¿Esto os choca, no es verdad?... Pero convendréis conmigo en que la cosa no deja de tener gracia.

—Sí, verdaderamente es muy chistosa... Pero ¿está aquí la Duquesa viuda?... Yo pensaba tener el honor de saludar a Su Alteza.

—Ni Su Alteza está aquí, ni vendrá. Anda muy ocupada en no sé qué novena.

—Caballero, yo he recibido una invitación de la Duquesa para venir...

—Pues, amigo Conde, la invitación no es de la Duquesa, sino mía; la carta que habéis recibido hoy en el monasterio la han escrito estas manos...

—¿Y puedo saber el objeto de esta superchería, que tanto honra vuestras canas, señor magistrado?...

—Dejaos de ironías ahora, señor Conde. Os he invitado a venir por vuestro interés, para libertaros de los lazos que hay tendidos contra vos, para salvaros de los enemigos que os persiguen...

—¡Ya!, demasiado lo sé... Pero vos debíais ya también tener muy sabido que todos esos lazos y esas persecuciones me importan poco, porque cuento con la protección de Dios...

—Bien; ya que os fiais de un auxilio que está tan alto, no insistiré; pero conste que yo quería salvaros ofreciéndoos un refugio en el seno de nuestra sociedad contra la saña de los muchos que mal os quieren... Con nosotros estabais ya seguro; sin nosotros no sé lo que os sucederá...

—Yo no tengo enemigos en Alemania, caballero; si

algunos tengo, están en Francia, y con esos no podéis vosotros nada...

—¡Qué cosas tenéis de tanta inocencia, señor Conde!—replicó el francmasón con una despreciativa sonrisa—. Oíd, pues que parece que tan atrasado de noticias estáis. Vuestros revolucionarios de Francia y, más os digo, los revolucionarios de toda Europa, no son más que meros ejecutores de nuestros planes, míseros instrumentos de nuestra voluntad... Unos sabiéndolo, y otros sin saberlo, ha mucho tiempo que, fieles ministros de nuestro poder, los hombres más culminantes del Continente, y aun muchos Monarcas, prosiguen la empresa, inventada y dirigida por nosotros, de abolir el imperio de esa superstición que vos llamáis fe de vuestros padres... Nuestros *obreros* de Francia se pasan alguna cosilla, os lo confesaré, de las instrucciones que les hemos dado; pero ¿eso qué importa?; nuestra empresa es grandiosa: queremos acabar con todas esas antiguallas de religión, autoridad real, derechos internacionales... La obra indudablemente será larga, y costará, no os lo niego, muchas lágrimas y regueros de sangre; pero...

—Sí, pero después—dijo el Conde interrumpiendo vivamente la perorata del francmasón—, después, con esas lágrimas y esa sangre se amasará el lodo inmundo en que quedarán encenagadas las naciones de Europa... Ya os lo he dicho, caballero: es inútil cuanto digáis; ni promesas ni amenazas podrían nada conmigo... Dejad, por tanto, de seguir haciéndome representar esta ridícula farsa, que si hace honra a vuestra astucia y a mi buena fe, le hace muy poca a mis cabellos blancos, y mucho menos a vuestra delicadeza... Os estáis burlando hace días del infortunio de un pobre an-

ciano, y eso es indigno, caballero, indigno de un hombre que se respete algo a sí propio.

El tono y ademán del Conde, al decir esto, eran nobles, pero secos y duros. El magistrado le oyó mirando con afectada indiferencia al fuego de la chimenea y sin hacer movimiento alguno, hasta que, después de una pausa, tiró del cordón de la campanilla. Presentóse un lacayo, y el magistrado le dijo:

—Conduce al señor Conde a la habitación que le está preparada, y cuida de que se le sirva y obedezca en todo.

Dirigiéndose luego al Conde con la más refinada cortesía, le dijo:

—Conforme a las órdenes de la señora Duquesa podéis disponer del castillo como de vuestra propia casa, y permanecer en él todo el tiempo que os agrade...

Este repentino cambio de modales del francmasón y la franca hospitalidad que anunciaban sus últimas palabras, tenían al Conde como quien ve visiones, no sabiendo si había realmente entrado en un asilo ofrecido a su ancianidad por la caritativa atención de una augusta y piadosa dama, o en un antro de forajidos adonde se le hubiese llevado tendiéndole un lazo para quitarle la vida y para intentar perder su alma. En la duda de que lo fuera, el buen anciano comió con apetito de la exquisita cena que le sirvieron, bebió magníficos sorbos del rico vino que le escanciaron, y durmió como un inocente en el lujoso y mullido lecho del casi regio aposento en que le alojaron.

Al día siguiente, luego que se levantó, su primer cuidado fué dar órdenes para que en todas las cercanías se pidiesen noticias acerca de sus hijos, pues él creía que por aquella comarca debían estar.

Sirviéronle en este deseo todos los criados del cas-

tillo con la mayor solicitud; pero ninguna noticia le llevaron, y ya el lector sabe por qué era imposible que se las llevaran. Preciso fué, pues, al Conde resignarse con suponer que, o su familia había encontrado algún inesperado obstáculo en su camino, o que habían cambiado de itinerario, o que habían pasado de *incógnito*. Esta última suposición, en la que se fijó principalmente, le determinó a no prolongar su permanencia en el castillo, bien que para su salud quebrantada fuesen tan convenientes el régimen de alimentación suculenta y todo el tenor de vida de príncipe que en él se llevaba.

Sacando entonces su cartera, vió que en la nota de su itinerario estaba marcado como la estación más próxima Straubing.

—¡Dios mío!—exclamó el anciano—, ¿tendré mejor fortuna en Straubing? ¿Encontraré allí a mis hijos? ¿Moriré sin verlos ya más?

Impaciente, más que por el deseo por la especie de triste presentimiento contenido en estas últimas palabras, resolvió el Conde partir del castillo aquel mismo día, y con este motivo dijo al ayuda de cámara que le servía que le condujese a ver al mayordomo, pues tenía que arreglar con él ciertos asuntos. Llevóle el doméstico a presencia del mayordomo, y ¡cuál no sería la sorpresa del Conde al toparse ni más ni menos con el francmasón!

—¿Sois vos el mayordomo de Su Alteza?—le preguntó lleno de asombro el anciano.

—Para lo que os sirváis mandar, señor Conde; y en este concepto cumplo el encargo que se me ha dado de rogaros que paséis a esa cámara inmediata, en donde os aguarda, para tener el gusto de saludaros, un

Príncipe de la familia real de Prusia, sobrino de Su Alteza la señora Duquesa.

Verdaderamente, si el Conde hubiera sido supersticioso (en la genuina acepción de la palabra, no en el sentido que se lo había llamado el francmasón), se habría creído víctima de un encantamiento. ¡Tales cosas iba viendo y le estaban pasando! Así que oyó que iba a habérselas nada menos que con un Príncipe real, se echó una ojeada sobre sí propio, y mirando no sin pena el desaliñado y ya raidillo traje que llevaba, enderezóse el corbatín, atusóse un poco los bucles con la palma de la mano, y en ademán grave y ceremonioso entró en la vasta y suntuosa pieza donde el Príncipe le aguardaba.

Pero, o no debía ser la urbanidad el fuerte de Su Alteza, o tenía allá sus razones para obrar así; el hecho fué que recibió al noble anciano dignándose apenas saludarle con una leve inclinación de cabeza y señalándole con la mano un sitial para que tomase asiento; hecho lo cual, quedóse en silencio y como esperando, contra todas las reglas de la etiqueta, a que se le dirigiese la palabra.

Así al menos lo comprendió el Conde, pues que, sin aguardar a ser preguntado, se adelantó a decir:

—Según se me ha dicho, tengo el honor de hablar a un miembro de la familia real de Prusia.

—Así es—respondió secamente Su Alteza.

—Pues ante todo—continuó el Conde—debo daros las gracias por la benévola hospitalidad que os habéis dignado dispensarme.

—A mí no tenéis por qué dármelas, caballero—le interrumpió el Príncipe con la misma sequedad—, sino a Su Alteza la Duquesa viuda, y a no sé qué fraile, pariente suyo, que parece teneros en mucha estima.

—No sé de qué fraile habla Vuestra Alteza.

Cogiendo entonces una carta que sobre su bufete tenía, echó el Príncipe una desdeñosa mirada sobre ella, y en seguida repuso:

—Un tal Padre Stokhausen...

—Ciertamente—dijo el Conde—debo muchas atenciones a ese santo religioso, y jamás agradeceré a Dios bastante la feliz casualidad que me hizo conocerle.

—Que os haga buen provecho. Os felicito por haberos echado tan famoso protector; pero francamente hablando, yo, en vuestro lugar, hubiera elegido otro. Cuando se necesita de amparo, como vos necesitáis, no se acude a un poder que se derrumba, sino a un poder que nace. ¡Un fraile!... ¿De qué pensáis que han de serviros todos esos cogullas cuando la revolución haya dado cuenta de ellos?

—¡La revolución, Príncipe! ¿Es vuestra Alteza partidario de la revolución?... No puedo creerlo...

—Soy amigo de todos los que detestan las supersticiones católicas, y muy especialmente de los que detestan el monaquismo, que es la plaga de la sociedad, el oprobio del género humano...

—¿Los conoce bien Vuestra Alteza? ¿Los ha tratado?

—¿Qué decís? ¿Un Príncipe de Prusia había de degradarse alternando con semejantes sacos de lana?...

—Perdone Vuestra Alteza... No Príncipes, sino Reyes, y muy poderosos y muy grandes, ha habido que tuvieron a honra merecer la amistad y recibir los consejos de esos *sacos de lana*... Verdad es, señor, que esos Príncipes y Reyes no eran partidarios de la revolución.

—Comprendo vuestra ironía, señor Conde, y la perdono, pues sé que nace en vos de un espíritu preocu-

pado... Pero decidme: ¿qué es, de qué sirve un fraile en el mundo?...

—Un fraile, señor Príncipe, es lo contrario cabalmente, lo diametralmente opuesto a un revolucionario... El revolucionario, por las muestras que se han visto en mi pobre patria, es un charlatán ambicioso que predica libertad para tiranizar a los demás en cuanto tiene ocasión de hacerlo; que predica igualdad para despojar, con la astucia o con la fuerza, a los que algo tienen, y que predica independencia para lanzarse sin freno a satisfacer todos los apetitos brutales de la criatura olvidada de Dios... ¿Qué os parece esta pintura, Príncipe?...

—Seguid, seguid; veo que para el púlpito no tenéis malas disposiciones... Seguid.

—Eso es el revolucionario. El fraile es un hombre que profesa la obediencia, y que, lejos de pretender tiranizar a nadie, tiene por el mayor de los honores el ganar puesto en la tierra entre los más humildes para alcanzarlo en el cielo entre los más gloriosos... El fraile es un hombre que profesa la pobreza, hasta el punto de no vestir sino un tosco sayal y alimentarse con manjares groseros y dormir sobre una pobre tarima... Si algo tiene, es para compartirlo o para darlo todo al menesteroso, pues para él los bienes de la tierra son como polvo que arrebata el viento... El fraile, en fin, profesa la virtud de los ángeles; y cuando alguno siente pesada en demasía y quiere sacudir la regla que le impone su virtud, como el más celestial, digámoslo así, de sus privilegios, entonces, señor Príncipe, el fraile rompe a un tiempo mismo con la obediencia, con la pobreza, con la castidad; rompe con la Iglesia, su madre, que le amaba como al más caro de sus hijos; rompe con el Evangelio, que le había inspirado y en-

señado el modo de la vida perfecta; rompe, en fin, con la razón, y sepultándose en un lodazal inmundo de crímenes y de vicios, sale lleno de fango tremolando el estandarte de la rebelión, y el que ayer se llamaba, por ejemplo, el Reverendo Padre Martín, es hoy aclamado por todos los soberbios, por todos los avaros y todos los lascivos del mundo con el nombre del *Padre de la libertad revolucionaria*. ¡MARTÍN LUTERO!...

—¿Sabéis que soy protestante, señor Conde?—preguntó el Príncipe con gesto de enojo y de altivez ofendida.

—Sé, Príncipe, que la verdad es santa, y que cuando se la ve combatida y vilipendiada, hay que defenderla, cueste lo que cueste... Pero dejando a un lado esta discusión, que parece molestar a Vuestra Alteza, ¿os dignaréis decirme si puedo partir hoy?

—¿Por qué no?—respondió Su Alteza echando chispas por los ojos—. Tenéis un fraile que dirige vuestros pasos, ¿qué podéis temer?... Nada. Estáis en completa libertad de obrar como os plazca... Un fraile fanático y una vieja mojigata os cubren con su protección poderosa... Bajo la custodia de ese par de ángeles bien podéis contrarrestar todo obstáculo y reiros de cualquier contratiempo...

—No repudio, ciertamente, el auxilio que, según parece, se digna prestarme un religioso caritativo y una ilustre señora; al contrario, acepto con gratitud su protección bondadosa, considerándola como un beneficio que debo a la misericordia de Dios. Del propio modo, señor Príncipe, agradecería a Vuestra Alteza que se dignase por su parte hacerme una merced, que para vos es poca cosa y para mí sería de la mayor importancia. Vuestra posición en esta comarca os dará, sin duda alguna, autoridad y medios de saber cuan-

to pasa en ella. ¿Querría Vuestra Alteza dispensarme el singularísimo obsequio de mandar que se explorase si mi familia ha pasado por aquí? Comienzo a tener inquietud muy grande acerca de este particular...

—¿Inquietud?—preguntó el Príncipe con aire sarcástico—. El verdadero cristiano, señor Conde, debe profesar un absoluto desasimiento de las cosas de la tierra, y vos, que tan bien informado parecéis de la mística de vuestra Religión, no querréis ser esclavo de un afecto humano. Ya sabéis lo que está escrito: "Cualquiera que por amor de Mí dejara su casa, sus bienes, su padre, su madre, sus hermanos y sus hermanas, recibirá cien veces más en este mundo, y la vida eterna en el otro." Estas palabras contienen el espíritu que ha engendrado y que sigue vivificando la existencia del fraile..., del fraile, objeto, por lo que veo, de vuestra admiración, y aun de vuestro culto... ¿Por qué no tratáis de imitarle, aunque sea de lejos?...

Estos alfilerazos de ironía iban irritando al pobre anciano, que estaba a punto ya de perder enteramente la paciencia. Contúvose, sin embargo, menos por respeto a la calidad de su interlocutor que a su propia dignidad, y sin perder un átomo de la severa calma con que había sostenido la anterior controversia, le respondió:

—Este lenguaje, Príncipe, no es digno, permitidme que os lo diga, de vuestra elevada inteligencia. Aunque educado en una Religión distinta de la mía, sabéis tan bien como yo que la primera regla de la vida cristiana es que cada cual cumpla lealmente los deberes propios y especiales de su estado y condición. El fraile, llamado como está a una vida de perfección casi angélica, no sólo puede, sino que debe vivir desasido de todos los bienes terrenos y de todo vínculo de

afecto puramente humano; pero esto, que al religioso se le exige en alto grado, pudiera llegar a ser hasta un defecto en el cristiano llamado a servir a Dios en el siglo, pues le impediría cumplir los deberes de familia que le son propios y que le están prescritos por la Providencia divina. La obligación propia del cristiano en el siglo es amar con moderación a los seres que le están ligados por vínculos de naturaleza; amarlos en Dios y por Dios, y, por consiguiente, amarlos de tal modo que si Dios, en sus altos juicios, dispone privarle de ellos, sepa resignarse y bendecir la omnipotente mano que le envía tribulaciones. Proscrito y desgraciado, creo llevar conmigo esta resignación sincera... Buscando voy a mis hijos con una solicitud que ciertamente Dios no reprueba; pero si es la divina voluntad el que yo viva y muera apartado de ellos..., entonces, Señor, también aquí me tenéis; pronto estoy al sacrificio: cúmplase en mí vuestra voluntad soberana.

El tono solemne y la tierna compunción del anciano al pronunciar estas últimas palabras debieron, sin duda, conmover el alma fría y las duras entrañas del Príncipe, pues dulcificando un tanto la aspereza de su tono y lenguaje, dijo:

—Señor Conde, no tengo datos suficientes; no puedo..., no debo responder a vuestra pregunta. Conozco bien todos los pormenores de vuestra situación presente, y tengo, además, un verdadero, un grande interés en seros útil... Es más: puedo confiaros que he dado algunos pasos en favor del propio deseo que acabáis de manifestarme, pero todos se han frustrado, y... con dolor os lo digo, seguirán frustrándose... por culpa vuestra.

—¡Por culpa mía!—replicó sorprendido y con amargura el anciano.

—Por culpa vuestra... Hubierais podido terminar pacífica y honrosamente vuestros días en brazos de vuestros hijos, en Francia misma quizá, y en el seno de toda vuestra familia... Las voluntades de los que os persiguen dependen de mi voluntad, y con una palabra mía... Pero vuestra obstinación impide que esta palabra se pronuncie, y os lo declaro no sin gran pena. Vuestra familia no ha pasado por aquí; y lo que es más, no pasará tampoco.

Esta declaración de Su Alteza penetró como un dardo en el corazón del triste anciano, que no sabía si con ellas se había querido decirle: "Vuestra familia no pasará porque yo no la dejaré pasar"; o solamente: "Porque no podrá o no querrá pasar." Con el fin de obtener, en cuanto fuese posible, alguna explicación que aliviase al menos el peso de su cruel incertidumbre, replicó el Conde:

—¿Y podré preguntar a Vuestra Alteza por qué está negado a mi familia el paso por esta comarca?

—No, por cierto, dijo el Príncipe; nadie absolutamente se lo impide, como tampoco os lo han impedido a vos. Pero con eso y todo, os repito que vuestra familia no pasará por aquí... No me preguntéis más.

—¿Es decir—repuso trémulo el anciano—, que pasarán por otro punto y que no tendré el gusto de hallarlos hasta el término de mi viaje?...

El Príncipe, recobrando entonces toda la firmeza de su terrible ironía, y clavando en el Conde una lúgubre mirada, le respondió:

—¡En el término de vuestro viaje!... Sí, eso sí: todos nos hallaremos en el término.

El tono y gesto fúnebremente misteriosos con que el Príncipe pronunció esta especie de oráculo sibilítico, parecieron al anciano una sentencia de muerte; y como

si en realidad lo fuera clara y terminante, recogió su espíritu un momento con religiosa concentración, después del cual, recobrada su calma y fortaleza, repuso en tono firme:

—No insistiré en penetrar un secreto que Vuestra Alteza quiere ocultarme... Veo claramente que el porvenir me guarda, por desgracia, tribulaciones muy grandes...

—El porvenir no, señor Conde, sino el presente—le interrumpió con viveza el Príncipe—; la hora misma en que os halláis puede decidir de vuestra suerte y de la de vuestra familia quizá.

—Quisiera no comprenderos, señor Príncipe, y con todo, os ruego que tengáis la bondad de explicaros...

—Es muy sencillo, señor Conde: vuestro tenaz empeño en seguir adicto a una superstición vana..., ese empeño va a perderos; mientras que si tenéis el valor de renunciar a vergonzosas preocupaciones, podéis..., es seguro que lograréis salvaros... A tiempo estáis; ved lo que preferís: si aceptar la mano poderosa y amiga que yo os ofrezco, y que es la única que puede salvaros, o continuar bajo el amparo y la guía de un fraile. Escoged. Si preferís perderos a salvaros, vuestra, y sólo vuestra, será la culpa, por seguir apegado a esas estúpidas antiguallas que tan a pecho habéis tomado... La copa de la adversidad será doblemente amarga para vos.

—Pues bien—repuso el anciano, impaciente ya por cortar el hilo de estas solicitaciones y de estos enigmas—; entonces llegará para mí el caso de practicar esa abnegación que me predicabais hace un momento... Tened, enhorabuena, tendido el velo espeso que os place poner ante mis ojos, y sabed que, sea cualquiera el porvenir que Dios se digne reservarme, lo aceptaré con la

humilde resignación de siervo fiel. Si me manda prosperidades, bendeciré su infinita misericordia; si me manda tribulaciones, bendeciré juntamente y con mayor fervor su misericordia y su justicia. Todo menos comprar a precio de una deslealtad infame el reposo de algunos pocos días que pueden restarme de aquí hasta el sepulcro, abierto ya ante mis plantas. Esto es lo que por última vez os repito. Ahora, Príncipe, tened la bondad de disponer que se me deje partir para Straubing.

Siguióse una pausa de silencio, durante la cual el Príncipe estuvo revolviendo un legajo de papeles, como si entre ellos buscase alguno determinado, pues, en efecto, al dar con el que sin duda alguna deseaba, dijo después de haberle recorrido rápidamente:

—Sí; Straubing, eso es... Está bien, allá veréis.

—¿Qué he de ver, Príncipe?

—En llegando allá, lo sabréis. Por ahora no tratéis, como vos mismo decíais un momento ha, de desgarrar el velo que cubre vuestros ojos. A veces es prudente caminar a ciegas en las sendas de este mundo.

Dicho esto, tiró el Príncipe del cordón de la campanilla, y mientras ordenaba los papeles que había revuelto, dijo al criado que acudió:

—Que preparen el almuerzo del señor Conde, y en seguida que enganchen. ¡A Straubing!

Y sin otro cumplimiento, sin más saludo de despedida, ni más palabra, ni más signo, Su Alteza volvió groseramente la espalda al anciano y se retiró en dirección de otra sala contigua.

Por primera vez quizá en toda su vida el Conde aquella mañana dejó de honrar el magnífico almuerzo que le sirvieron; al ver en la mesa aquellos manjares tan variados y exquisitos, aquella batería de botellas de vinos a cual más aromático y confortante, nada mejor le

ocurrió que compararse con los reos en capilla, a quienes suele darse efectivamente de comer y beber como a Príncipes. Apenas tocó con los labios un poco del primer plato; a cada momento tomaba el cuchillo en vez del tenedor, y en nada estuvo que no se rebanase una mano al cortar un pedazo de pan. Igualmente distraído poco después, al subir en el elegante carruaje que le esperaba en la puerta del castillo hubiérase dicho que de esta vez miró con absoluta indiferencia la capa parda que, como en ocasiones análogas, vió revolotear alrededor del coche. Nadie ni nada fué suficiente para arrancar del ánimo del pobre proscrito la idea de que caminaba a una muerte segura y próxima.

CAPITULO XIV

La capa azul.

Para llegar a Straubing tenía que pasar por Ingolstadt, plaza fuerte situada en la orilla izquierda del Danubio, célebre por su Universidad y, sobre todo, por el famoso profesor de ella, Weishaupt, fundador de la secta de los *iluminados*, que tuvo en aquella ciudad su cuna.

Avanzaba ya la noche, y comenzaba a caer una espesa nevada cuando llegó el Conde a las puertas de la ciudad. Ateridos sus miembros con el aire glacial que corría, y sin apurarse ya por la mella que a sus veintiséis florines pudiera hacer una detención en aquel punto, cual si presintiese que muy en breve de nada iba a necesitar, resolvióse a pasar allí la noche. Pero aunque no lo hubiese resuelto, habría sido lo mismo, pues ya, sin esperar orden alguna suya, el cochero había hecho alto a la puerta de una magnífica hostería, y apeándose con presteza de su pescante, había entrado en el zaguán y pedido aposento para el Conde de Ventimile.

—¿El Conde de Ventimile?—dijo con tono de insolente desdén el hostelero—. Es ave de muy poca pluma para que pueda pagar tan caro nido... Que vaya a otra parte en donde hagan falta los florines de un seide del

despotismo: aquí no damos albergue sino a los amigos de la libertad.

—Entiendo, entiendo—dijo para sí el Conde al oír desde su carruaje esta cortés salutación del hostelero—; el augusto Príncipe quiere que empiece desde luego mi calle de la Amargura, y por lo visto tiene aquí quien le sirve a placer... ¿Me querrá sitiar por hambre, después de haberme querido matar de ahito?...

Disponíase el anciano a mandar al cochero que buscase otra hostería, cuando al sacar la cabeza por la portezuela vió delante de sí la capucha de un religioso que desde el estribo del carruaje le decía:

—Mucho os habéis retardado, caballero, y con la noche que hace, mejor os hubiera sido llegar un par de horas antes... A vuestra edad este frío es muy dañoso... Tened la bondad de decir a vuestro cochero que me siga...

—Quienquiera que seáis, Reverendo Padre, me parece que me tomáis por alguna otra persona a quien sin duda estaréis esperando. Yo no tengo el honor de conoceros, ni noticia alguna siquiera de que nadie me aguarde aquí... Soy un extranjero, un proscrito...

—Sí, sí, ya sé—le interrumpió el religioso—; sois el señor Conde de Ventimile, ¿no es cierto?

—Vuestro humilde servidor, Padre mío.

—Tengo orden de ofreceros un modesto asilo, que os ruego os dignéis aceptar, en mi convento de Agustinos...

—Me alegro—dijo el cochero, que había estado oyendo las últimas palabras del religioso—; este tunante de hostelero nos había despedido como si fuéramos apestados. Suba Vuestra Reverencia al coche, Padre, que yo sé perfectamente ir a vuestro convento; como que el hermano portero es mi primo por parte de madre.

Subió, en efecto, el religioso, y con breves explicacio-

nes comprendió el Conde que allí, como a todas partes, le seguía la agradecida amistad del Padre Stokhausen. La hospitalidad que le aguardaba en el convento no fué ni menos cordial ni menos solícita que la que había encontrado en Buxen y en Donawerth. Pero allí, como en Donawerth y en Buxen, y como en todas partes, siguió amargándole todas las satisfacciones el duende de la capa parda; pues si es cierto que el anciano le miraba ya sin temor, resignado como estaba a esperar valeroso la muerte, dolíale, sin embargo, el constante espectáculo de aquel infame espía que con su presencia turbaba sus más sagrados pensamientos.

La primera ocupación del anciano al levantarse el siguiente día fué escribir varias cartas a Francia pidiendo noticias de su familia, por cuya suerte le habían hecho concebir tan angustiosa inquietud las misteriosas palabras del Príncipe. Junta con estas cartas escribió otra, que vale la pena de que la transcribamos.

"Mi querido José: Ignoro si has llegado ya, y si has hecho feliz viaje; no dejes de escribírmelo en cuanto recibas la presente. Jamás olvidaré la fiel y cariñosa solicitud que te he debido, y no puedes figurarte cuánto te echo de menos; esto, no porque me haya faltado asistencia desde tu partida, pues al contrario, gracias a Dios, en todas partes me he ido encontrando las cosas tan a mi gusto, que no parece sino que tu espíritu ha quedado infundido en cuantos han tenido que servirme. Pero me falta tu compañía... me falta tu conversación, tu amistad... Y con todo, no me arrepiento de haberte apartado de mí; tu pobre familia me lo agradecerá, y yo he cumplido en ello un deber de conciencia... Dame noticias tuyas y de tu casa; y si te es posible averiguar algo del paradero de mis hijos, te agradecería que me lo comunicases al instante... Nada sé de ellos... No pue-

des figurarte lo triste que esto me tiene: con poco que me dure, creo que acabará conmigo... Tú, que me conoces bien, adivinarás lo que te quiero decir... Adiós: mil abrazos a tu mujer y a tus niños. ¡Quiera Dios darme vida para probarte con algo más que palabras lo mucho, mucho que te estima y lo muy agradecido que te vive este pobre viejo! Contéstame al instante. Adiós."

Parece que esta carta, única entre todas las escritas por el Conde que llegó a su destino, hizo derramar muchas lágrimas al buen José.

Uno de los días siguientes había salido el anciano a dar una vuelta por el convento, cuando de súbito, y cual si brotara del centro de la tierra, se le apareció un desconocido, persona de elevada clase a juzgar por su lenguaje y continente, que le dijo que tenía que comunicarle cosas de la mayor importancia. Preguntado por el Conde acerca de su nombre y calidad, por toda respuesta el desconocido le dió tan exactos y prolijos pormenores acerca de la familia toda del anciano, que forzoso fué a éste dar completo crédito a las palabras de su interlocutor, el cual, después de una conversación tan larga como enigmática, acabó por entregar al Conde una carta firmada con nombre manifiestamente apócrifo, pero en cuyas frases y estilo era fácil reconocer que había sido inspirada, cuando menos, ya que no dictada, por el Príncipe prusiano; toda ella en substancia se reducía a decir que, en la catástrofe final que amenazaba a Francia, no restaba al noble anciano más que un medio de salvación: el afiliarse en la Sociedad francmasónica, única que podía contener el ímpetu revolucionario, por haber sido ella la que le había dado el primer impulso; que, en consecuencia, y por última vez, se ofrecía al Conde de Ventimile este medio de salvación para sí propio y para su familia, antes que los acontecimien-

tos, ya inminentes, la privasen de toda defensa y de todo remedio. Asegurábase, por último, en la misteriosa misiva, que era dictada por un sincero y compasivo afecto de amistad, y que el menor retardo podía frustrar las benévolas intenciones de quien daba este definitivo aviso y último consejo.

El desconocido mensajero de esta carta añadió de palabra al Conde que le dejaba un día de plazo para deliberar, y que volvería al día siguiente a saber su respuesta.

Nada había perdido el buen Conde de su firmeza de carácter ni de su fortaleza de ánimo, pero lo quebrantado de su salud había mermado mucho su energía física; así que al ver ahora perdida toda ilusión de las esperanzas que hasta entonces había abrigado de reunirse con sus hijos, y no pudiendo ya dudar de las tremendas e inevitables desgracias con que les amenazaba el desbordado torrente revolucionario, sintió cubrírsele de tormentosas tinieblas su espíritu y su corazón. Lleno de ansiedad, acudió a pedir consejo al Prior de los Agustinos, el cual, después de haberle oído largo tiempo con atención, le dijo:

—Nada de cuanto me habéis referido me sorprende: conozco algunos hilos de esa trama infernal; sé lo que se medita y lo que se proyecta en esos tremendos conciliábulos de la francmasonería; sé algo del influjo que ejerce en vuestros compatriotas revolucionarios, y mucho de las turbulencias que quiere suscitar en nuestra sesuda Alemania. En cuanto al Príncipe, nada más os diré sino que es uno de los principales adeptos de esa Sociedad; hombre de gran perseverancia, de osadía indecible y de agudísimo ingenio, mantiene una vasta correspondencia que le proporciona acerca de Europa en general, y en particular de Francia, pormenores que su memoria retiene con una fidelidad prodigiosa; lleno de

celo por la propagación de su secta, ambiciona ante todo captarse la adhesión de las personas señaladas por su alta alcurnia, por su gran riqueza o por su posición social culminante. Su tía, la buena y piadosa Duquesa viuda, ignora todavía los planes y maniobras de su augusto sobrino, y por eso le ha confiado, quizá a ruego de él mismo, el encargo de haceros los honores de la hospitalidad en el castillo. Vos no habéis caído en este grosero lazo, gracias a Dios, y a juzgar por las noticias que de vos nos ha dado nuestro hermano el Padre Stokhausen, estoy cierto de que ni promesas ni amenazas quebrantarán la fe y la lealtad que se abrigan en vuestro noble corazón. Una sola cosa hubiera podido haceros vacilar: el apoyo que ese hombre os ofrece y la garantía que os promete en favor de vuestra seguridad y de la vida de vuestros hijos. No dudo yo de que, en efecto, él ejerza cierto influjo sobre ciertos demagogos, vuestros enemigos; pero ¿es por ventura dueño de la situación? ¿Podrá, aunque lo quiera, que es dudoso, contener el torrente revolucionario en la boca del abismo adonde camina? El cree que sí, porque es petulante; yo os aseguro que no. Pero aunque otra cosa fuera, aunque realmente quisiese y pudiese cumpliros su promesa, juzgad vos si como cristiano es lícito vender vuestra alma y perder vuestra salvación, que es un bien eterno, por conservar unos cuantos días...

—Jamás, Reverendo Padre, jamás—respondió el Conde con viveza—. Nunca los Ventimile han comprado su alma con ningún bien de la tierra, por grande que haya sido... No, no me harán sucumbir; ni me seducirán sus promesas, ni me intimidarán sus amenazas. Así se lo he dicho ya a ellos, y así se lo repetiría a los pies del cadalso.

—Bien, hijo mío, bien—le dijo el religioso abrazán-

dole—; no esperaba yo menos de vos. Tened valor y confianza; Dios no abandona jamás a los suyos, y ya veréis cómo se digna bendecir vuestra cristiana fortaleza.

—Sí, mi Reverendo Padre. Y para probar a esos miserables cuán vanas son sus tentativas, hoy mismo daré al emisario del Príncipe una respuesta tan clara y decisiva, que le quite toda intención de volver a importunarme. Y mañana, Padre mío, si tenéis la bondad de proporcionarme carruaje, partiré a Straubing.

—¿Mañana, señor Conde? Hubiéramos preferido mis hermanos todos y yo teneros algún tiempo más en nuestra compañía. Pero comprendo también vuestra impaciencia. Descuidad: todo lo tendréis a punto en el momento que os resolváis a marchar.

Así fué, en efecto; el siguiente día por la mañana, embutido el Conde en un cómodo carruaje, acompañado de un cochero de toda confianza, y después de haber recibido paternales bendiciones y tiernos abrazos de los santos religiosos, partió con ánimo sereno, pero con mortal tristeza. Ni las suculentas refacciones que en varias hosterías del camino se le fueron ofreciendo excitaron su apetito, ni la jovial conversación de su expansivo cochero logró hacerle desarrugar con una sola sonrisa el nublado ceño de su pálido semblante, ni la vista de la capa parda, que en dos o tres paradas cruzó con la ya conocida rapidez ante sus ojos, pudo arrancarle una sola exclamación de impaciencia ni de miedo.

Para sacarle de su abstracción fué necesario un suceso que en cualquiera otra circunstancia nada hubiera tenido de particular, pero que en la ocasión presente no podía menos de llamar la atención del anciano, por muy distraído que fuese con sus tristes pensamientos. Habrían andado como la mitad de la segunda jornada, des-

pués de haber pasado la noche en Ratisbona, cuando de repente se presentó al estribo del coche un jinete embozado hasta las cejas en una capa azul, y muy atento a seguir con su cabalgadura el paso del carruaje.

El viento glacial que corría bastaba para explicar el embozamiento; pero no tan plausiblemente podía explicarse el que, habiendo corrido hasta allí tan al escape como lo mostraban el fatigoso resuello y abundante sudor de su caballo, hubiera contenido el paso tan de repente.

Durante cinco o seis minutos siguió pegado a la portezuela sin decir palabra y sin que pareciera haber reparado si iba alguien o no dentro del carruaje; mas el cochero, hombre jovial y comunicativo si los había, era imposible que viese a tiro de su charla a un ser viviente sin abrumarle a saludos o sin dirigirle alguna chanzoneta. Pero por esta vez salieron vanas sus tentativas de anudar conversación: el jinete parecía, no solamente sordo y mudo, sino ciego.

Tampoco quedó más airoso el cochero en la invitación que hizo a nuestro hombre para que le ayudase a apurar una botella en la casa de postas donde paró unos momentos el carruaje: ni siquiera con el gesto respondió el jinete; lo único que hizo fué pararse también como para apretar las cinchas de su cabalgadura y acomodar mejor su maleta, si bien a la legua se conocía que toda esta maniobra se encaminaba solamente a gastar tiempo.

Luego que el carruaje se puso otra vez en marcha, el cochero, que estaba ya amostazado, cuando no receloso del huraño jinete, partió al escape, sacudiendo tremendos latigazos al tiro, con manifiesta intención de libertarse de la molesta escolta; pero cuando más creído iba de que se la dejaba atrás media legua cuando menos,

hete que al volver uno de los recodos del camino torció el rabo del ojo, que muy avizor llevaba, como hombre escamado, y... en poco estuvo que no tropezaran sus narices con el hocico del caballo del viajero. Sacudió entonces su látigo, tan desconcertado por la saña o por miedo, pues esto no consta fijamente, que maldito si supo en dónde cayó crujiendo el cabo de la fusta, si en sus propios caballos o en la cabeza del del otro, o en la imperial del carruaje.

Todo esto era ya sobrado extraordinario para que dejase de llamar la atención del distraído anciano, el cual hasta allí no había reparado en la insistente persecución del desconocido; pero en cuanto hubo caído en ella, sacó su cabeza por la portezuela, miró atentamente un rato al jinete, y dijo para sí:

—¡Que me claven en la frente los milagros que tú hagas! Está visto: capa parda, primero, y luego capa azul; si tardo mucho en llegar a Straubing, esto va a ser un arco iris.

En este momento levantóse un ventisquero furioso, que desembozando súbitamente al jinete dejó al descubierto su fisonomía patibularia, sus ojos chiquitillos y sanguinolentos, sombreados por cejas descomunales, su barba de felpudo, tan espesa como sucia, y por remate de esta catadura de forajido, el par de pistolas que del cinto le pendían.

—¿No decía yo?—volvió a exclamar internamente el anciano—. El plan está conocido: la capa parda hace la batida, y la capa azul descarga el tiro. Su Alteza, por lo visto, tiene el sistema de curar supersticiones a balazos o a puñaladas. Sea enhorabuena; me quitarán la vida, pero no la fe ni el valor.

Efectivamente: no hay sino ver la materia y la forma de estos pensamientos del Conde para comprender

que si el infortunio y los trabajos habían minado su salud, no habían disminuído en nada la energía de su carácter ni la serenidad de su ánimo. Tan verdad es el adagio de que *genio y figura hasta la sepultura.*

Pocas horas después el carruaje llegaba a un cuarto de legua de Straubing, y en este momento el jinete metió espuelas a su caballo y se adelantó como una flecha en dirección de la ciudad. Entrando en ella el anciano, paróse el cochero a la puerta de la hostería.

—*¿La Cruz?*—dijo el Conde leyendo al través de sus anteojos la muestra—. ¡También es particular coincidencia! ¿Será éste, en efecto, mi Calvario?...

En tanto el hostelero se había ya adelantado a recibir al anciano con una cortesía y benevolencia que nada, en verdad, le dejaban que sospechar de malo. El buen hombre, en efecto, había recibido aquella misma tarde una carta del Prior de los Agustinos encargándole con la mayor recomendación que dispensase todo género de obsequios a nuestro ilustre proscrito; y verdaderamente, la manera con que le acogió el hostelero habría inspirado al anciano completa confianza si no fuera éste persuadido de que aquella posada era un antro donde se albergaba un reptil venenoso que le aguardaba para clavarle sus emponzoñados dientes.

Júzguese si tuvo motivo para confirmar esta persuasión, cuando, al entrar en la vasta cocina de la hostería, vió al de la capa azul calentándose, con los ojos clavados en el hogar y en actitud de no prestar atención alguna a nada de cuanto en torno de él acaecía. El Conde, venciendo la repugnancia que este espectáculo le inspiraba, sentóse al otro lado de la chimenea, con el fin aparente de darse un calentón, aunque en realidad para tomar bien la filiación a su hombre, el cual, si feo y patibulario le había parecido cuando le vió cabalgando

junto al coche, horrible y de facha decididamente ahorcable le pareció al verle ahora con más espacio.

Durante esta revista de inspección estaba pensando el anciano en si el de la capa parda habría cedido definitivamente su encargo al de la capa azul, pues no le había visto en ninguna de las dos últimas jornadas, cuando cátate que en un momento que le ocurrió echar por la cocina una ojeada exploradora, vió a su antiguo fantasma escurriéndose a hurtadillas por una puerta excusada.

Curioso y con febril inquietud paseaba el Conde sus miradas por todos los rincones de la cocina, figurándose ya ver salir una nueva capa de cada uno, cuando el hostelero le invitó a pasar con él al cuarto que le estaba destinado en el piso principal. Luego que el anciano se hubo instalado en el sitial que le aguardaba junto a la chimenea, quedóse mirando con vista escudriñadora al hostelero, que, puesto de pie enfrente de él, esperaba sus órdenes, y después de contemplarle un rato, le dijo:

—¿Quién es ese viajero que dejamos en la cocina? ¿Le conocéis?

—Perfectamente—respondió el hostelero—; un pobre hombre, tratante en ganados, y que viene por ahí con mucha frecuencia...

—¿Estáis bien seguro?

—Segurísimo, señor Conde... Hace ya más de veinte años que le conozco, ocupado siempre en el mismo oficio, y no sé que nadie haya tenido nunca nada que decir contra él... ¿Por qué ha llamado la atención de Vuecencia?

—Porque tiene una jeta de condenado que no promete nada bueno...

—Verdad es que su facha no le recomienda gran

cosa; pero ya sabe Vuecencia que, como dice el refrán, el hábito no hace al monje... Con esa traza y todo, es un pobre diablo, incapaz de hacer daño a un mosquito.

—¿Y por qué no ha respondido ni una palabra a las mil preguntas que le ha hecho mi cochero?

—Porque es sordo como un guardacantón, el infeliz.

—¿Y por qué ha venido desde hoy por la mañana cosido a mi carruaje, sin dejarnos hasta que estuvimos cerca de esta población?

—Es muy sencillo; porque como el pobre es sordo, y a veces lleva consigo partidas de dinero bastante gruesas para sus negocios de compra y venta de ganados, le tiene cuenta arrimarse a toda compañía que topa en el camino, para precaverse contra cualquier mal lance...

—¡Ya! Siendo así no digo nada; pero os aseguro que el tal hombre me había puesto en cuidado...

—Esté Vuecencia seguro de que, mientras se halle en la hostelería de *La Cruz*, está tan bien guardado como con un escuadrón de húsares. Conque déjese Vuecencia de aprensiones, y sírvase decirme si se le ofrece algo...

—Nada, por ahora... Si acaso, yo avisaré.

Salió el hostelero del cuarto del Conde, y no habían pasado cinco minutos cuando repentinamente se presentó en la puerta el hombre de la capa azul, pidiendo con toda cortesía permiso para entrar. Volvió la cabeza el Conde, y como viese que su visitador iba sin capa, que de su cinto habían desaparecido las pistolas y que con tan urbanos modos se anunciaba, creyó que iría a disculparse de la molestia que con su persecución le había causado, suposición extraña en otro cualquiera que no fuese tan naturalmente confiado como lo era el alma noble del anciano, a quien, por otra parte, las explicaciones del hostelero habían quitado toda sospe-

cha. Dado, en consecuencia, el oportuno permiso por el Conde, entró el de la capa azul, y sin más preámbulos dijo:

—¡Vaya que corren bien vuestros caballos, señor Conde! Si no acierto yo a traer un tordillo de tan buenas piernas, me deja vuestro coche a media jornada... Me habéis hecho mala obra, porque traigo encargo de veros y daros un recadito... No me preguntéis nada, porque soy sordo, y ni con trompetilla oigo una palabra...

Al decir esto clavaba por primera vez en el rostro del Conde sus ojillos zurdos y penetrantes, cuyas pupilas, iluminadas por la llama rojiza de la chimenea, brillaban como carbunclos. Por primera vez también en todo su viaje de proscrito, y quizá en toda su vida, el anciano sintió una conmoción interna que pudiera llamarse miedo; miedo no del mal que aquel hombre pudiera hacerle, sino de las nuevas que presentía llevarle en una carta que le entregaba, diciéndole:

—La persona por quien soy mandado para seguiros me encargó que, en cuanto pudiese veros a solas, os diese esto. Abrid y leed; si tenéis alguna respuesta que darme, despachaos, porque tengo que volver con ella esta misma noche, aunque reviente mi tordillo. No me repliquéis nada; soy sordo, ya os lo he dicho, absolutamente sordo.

—¡Sí, sordo!—murmuró el Conde, abriendo con trémula mano el enorme pliego sellado que el otro le entregó—; sordo a la manera del monstruo revolucionario, que se tapa las orejas por no oír los gritos de sus víctimas.

El angustioso presentimiento del anciano era, por desgracia, fundado. Aquel pliego emanaba también del Príncipe francmasón, el cual, a vueltas de mil decla-

maciones pedantescas acerca del antiguo régimen, que se iba derrumbando, y del nuevo principio regenerador, que iba descollando por los horizontes de la democracia, invitaba por última vez al anciano a que se afiliase a la hermandad francmasónica, repitiéndole hasta la saciedad que con ese remedio tan sencillo todo lo salvaba, y y que, rehusándole, todo lo perdía, incluso su vida y la de sus hijos. Teminaba en consecuencia exhortándole a que firmase una prolija fórmula que le remitía adjunta, y que estaba reducida a abjurar de la fe católica, de la lealtad al Rey, y a confesarse humilde esclavo y servidor incondicional de la francmasonería.

Mientras el Conde leía la citada carta y recorría la adjunta fórmula, había mirado dos o tres veces al sordo, y en una de ellas le vió meterse la mano debajo de su coleto de paño y asomar por entre la abertura delantera el cabo de un cuchillo de monte, con manifiesta intención de hacer comprender al anciano lo que le aguardaba en caso de despachar negativamente el contenido de aquel pliego. Terminada esta maniobra del sordo, a tiempo que el Conde acababa de leer los papeles, sentóse a manera de hombre resuelto a no irse de allí sin respuesta, y dijo:

—Traigo orden de obligaros a firmar ese pliego que viene con la carta; y en el caso de que os neguéis... No me digáis nada; soy sordo, absolutamente sordo; no oigo una palabra.

Diciendo esto, el sordo removía su calluda mano por debajo del coleto, en ademán de tener preparado el cuchillo para sacarle en el momento oportuno. El anciano, que observó este tejemaneje, quedóse mirando al sordo con una sonrisa de soberano desdén, y por toda respuesta, tomó una pluma del tintero que había sobre la chimenea, y con mano firme escribió en gruesos ca-

racteres, al margen de la fórmula citada, estas breves líneas:

"Un caballero cristiano sabe morir por su Dios y por su Rey."

Y cual si este heroico acto de valor le hubiera hecho indiferente a todo género de peligro, acercóse al sordo y le entregó lo escrito, poniéndoselo delante de los ojos para que lo leyera a su sabor.

—Ya veo—dijo el emisario de los francmasones, tendiendo rápidamente sus chispeantes ojos por el papel—; parece que estáis mal con vuestro pellejo. Lo siento, porque os iba tomando cariño. Pero ante todo, acabaré de cumplir enteramente mi comisión. Tomad este otro papel, y leed.

Ni las amenazas ni el lúgubre aspecto del sicario habían hecho vacilar la fortaleza del Conde, y ahora, al recibir este papel, temblaba cual si cogiese una víbora en la mano. Hasta aquel momento todo el insulto y toda la amenaza habían sido para él solo, y no había otro modo de ofenderse ya sino acabar de matarle. No le mataban, sin embargo; luego aquel nuevo pliego encerraba algo que no tenía que ver con él directamente, luego tenía que ver con sus hijos. Este presentimiento fué lo que hizo temblar al anciano, y en verdad no le engañaba su leal corazón. El papel decía así:

"Ya que te niegas a aceptar el único medio de salvación que se te ofrece, hora es que sepas toda la verdad. Luis Capeto será condenado a muerte a fines de diciembre, y guillotinado en seguida; después irá su mujer por el mismo camino. Tu yerno está preso; y en cuanto despachemos a Capeto, le mandaremos por mano del verdugo a reunirse con sus ilustres antepasados. La policía sigue la pista a tus tres nietos y a tu nieta; en cuanto caigan en el garlito, los cuatro irán a la guillo-

tina. No olvides que tú eres quien los lleva: en tu mano ha estado salvarlos, y tú no lo has querido. Caiga sobre ti su sangre. Salud y fraternidad."

El triste anciano sintió correr por sus miembros convulsos el frío de la muerte; pero alzando sus ojos al cielo, y clavándolos después llorosos en un Crucifijo que pendía sobre la chimenea, hizo un interno y fervoroso acto de ofrecimiento a Dios, terminado el cual sintió renacer en su espíritu la calma y fortaleza que por un momento le habían abandonado. Entonces, quitándose con serenidad sus anteojos, y después de guardarlos en su estuche como pudiera haberlo hecho en cualquier circunstancia de su vida, echó al fuego esta segunda carta; sentóse, puso las manos sobre las rodillas, y se quedó contemplando en silencio la llama de la chimenea. Viéndole en esta actitud el sordo, y comprendiendo por ella que ni siquiera el Conde se acordaba de que estaba allí presente, le dijo levantándose:

—¿Nada tenéis que responderme? No me habléis: ya os he dicho que soy sordo. Pero necesito saber lo que hayáis resuelto.

El Conde alzó la cabeza, miró al sordo con aire indefinible, en que se mezclaban desprecio y compasión, y en seguida hizo un signo que claramente quería decir:

"Dejadme en paz y no me molestéis con más inútiles instancias."

El sordo, no se sabe si realmente irritado o con el único fin de intimidar al Conde, agitó vivamente la mano que tenía metida dentro del coleto, y sacó el cuchillo hasta la mitad de la hoja. El anciano ni se dignó mirarle siquiera, ni volvió la cabeza para verle cuando, después de haber vuelto a ocultar el cuchillo debajo del coleto, se alejó murmurando con una especie de rugido

como de alano a quien hubieran quitado la presa de entre los dientes.

—¡Todo lo comprendo ahora!—decía el buen caballero meneando tristemente la cabeza—. Comprendo el caritativo artificio con que me han engañado. Sabían que sin prometerme que vendrían a reunirse conmigo no había yo de dejarlos, y me han engañado para salvar mi vida, reservándose ellos todo el riesgo y todo el sacrificio. ¡Ah! Vosotros ignorabais, hijos míos, que también aquí el infierno había tendido sus legiones. Yo vivía ya sólo por vosotros; la esperanza de volver a abrazaros sostenía mi aliento... ¡Era una ilusión! Mi vida termina aquí...

Levantándose entonces el anciano con penoso esfuerzo, se arrodilló ante el Crucifijo, y cruzando las manos, exclamó:

—¡Morir, morir solo, abandonado en tierra extranjera!... Morir sin volver a verlos, y cuando miro el cadalso levantado ya para segar sus cuellos... ¡Dios mío! ¡Dadles esfuerzo cristiano! Que sepan consumar su sacrificio cual siervos vuestros, dignos de morir por vuestro nombre. ¡Aceptad, ¡oh, buen Jesús!, aceptad su sacrificio, y no desdeñéis el que humildemente os ofrece este anciano! ¡Gracias, Padre misericordioso, gracias por haberme concedido esta expiación de las faltas de mi juventud, de mis pecados de siempre! ¡Oh! ¡Solo, estoy solo! ¡No tendré un sacerdote que me reconcilie con mi Dios, ni una mano amiga que cierre mis párpados!... José, ¡ah, mi buen José!... Bien presentías tú... Si al menos te tuviera a mi lado... José... ¡ah!...

La voz del Conde se había ido elevando a medida que crecían su terror y su angustia; pero oprimido por la pena y absorto en su oración, no había sentido que, cual si fuera llamada por sus sollozos y exclamaciones,

había entrado precipitadamente en el aposento una persona. Preciso fué que el recién venido se acercase al anciano y le tocase, para que éste levantara la cabeza.

—¡Retírate, infeliz!—exclamó el Conde con voz sofocada y ojos desencajados al ver la capa parda del que tan inopinadamente miraba ante sí—. Déjame al menos en esta hora suprema, déjame morir en paz, y no cometas un crimen inútil... ¡No me toques!... ¡Retírate!... Ten compasión de ti, desgraciado... ¿No te aterra la faz de ese divino Señor que te está mirando?...

Mientras el Conde, en un estado ya de febril delirio, exclamaba así, el de la capa parda había cogido su mano, y entre lágrimas y sollozos la besaba, exclamando también:

—¡Amo mío, amo de mi alma!... señor Conde, que soy yo, que soy José... vuestro criado... ¿No me conocéis, señor?

—¡Vil hipócrita!—repetía el anciano cada vez más exaltada su imaginación calenturienta—, retírate...; no te disfraces con máscara de amistad para herirme... Aquí tienes mi pecho...; rásgalo. Es el pecho de un hombre fiel a su Dios y a su Rey, de un hombre que no teme morir... ¡Hiere, hiere!

La crisis era demasiado violenta para que el Conde pudiera sufrirla mucho tiempo sin sucumbir; así fué que, en efecto, diciendo las últimas palabras, se anudó la voz en su garganta, y en medio de convulsiones dolorosas, que habían impedido a José levantarle del suelo, en donde permanecía arrodillado, cayó exánime en brazos del fiel servidor.

Al estrépito de los gritos despavoridos que éste dió pidiendo socorro, acudieron el dueño y los criados de la hostería.

—¡Un médico! ¡Un sacerdote!—exclamaba José,

mientras levantaba en sus brazos al Conde y le colocaba en el sillón.

En efecto; poco tiempo después entró un facultativo, y habiendo reconocido al enfermo, pronosticó que le quedaban escasas horas de vida; aplicóle, sin embargo, reactivos, con cuya virtud y pasada como una hora, empezó felizmente el anciano a volver en sí. Su primera mirada, al abrir los ojos, se encontró con la de José, que, postrado a sus pies, llorando sin consuelo y abrazando sus rodillas, le contemplaba con angustia. Cual si en aquel instante despertara de un lúgubre sueño y de pronto reconociese la realidad de su situación, tendió el Conde la trémula y helada mano al buen servidor, y con fatigoso acento le dijo:

—¿Conque eras tú, José?... ¡Eras tú, amigo mío!... ¡Dios te pague tu caridad!...

—Sí, amo mío, sí, yo soy—repetía José entre sollozos y sin cesar de besar las manos del Conde.

—No has querido dejar a este pobre viejo... Todo lo comprendo ahora...

—Os he seguido constantemente, señor Conde, como la sombra al cuerpo. Perdonadme, amo mío, perdonadme si no tuve valor para obedeceros cuando quisisteis que os dejase.

—Has hecho bien, hijo mío, has hecho bien... ¡Tú eras el de aquella capa parda!... ¡Tú me seguías como mi ángel tutelar... Por eso yo no echaba de menos más que tu consoladora presencia, tu amada compañía; pero tu solicitud, tus cariñosas atenciones iban conmigo... Así es que nada me faltaba; todo lo encontraba siempre a punto, y yo me decía a cada instante: no parece sino que va conmigo mi buen José. ¿Quién sino tú habría podido asistir al pobre anciano con tanta previsión, con tanto amor?...

—Amo mío, me hubiera sido imposible obedeceros; pero me habíais dicho que os atormentaba, que se os hacía cargo de conciencia el retenerme a vuestro lado, y tampoco yo quería daros este pesar.

—¡Pobre José!... ¡Si tú hubieras podido sospechar los malos ratos que me ha dado tu capa parda!... Yo pensaba que eras un espía, un enemigo encarnizado que seguía traidoramente mis pasos para matarme, y cada vez que te veía embozado en tu disfraz, te llenaba de improperios. No puedes figurarte lo que me has hecho sufrir...

—¡Válgame Dios, señor!—exclamó con indecible desconsuelo el criado—. ¡Si yo hubiera sabido eso!... Pero me figuraba que Vuecencia no me veía, y encargaba tanto a todo el mundo que me guardaran el secreto... Porque decía yo: en cuanto el señor Conde sepa que no le he obedecido, se va a incomodar mucho, y...

—Sí, sí, comprendo, hijo mío, comprendo tu generosidad... ¡Ya se ve!... ¿Cómo se habían de mermar mis pobres veintiséis florines?... Iba conmigo el tesoro de tu amor. Tú me preparabas el alojamiento, tú cuidabas de mi equipaje, tú pagabas el gasto, tú me servías en todo y en todas partes.

—Sí, amo mío. El Reverendo Padre Stokhausen aprobó mi plan; y luego, como el buen religioso me dió cartas de recomendación para todos los conventos por donde hemos pasado, gracias a Dios casi nada ha tenido que gastar Vuecencia.

—Confiésamelo todo, José... Tú has ido recibiendo dinero de Francia, ¿no es verdad?... La pobre Teresa habrá cuidado de mandarte el fruto de sus ahorros, y quizá se habrá privado por mí hasta de lo necesario...

Quién sabe si estarás arruinado por mi causa a la hora presente.

—¡No habléis de eso, por Dios, amo mío!...

—Sí, sí... ¡Hijo mío! En esta hora suprema, con nada puedo pagarte. Soy pobre, tan pobre como tú... Pero...

—Por Dios, señor Conde...

—Ya sé, ya conozco tu desinterés... Pero es fuerte cosa que quizá te veas reducido a la miseria cuando vuelvas a Francia, y todo por sostener la inútil existencia de un viejo egoísta... ¡Ah, Jesús mío! Yo os encomiendo esta deuda que dejo en el mundo. Dignaos proteger a esta buena y leal familia... Mi fin se acerca..., lo conozco, lo estoy sintiendo... ¡La vida se me va! Por Dios, hijo mío, anda; que venga un sacerdote...

En el instante que el anciano decía esto entraba en el cuarto el Prior de la Abadía de Premostratenses, situada a dos leguas de Straubing, y el cual, previamente avisado por el Prior de los Agustinos, acababa de llegar con el objeto de ofrecer auxilios y consuelos al noble viajero, a quien no esperaba, por cierto, hallar en tan crítico estado.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó el Conde cuando el religioso le hubo dicho quién era y el objeto que allí le había llevado—. ¡Bendito sea Dios! Demasiado me paga la Providencia misericordiosa el humilde sacrificio que mi fe le consagra... Tened compasión, Padre mío, de un hombre muy pecador, y dignaos auxiliarme con vuestro santo ministerio y abrirme las puertas de la gracia.

Enternecido y aun admirado de tan cristiana resignación, el religioso administró al anciano todos los Santos Sacramentos, que éste recibió tan fervorosamente como era de esperar de la fe viva, del corazón

piadoso que abrigaba en su seno. Terminado que hubo este dulcísimo acto, tendió su brazo alrededor del cuello de José, y le hizo en voz baja varios encargos, entre otros, que partiese inmediatamente a Francia, y que si le era dado ver a sus hijos, les comunicase sus últimas voluntades. Esta conversación duró como un cuarto de hora, pues a cada instante había que interrumpirla, unas veces por las congojas del moribundo, otras por los sollozos del inconsolable criado.

—En cuanto a los veintiséis florines—dijo el anciano para terminar con lo menos importante esta especie de testamento—, guárdate, mi buen José, los que necesites para llegar a Francia, y lo demás dalo como humildísima limosna a los que se dignen llevar a la sepultura este mi cuerpo miserable... En cuanto a ti, hijo mío..., tú sabes lo que te he dicho: yo...

—Por María Santísima, señor—decía José, comprendiendo que la intención del anciano era repetir un postrer testimonio de su gratitud—, no penséis en eso...

—Está bien, hijo mío; pongámoslo todo en manos de Dios... Dame mi Crucifijo; quiero adorarle hasta el último aliento... Perdono de todo corazón a mis enemigos, a todos mis perseguidores y a los de mi familia... Perdonad Vos, Dios mío, a esa mi ingrata patria, que es acaso más ciega que perversa... Tened compasión de Francia... ¡Viva el Rey!... ¡Jesús, Jesús!... ¡Dios mío!... Tened... piedad... de mí...

Así murió el Conde de Ventimile: con los ojos clavados en la cruz del Salvador, invocando el dulce nombre del Padre de las almas; fiel al Rey y a la patria, como leal caballero; mártir de su fe, como sincero cristiano.

CAPITULO XV

Los podencos en la madriguera.

Ya que dejamos en camino del cielo la noble alma del anciano a quien tanto tiempo y entre tantas penas hemos llevado errante, hora es de que volvamos a París y veamos qué ha sido de otros personajes cuya suerte nos interesa no menos.

Es pasada ya la media noche; durante el día entero han rugido sordamente en la capital de Francia rumores siniestros, anunciando como llegada la hora definitiva de catástrofes que ha largo tiempo tienen los ánimos poseídos de angustiosa expectativa, y que parecen haberse aquel día condensado a manera de las nubes tempestuosas que después de haber estado oprimiendo la atmósfera todo un día, se juntan al anochecer en el ocaso como para precipitar y acrecentar la lobreguez de las sombras. Ha corrido la noticia de estar ya terminantemente fijada la sesión en que el Rey será condenado a muerte; asegúrase que es inmensa la mayoría de votos preparados en contra del infortunado Monarca, y se dice que en el caso de que algunos diputados se atrevan a oponerse, la Asamblea dará ór-

denes para que el populacho se lance a las calles y haga un degüello general de todos los sospechosos.

Tales son los temores y tristísimos pensamientos que dominan a todos y a cada uno de los personajes reunidos en el obscuro albergue de la Condesa de Bonneuil.

—Es imposible ya aguardar—dice Augusto con viva exaltación—; de un momento a otro pueden esos sicarios penetrar en las prisiones y asesinar a mi pobre padre.

—Sí, hermano mío—responde Matilde, no menos angustiada que el joven—; hay que intentar un golpe desesperado... Si al fin hemos de morir, no sea sin haber hecho lo posible por salvarle... ¿Quién sabe si te ha visto ya en las veces que te has asomado a la ventana de Dubois o a la del carcelero? El infeliz estará esperando con ansia mortal la hora en que su hijo acuda a libertarle, o ya que esto no pueda ser, que vaya a darle alguna noticia de sus demás hijos, de su pobre hija.

—¡Oh!—replica Augusto interrumpiendo a su hermana—, no pasará de mañana mismo. Tenemos las horas contadas. Ese bribón de carcelero me está entreteniendo un día y otro con promesas que nunca me cumple. Yo no sé si desconfía de mí o es que teme a sus bárbaros dueños. Pero sea lo que quiera, por fuerza o con astucia, hay que hacer algo. ¡Dios mío! Después de saber en dónde está preso mi padre de mi alma, después de haber oído tantas veces ya su voz, después de haber logrado introducirme en la casa misma que le encierra, ¿quién puede retroceder?

—¿Retroceder?—exclama Matilde—, ¡ni pensarlo!... Iremos los dos, Augusto; yo te ayudaré en cuanto pueda y moriré contigo. Todo es preferible para mí a la

zozobra en que estoy viviendo... ¿No es verdad, señora Condesa?... ¡Oh!..., calláis... No queréis responderme.

—¡Hijos míos!—dijo la Condesa, que había estado oyendo con gran atención a los dos hermanos—; os ciega vuestro amor filial y vuestra impaciencia. Veo que no habéis pesado todos los riesgos de vuestra tentativa, y, sobre todo, que no habéis meditado bastante en la inutilidad de exponeros a arrostrarlos... ¿Estás bien seguro, Augusto, de que el carcelero no te muestre una aparente confianza para tenderte más a mansalva un lazo traidor? Y aunque esté de buena fe, ¿no ves que es imposible el que deje de sorprender, cuando tú menos lo temas, cualquier señal que hagas al preso?... Y aun suponiendo que lograras frustrar su recelosa suspicacia y su vigilancia de Argos, ¿qué habrías adelantado con eso? Según la descripción que tú mismo me has hecho de la localidad, es locura intentar medio ninguno de penetrar en la prisión, no digo yo para sacarle de ella, sino ni aun para hablarle, ni aun para dirigirle una seña.

—¡Ah, por Dios, callad, señora!—dijo Matilde—; sois capaz de descorazonar el ánimo más fuerte. ¿Queréis quitarnos toda esperanza?...

—No, hija mía, no; quiero únicamente poneros bien de manifiesto todas las dificultades. Tu hermano y tú sois muy jóvenes, y el entusiasmo, la imprevisión propia de vuestra edad pueden perturbar vuestro buen juicio, y ya que la Providencia os ha puesto bajo mi tutela en cierto modo, me creo obligada a hacer para con vosotros las veces de madre y aconsejaros como a mis propios hijos. No llevéis a mal que esta anciana, muy experimentada ya en las cosas de la vida, se tome la libertad de moderar los ímpetus de vuestro ardor juvenil y de haceros advertencias que juzga oportunas,

por más, hija mía, que irriten la impaciencia de vuestro amor filial.

La dulce reconvención que envolvían estas últimas palabras de la Condesa penetró el corazón de Matilde, que, llena de rubor y derramando lágrimas de gratitud, se lanzó rápidamente en brazos de la anciana, cual si con este movimiento de ternura quisiera decirle que la aceptaba realmente por madre, y que en último caso estaba dispuesta a obedecerla como hija sumisa y fiel. En seguida, volviendo a desprenderse del cuello de la Condesa, la dijo:

—Pero en fin, señora, ¿qué hacemos?... Porque así no podemos vivir. No habría suplicio comparable al nuestro. ¡Estar a pocos pasos de nuestro padre, y renunciar a verle cuando es evidente que pueden matarle de un momento a otro!

—Yo, por lo que a mí toca—dijo Augusto—, estoy resuelto a no sufrir tormento semejante. Prefiero mil veces morir con él a vivir cerca de él sin hablarle y sin verle siquiera... ¡Oh, no!... El sonido sólo de su voz ha hecho estremecerse todas mis entrañas. No, señora Condesa; no pidáis un sacrificio superior a mis fuerzas... Me sería imposible obedeceros.

—Yo no os pido nada, hijos míos, sino un poco de prudencia, un poco de calma y de reflexión. ¡Deseáis salvar a vuestro padre! ¿Qué anhelo más justo? A mí me sucedería lo propio en vuestro caso, y... creedme, deseo que se salve tanto como vosotros. Pero no basta el buen deseo, hijos míos; los obstáculos no cederán seguramente a medida de vuestra voluntad; al contrario, vuestra impaciencia misma pudiera acrecentarlos y hacerlos más peligrosos, hasta el punto de que, lejos de lograr vuestro propósito, no consiguierais sino perderos y precipitar la perdición de vuestro padre.

—¡Moriríamos con él, moriríamos con él!—repitieron a un mismo tiempo y abrazándose los dos hermanos.

—Ni aun eso lograríais, hijos míos... ¿Quién os ha dicho que, una vez descubierta vuestra tentativa, os pondrían en la misma prisión que a vuestro padre?... No: os encerrarían en el extremo de París más distante de ella; os encerrarían a cada cual de vosotros dos en distinto calabozo, y entonces, no solamente no podríais comunicaros con vuestro padre, sino tampoco auxiliaros y consolaros mutuamente; pasaríais sabe Dios cuánto tiempo sin saber absolutamente nada unos de otros, y cuando se hubiese derribado el dique opuesto hoy todavía al torrente de sangre, es decir, cuando el asesinato del Monarca haya dado la señal de la matanza, ¡oh, qué horror!..., entonces seríais conducidos, cada cual por distinto lado, al patíbulo, y moriríais sin haber tenido el consuelo de ver a vuestro padre, ni aun de saber siquiera lo que de él hubiese sido.

—Bien; ese es el lado negro del asunto, señora—dijo Augusto—; pero ¿y el lado blanco? ¿Y si nos salimos con la nuestra? ¿Si logramos libertar a nuestro amado preso?

—¡Quiéralo Dios, hijos míos! Si mis pobres oraciones pudieran serviros de algo, no por falta de ellas perderíais el fruto de vuestros afanes. Pero tened mucha prudencia, os repito. En hora buena poned mano a vuestra empresa, mas no perdáis de vista cuán ardua es, y tratad de oír a vuestra razón un poquito más que a vuestro corazón entusiasta... Vaya, ¿queréis hacer un trato conmigo? Dispensadme este pequeño favor, en pago siquiera de lo mucho que os amo.

—Hablad, señora, hablad—exclamaron los dos jóvenes tomando cada cual una mano de la anciana.

—Pues bien; no deis paso ninguno, no hagáis nada sin consultarme antes, sin pedirme consejo.

Los dos hermanos se quedaron mirándose cual si recíprocamente se hiciesen una muda pregunta, y pasados unos momentos que estuvieron en la misma actitud, les dijo la Condesa sonriendo tristemente:

—¡Malo!... ¡Vaciláis en responderme!... ¡Mala señal! Permitidme que os lo diga... Teméis que la fría razón de una vieja de setenta años modere el hervor de vuestras almas... Se os figura que mis temores son exagerados, que mis precauciones han de ser nimias, y que con los unos y las otras os voy a cortar las alas. Vosotros sin duda os proponéis echar en todo por el atajo, y queréis estar libres, sin traba ninguna. ¡Pobrecitos míos!... ¡Avecillas temerariamente incautas, que queréis tender el vuelo!... ¡Quiera el cielo libertaros del lazo!... ¡Quiera Dios no tengáis motivo para pensar algún día que si los chillidos de la corneja son importunos, tienen al menos de útil anunciar la tempestad!...

Matilde, nuevamente ruborizada y llorosa, volvió a esconder su rostro en el seno de la Condesa, y le dijo con ternura:

—No, Condesa mía, no; os oiremos como a una madre.

Héctor era el único, entre los allí presentes, que no había tomado parte alguna en la conversación, porque durante ella le tenían gravemente distraído otros pensamientos. Había estado contemplando más atentamente que de costumbre a su tía; ciertos efectos de la luz combinada de la bujía y la llama de la chimenea, ciertas inflexiones que había percibido en la voz de la anciana, llamábanle entonces la atención de una manera especial, y con una súbita intuición había obser-

vado una cosa que el hábito de mirar a su tía constantemente no le había dejado ver hasta entonces, y era el evidente progreso de la enfermedad que aquejaba a la pobre señora.

El corazón del joven se le oprimió en el pecho al convencerse entonces de que no tardaría en perder a la que le había servido de madre y que era de él tan amada. Por ella sola había arrostrado los riesgos de permanecer en París, renunciando a la seguridad que habría tenido emigrando al extranjero o privándose de la gloria que habría logrado batiéndose al lado de sus hermanos en el ejército de Condé. En vez de aquella seguridad o de esta gloria, había preferido, como ya sabemos, correr la suerte de una anciana achacosa, sepultar con ella su existencia en la obscuridad y arriesgar a cada instante, por alimentarla y asistirla, su libertad y su vida. Amarga tristeza se apoderó de él, sorprendiendo síntomas manifiestos de próxima muerte en el semblante de su segunda madre, y esto fué lo que durante la conversación referida le tuvo tan silencioso y distraído.

Pero ¿por qué vuelve repentinamente en sí y se queda en actitud de ser todo él ojos y oídos? ¿Qué ha pasado que tan visiblemente le turba o le inquieta? Casi nada; una cosa que en tiempos ordinarios ni mencionable sería siquiera, pero que a la sazón era lo bastante para poner en alarma a toda una familia; un ligero rumor que había sonado en el jardincillo que, como recordarán nuestros lectores, precedía al pabellón habitado por la Condesa. Encargado como estaba de guardar la obscuridad de aquel albergue, y acostumbrado, por tanto, a tener en ejercicio constante todos sus sentidos, había adquirido Héctor una perspicacia extraordinaria; probablemente él sólo había oído aquel

rumor tan leve, pero como el sobresalto que le produjo fuese advertido por su tía, preguntóle ésta con no menor alarma:

—¿Qué es eso, hijo mío?

—¡Chis!... Escuchad, tía, a ver si oís algo ahí fuera.

Todos aplicaron el oído, pero nadie percibió nada sino Héctor, que dijo levantándose rápidamente:

—¡Ah! Es Guillermo; tened cuidado con no hacer ruido, vuelvo al instante.

Dicho esto salió, dejando a los demás circunstantes en una expectativa anhelosa.

—¿Quién es ese Guillermo?—preguntó Augusto en voz baja.

—No sé—respondió en el mismo tono la Condesa—. Héctor tiene mil cosas que hacer, una infinidad de medios de correspondencia y de recursos varios, cuyos pormenores ni él me dice ni a mí me ocurre pedirle que me los diga. En un principio me contaba todo lo que hacía, lo que durante el día había pasado, las noticias que pescaba; pero de algún tiempo a esta parte se ha hecho reservado como un cartujo. La causa de este cambio es muy clara: como nada de lo que aquí pasa es agradable, el pobre no quiere disgustarme ni afligirme; así es que sólo me cuenta lo que puede distraerme o consolarme. Yo creo que algunas veces hasta pone él algo de su cosecha para pintarme de oro y azul los sucesos, pero a mí me basta mirarle a la cara para conocer cuándo hay malas nuevas. ¡Oh!... ¿No oís?

Esta repentina exclamación de la Condesa aguzó, si era posible, la atención de los interlocutores, pero nada oyeron tampoco.

—¡Véase lo que es la desconfianza!—continuó la

Condesa—. En esta situación que estamos pasando, los dedos se hacen huéspedes y tiene una miedo hasta de su sombra. ¡Pobre Héctor! Yo hago todo lo posible porque él no conozca la ansiedad en que vivo, pero su cariño le hace demasiado perspicaz para que yo pueda engañarle. No temo, bien lo sabe Dios, por mí, sino por él. Cada noche me pregunto con ansiedad si le veré al día siguiente, y cada día... Pero ¿qué es eso? Algo vuelve a sonar... ¡Oh!, sí, sí, no hay duda; en el jardín se siente ruido...

Lo que es por esta vez había oído bien la Condesa, pues en muy breve pudieron ya, ella y los dos hermanos, percibir rumor como de gemidos ahogados, suspiros, blasfemias articuladas con claridad espantosa, manotazos huecos cual si se dieran sobre un cuerpo humano...

Augusto hizo ademán de lanzarse a ver qué era aquello; pero la Condesa, con gesto imperioso, le dijo:

—¿Adónde vas, imprudente? El menor paso puede perdernos—. Matildita, hija, apaga la luz... ¿No oís? ¡Dios mío! Parece como si estuviesen luchando cuerpo a cuerpo; ¿quiénes pueden ser y por qué?... ¿En qué vendrá a parar esto?

—Pero, señora—volvió a decir Augusto, pugnando por desasirse de la estrecha presión con que le retenían la Condesa y su hermana—, dejadme salir, por Dios... Héctor debe hallarse en algún conflicto, y no es cosa de que yo me esté aquí con esta calma... Dejadme..., dejadme...

—Te lo prohibo absolutamente—repitió la Condesa—; ¡que no nos perdamos todos!... Estate quieto y déjanos oír... ¡Virgen Santísima, qué blasfemias!... Escuchad: ahora parece que se aleja el ruido... Sí, sin duda han salido del jardín... Cierto; ahora cierran la

puerta de la calle... ¿Y Héctor? ¿Cómo es que no vuelve?... ¡Dios mío! ¿Qué le habrá pasado?

Entre cada una de estas últimas frases de la Condesa había mediado pausa de un minuto lo menos. Acercándose entonces más los otros a la ventana del jardín, estuvieron escuchando todavía largo rato, al fin del cual dijo Augusto:

—Ya no se oye absolutamente nada. Permitidme, señora, llegar hasta la puerta, y ver si Héctor está allí...

—No, no, hijo mío—dijo la Condesa temblando—. Ni es menester tampoco que salgas; Héctor y yo tenemos nuestras señas convenidas para comunicarnos en todo evento. Ahora mismo vamos a saber si está en casa o no.

Acercando entonces la Condesa su mano al postigo de la ventana, entreabrióle con gran cautela; después levantó el pestillo y le volvió a dejar caer dos o tres veces; pero nada ni nadie respondió a estos golpecitos, que eran una de las señas convenidas entre tía y sobrino.

—Héctor ha salido, no hay duda—dijo la anciana volviendo a cerrar el postigo—, y en el jardín no hay un alma... ¡Dios mío! ¿Qué será esto?...

Entre tanto Augusto, aprovechando un instante que le había dejado libre la presión con que le retenía su hermana, había salido tropezando y cayendo al jardincillo. Cuando las señoras conocieron que el joven las había dejado solas, se apresuraron a volver a encender luz, porque la obscuridad aumentaba terriblemente su miedo. Minutos después volvía Augusto a entrar, llevando en la mano dos jirones de tela de distinta clase y que manifiestamente procedían de dos diversas prendas de vestir.

—Esto me he encontrado a la puerta del pabellón

—dijo Augusto mostrando uno de los dos jirones en cada mano.

—¡La corbata de mi sobrino!—exclamó pálida y desencajada la Condesa.

Entre tanto Matilde, con una agitación convulsiva y los ojos saltándosele de las órbitas, volvía y revolvía entre sus manos el jirón, que era una punta de pañuelo de hilo, manchado todo de barro y con algunas pintas de sangre; cuando le hubo examinado con ansia febril algunos instantes, exclamó, pasándose la mano por la frente como para retener su razón dentro de ella, y con gritos de delirante:

—Sí, no hay duda..., es el suyo..., lo conozco... Es el mismo que traía puesto la noche que nos separaron aquellos demonios... ¡Pobre hermana de mi alma!... ¿En dónde estás? ¿Qué ha sido de ti?... ¡Victoria, hermana mía!... ¡Oh, Dios! ¡El remordimiento me matará!

—¿Qué estás diciendo, hija mía?—preguntó la Condesa, a quien estas incoherentes exclamaciones de Matilde distrajeron de la angustiosa pena que a ella también le turbaba contemplando la corbata de Héctor.

—Vuelve en ti, hermana mía—exclamaba por su parte Augusto, que miraba con espanto la agitación de Matilde.

—El mismo, no hay duda—continuaba la joven sin cesar de revolver el pedazo de pañuelo—. El color, esta cenefa... ¡Oh! Aquí está el zurcido de aquella rotura que se hizo saltando entre las zarzas cuando aquellos otros caribes nos sorprendieron en el bosque. ¡Y su cifra también!... Aquí está la V... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Pero explícate, Matildita mía—volvió a decir la Condesa.

—Serénate, por Dios, hermana. Pueden oír estos gritos, y nos perdemos. Serénate. ¿Qué es eso?

—¿Qué ha de ser? ¡El pañuelo de mi pobre Victoria!

—¿De la hija de José?

—Sí, de la hija del hombre a quien tanto debemos todos; de la infeliz que por seguirme ha perdido la vida... Porque es claro que ha muerto... La han matado para robarla, sin duda, o quizá... ¡Jesús, María y José!

Pero tranquilízate, hermana mía; no te dejes dominar así por tu imaginación. ¿Por qué ha de ser ese el pañuelo de Victoria? ¿No puede haber mil que se parezcan unos a otros?... Y luego, aun suponiendo que fuera lo que tú piensas, no se deduce de ahí que haya muerto la pobre chica... ¿Quién sabe lo que puede ser? Quizá ha descubierto este asilo, y venía esta misma noche a verte.

—Eso sería peor, hermano mío, porque entonces la lucha ha sido con ella; le habrán seguido la pista, la habrán preso quizá a nuestra misma puerta, y a estas horas ella y Héctor están en poder de los tiranos.

—No, eso no puede ser, porque sus perseguidores habrían tratado de entrar en el pabellón, y ya ves que nadie lo ha intentado.

—También es verdad... ¡Oh! Mi cabeza se pierde... ¡Augusto, hermano mío!... La buscaremos, ¿no es verdad? La buscaremos.

—Sí, lo que tú quieras, Matildita; pero tranquilízate ahora. Piensa, hermana mía, que no eres tú sola aquí la que en este instante padece angustiosas incertidumbres.

Esta observación de Augusto fué un oportunísimo reactivo para el dolor extremo de su hermana, la cual, como avergonzada del egoísmo de este dolor y del ol-

vido en que tenía el de la Condesa, corrió a echarse en sus brazos.

La pobre anciana, con el pedazo de corbata sobre sus rodillas, y contemplándolo en una abstracción tan profunda como sombría, exclamaba tristemente:

—Por fuerza un día u otro eso tenía que suceder. Era una farsa muy peligrosa para que pudiera sostenerse largo tiempo... El noble tiene su tipo; el revolucionario tiene el suyo: no pueden confundirse... ¡Oh! Conozco la mano que nos hiere... Es él, de seguro es él... el infame que nos persigue con tanto encono. Ya me habían dicho que estaba en París... Tenía razón: aquella cara patibularia, aquel rostro de demonio, marcado con el doble sello del odio y de los vicios, no puede confundirse con ningún otro. Sin duda, con aquella perspicacia penetrante que le ha dado Satanás, habrá reconocido a mi pobre Héctor, le habrá seguido cautelosamente para sorprender nuestro asilo, y habrá luchado con él... ¡Pobre sobrino mío!... Si ha caído en sus garras, no hay esperanza de remedio. El rencor implacable que su alma negra alimenta contra todo cuanto tiene relación conmigo, le habrá hecho cebarse en el infeliz Héctor... ¡Oh, Dios mío! Calmad esta angustia de una pobre anciana que no tiene más amparo en el mundo ni más amor en la tierra que el de ese generoso joven... ¡Restituídme a mi querido Héctor!...

Mientras que la Condesa y Matilde devoraban así cada cual su propio tormento, Augusto había pasado a una pieza contigua y vuelto a salir ataviado con su carmañola.

—¡Adiós, señora; adiós, hermana!—dijo saludando a las dos y aprestándose a partir.

—¿Adónde vas?—le preguntaron las dos a un mismo tiempo, levantándose para retenerle.

—Al club de los Jacobinos.

—¡Ah, infeliz! ¿Te parece que no tenemos bastante todavía con nuestras penas, sino que quieres...?

—Os digo que voy al club... Allí sabré... allí habrá de seguro quien me explique...

—¡Hermano, hermano mío! ¡Por Dios, no me abandones!... No te expongas así... Piensa en nuestro padre, piensa en ti, en mí...

—No puedo, Matildita, no debo estarme aquí como una mujer tímida, mientras Héctor... ¿No es verdad, señora Condesa?

—¡Dios te guíe, hijo mío!—respondió la anciana tendiéndole la trémula mano como para bendecirle.

—Pues bien—dijo entonces Matilde—, vete enhorabuena; pero llévame contigo. Tengo el deber de buscar a Victoria... de morir por hallarla, si es preciso, y me llevarás... Espérame, voy contigo...

Mientras Matilde decía esto, la Condesa la había rodeado con sus brazos y le decía con amarga tristeza:

—Para buscar a Victoria tienes a tu hermano... Si tú me dejas, hija mía, ¿a quién tengo yo?

La joven escondió la frente en el seno de la anciana, y Augusto, aprovechando este momento, abrió la puerta del pabellón, tornó a cerrarla en pos de sí, y volando más que corriendo, fuése, como lo había dicho, al club de los Jacobinos.

CAPITULO XVI

Explicaciones.

Por la margen derecha del Sena, y al pie de los malecones que sirven de dique a sus turbias ondas, van llevando una conversación muy animada dos patriotas que vamos a reconocer a poco que los oigamos.

—¿Sabes, ciudadano—dice uno de ellos—, que tienes unos puños de bronce?

—De todo se necesita en estos tiempos—responde el otro—; no siempre hay puñal a mano; y bueno es, por si acaso, saber derribar de un trompis al que quiera resistirse...

—Pues con eso y todo, si no acudo yo tan a tiempo en tu auxilio, el joven aristócrata te da un revolcón muy decente... ¡Vaya si tiene bríos el mozo!... Pero a bien que de hoy más poco han de valerle... Por de pronto, ya le conocemos la madriguera; ahora es pan comido echarle el guante en toda forma...

—¡Ya lo creo! ¡En buenas manos está el pandero para que este mozo se escape!... Sería el primero a quien nuestro *Conde* le ponía los puntos y se le dejase ir después...

—Cierto: como él ha sido aristócrata allá en tiempos, sabe buscar maravillosamente el bulto a sus antiguos amigos. Bien dice el adagio: no hay peor cuña que la de la misma madera. Capaz es de descubrir una conspiración en el centro de la tierra; como sabe al dedillo los nombres y las costumbres de todas las familias de la nobleza, tiene un olfato para seguirles la pista, que me río yo de todos los demócratas de nacimiento...

—Sobre todo, ¿has visto el empeño con que persigue a esa vieja, parienta, según parece, de nuestro joven aristócrata?

—Sí que me ha llamado la atención el odio particular que tiene a esa pobre mujer... ¿Sabes tú por qué es eso?

—Parece que allá en tiempos, hace cuarenta o cincuenta años, la vieja esa le hubo de dar unas solemnes calabazas; y él, por lo visto, lo tomó tan a pecho, que al cabo de medio siglo todavía no se le ha quitado el amargor de la boca...

—No, pues ahora, si sigue persiguiendo a su tirana de antaño, no será porque le dure el enamoramiento...

—¡Figúrate tú! ¡Entre los dos componen siglo y medio!... ¡Conque ya ves tú qué par de tortolitos!... Lo que no sé yo ni me explico bien, es por qué nos encarga con tanta insistencia que cuidemos mucho de no dejar escapar nuestra pesca de la otra noche...

—¿Quién, la lugareña?

—Sí; y por cierto que ahora reparo que he perdido su pañuelo... Sin duda me lo he dejado en el jardín; ahora recuerdo que aquel maldito aristócrata me echó mano a la cabeza con intención de agarrarme por el pelo, y si no me engaño, del tirón se quedó entre las uñas con la mitad de la tela...

—Pues mira, despáchate a taparte las sienes con

cualquiera otra cosa, porque se te va viendo la punta del rizo, y no conviene que nos conozcan el sexo... Ya sabes tú lo recomendado que nos está el no descuidar este atavío machuno que hemos tomado; y a nosotras nos importa también, para nuestro negocio, el no ser reconocidas... Si la lugareña acierta la otra noche a sospechar que éramos hembras, quizá hubiera cobrado más valor, y con las piernas de liebre que tiene la maldita se nos hubiera ido de entre las manos de manera que hubiéramos perdido la pista de todo punto... Pero, deja, que lo que es ahora, bien asegurada está...

—¿Y sigue todavía tan remilgada y zahareña como al principio?

—Lo mismo que el primer día... Se conoce que ha mamado la superstición y que tiene el fanatismo metido en los huesos...

—Pues anoche muy bien que cantaba y reía, y bailaba la *Carmañola* como la mejor de las republicanas...

—¡Ya se ve que sí!... Tal fué la dosis de opio, mezclado con yo no sé qué otros condimentos que le dí en aquel jarabe... El ciudadano boticario, que es por cierto un patriota de los de flor y nata, dice que no hay como esos polvos para curar melancolías, hacer a las gentes expansivas y campechanas...

—¿Y se consiguió hacerla hablar algo de provecho?

—Parece que sí... No se la pudo sonsacar todo lo que era menester; pero se dejó decir lo bastante para poner en la pista a nuestro *Conde* podenco.

—¡Ya! Ahora empiezo a comprender algo de la maniobra que acabamos de hacer en el jardincillo...

Para que el lector comprenda de todo punto esta misma maniobra, de la cual solamente comprendía parte el patriota marimacho, vamos a ponerle en ciertos antecedentes, rogándole por de pronto que haga el fa-

vor de retroceder con su memoria al punto en que dejamos a la pobre hija de José y de Teresa en su camaranchón, viendo y oyendo desde allí, en cuanto la obscuridad y la distancia se lo consentían, las fachas y la conversación de sus dos perseguidores, a quienes, sin duda, ha reconocido ya el lector en los dos interlocutores del anterior diálogo.

Cuando la pobre muchacha vió que aquel par de arpías se sentaban en los escombros, resueltas a esperar alguna patrulla que las ayudase a recobrar su presa, calculó que lo mejor que podía hacer era mantenerse agachada y muda en acecho, ora para aguardar una favorable ocasión de escurrirse, ora para sacar de la conversación de las ciudadanas la suerte que le reservasen, y adquirir así el mayor número posible de datos para tomar la resolución más conveniente. Hízose, pues, toda ella ojos y oídos, y gracias al silencio sepulcral que reinaba en la calle, pudo percibir los siguientes trozos del diálogo entablado por sus perseguidoras:

—¡Ay, Ana!—decía una de ellas con acento y modales que contrastaban singularmente con los que de ordinario empleaba—. Esta vida que llevamos es cada vez más dura para mí; no puedo acostumbrarme a ella por más que me esfuerzo... Esto de romper una, en el último tercio de su vida, con los hábitos, las ideas y los sentimientos de su infancia; esto de haber de llevar una existencia azarosa, tan contraria a nuestra educación y a la clase en que hemos vivido, es un género de tormento mayor acaso que la miseria... Conozco que mi naturaleza no estaba organizada para caer en un abismo de abyección tan grande... Criadas como hemos sido en una condición que era algo más que honesta medianía, es muy duro haber de comer el pan regado

con sangre de las víctimas que nos obliga a sacrificar este pícaro oficio que hemos tomado.

"Si levantara la cabeza tu marido, mi pobre hermano, y viese a su hermana y a su mujer disfrazadas con este hediondo traje, corriendo de taberna en taberna durante el día, y sólo alguna noche vistiendo nuestro propio traje y con nuestros modales propios, cuando el diablo a quien hemos vendido nuestros cuerpos y nuestras almas nos manda dejar la caza de los garitos para tender la red en los salones... ¡Ah!, no sé si es muy grande la esclavitud de esos infelices aristócratas, que ningún mal nos han hecho, y a quienes se nos manda perseguir para aherrojarlos en prisiones y matarlos luego... Pero es mucho mayor la esclavitud de quien sólo en este horrible oficio halla el pan que come...

"La policía secreta de la República oprime mucho más a sus servidores que a sus víctimas... ¡Oh! ¡Esto es insufrible!... ¡No poder disponer libremente de una hora, ni de un movimiento, ni de un gesto!... Haber de vestirse, de hablar, de pensar y de sentir como nos lo manden!... ¡Ser objeto perpetuo del espionaje de los mismos que nos mandan espiar a otros!... ¡Renunciar a todo impulso de compasión, de nobleza!... No tener, en fin, ni brazo, ni juicio, ni corazón sino para obrar el mal que nuestros tiranos ordenan... ¡Ay, hermana mía! Este es un tormento muy grande...

"Por ejemplo, ¿qué mal nos ha hecho esa pobre muchacha para que así la persigamos?... Ninguno... Se nos figuró que debía estar en relaciones con aristócratas; nos pareció que en todo caso era excelente masa para formarla a nuestra imagen y semejanza, y enseñarla todas las artes de tantas otras jóvenes infelices como tiene hoy la República a su servicio para encargarles que con el gancho de su fatal belleza y sus en-

cantos postizos cumplan la misma odiosa tarea que tenemos nosotras de espiar, de tender lazos... ¡Esto es espantoso!..."

Si Victoria hubiera podido ver los semblantes de las dos cuñadas (pues ya hemos sabido que lo eran), habría visto que la que acababa de hablar se cubría el rostro con las manos, mientras que la otra la miraba con ojos en que se reflejaban la ira, el desprecio, la soberbia, el despecho, todas las pasiones juntas en el complemento de su perversidad, sin mezcla alguna de nada bueno que las modere o las disculpe.

Esto explica el sentido y la profundidad del repugnante sarcasmo con que respondió después de una pausa en que estuvo contemplando a su compañera:

—Te estoy oyendo con asombro, hermana... ¿De dónde has sacado toda esa sarta de lamentaciones?... Bueno era que todo eso te hubiese ocurrido cuando alegremente te gastabas en fiestas y regodeos, y en darte una vida de princesa, el bonito caudal que te dejó mi bienaventurado suegro, tu difunto padre... ¡Que no nos han hecho mal ninguno los aristócratas!... No decías eso cuando las dos nos desesperábamos de no poder competir en lujo ni en goces con aquellas altivas damas del antiguo régimen.

"Noche hubo de baile en que por vengarte del magnífico aderezo de una marquesa y por poderle tú llevar igual, habrías hecho pedazos, no sólo a todos los nobles, sino al género humano entero... ¡Qué mal nos han hecho!... ¡Ser ellos los que son, y no ser nosotros ellos! ¿Te parece poco? Insultarnos con su esplendor, humillarnos con su solo nombre, mirarnos desdeñosamente como a una raza vil, digna lo más de compasión!... ¡Gozar lo que nosotros no gozamos! ¡Brillar lo que

nosotros no brillamos! Ese mal nos han hecho, y muy bien que te escocía.

"La República francesa vino al mundo cuando tú y yo gastábamos nuestra última moneda, y no hacías esos dengues de ahora cuando te propuse optar, o entre tomar el gancho de trapera para no morir de hambre, o vivir en el patriótico empleo de cazar a los bichos de esa casta orgullosa que tanto nos había humillado... La idea de poder aún vestirte sedas y gasas alguna vez; la idea de saciar aún alguna vez tu gula en opíparos banquetes, no te pareció tan aterradora... Y, sin embargo, bien clarito te dije lo que teníamos que hacer... los deberes de tu cargo no te parecieron entonces tan penosos..."

—¡Ah!, es cierto—interrumpió la otra—; no los conocía.

—Pues, hermana, ya no es tiempo de dejarlos... La tentativa sola podría costarte la cabeza. Y luego, convengamos en que no deja de tener su lado bueno esta vida de aventuras; aunque no fuese más que ser actores en este magnífico espectáculo de ver derrumbarse con estrépito todo cuanto el mundo ha llamado bueno, y surgir triunfante sobre sus ruinas cuanto el mundo ha llamado malo... Ya verás: así que nos den la cabeza de Capeto y de su mujer, París va a ser una delicia... Arroyos de aguardiente por un lado, ríos de sangre por otro... Hay que echarse de bruces en los dos...

—¡Calla, calla! ¡Oh!, no hables así, hermana, no hables así...

Para dar una idea de la conversación de las dos hermanas, debe bastar la muestra. Victoria pudo percibir de este diálogo lo bastante para comprender que aquellas dos mujeres habían sido conducidas por la vanidad y los vicios al abismo de degradación en que se halla-

ban; pero que una de ellas tenía remordimientos, mientras que la otra era una organización desalmada, inaccesible a todo bien, y de la cual, por consiguiente, la pobre muchacha no podía esperar sino todo género de males. Lo que ella no pudo comprender con igual claridad era el destino que sus dos enemigas le reservaban; su alma cándida e inocente no era capaz ni aun de imaginar lo propio que las dos hermanas eran tan capaces de hacer.

Como una hora habría pasado la joven en esta angustiosa situación cuando, embozado en un capote pardo, apareció en dirección del derribo un hombre que sin duda hubo de ser reconocido por una de las hermanas, pues saliéndole al encuentro, le dijo:

—¿Adónde tan embozado, galán caballero? ¿Vas a dar alguna serenata?

—¡Ah! ¿Sois vosotras?—respondió el recién venido sacando la barba de entre el embozo—. Me alegro; cabalmente os andaba buscando, o por mejor decir, os he estado esperando. ¿Por qué no habéis acudido a la cita?

—Porque ha caído quehacer por aquí.

—Es que me importa mucho lo que tengo que comunicaros...

—¿Respecto a la vieja quizá?

—Cabalmente. Tengo indicios que está en París... Con un poco de paciencia daremos con su escondite... Creo que su sobrino ha de estar también con ella... ¡Ojo alerta!...

—Ya ves que no nos dormimos...

—A propósito: ¿qué estáis haciendo aquí?

—Esperando la patrulla.

—¿Para qué?

—Para ver cómo recobramos un pez que se nos ha escapado del anzuelo. Figúrate, *Conde*...

—Oye, bruja, que no se te vuelva a escapar esa palabra; no quiero oírla ni de broma... Yo no soy Conde, ni nada que se le parezca: soy el ciudadano Escévola, inspector de las cárceles de París.

—Pues figúrate, Escévola, que al ir hoy en tropel con los muchachos hacia la plaza de la Revolución, nos topamos ésta y yo en una encrucijada con dos chicas de bastante buen porte, que iban como palomos atontados. Al punto les echamos el ojo para darles caza... La una de ellas, mucho me engaño si no es de raza aristocrática, y hasta se me ha figurado reconocer en sus facciones el aire de una familia a quien parece que tú tienes especial devoción... de la familia de Reyre...

—¿De Reyre?—preguntó estremeciéndose el ciudadano Escévola—. ¿Y por dónde puedes tú haber sospechado eso?

—Allá en tiempos conocí mucho a la hija del Conde de Ventimile, Marquesa de Reyre... Pues bien: la muchacha se le parece como un huevo a otro.

—¿De Reyre?—repitió el ex Conde—. ¡Magnífico! Habrá que preparar otra celda en la calle de Saint-Avoye... ¿Y qué habéis hecho de la chica?

—¿Qué hemos de haber hecho? Se nos escapó...

—¡Torpes! No valéis para nada...

—Bien me agarré yo a su brazo y apreté los puños para quedarme con ella; pero, amigo, ya otro condenado patriota le había echado el guante, y por más que hice, fué imposible quitarle la presa... Pero, deja, que muchos días tenemos por delante, y ya volveremos a dar con ella...

—¿Y la otra?

—La otra logramos agarrarla; pero la muy ladina se nos ha escurrido de entre las manos cuando la teníamos ya cerca de la jaula, y... por aquí debe andar; digo, si es que no la ha cogido alguna patrulla.

En este momento sonó un silbido en las esquinas de la próxima encrucijada, y dijo al oírle la otra ciudadana:

—Ahora mismo vamos a saberlo, porque, si no me engaño, viene aquí Guillermo con su gente. Primero faltaría la luz del sol que dejar él de acudir puntualmente a una cita.

Pero se equivocaba la ciudadana: era una falsa alerta, no había tal patrulla ni tal Guillermo. Cuando se convencieron de su error, tornaron las dos hermanas a ocupar sus sitios de antes, y la deliciosa Anita preguntó al ex conde:

—¿Y qué piensas hacer con la Condesa luego que la hayas descubierto?

—¿Qué pienso hacer?—exclamó el demócrata con feroz sonrisa—. ¿Qué pienso hacer? En verdad que no estoy decidido... La muerte en el cadalso no la espantaría... Conozco bien su altiva condición: el patíbulo sería para ella una gloria... Pero la cárcel, el régimen fraternal del amigo Masson, los almacenes de la calle de Saint-Avoye... Tenerla allí pudriéndose, llevarla puntualmente noticias de todo suceso que irrite su orgullo o que lacere sus entrañas... mortificarla con todo género de molestias y de humillaciones... Esto, esto es lo que me satisfará... Así la veré ir apurando gota á gota el cáliz que ella me ha hecho beber a mí... Estoy decidido; conque a ver si me ayudáis a encontrarla... Os daré en pago cuanto queráis.

—Con poco nos contentamos—dijo Ana.

—Decid; vuestra boca será la medida: ¿qué queréis?

—Que en llegando a recobrar esta lugareña a quien estamos buscando la pista, la dejes enteramente a nuestra disposición...

—¿Qué queréis hacer de ella?

—Es muy sencillo: la domesticamos, y una vez ya domesticada, será un magnífico señuelo que centuplique nuestra caza...

—¿Y si no lográis domesticarla?

—La mandamos a la guillotina, y punto redondo.

Apenas la ciudadana había pronunciado esta espantosa sentencia, oyóse en el interior del derribo un ruido como de cuerpo que cayese desplomado de una altura, y en seguida se vió saltando por cima de los escombros, cual si tuviera alas, una figura de mujer.

—¡Eh! ¿qué ruido es ese?—exclamó el demócrata tendiendo el cuello hacia el fondo del derribo; y como en aquel instante viese el bulto que por medio de él saltaba, añadió adelantándose con una pistola amartillada en la mano:

—¿Quién va allá? ¡Alto! ¡alto! ¡La guardia! ¡La guardia!

Victoria, entre tanto, ciega de terror y con esfuerzo desesperado, brincaba como una corza por cima de los montones de piedra y de paredes medio derribadas que iba hallándose a su paso. La pobrecilla, al oír de los labios de la ciudadana la horrible alternativa que la reservaban, sintió un movimiento cual si se hubiera visto atacada por una serpiente de cascabel, y perdiendo en consecuencia todo género de previsión y de calma, se arrojó de su camaranchón al suelo y echó a correr en seguida a todo escape, sin saber por dónde ni en qué dirección.

La infeliz se encaminó maquinalmente hacia el interior de los escombros, sin discurrir, en medio de su

aturdimiento, que mientras más tardase en salir a terreno llano, más dificultaría su carrera. Los gritos y exclamaciones de los que la persiguen redoblan sus fuerzas, y momento hubo en que, a juzgar por la distancia de las voces que oía en pos de sí, pudo creer que había tomado bastante delantera a sus perseguidores para hacerles perder su huella; y así habría, en efecto, sucedido si la pobre chica hubiera emprendido la fuga en dirección de la calle; pero quiso su fatal estrella que tras el derribo de la primera casa hubiese el de otras tres o cuatro contiguas, lo cual formaba como un ancho leberinto de zanjas, de montones de escombros, de tapias a medio desplomar, de ángulos entrantes y salientes, que, desigualando el piso y limitando el horizonte, hacían imposible asentar la planta y quitaban todo el tino.

Mareada ya la infeliz criatura con vueltas y revueltas sin fin, magullado todo su cuerpo con los golpazos que había llevado, ora al caer en un hoyo, ora al tropezar en un madero, y extenuada por la fatiga y el susto de todo aquel día y aquella noche, sintió de pronto flaquear sus fuerzas, y sin poderse valer cayó desplomada y sin sentido sobre un montón de escombros.

Cuando volvió en sí encontróse recostada, todavía con sus vestidos, en un lecho limpio y cómodo, cubierto con cortinas de seda verde. Incorporóse en la cama, descorrió las cortinas de la colgadura, y asomando por entre ellas la cabeza, vió que estaba sola y que reinaba alrededor de ella un profundo silencio. Púsose entonces a examinar despacio la habitación en que se hallaba, y vió que era una especie de gabinete-alcoba, adornado con elegancia y hasta cierto lujo; pero las fuertes cerraduras que observó en las puertas, y las ventanas enrejadas con fuertes barrotes de hierro y elevadas a

grande altura sobre el piso del patio por donde recibían la luz, hiciéronla comprender al punto que estaba allí como pájaro encerrado en jaula de oro. Esta triste convicción llamó a sus párpados el llanto, y comenzó a arrancarle suspiros y lamentaciones, que debieron ser de alguien oídas, pues inopinadamente la respondió una voz:

—No hay motivo para desesperarse así, niña; no estás en sitio donde te coman lobos.

Como Victoria oyó estas palabras tras de sí, volvió rápidamente la cabeza y hallóse con una señora, al parecer de unos cuarenta a cincuenta años de edad, de continente distinguido, aunque vestida con suma sencillez.

—Quienquiera que seáis—le dijo la joven echándose de la cama al suelo y cruzando las manos—, tened compasión de mí. Yo no he hecho ningún mal para que se me trate con este rigor...

—¿Con qué rigor, niña? Aquí nadie quiere tocarte al pelo de la ropa...

—Entonces tened la bondad de decirme quién sois vos, qué sitio es este en que me hallo, y por qué estoy en él...

—¡Pues no tienes tú poca prisa, hija mía! Calma, calma, que para todo habrá lugar.

—¡Por el amor de Dios, señora!

—*¡Señora!*... esa es una palabra anticuada, criatura; ya no hay señoras: no hay más que ciudadanas...

—Perdonad mi ignorancia: yo soy una pobre lugareña, y no sé nada de cuanto pasa...

—Ya te iremos poniendo al corriente... Con poco que tú pongas de tu parte...

—Bien; pero, ante todo, tened la bondad de decirme por qué estoy aquí presa...

—¿Presa? ¡Qué disparate! ¿Pues ignoráis que en Francia todo el mundo es ya libre?... Cabalmente es uno de los artículos fundamentales de los *derechos del hombre*... ¡Presa!... ¡No faltaba más!

—Entonces es decir que puedo marcharme cuando quiera...

—¡Oh! eso es muy diferente...

—Pues no comprendo...

—Te explicaré. Hoy día se trata en Francia de edificar una especie de nuevo mundo sobre las ruinas del antiguo; para este fin se está haciendo una clasificación de materiales, con el fin de saber los que han de tomarse y los que han de dejarse... Pero este es un lenguaje muy sublime para ti: te hablaré de modo que me entiendas. Hoy día es Francia una vasta alquería en que los buenos obreros se ocupan principalmente en cribar y aventar...

—Pues me alegro—respondió inocentemente la joven—; precisamente es lo que mejor sé yo hacer... Si queréis encargarme a mí ese trabajo, veréis qué bien manejo el harnero y el aventador...

—No, tontina, has entendido mal... Te hablo del gran aventador republicano, con el que se aventa, no trigo, sino hombres y mujeres. De éstas y de aquéllos, unos entran en el granero, otros se echan como granzas a los cerdos... ¿Eres tú grano, o eres granza? Esto es lo que se trata de saber. Y para ello, ante todo, es menester que me digas quién es aquella joven que te acompañaba esta mañana... ¡Hola! ¿Bajas los ojos y te callas?... Cuidado, hija; con ese sistema vas a ser echada como granza a los cerdos... Responde: ¿quién era aquella joven?

—No puedo decirlo...

—¿No?... Pues entonces me obligas a hablarte cla-

ro: la granza que queremos apartar del grano es la aristocracia, ¿entiendes, hija? Cuanto huele a noble, lo tenemos por una levadura capaz de corromper la mejor masa; y como aquí no queremos morir ni de hambre ni envenenados, hemos resuelto extirpar, aniquilar esa levadura... ¿Quieres ayudarnos en esta obra, o no quieres? De otro modo: ¿eres tú aristócrata o demócrata?

—Yo soy una pobre lugareña, hija de un honrado labrador...

—Eso ya se conoce bien, sin que tú lo digas; pero bajo el sayal campesino se puede guardar un corazón aristocrático... Conque hablemos en plata. ¿Tú estás por los nobles o por el pueblo?

—Yo estoy por todo el mundo; la ley de Dios me manda amar a todos mis prójimos...

—Bien; eso manda la ley de Dios; pero la ley de la República manda amar al pueblo y degollar a los nobles; y como esta ley es de fecha más reciente, es preciso que vayas pensando en aprenderla, y sobre todo en cumplirla, pues de lo contrario, ya sabes, te declaramos granza... Conque, volviendo a nuestro asunto, ¿quieres, o no quieres darnos noticias de la joven a quien acompañabas hoy?

—Ni puedo ni debo darlas, señora—respondió la joven recobrando de pronto su nativa firmeza y un aire de dignidad que desconcertó a su interlocutora—. En primer lugar, yo no os conozco, y no sé por qué he de deciros lo que a mí me convenga callar... Estoy presa, lo veo; comprendo también, de todo lo que me habéis estado ahí hilvanando, que lo pasaré mal si callo... Pero me es igual: estoy resuelta a todo antes que faltar a Dios y a mi buena amiga.

—¡Hola, hola! No te hubiera yo creído jamás con

tanto resuello... Pero ¡bah!, ya cambiarás de opinión. Luego que hayas entrado en danza...

—Yo no sé bailar, señora; mi madre me tiene enseñado que el baile es muy peligroso para una joven honrada...

—¡Muchacha! ¡Tú eres un puerco espín! ¿En dónde diablos te has criado?... Pues, hija, lo dicho, dicho: o te resuelves a responder clara y completamente a cuanto te pregunte, o te obstinas en callar: en el primer caso, verás qué vida de princesa te llevas; en el segundo...

—¿Qué me sucederá, señora? Decidlo sin miedo y sin rodeos ningunos.

—Poca cosa: te guillotinarán. Conque consúltalo con la almohada, y buenas noches, niña.

Dicho esto, la señora se escurrió por detrás de la cabecera de la cama, y salió por una puertecilla secreta, que tuvo cuidado de cerrar por fuera, meneando llave y cerrojo con cierto estrépito, como para que la joven se acabase de penetrar de que realmente aquella habitación era su cárcel.

Fácilmente se imaginará la noche de angustia que en tan extraña situación pasó Victoria. La insistencia con que se le había preguntado el nombre y calidad de su querida Matilde inspiróle el recelo de que había una trama dispuesta para apoderarse de la pobre joven, con designio tal vez de hacerla sufrir la misma muerte que sin duda estaba reservada a su noble padre. Esta idea era tanto más amarga para Victoria, cuanto que en aquel instante recordó los mil esfuerzos que había hecho para disuadir a Matilde de que emprendiera el viaje a París, y los tristes presentimientos que la oprimieron al dejar su alquería... ¿Y su pobre madre? ¿Y sus hermanos? ¿Y su padre cuando vuelva

y no la halle en casa?... ¿Qué pensarán, cuál no será su pena si llegan a saber lo que le sucede? Y si, como era tan probable, pasaban largo tiempo sin noticia ninguna de ella, ¡cuál no sería la ansiedad de toda su familia!

Tales fueron los pensamientos de Victoria durante la noche de insomnio que pasó entre lágrimas y entre oraciones; pues llena de confianza en Dios y en su Santísima Madre, no se dejó subyugar de su pena en tal modo que olvidara invocar como último y seguro amparo a la *Consoladora de los afligidos.*

Al día siguiente, muy entrada ya la mañana, volvióse a abrir la puerta de su jaula para dar paso a la señora de la noche anterior, que en esta segunda visita venía acompañada por otra de su misma edad y porte, sobre poco más o menos. A vueltas del lenguaje afectadamente culto y del tono pérfidamente melifluo con que las dos visitadoras dirigieron a nuestra joven una porción de preguntas a cual más insidiosa, bien que mezcladas con mil halagüeñas promesas y hasta con reiteradas caricias, pareció a Victoria haber antes de entonces visto en alguna parte aquellos dos rostros con muy distinta catadura, y haber oído aquellas dos voces con muy diverso lenguaje. No se engañaba: las dos *señoras* eran las mismas, en cuerpo y alma, que la habían apresado; eran las dos hermanas que, depuesto en aquella sazón el traje y modales de tabernarios marimachos, seguían desempeñando su odioso empleo bajo una forma que pudiera seducir a la joven y obtener de ella, con la astucia y los halagos, lo que no había podido obtenerse con la fuerza ni con las amenazas. Pero cabalmente las mismas artes de estas sirenas debían producir en el ánimo de Victoria un efecto contrario al que buscaban desde que la joven las hubo

conocido, pues su recto juicio la hizo comprender desde luego que aquel par de tigres no guardaban entonces las uñas sino para mejor despedazarla en el momento oportuno.

Dicho se está, por tanto, que Victoria cuidó mucho de guardar una vigilante reserva para con estas mujeres, que al cabo la dejaron otra vez sola después de dos horas de conversación, saliendo de la estancia con manifiestas señales de irritación y despecho.

El segundo día de su encierro presentóse a la joven un hombre, primero a quien veía desde que estaba presa, y en cuyo tono de voz creyó al pronto reconocer al mismo que había estado hablando junto al derribo con las dos hermanas; pero tales eran sus nobles modales, la exquisita delicadeza de su lenguaje y su aire todo de caballero, que al fin Victoria llegó a creer que se había equivocado, tanto más, cuanto que el hombre se presentaba a ella como un protector y un amigo, preguntándole con interés paternal por su familia, nombre y patria, y ofreciéndole, en fin, sus servicios para todo cuanto ella apeteciese y ordenase.

Sin embargo, la joven, prudente por instinto y desconfiada por la justísima consideración de que entre todas las ofertas de su visitador no figuraba la que para ella debía ser más importante, es decir, la de ponerla en libertad, anduvo tan reservada en esta entrevista como lo había estado con las dos mujeres; pero con todo, las palabras melosas, el respetuoso continente y la afectuosa solicitud del caballero dejáronla como una vaga impresión de que este *señor* había ido a verla con muy buenas intenciones.

Aquella misma noche, a la hora de cenar, volvió a presentársele el propio caballero, acompañado de dos jóvenes, que dijo él ser hijas suyas, y las cuales empe-

zaron a colmar de caricias a Victoria. Sirvióse en seguida la cena, que fué tan espléndida como ricamente servida, y durante toda ella las jóvenes y su papá sostuvieron una conversación que no podía ser más del gusto de Victoria, pues toda ella casi se redujo a encarecer la bondad de la religión y la belleza de sus prácticas, rebozando todo este edificante lenguaje con frases de simpatía hacia el infortunado Monarca cuya suerte iba a decidirse. Una de las jóvenes, tomando cariñosamente la mano de Victoria, le propuso dar al día siguiente un paseo con ella por París, lo cual era tanto como decirle que su prisión iba a terminarse.

Todo esto, bien que extraño y misterioso para nuestra joven, era, sin embargo, lo bastante para inspirarle cierta esperanza que, calmando un tanto sus inquietudes y distrayendo sus pesares, dejóla, por primera vez desde su prisión, comer con gusto los escogidos manjares que siempre se la servían, y beber de cierto licor gratísimo al paladar que la ofrecieron, en lugar del vino, que ella, según su costumbre, no quiso ni aun tocar con los labios.

Al fin de la cena comenzó a sentirse como mareada, y poco después sus ojos brillaban con extraordinaria animación; su lengua, hasta entonces comprimida, se desataba, y en todo su ser había como una expansión de vida, cual si de ella se apoderase un grato ensueño. Aumentándose por grados esta excitación, llegó la joven en breve a no ser dueña de sí misma; dominada de una especie de vértigo, dióse a charlar sin medida, a reír con destemplada jovialidad, a cantar y a saltar (porque bailar no sabía) con el ímpetu febril de un verdadero delirio...

El objeto de esta indigna farsa estaba logrado. Victoria, es verdad, no había dicho todo lo que de su in-

voluntaria embriaguez se esperaba acerca de Matilde; primero, porque realmente ella ignoraba lo que hubiese sido de su amiga; y además, porque la costumbre de ser reservada la hizo contener sus expansiones aun en medio mismo del vértigo que la dominaba. Pero había dicho lo bastante para que el *ex conde demócrata* (pues efectivamente, éste era el postizo papá de las postizas damiselas), cogiese hilos que le llevaran a sacar el ovillo del nombre, calidad y paradero probable de Matilde Reyre. Encontrado este ovillo, fácil le sería dar con el albergue de la Condesa de Conneuil, objeto principal de sus pesquisas, para saciar en ella el inveterado rencor que le guardaba desde la ya tan antigua fecha en que, siendo joven aquella señora, había rehusado darle su mano.

Hombre de pasiones violentas, irreligioso, libertino, y por añadidura arruinado e infamado por sus prodigalidades y sus vicios, había encontrado el ex conde en la revolución un oportunísimo campo para entregarse sin freno a todos los desórdenes de su libertinaje y a todos los furores de su vengativa saña; deponiendo todo resto de dignidad y sacrificando, como él decía, sus blasones nobiliarios en aras de la República, habíase dado en cuerpo y alma a la caza de aristócratas; y el celo odioso con que había cumplido su tarea le había valido el importante cargo de inspector de las prisiones de París.

Un vago rumor le había dicho que su antigua amada se hallaba oculta en París; y su perspicacia natural, aguzada por el odio que profesaba a toda la familia de la Condesa, le había hecho reconocer, bajo el disfraz democrático con que se ocultaba, a Héctor de Beaupré, su noble sobrino; habíale visto en el club, le había examinado con penetrante curiosidad, le había se-

guido los pasos, y precisamente la noche en que el joven sacó del tumulto a Matilde había ido tras la pareja, y de lejos la había visto meterse en una casa de un apartado callejón. No sabía a punto fijo cuál era esta casa; pero tenía ya bastantes datos para dar con ella.

En efecto; la noche misma que con tan indigno artificio había sorprendido las medias confidencias de Victoria, y a la sazón que en casa de la Condesa pasaban los hechos referidos en el capítulo anterior, habíase nuestro ex conde dirigido al callejón en que tres noches antes se habían parado Héctor y Matilde, y fué llamando a todas las puertas de las pocas casas que en él había, hasta que dió con la que iba buscando. Ya sabemos que Héctor fué a abrir en la creencia de que el que llamaba era uno de sus confidentes, llamado Guillermo. A la luz de la linterna que el Conde llevaba a prevención, conoció desde luego que el que había salido a abrirle era el mismo a quien iba buscando. Aquellas eran las facciones de la familia que él odiaba sobre todas las cosas en este mundo.

Entró el Conde, teniendo cuidado de dejar la puerta cerrada en falso en pos de sí, y después de mirar fijamente un rato a Héctor, le dijo:

—Dejando a un lado rodeos y farsas, ¿no es el caballero Héctor de Beaupré a quien tengo el honor de hablar?

—Te has equivocado, ciudadano—respondió el joven—; soy Bruto Barreaux, miembro del club de los Jacobinos.

—Bien, bien, esa es la careta con que te disfrazas; pero tu verdadero nombre es el de Héctor de Beaupré, sobrino de la Condesa de Bonneuil...

—Yo no conozco a semejante sobrino ni a semejan-

te Condesa; soy quien he dicho, y en prueba de ello aquí está mi carta de civismo, firmada por Saint-Just y por Momoro. Conque déjame en paz, y tómate la puerta, si no quieres que yo te la haga tomar corriendo... Tú serás algún vil aristócrata...

—¿Yo aristócrata?... Lo fuí; no lo soy ya. Tú sí que lo has sido, lo eres y seguirás siéndolo... Déjate, pues, de más disimulo, porque ya ves que te conozco, y... tengo unas cuentas que ajustar contigo y con los tuyos.

Durante este breve diálogo, Héctor había reconocido también a su interlocutor; su tía le había contado los antecedentes de este hombre odioso; constábale la sañuda insistencia con que andaba persiguiendo a toda su familia, y no podía dudar de las intenciones que allí le llevaban. Convencido, por tanto, de que estaba descubierto y de que iba a ser preso en el instante, arrojóse denodadamente contra su enemigo; pero al grito que éste dió y al ruido de la embestida entraron súbitamente por la puerta (cerrada, como hemos dicho, en falso) las dos hermanas disfrazadas de hombres, única compañía que el Conde había querido llevar para que le auxiliasen en aquella expedición.

Entonces se entabló la lucha sorda que tan angustiosamente inquietos habían oído la Condesa, Matilde y su hermano. Héctor tenía, sin duda alguna, buenos puños, y de sus tres enemigos, uno era ya hombre de setenta años, y los otros dos eran mujeres; pero al cabo, el joven era solo contra tres, de los cuales el hombre, aunque viejo, conservaba un vigor hercúleo, y los dos marimachos, excitados por las continuas libaciones de aguardiente y por su democrática gimnasia, tenían fuerza como de dos jayanes.

Así fué que el pobre Héctor iba perdiendo terreno, y ya estaba acorralado en un rincón del jardincillo,

cuando su buena fortuna le deparó el inesperado auxilio de un vecino honrado que entraba en aquel momento, y que al ver una lucha tan desigual, se puso de parte del más débil. Alentado Héctor con este refuerzo súbito, en breve logró ganar el terreno perdido y plantar otra vez en la calle a sus tres agresores, que apretaron a correr con designio manifiesto de buscar nuevos auxiliares. Pero el joven les conoció la intención, y seguido del vecino que tan buen servicio acababa de prestarle, corrieron también tras de ellos para cortarles el paso.

En esto el ex conde, que por lo visto había de tener mejores puños que piernas, tropezó en el guardacantón de una esquina y cayó sobre él, rompiéndose la cabeza. Héctor, aprovechándose de tan feliz coyuntura, se arrojó sobre él, echóle la mano al pescuezo, y le hubiera ahogado sin remedio a no ser por las dos ciudadanas, que, viendo el peligro del ex conde, acudieron rápidamente a socorrerle, dejando al amigo de Héctor, que les había dado caza y estaba enredado con ellas a mordiscos y trompazos.

Perseguidas, sin embargo, por su contrincante, mientras Héctor seguía aporreando al caído, es muy probable que el ex Conde y las dos arpías hubieran dado allí fin a sus hazañas, si en aquel instante no hubiese aparecido por el otro extremo de la calle una patrulla, que a los gritos de una de las ciudadanas pidiendo socorro acudió apresuradamente. Héctor y su amigo pusiéronse entonces en fuga precipitada, y desaparecieron al escape por entre las revueltas sombrías de los próximos callejones.

El sobrino de la Condesa había, pues, logrado escapar de aquel peligro, pero el asilo de su tía estaba descubierto; una hora, minutos después quizá, iba a ser

invadido por la policía, forzado, registrado en todos sus rincones: su tía iba a ser presa, y con ella Matilde y Augusto... No había un instante que perder; aquel era un momento crítico del que dependía la existencia, tan preciosa para Héctor, de su segunda madre, de un amigo querido y de una joven a quien ya amaba, lo menos, como a una hermana.

FIN DEL PRIMER TOMO

ÍNDICE DEL PRIMER TOMO

	Páginas
Cuatro palabras del editor	5
Cap. I.—El emigrado	7
Cap. II.—La Hospedería del Peregrino	26
Cap. III.—La Biblioteca de la Abadía	37
Cap. IV—Una visita al Monasterio	45
Cap. V.—La hija del proscrito	62
Cap. VI.—La cuenta de la hostería	79
Cap. VII.—Tigres y gacelas	90
Cap. VIII.—La capa parda	108
Cap. IX.—Una fiesta republicana	118
Cap. X.—Vana tentativa	138
Cap. XI.—El demócrata postizo	167
Cap. XII.—El jaulero	187
Cap. XIII.—Las garras de Satanás	216
Cap. XIV.—La capa azul	240
Cap. XV.—Los podencos en la madriguera	262
Cap. XVI.—Explicaciones	276

Crímas
y
rrdugos

21889